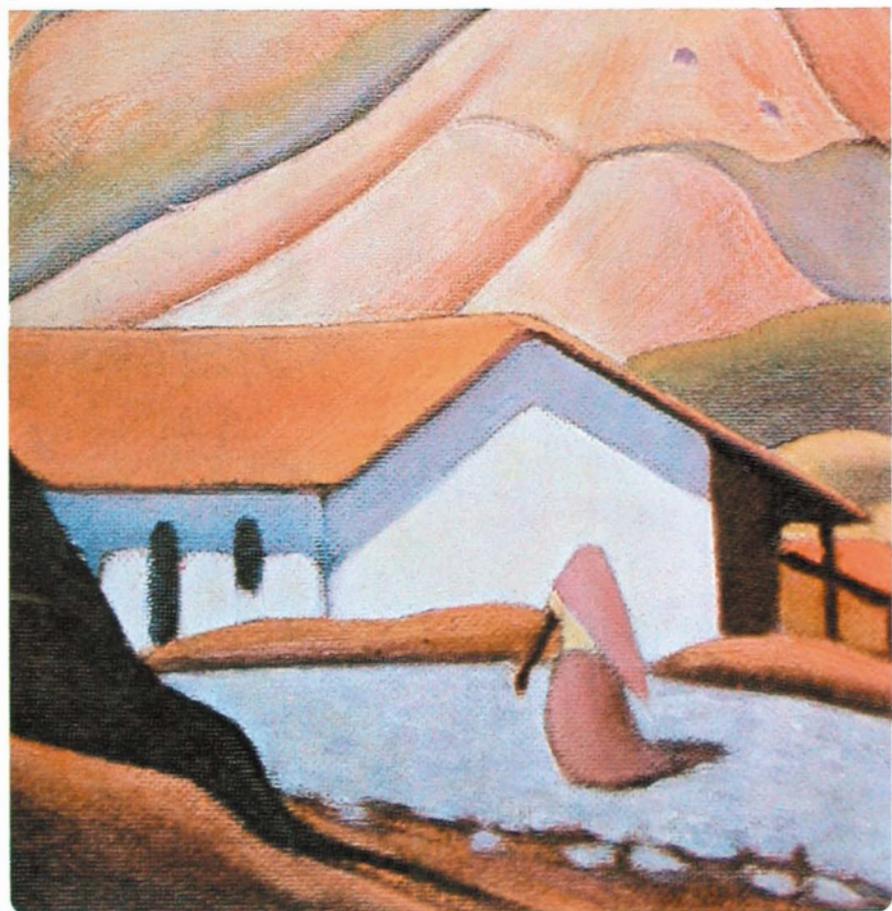


SALARRUE

**EL ANGEL
DEL ESPEJO**



PROLOGO

AL ENFRENTARSE el antólogo con la vasta obra narrativa del salvadoreño Salvador Salazar Arrué, más conocido como *Salarrué* y mejor conocido por su libro *Cuentos de Barro*, descubre en primer término que las fronteras de su universo creador, fijadas en no menos de cincuenta años de perseverante trabajo literario, delimitan también de manera arquetípica a sucesivas generaciones de escritores centroamericanos que en la primera mitad del siglo **xx** se empeñaron en conquistar, alentados por una tenaz vocación y entrabados en un opresivo juego de limitaciones, su porción de universal latinoamericano.

Salarrué, nacido en el año de 1899, representa por una parte la culminación, y el agotamiento temático, de toda una corriente vernácula que se nutre en los intentos más o menos organizados por conseguir un realismo costumbrista centroamericano a la vuelta del siglo y que se define luego en regionalismo; y por otra, la inquieta y generalmente fallida pretensión de acceder hacia una literatura cosmopolita, erigida sobre elementos foráneos de cultura.

La narrativa de Salarrué repite permanentemente estas dos instancias, alternándolas a lo largo de su escritura total, lo vernáculo y lo cosmopolita; esta dimensión circular es pareja a su existencia, una rueda de temas engrazados en el engranaje verbal que gira muellemente, sin sobresaltos: la naturaleza repartida, y compartida, de su universo temático niega progresos formales, o posibilidades de hallazgos; allí estarán siempre, cualquiera que sea la época, girando en la serenidad de la esfera sus dos hemisferios: el que se enraiza a partir de *Cuentos de Barro* y que pueblan los indios de Izalco en la verdura del volcán sagrado; y una cosmópolis teosofal que se debate dentro de un inverso sentido del bien y el mal, combatiendo ambos en ordenada lucha, ya sea en remotas regiones atlántidas o en ciudades feéricas, tal como se fija a partir de *O'Yarkandal*.

Entre estos dos hemisferios, Salarrué no deja ninguna porosidad, y ajenos, se cierran uno contra el otro, sin posibilidad de trasiago de las ideas que los

alimentan; como en el yin y yan, se coloca entre el cielo y la tierra, la nubosidad aérea de sus creencias esotéricas arriba, y la presencia del volcán con sus caseríos, caminos, ranchos, indios, músicas tonales del lenguaje, abajo.

Quizás estima que su plano más trascendente es el de arriba, como aspiración de acceder a lo cosmopolita —sobre lo que volveré después para explicar uno de los fatales espejismos de la cultura centroamericana— pero donde de verdad consigue su universo es en el de abajo, allí donde funda una literatura narrativa para Centroamérica.

Las referencias a la obra de Salarrué tratarán, pues, de orientarse en estos dos sentidos básicos, no sólo para intentar comprenderlo como escritor, sino también para entrar en lo que ha sido una contradicción importante en el desarrollo de la literatura centroamericana y en sus posibilidades de universalidad.

DOS MUNDOS COMPARTIDOS EN EL ORIGEN

Salarrué publica sus dos primeras obras en el año de 1927: se trata de *El Cristo Negro*, un relato lineal de grandes propiedades estilísticas, y *El Señor de la Burbuja*, un intento de novela, al cabo malogrado.

En ambos campea ya lo que llegaría a ser una de sus preocupaciones definitivas: el verdadero carácter del bien y del mal, concebidos como fuerzas antagónicas de un debate moral en el que el mal debe desempeñar un papel redentor; esta proposición que es el tema central de *El Cristo Negro* se repite más tarde en muchos de sus escritos: “La santidad positiva consiste en dar la cara al Mal y no al Bien. Cuando se ha comprendido el propósito de la vida se llega a estar en condiciones de dar la cara a Satán, porque quien sabe, quien tiene certidumbre de que Dios guarda sus espaldas, no flaquea”¹, dirá en 1934 en un ensayo sobre “Los Santos y los Justos” al enfocar la decadencia de la santidad, en un cuaderno titulado *Conjeturas en la Penumbra*, volviendo sobre lo que es la razón de amor en toda la maldad de las acciones de San Uraco de la Selva, el personaje de *El Cristo Negro*. La concupiscencia, el robo, el crimen, el sacrilegio no son más que formas de santidad, actos ejecutados para evitar que el prójimo peque por sí mismo, una apropiación beatífica del infierno para evitar que los otros caigan en el infierno.

San Uraco de la Selva, al dar la cara al mal, cumple con una actitud de lucha, de coraje, de desafío, que es la única forma posible de santidad, y por eso debe morir crucificado. La coherencia de este relato sorprende como obra juvenil y primeriza, y logra sostenerse como un verdadero puntal en el des-

¹Todas las referencias que en adelante se hacen a los escritos de Salarrué, provienen de *Obras Escogidas*, de las que se da referencia en la bibliografía general, y que ha servido también como base para la presente antología.

arrollo futuro de la obra narrativa de Salarrué, no sólo por lo que aporta a su cohesión ideológica, sino también en cuanto revela lo que sería desde ya la sostenida calidad de su prosa.

El Cristo Negro discurre en la Centroamérica colonial del siglo xvi, mundo de inquisidores y encomenderos que el realismo costumbrista, al cual el propio Salarrué debería algún tributo, trata de rescatar para la literatura centroamericana al final del siglo xix, sobre todo en la obra de don José Milla²: desde allí, Salarrué salta hacia una ambientación contemporánea que trata de dar en *El Señor de la Burbuja*, en donde las mismas preocupaciones sobre la naturaleza del bien y el mal tienen ya un tinte teosofal, que se revelan a través de las lecturas de cabecera del personaje, don Javier Rodríguez, un criollo de linaje que engañado por su mujer huye hacia el retiro de su hacienda de café en las faldas del Izalco, donde en la soledad de su vida contemplativa se dedica al perfeccionamiento de su yo intelectual. Estas lecturas serán ya las del propio autor para entonces: la filosofía yoga, el Vivekanda, la Luz de Asia de Sidarta Gautama, Príncipe del Amor Perfecto, la Llama Inmortal de H. G. Wells.

El paisaje de la hacienda, la presencia del volcán, los incidentes amorosos, la misma composición tradicional de la tertulia entre el maestro de escuela, el cura y demás vecinos principales del poblado con el protagonista, no sirve más que de pretexto al hilvanamiento del discurso filosófico que a través de cierto juego dialéctico trata de encontrar una verdad que explique la existencia: "Aquel que ha descubierto y aprendido el modo de manipular las fuerzas internas, tiene a la naturaleza entera bajo su dominio... llegar a un punto adonde lo que llamamos leyes de la naturaleza no tengan influencia alguna sobre él, en donde pueda dominarla..." aprenderá don Javier Rodríguez en los textos de filosofía yoga, dentro de esa especie de educación solitaria que se impone.

Pero sus preocupaciones teosóficas, como respuesta a los engaños de la existencia y a su decepción del pasado, corren, con muy poca seducción, ajenos al movimiento que la vida pone en el ambiente exterior, rasgos de ambientaciones y paisaje que resucitarán más tarde en *Cuentos de Barro* pero que aquí no cumplen papel alguno, funcionando por separado.

Si la novela falla en su estructura literaria, es porque la ambición de Salarrué se concreta a condensar en ella lo que son ya sus propias creencias, cúmulo de creencias al que se aferraría perseverantemente para siempre, y que afloran con la misma vitalidad en sus últimos trabajos como *La Sed de Slin Blader* o *Catleya Luna*, dos novelas publicadas pocos años antes de su muerte. El Karma, el Nirvana Soñado. Y en este sentido, *El Señor de la Bur-*

²José Milla (1822-1882) nacido en Guatemala, y el primero de los costumbristas centroamericanos; sus novelas históricas son: *La Hija del Adelantado* (1866); *Los Nazarenos* (1867); y *El Visitador*.

buja sirve también, igual que *El Cristo Negro* como piedra de fundación antes de que a partir de la siguiente etapa que se inicia con *O'Yarkandal* las aguas se dividan por completo y cada una de las dos corrientes cobre sus propios cauces.

UN DESCENDIENTE DE LA ATLANTIDA

Para el tiempo en que aparece publicado *O'Yarkandal* en el año de 1929, Salarrué ha comenzado a definir un universo cultural que se cerrará en todas sus proporciones con *Remotando el Uluán* que se publica en 1932: las iniciaciones teosóficas de *El Señor de la Burbuja*, alimentadas en un clima aún terrenal, pues la vida de don Javier Rodríguez al fin y al cabo discurre en su plantación de café en las laderas de un volcán salvadoreño, se trasegarán ahora hacia una dimensión absolutamente mítica, pero no menos filosófica; el folleto en que se publica *O'Yarkandal* trae un mapa del imperio Dahdálíco, con sus mares de Edimapura, Xibalbay y Dundala, sus islas y continentes de nombres que evocan extraños parajes orientales, pero también toponimias aborígenes.

A través de las sucesivas reencarnaciones, el autor no es más que un sobreviviente del imperio sepultado de la Atlántida, y sus creencias, al tocarse con la más absoluta de las fantasías, le llevan a inventar, o recordar, hasta el último recodo de la Dahdálíca, a través de la voz del narrador, Saga, que va descubriendo paraísos encantados, ciudades de hombres alados, extraños perfumes y vegetaciones, islas a la deriva que cruzan por mares ignorados, palacios de paredes altas y armoniosos, "y los cristales de las ventanas estaban fabricados con una sustancia que permitía ver los jardines siempre en flor...", y en fin, piedras preciosas de melancólico brillo que perfuman su alrededor como flores salvajes.

El lenguaje y la invención de *O'Yarkandal* penetran dentro de la tradición de los libros sagrados, y de las literaturas orientales, siguiendo incluso una estructura como el de los cuatro vedas: Amur, Ur, Surgabar, Tatulav, Angara, Siaphata... y sostiene una diáfana calidad poética, que está encarnada además en la delicada presencia de Saga, el narrador: "Las fuentes que surten mi lengua y alimentan mi espíritu proceden, no de una fantasía vacua y desbordante, sino de una tradición verbal y suntuosamente humana. Del narrador al narrador, esta verdad se atesora sin alterarse y es historia humana para los soñadores y para los demás es farsa", dice al abrir sus historias.

Remotando el Uluán, concebida dentro de la misma intimidad fantasiosa del lenguaje poético de todos los relatos de *O'Yarkandal*, pretende penetrar ya más profundamente dentro de lo que es el credo teosófico del joven Salarrué, y la narración del misterioso viaje a lo largo del río Uluán, también una radical invención, se convierte en una experiencia astral dentro de

la más estricta disciplina teosófica. Así, el viaje maravilloso da paso a la encarnación y realización de lo que son las mejores propiedades astrales: la corporeidad de las sensaciones y emociones, los desplazamientos a grandes velocidades semejantes al vuelo, la refundición de los sentidos en uno solo, formando un cuerpo único de sensaciones; la existencia de un cuerpo mental, o cuerpo búhdico, hasta llegar a la plenitud de la verdad, en que ya el hombre no está sujeto a las pasiones o deseos, fundiéndose con la unidad divina: serpientes luminosas, estrellas subterráneas, cascadas de fuego, el infierno de Louan, el espejo de los varbantos, el trono milagroso, las mineras de Acuarimántima, van sucediéndose en los episodios de esta odisea teosófica preñada de fantasías que centellean en un concierto de sensaciones mágicas y brillantes.

Las corrientes de pensamiento que pasan por la obra de juventud de Salarrué y que de alguna manera habrán de condicionarla para siempre, estaban en el torrente febril de cierta clase de ideas que llegaban con distintos ecos no sólo a los escritores, sino también a los educadores y políticos centroamericanos de la época, desde la ya añeja francmasonería que había coloreado las conspiraciones liberales y las guerras morazánicas del siglo anterior, al credo rosacruz y a una teosofía militante que ya en El Salvador tenía a su más prestigiado propagandista, en don Alberto Masferrer, a quien Salarrué pidió escribir unas líneas de introducción para presentar *O'Yarkandal*.

Pero si en una perspectiva contemporánea toda esta parafernalia filosófica resulta anacrónica, en el caso particular de Salarrué tuvo la virtud de contribuir a hacer coherente su vocación intelectual; la teosofía llegó a representar para él una especie de atalaya de resistencia moral contra los valores de la sociedad en que le tocaría resistir como escritor, pues aunque apacible, su vida artística fue en muchos sentidos todo un desafío, y es desde las fundaciones éticas de sus creencias, que pudo levantar las fábricas de su creación literaria. No en balde en el escudo de armas que como *ex libris* abre la primera edición de *O'Yarkandal*, y que está concebido de acuerdo a los principios teosóficos, campea su lema de batalla; *Credo quia absurdum*.

CUENTOS DE BARRO, HOMBRES DE BARRO

Examinada la obra narrativa de Salarrué desde la consecuencia última de toda creación, que es su permanencia, no hay duda que la corriente que dentro de ella representa *Cuentos de Barro*, publicado en 1933, y a la que se suman principalmente *Trasmallo* (1954) y *Cuentos de Cipotes* (1945/1961) es la que se impone, y seduce por su capacidad de concretar artísticamente todo un mundo de raíces populares a través de una exaltación mágica del lenguaje.

Salarrué nació en Sonsonate, ciudad cabecera del departamento del mismo nombre en el occidente de El Salvador, y uno de los reductos culturales indígenas mejor definidos del país; Sonsonate es la tierra de los izalcos, descen-

dientes de tribus aztecas emigradas desde el norte, que protagonizan *Cuentos de Barro*, y es la tierra de su infancia, el paisaje que estaría presente en sus relatos desde *El Señor de la Burbuja*; pero fuera de ser una transparente reacción a sus vivencias más entrañables, *Cuentos de Barro*, dentro de lo que tiene de precisa demarcación etnológica y social, porque cubre desde dentro a unos habitantes y su geografía, representa también el punto máximo de desarrollo que la literatura costumbrista logra alcanzar en Centroamérica.

Es precisamente en El Salvador donde el realismo costumbrista, que es un fenómeno más o menos disperso en Centroamérica, concentra alguna fuerza, sobre todo con Arturo Ambrogui³, en quien Salarrué encontraría valiosas enseñanzas, pues según propia confesión la lectura de *El libro del Trópico*, encontrado en la librería Brentano de Nueva York en sus días de adolescente cuando disfrutaba de una beca para estudiar pintura en Estados Unidos, le resultaría decisiva: "Fíjate que yo me sabía de memoria el índice de *El libro del Trópico*, como que hubiera sido un poema: La Siesta, La Sacadera, la pesca bajo el sol... me llenaba de una cosa terrible que me ahogaba porque me acordaba de todo mi terruño..."⁴.

Salarrué logra con *Cuentos de Barro* no sólo la mejor de las realizaciones artísticas que el relato vernáculo pudo alcanzar, sino que en muchos sentidos prepara también su agotamiento, pues a partir de entonces, pese a la nutrida causa de seguidores que el género gana en Centroamérica, incluso dentro del estilo literario mismo de Salarrué, breve y metafórico, ya nunca más vuelve a alcanzar aquella excelencia, aunque cuentos regionales se siguen escribiendo por varias décadas más dentro de una fijación temática que provoca la identificación, o confusión, de la literatura nacional con la literatura vernácula, como si fuera del territorio regional no pudiera darse ningún otro tipo de narrativa, sobre todo en el cuento.

Raptos y venganzas de amor, velorios y duelos a machete, sacas de aguardiente clandestino y embrujos, procesiones de rogativa para la lluvia pasan a totalizar el mundo narrativo, y es la comarca poblana, el caserío, la finca, la expresión de ese mundo, que hunde sus raíces en el subsuelo de la tradición indígena, pues las leyendas anónimas pasan también a integrarlo.

Salarrué reconoce que la influencia del uruguayo Yamandú Rodríguez fue determinante para la concepción de *Cuentos de Barro*, lo mismo que la de Evaristo Carriego, además de la fundamental de *El Libro del Trópico*. Pero es a partir de sus propias elaboraciones que logra desarrollar un estilo sumamente particular, casi poemático, resolviendo los temas dentro de una sucesión de metáforas que desembocan en una metáfora final; como estampas, o bre-

³Arturo Ambrogui (1875-1936) nacido en El Salvador. Además de *El Libro del Trópico* (1915) sus principales libros son: *Crónicas marchitas* (1920) y *El Jetón* (1936), que contiene sus mejores relatos.

⁴*La Prensa Literaria Centroamericana*, N° 2, Vol. I, marzo de 1976. *Experiencias con Salarrué* (entrevista de José Roberto Cea) págs. 9/11.

ves acuarelas, sus cuentos se emparentan más con los hai-kais del guatemalteco Flavio Herrera⁵, contemporáneo suyo.

Salarrué concibe sus cuentos como Huidobro la poesía, que debe gustar por su unidad y por la fuerza de sus imágenes inéditas, propiedades que se encuentran condensadas en el hai-kai japonés, que trae a América José Juan Tablada, y que para la época en que se escriben los cuentos de barro, está en su apogeo, con J. Rubén Romero, José Gorostiza, Francisco Monterde y el propio Flavio Herrera, que imponen en la brevedad del trazo poético cierta sensorialidad heredada del modernismo⁶.

El tono nostálgico del hai-kai, la permanente alusión al paisaje, la sugestión por medio de la brevedad y el lirismo, la totalización mínima de los temas a manera de metáforas, la evidencia del trópico manifestada a través de los sentidos, la captación fugaz de situaciones y coloraciones del medio, la imagen exabrupta y la plasmación esquemática de paisaje, la tesitura poética del lenguaje gracias a un impulso emotivo, y en fin, esa ebullición del tumulto de metáforas que son características del hai-kai, integran línea a línea la concepción artística de *Cuentos de Barro*.

Si Arturo Ambrogui descubre a Salarrué su mundo temático a través de *El Libro del Trópico*, el lenguaje poético de sus cuentos le está dado a través de la aproximación metafórica de este tipo de poesía, que no podía pasarle desapercibido. La comparación de algunos textos de hai-kais de Flavio Herrera, con párrafos de *Cuentos de Barro*, nos dará la certeza de esta identificación:

Laguna:
abres tu jícara azul
para el chorro de la luna.

(II, *Bulbuxyá*)

Abre poco a poco el cielo
un millar de ojos de víbora
en la mata de su pelo.

(*Noche Estrellada, de Palo Verde*)

En un síncope amarillo
la tarde ensaya sus gonces
oxidados de grillos

(La laguneta)...

iba perdiendo sus sonrosos
de mango sazón y se ponía color
de campanilla, color de ojo de
ciego...

(*Bajo la Luna, de Cuentos de Barro*)

La tinaja de la noche se
había rajado en el flanco
y el agua de oro discurría
encharcándose al oriente...

(*La Tinaja, de Cuentos de Barro*)

La tarde se había perdido a
lo lejos dejando como estela
un esparajo de estrellas;
sobre la arena del mundo
los árboles se movían como cangrejos.

⁵Flavio Herrera (1895-1967) nacido en Guatemala. Novelista y narrador, escribió, entre otros: *La lente opaca* (cuentos, 1921); *El Tigre* (novela, 1932) y *Caos* (novela, 1949). Su obra poética, que se centra en el hai-kai, incluye *Bulbuxyá*, *Trópico* y *Palo Verde*.

⁶Putzeys, Guillermo. *El Hai Kai en Flavio Herrera*. Ed. Universitaria de Guatemala, Guatemala, 1968.

(*La Tarde, de Bulbuxyá*)

Esqueleto de animal
antediluviano. Aún canta
con la columna vertebral.

(*Marimba, de Trópico*)

(*El entierro, de Cuentos de Barro*)

A la marimba rústica le duele
el pecho y llora; tiemblan
de fiebre sus huesos de madera...

(*La Marimba, de Trasmallo*)

Pero además del nivel metafórico de su estructura, los cuentos buscan en un siguiente plano lograr una identificación de lenguaje popular, habla campesina matizada de valores arcaicos, voces indígenas, deformaciones fonéticas y neologismos que resultan de la propia invención del autor, para designar lugares y cosas, situaciones; la invención del lenguaje trata de totalizar una apropiación desde dentro de los personajes, como si la única manera de interpretar el mundo en palabras, para un campesino, fuera desde una textura lírica.

Pero, cabe ahora preguntarse ¿se trata de la invención total de un mundo, como en sus relatos de la atlántida perdida que divagan en un plano esotérico? Porque para toda una época de la literatura vernácula centroamericana, el indio, el campesino, y su paisaje, no fueron más que una invención, una realidad tan gaseosa como la de los planes astrales: por mucho tiempo, el escritor académico no hizo más que tender sus redes en el vacío para hacer su pesca milagrosa, provocando una falsificación sin límites de situaciones y personajes, como si el mundo rural colocado debajo de sus pies fuera el más lejano y extraño de los universos románticos, falsificaciones que alcanzaron antes que nada, al lenguaje.

Por el contrario, los cuentos vernáculos de Salarrué no sólo penetran un plano real y concreto por debajo de la superficie metafórica de su construcción, sino que logran deslindar y reproducir verdaderas relaciones sociales, conflictos de dominio: el personaje de *Cuentos de Barro* es el indio de Izaico, dueño de un habla vernácula que Salarrué tamiza a través de un filtro poético, de unas costumbres y unas creencias que afloran en los relatos; pero es también el siervo de la tierra, el colono desposeído que acampa en su antigua heredad expropiada, al cual se le da un lugar para vivir y una milpa más un pequeño jornal, a cambio de una oferta abierta de su fuerza de trabajo: "...como el agua del charco cuando el sol comienza a *ispíar* detrás de lo del doctor Martínez, que son los llanos que topan el cielo... "dice en *La Botija*... "Pashaca se peleaba las lomas. El patrón, que se asombraba del milagro que hiciera de José el más laborioso colono, dábale con gusto y sin medida luengas tierras... Y Pashaca sembraba por fuerza, porque el patrón exigía los censos..."

En este plano interno, no son personajes pintorescos arrancados a lo que más tarde serían las estampas litográficas de los calendarios de turismo, sino

⁷Idem. Los ejemplos son tomados de la antología poética que acompaña al libro.

aparceros, campesinos sin tierra, trabajadores estacionarios, pescadores sin fortuna, contrabandistas, peones, familias desarraigadas que emigran hacia Honduras con un fonógrafo a cuestas, atraídos por la fiebre del banano, o hacia las ciudades cabeceras de provincia, hacia la capital.

Pero menos, el ambiente, la vestimenta, las costumbres de los indios de Izalco pueden resultar de una invención gratuita; para la época en que nacen los cuentos de barro, un 35% de la población indígena de todo El Salvador está concentrada en el departamento de Sonsonate, y no sólo se conservan allí rasgos fundamentales de la lengua indígena, sino que la organización social responde a formas arcaicas; caciques, cofradías, relaciones familiares libres, un mundo cerrado bajo la vigilancia artera de los ladinos dueños de la tierra⁸.

Los relatos vernáculos de Salarrué tienen la propiedad de poder eliminar de su contexto la visión arcádica que la literatura costumbrista había impuesto al mismo mundo rural que él describe, pues las relaciones inocentes y felices que se daban en esta literatura estaban lejos de informar el proceso histórico salvadoreño del primer cuarto de siglo, donde la tónica de las sucesivas dictaduras militares impuestas por los terratenientes había sido la expropiación masiva de tierras contra los indígenas, sobre todo en las fértiles regiones del occidente del país, creándose así en definitiva el estado de servidumbre agraria de los campesinos izalcos, hombres de barro de los cuentos de barro.

Los textos que integran *Cuentos de Barro* se publican en periódicos y revistas locales hacia el final de la década de 1930, pero su aparición en libro en 1933 responde incluso a una coyuntura cultural que no puede pasar desapercibida. Al advenir la crisis económica mundial de 1929, comienza a desatarse una feroz represión popular; impera lo que en la historia del país se conoce como "el terror blanco", la policía ametralla manifestaciones de mujeres, se asesina a los campesinos, son quemados sus siembros⁹.

En diciembre de 1931 llega al poder a través de un golpe de estado el general Maximiliano Hernández Martínez, y en enero del siguiente año, se levanta una de las más formidables insurrecciones campesinas que registra la historia de América Latina: miles de campesinos izalcos salen a los caminos, asumen el gobierno de los pueblos y caseríos, toman las casas de los terratenientes y organizan la justicia popular¹⁰.

El ejército responde con una salvaje represión que indiscriminadamente alcanza a todos los habitantes indígenas de los departamentos de occidente, produciéndose una masacre que deja cerca de treinta mil muertos: Izalco, Nahuizalco, Salcoatitán, Sonzacate, que son aldeas de los izalcos, poblados de los campesinos de *Cuentos de Barro* son barridas por el fuego de la metralla; los

⁸Datos étnicos, demográficos y antropológicos sobre la población indígena del occidente de El Salvador, en Anderson Thomas R., *Matanza*, Ed. Universitaria Centroamericana (EDUCA) San José, 1976.

⁹Dalton, Roque, *Miguel Mármol*. Ed. Universitaria Centroamericana (EDUCA), San José, 1971.

¹⁰Idem.

indios izalcos asesinados, son los indios de *Cuentos de Barro*; y hay un Feliciano Ama, cacique de Izalco, caudillo de su pueblo, jefe de la cofradía del Espíritu Santo que muere ahorcado en una plaza pública como cabecilla de la rebelión, que parece salido de las páginas de *Cuentos de Barro*. En esos días de rebelión de enero de 1932, entra en erupción el volcán Izalco y las corrientes de lava encendida bajan por sus faldas.

Aunque más tarde en *Trasmallo* Salarrué dejaría testimonio de esta represión en el cuento *El espantajo*, la publicación de *Cuentos de Barro* en el año de 1933, tiene una verdadera significación política, que si no fue deliberada —y no es mi propósito probar la intención de este acto— sí constituyó, por sí, una respuesta frente al clima creado por los ladinos a raíz de la insurrección indígena y el asesinato masivo que la siguió; entre 1932 y 1935, en periódicos, en emisiones radiales, en folletos, en libros, se pide nada menos que la erradicación total de los indios.

En un folleto publicado en 1932, un ladino de Juayúa, Joaquín Méndez, dice: “Nos gustaría que esta raza pestilente fuera exterminada. . . Es necesario que el gobierno use mano dura. En Norteamérica tuvieron razón de matarlos a balazos antes de que pudieran impedir el progreso de la nación. Los mataron porque vieron que nunca los iban a pacificar. Aquí en cambio los tratamos como si fueran parte de la familia y ya ven los resultados. . .”¹¹.

Don Francisco Osegueda en un discurso radial, diría en 1932: “El campesino de antaño. . . aunque analfabeto. . . amaba a Dios, respetaba los derechos de sus semejantes, adoraba la familia y colaboraba con toda la gente. . . pero soliviantado. . . invade las ciudades con el corazón emponzoñado, embriagado con sus propios deseos egoístas. . .”¹².

Y el señor Adolfo Herrera Vega, en “El Indio occidental de El Salvador y su incorporación social por la escuela” afirmaba en 1935: “Son propensos a los vicios sexuales, son los portadores de las enfermedades venéreas y son alcohólicos. . . en la cofradía bebe demasiado, se vuelve criminal, cambia de mujer. . .”¹³

Es el momento en que se clama no sólo por la desaparición cultural, sino física de los indios izalcos, surge *Cuentos de Barro*, quizás en silencio, porque la aparición de las obras literarias en Centroamérica han sido siempre actos desapercibidos, reseñados apenas en las crónicas sociales de los periódicos; pero es una respuesta, porque los indios de Izalco están allí, seres sobre los cuales se ha tendido la mortaja, sobre los cuales ha llovido la metralla, como sobrevivientes de un naufragio sangriento, que hablan al mundo desde una lengua rica en matices líricos, que designan las cosas con palabras musicales como en el primer día, despiertan y resucitan, y en las páginas de *Cuentos de Barro* vuelven a adueñarse de su vieja valentía: de alguna manera, este

¹¹Méndez, Joaquín, *Los Sucesos comunistas de El Salvador*, San Salvador, 1932.

¹²Osegueda, Francisco, *Discurso radial*. Rep. en *Revista El Ateneo*, San Salvador, 1932.

¹³Herrera Vega, Adolfo. *El Indio Occidental en El Salvador*. San Salvador, 1935.

libro es el primer testimonio vivo que se da contra esa pretensión de exterminio transcrita antes, y de la cual existen innumerables ejemplos más.

Aunque el lenguaje tiene menos recurrencias metafóricas, *Trasmallo*, la colección de cuentos publicada en 1953, está directamente emparentada a *Cuentos de Barro*; y en cierta forma cierra este ciclo del autor, aunque en *La Espada y otras narraciones* (1960) y en *Breves Relatos* vuelva esporádicamente sobre los mismos temas.

Según declaraciones del mismo Salarrué¹⁴ los cuentos de *Trasmallo* fueron escritos para la misma época de *Cuentos de Barro*, aunque su aparición tuvo que ser demorada por razones que no explica; sin embargo, los relatos lucen como una segunda instancia ya descolorida, y un tanto repetitiva, no sólo en cuanto a los temas, sino también a los tratamientos empleados: no puede olvidarse que de cualquier manera, pasaron veinte años entre la publicación de ambas colecciones.

El ciclo vernáculo de Salarrué habría de cerrarse con *La Espada y otras narraciones*, publicado en 1960, y que en verdad contiene tres libros diferentes: *La Espada*, *Breves Relatos* y *Nébula Nova*. La última de las tres colecciones, sobre la que volveremos adelante, se aparta totalmente del tema regional y entra en los territorios cosmopolitas de Salarrué.

Los relatos encabezados por *La Espada*, son el único intento visible en toda la obra de Salarrué, por tratar temas que tienen que ver con el mundo rural o vernáculo salvadoreño, lejos del lenguaje barroco de *Cuentos de Barro*; existe también en ellos una pretensión de trascendencia, al escoger ciertos argumentos de leyendas vernáculas, para insertarlos dentro de una recreación de la tradición, que como en *La Virgen Desnuda*, toma un vuelo romántico.

En ese lenguaje desnudo, sobrio y sensual que Salarrué utiliza en *La Espada*, brillan mejor las referencias al paisaje, su paisaje de Izalco, y resurgen las verdes laderas del volcán, los cafetales, los pequeños pueblos indígenas de *El Señor de la Burbuja*, como en *El Venado* y *El ladrón de Dios*, con un dominio de la prosa más acabado. (La tenaz lucha entre el bien y el mal, seguirá siempre presente en estos relatos).

Con *Breves Relatos* se completa definitivamente la secuela vernácula, en ejercicios que se presentan en forma de retratos, pinceladas dispersas, estampas de finas percepciones, memorizaciones de personajes, como retratos de un cuadro que se ha quedado sin armar.

CUENTOS DE CIPOTES, MEMORIA HABLADA

Para el tiempo de la publicación de sus primeros relatos regionales en los periódicos salvadoreños; de su matrimonio, y de sus primeras experiencias astrales en forma de desdoblamientos, de sus tertulias literarias con Alberto

¹⁴Lindo, Hugo, *Prólogo a las Obras Escogidas de Salarrué*. En *Obras Escogidas*, Op. cit.

Guerra Trigueros, Claudia Lars, Serafín Quiteño, que también eran inclinados al espiritismo; de su estudio de pintura abierto en San Marcos y donde más allá de las primeras influencias de Zurbarán, ensayaba a pintar temas esotéricos, a manera de concepciones casi abstractas, que equiparaban a las sensaciones de *O'Yarkandal*; y en fin, para el tiempo en que su pobreza le obligaba a vivir con su mujer en un galerón prestado por la Cruz Roja, para la que trabajaba como oficial mayor, Salarrué comenzó a publicar sus *noticias para niños* a manera de rellenos en las páginas del diario *Patria* que dirigía don Alberto Masferrer, y a cuya planta de redacción Salarrué pertenecía.

Las *noticias para niños*, escritos ahora desconocidos pero que de una manera inocente y festiva trataban de servir intereses informativos infantiles¹⁵ dieron paso a los *Cuentos de Cipotes* que también comenzaron a publicarse en *Patria* alrededor de 1928, y que se recogieron en libro por primera vez en 1945, para lograr su edición definitiva, con la incorporación de todos los textos, en 1961.

El encanto de los *Cuentos de Cipotes* reside esencialmente en su pretensión de reproducir el lenguaje coloquial de los niños salvadoreños, un lenguaje que es ya urbano y callejero; utilizando siempre la metáfora, sólo que deformada en distintos juegos sintácticos, este lenguaje se alimenta de retahilas, refranes, deformaciones, contracciones, neologismos. Son relatos verbales, que en su incontenible fluir arrastran la anécdota que es a veces tan inocente como intrascendente, pero por la misma apropiación del juego sinfín de palabras, no menos graciosa.

“Son los cuentos que nuestro niño nos está contando, a su manera —dice Salarrué en *¿Qué hay en los Cuentos de Cipotes?* que sirve de introducción al libro— no a mi manera sino a su manera... se cuentan en todas partes pero el adulto no está escuchando por una sencilla razón: porque no cree al niño capaz de contar un cuento que pueda oír un mayor... él no quiere descender hasta ese plano mínimo de la atención y el propósito del niño falla; quizá nace fallido porque sabe de antemano que el adulto no lo entiende; pero sabe además que el niño compañero lo atenderá menos, y no teniendo el cuento de cipotes la atención concentrada del adulto se reducirá el cuento a mera chacota, divierta, motivo de risa crónica...”

Son, pues, relatos contados en soledad por el niño, que se sabe sin auditorio, posible: “El cuento de cipotes es la magia que provoca al adulto que hay en el fondo del niño para consolar al niño que hay en el fondo del adulto”.

Al otro lado del espejo de *Cuentos de Cipotes*, está otra colección de relatos hilvanados en la descripción de una experiencia, la del paso de la infancia a la adolescencia: *Ingrimo* (humorada juvenil) *Ideario* y *diario de un adolescente suicida*, incluido por primera vez en la edición de *Obras Escogidas*, está construido de acuerdo a las mismas reglas, (los mismos títulos descriptivos, a la manera de las aventuras de caballería, confirman la semejanza), sólo que

¹⁵La Prensa Literaria Centroamericana, cit.

aquí, lejos del juego libre de la imaginación infantil que se despliega en una pirotecnia verbal, las recurrencias teosofales de Salarrué vuelven a tomar cuerpo en las disparatadas reflexiones del adolescente, encarnado en la voz del narrador, que trata de organizar la visión del mundo que se le abre con el traspaso de la edad: "El infante es un niño que ya camina, pertenece a la infantería; no va todavía a caballo como los mayores, con toda la dignidad del caballero", explica en la nota introductiva del libro.

LA COSMOPOLIS, PUERTAS AFUERA

Una vez que la narrativa vernácula se había afianzado en el primer cuarto del siglo xx en el cuento regional, y la novela tendía a proseguir su búsqueda de la identidad americana, y a resolver la dualidad galleguiana de hombre contra naturaleza; al tiempo que arriban a Centroamérica, un poco tardíamente, los movimientos de vanguardia, un nuevo modelo toma cuerpo: la literatura cosmopolita, como panacea de lo universal.

Los narradores, Salarrué entre ellos, que apuntan hacia esta nueva meta que aparentemente contiene más amplias posibilidades de identificar la creación artística propia con la exterior, en la que bulle la cultura contemporánea tan deseada, establecen a priori una categoría para la literatura vernácula, que si puede comunicar en ciertos niveles algo de ese ser americano que se expone como forma de realización cultural, no es capaz de acceder a ese complejo mundo, exterior y cerrado de lo cosmopolita, que funciona de acuerdo a sus propias leyes.

Lo cosmopolita está integrado a la vista de estos escritores, por una serie de valores culturales que recogen no poco del ya pálido caudal modernista: feérico rumor de urbes, tráfigo de puertos lejanos, secretos orientales, una vida mundana exquisita y sensual, con nombres extranjeros para los personajes, todo envuelto en el humo de las creencias esotéricas, y cuándo no, talismanes teosofales en tumbas selladas, descubiertas al azar de una excavación.

La trasposición de mundos y de imágenes no puede ser sino total, para recrear la cosmópolis, pues en la Centroamérica de entonces, cuando la más refinada expresión de la realidad rural es la capital provinciana, no puede sino operarse una sustitución en lejanía; y como en los mejores tiempos modernistas, los escenarios deberán ser París, Singapur, Alejandría, parques desiertos, museos misteriosos, penhouses con extraños visitantes.

De alguna manera, Salarrué participa de la construcción de esta dualidad funesta de campo-ciudad, lo rural vernáculo, y lo ciudadano cosmopolita como valores excluyentes que no pueden cruzarse ni siquiera en el estilo de la escritura: Salarrué mismo se despoja de todos los matices poéticos de su lenguaje barroco de *Cuentos de Barro*, para escribir en severa prosa, limpia y lograda sin duda, sus narraciones cosmopolitas.

La perspectiva de apreciación para lo cosmopolita, será la de sus relieves exteriores, y en no pocos de los escritores centroamericanos que practican estas aproximaciones a un mundo ignorado, pero deseable, es posible encontrar incluso, rastros de imitaciones de estilos de traducción.

La creación del universo irreal, concebido a través de experiencias astrales, que aparece en *O'Yarkandal* y en *Remotando el Uluán*, dejará paso a una incorporación de las mismas proposiciones esotéricas en un cuerpo de relatos que comienza a desarrollarse en ambientes urbanos extranjeros, y que arranca sin duda de las experiencias de Salarrué, que vivió en la ciudad de Nueva York por lo menos en dos ocasiones: alrededor de 1917, cuando se traslada a Estados Unidos para estudiar pintura, junto con su primo Toño Salazar, que llegaría a ser un gran dibujante; y luego, cuando a finales de la década de 1940, desempeña el cargo de agregado cultural de El Salvador.

A este cuerpo pertenece la mayoría de los relatos contenidos en *Eso y Más*, escritos entre 1940 y 1962. Fuera de los que repiten sus mismas inquietudes morales sobre la valoración del bien y el mal, como *Eso*, *Pacto* y *El Niño Diablo*, que encabezan la colección y que conservan una atmósfera de abstracción de lugar, o una aura de antigüedad bíblica, los demás se integran al deseado territorio cosmopolita, que si no se identifica como Nueva York, se presiente como tal; o recurren a la fantasía tan generalizada de reencarnaciones, viajes al futuro, estatuillas de poderes mágicos, exostismos fantásticos y coincidencias sobrenaturales como en *El Buda Múltiple*, *El doble del dictador*, o *La Momia*.

Sin embargo, la tercera parte de *La Espada y otras narraciones*, su último libro de relatos publicado en 1960, y que titula *Nébulas Nova* (narraciones exóticas) es la muestra más acabada de su dedicación a este género cosmopolita: aquí conviven ya indiscriminadamente profesores de astronomía que descubren exentricidades espaciales a través de sus telescopios, cascos nazis guardados como reliquias en un apartamento de Manhattan que conservan propiedades mágicas para llamar visiones del pasado, manipuladas por vegetarianos yogas; hermanos siameses que además de personajes circenses se ven compelidos a entrar en la lucha permanente entre el bien y el mal; anillos de oricalco, vestigios de la antigua atlántida, encontrados en tumbas prehispánicas de las selvas de Yucatán por arqueólogos sajones; un Monsieur Doucet habitante filosofal de una isla del pacífico en tiempos de la segunda guerra mundial; en *Pintor de apariciones*, como experiencia autobiográfica, la historia de su cuadro *La Monja Blanca*, que por transmisiones parapsicológicas y asociaciones sobrenaturales, era ya el retrato de su modelo antes de conocerla en un manicomio; familias de volatines que despiertan en el trapecio a sus ilusiones de infinito, como los ángeles, en *Angel 140*; en fin, temas que funcionan de acuerdo a una mecánica en que lo fantástico, y donde la fantasía pasada por el tamiz de lo sobrenatural, impone sus reglas.

No pasa desapercibido, sí, en esta línea cosmopolita de Salarrué, que cuanto más trata de extender su temática hacia nuevos campos fantásticos, hacia

escenarios de tráfago mundano, el lenguaje de la narración, pese a sus inteligentes propiedades descriptivas, recuerda cada vez más a la prosa modernista, quizás porque entre su cosmópolis y la modernista, los pasos comunicantes sean más numerosos de lo que una ruptura con el universo vernáculo pueda hacer suponer: la pretensión de saltar desde lo local hacia lo universal, es ya una vieja ambición que en sus formas de cumplirse, es susceptible de los mismos ritos.

MODERNISMOS Y VANGUARDISMOS QUE CONVIVEN

En prueba de esa propiedad sincrónica que es constante en la literatura centroamericana, pues para la época en que la tendencia cosmopolita se hace más evidente, Rafael Arévalo Martínez¹⁶, el último de los narradores modernistas de la región, publica *El Mundo de los Marachías* (1938) y *Viaje a Ipanda* (1939), dos novelas cuya pretensión sería la misma de Salarrué en cuanto al redescubrimiento de mundos atlántidos sepultados, y encuentros con civilizaciones perdidas; y Rogelio Sinán¹⁷ que lleva por primera vez las formas de la vanguardia a su país, narrará sus travesías marinas, su estancia en Calcuta, en forma de cuentos exóticos y cosmopolitas, recogidos más tarde en *A la orilla de las estatuas maduras* (1946) y *Dos aventuras en el lejano oriente* (1947).

Con la *Sed de Slin Bader*, una novela de aventuras concebida para niños, y publicada en 1971, Salarrué cierra prácticamente su ciclo esotérico: el pirata, personaje de estas historias, sigue amarrado al mismo sino teosófico del autor, universo de creencias que no haría sino cerrarse en los últimos años de su vida. En la entrevista que concedió a José Roberto Cea pocos días antes de su muerte, están siempre allí, plenos en su mente: "existe el Dios absoluto, eso no se puede discutir ni tocar, ese lo representa el número Cero, es todo lo nuevo, eso es el Dios absoluto; pero el Dios manifestado se manifiesta primero en tres, la Trinidad: el uno, el dos y el tres... después de estos tres, como pasa con los tres colores primarios que son bien conocidos Rojo, Amarillo y Azul, que no se pueden conseguir mezclando los colores, pero de ellos nacen los otros cuatro, los secundarios. Todos hacen los siete colores distintos. Hay lo que se llama los siete rayos, que están guiados por entidades muy avanzadas, seres humanos que han llegado al Quinto Reino, esos no necesitan reencarnar, se han librado de las reencarnaciones...".¹⁸

¹⁶Rafael Arévalo Martínez (1884-1973), nacido en Guatemala. Su relato *El Hombre que parecía un caballo* (1914) le dio fama en Latinoamérica. Además de las novelas citadas en el texto, es autor de *Ecce Pericles!* un relato biográfico sobre el tirano Manuel Estrada Cabrera.

¹⁷Rogelio Sinán (1904), nacido en Panamá. *A la orilla de las estatuas maduras* incluye también cuentos que, como *la Boina Roja*, introducen por primera vez elementos psicológicos en la narrativa centroamericana.

¹⁸*La Prensa Literaria Centroamericana*, cit.

Su moral teosófica, tal como hemos pretendido esbozar antes, no participa sólo de esa parafernalia esotérica, sino que se cimenta más profundamente en una ética que mucho tuvo que ver con su modo de vida, casi claustral, de los últimos años, sacerdote de sus misterios atlántidos, vegetariano irreductible, que cuando salía al mundo desde su refugio en los Planes de Renderos, en las afueras de San Salvador, lo hacía con asombro, y temor, temor que por supuesto no sostuvo ante la muerte que para sus convicciones, no significaba más que el paso hacia otro plano astral.

"Si esto hubiera sido cáncer, diría de su enfermedad en los últimos días, yo no me doy un tiro como Jacinto Castellanos, sino que me voy al mar para morir peleando; yo creo que es mejor así, morir peleando... y en el mar lo lograría, tendría que bracear para estar a flote, y bueno, aquella inmensidad donde estás peleando y el espacio arriba"¹⁹.

Esa calidad ética, de resistencia en la vida, y frente a acosos que no son sino contingencias fatales de su destino, en segura espera de su reencarnación a través de las edades, está cimentada en exposiciones filosóficas, de una religiosidad laica, en tres breves libros: *Conjeturas en la Penumbra* (decaencia de la Santidad) al cual ya se ha hecho referencia; *Vilanos*, y *El Libro desnudo*, texto estos últimos que no aparecen sino en la edición de sus Obras Escogidas.

Santos y malvados, ángeles y demonios, esos son los temas recurrentes de su disquisición permanente y central sobre el bien y el mal, contenidos en *Conjeturas en la Penumbra*, una defensa a ultranza de la verdadera santidad, de una santidad militante y valiente, que no se esconde en los nichos de las iglesias, donde sólo habitan los santos tranquilos y de buena digestión. En *Vilanos*, coloca breves sentencias filosóficas al estilo de los hai-kais, o imágenes poéticas que son hai-kais en sí; y en *El libro desnudo* (estancias en el camino) se repite una composición de viñetas, reflexiones, prosa de sentido bíblico y religioso: "Como dos parajes perdidos en la bruma inconsútil del universo: el bien y el mal. ¿Por qué vamos a poner una puerta o un muro en este camino para evitar que alguien pueda ir al mal?" pregunta en *El divino infierno*.

De su juventud en que conoció bastante de esa bohemia centroamericana, alegre y dispendiosa que congrega a los amigos para curarlos de las frustraciones culturales y de sus soledades tropicales, frente a la nostalgia feérica de las urbes; de sus días en el galpón de la Cruz Roja Salvadoreña, de sus estudios de pintura en los Estados Unidos, inscrito en Washington en la academia de un ruso gracias a la exigua beca que le otorgara el gobierno de los hermanos Meléndez, una de las escasas gracias de aquella dictadura; de sus estancias en Nueva York, de su retraimiento y de sus rechazos, pues renunció a los pocos meses al único cargo burocrático que tuvo, fuera de sus servicios diplomáticos, como director de Bellas Artes de El Salvador; de todo eso en fin, obtuvo esa firmeza moral desde la cual referirse en dos instancias

¹⁹Idem.

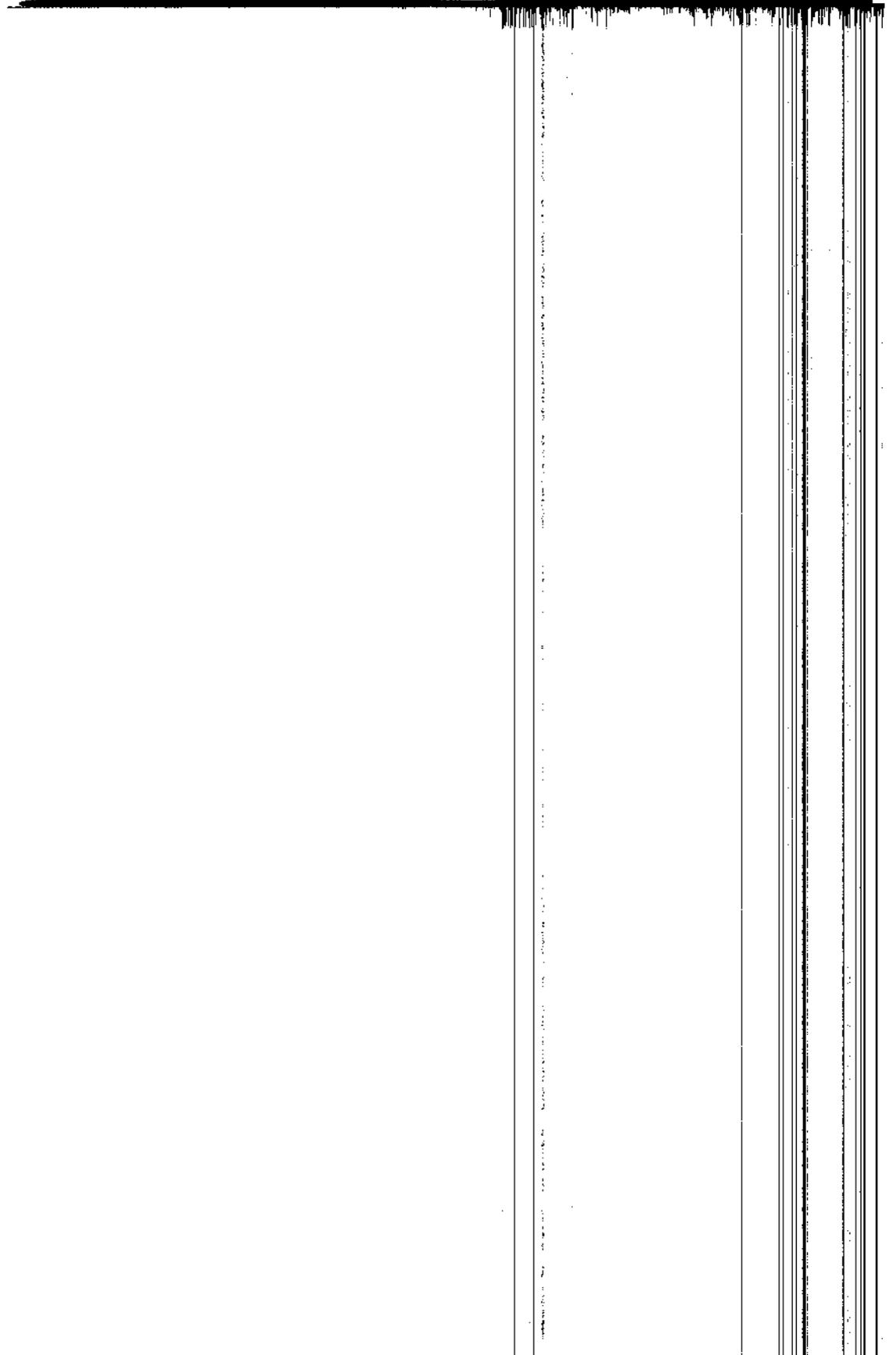
diferentes a sus dos mundos, para él reales y concretos los dos, sólo que ubicados en distintos planos astrales: el de *Cuentos de Barro* y *Cuentos de Cipotes*; y el de sus atlántidas sumidas bajo un mar ignoto, desde la cual llegaba a esta era, como último sobreviviente.

De niño en Sonsonate, o en Santa Tecla, adonde fue llevado a vivir a casa de un tío cuando naufragó el matrimonio de sus padres, el primer juego que había aprendido era el de contar cuentos a sus compañeros; sentado en las gradas de la puerta de su casa, les refería sus primeras historias.

Contar, que fue desde siempre su modo de resistir en el mundo. Y desde esa resistencia solitaria, su obra narrativa vindica el oficio de escritor en Centroamérica.

SERGIO RAMÍREZ

San José de Costa Rica, agosto/septiembre de 1976





EL ANGEL DEL ESPEJO
Y OTROS RELATOS

EL CRISTO NEGRO
(Leyenda de San Uraco)

(1927)

SAN URACO de la Selva, no se encuentra en el Martirologio pero podemos atrevernos a creer que debía hallarse allí, aunque en el mismo Cielo de Nuestro Señor y aun en el Infierno de los cornudos, se vieron en grueso aprieto para saber dónde debía quedar.

Nació en Santiago de los Caballeros allá por el año de 1567, hijo de Argo de la Selva y de la india Txinke, nieta de reyes, algo bruja, algo loca.

En la época a que vamos a referirnos (1583), gobernaba Guatemala el Licenciado García de Valverde, a ratos cruel como la mayoría de los Capitanes Generales, con una barba roja y cuadrada que untaba su coraza de reflejos sanguíneos, y sus manos huesosas y largas, cubiertas de vello rojo, parecían ensangrentadas de una manera indeleble, detalle que por lo demás, bien podía respaldar simbólicamente una verdad moral.

Argo de la Selva, noble ruin de Badajoz, había sido lugarteniente de Valverde durante más de seis años, hasta el día en que perdido el favor y acumuladas, sobre su persona una larga serie de crímenes, fue juzgado por el mismo Valverde y ahorcado en el patíbulo de *cerro largo*, que desde las ventanas del Ayuntamiento, aparecía sobre el cielo lejano, siempre cargado como la rama pródiga de algún árbol macabro.

Fue entonces que la india Txinque, madre de Uraco (mozo ya de dieciséis), entró una noche, nadie sabe cómo, en el palacio, armada su mano verde con un puñal envenenado y en pleno baile, intentó dar muerte horrible al Licenciado; pero no logró su intento y fue destrozada por la guardia y enclavada más tarde su cabeza en una lanza, en medio de la plaza de la ciudad.

Uraco huyó de la venganza del gobernador y fue a refugiarse al convento de San Francisco, hallando amparo a la sombra de Fray Francisco Salcedo su padrino de pila, quien se tomó el cargo de instruirle en la lengua de Castilla y en la sagrada vida de Cristo.

Esto apasionó a Uraco y empezó su amor a Jesús con un tesón que hacía cavilar a los frailes y mover la cabeza negando antes que asintiendo, por

aquella locura y desenfreno. Algún monasta de rostro anudado le acusó de hipocresía, confirmada más tarde con la huida de Uraco y el robo de las joyas sagradas. ¿Qué pensaba el Hermano Francisco? Atenuaba, atribuyendo el robo a una locura amorosa que le hacía desear para sí sólo, lo que estaba en tanto contacto con la Divinidad.

Uraco, quien era ya entonces Fray Uraco aunque no profesara aún en la orden, aparentaba veinticinco años, su barba rala y negra de mestizo, daba a su rostro un no se sabía qué de malévoló. Delgado y gris, enfundado en el hábito sugería la idea —mil veces exorcizada por los monjes— del Demonio metido a fraile. No obstante, su voz clara y suave, que era como miel de alma, iba, al hablar, aclarándole en dulzura hasta modelar en él un agraciado del Cielo, tan esplendoroso, que hacía bajar la cabeza de los maledicentes.

Noches, de claro a claro, pasó este loco arrodillado enmedio del padrero, orando en el jardín, que a la mañana se llenaba de rosas blancas, acaso surgidas en la noche al auspicio de aquel suave susurro que inquietara el silencio nocturno preñado de brotes.

Varias vces desapareció del convento durante muchas horas, sin que nadie pudiera decir a dónde iba. Cuando regresaba ponía por excusa a las paternales inquisiciones de Fray Francisco, sus visitas a los esclavos del cruel encomendero, para aliviar penas injustas y aprontar consejos salvadores. Pero en realidad era otra cosa lo que lo alejaba del convento y no tardó en saberse.

Una tarde en que Fray Uraco se paseaba recreándose junto al muro del jardín, —situado detrás de la celdería del convento— por una brecha abierta en el adobado a causa de los sismos, vio a una mestiza enlutada, que le contemplaba con ojos sombríos y a la vez le sonreía con una sonrisa, tan blanca entre los cárdenos labios sensuales, y los lienzos negros, que parecía una rosa lánguida.

Como la mujer parecía así llamarle, el fraile, con las manos en las mangas y la sonrisa en los labios, acercóse y preguntóle:

¿Qué deseas buena mujer? ¿Puede el humilde Fray Uraco serte de utilidad?

—Acaso, sí, santo fraile. Mi buena suerte ha hecho que os vea al pasar y sólo ruego la clemencia del buen confesor y la clarividencia de vuestro santo consejo.

Invitóla el fraile a entrar, con un vago gesto que hizo desplegar una manga del hábito y fueron a sentarse al brocal del derruido pozo techado con un sombril de teja. Ella quiso hincar la rodilla en la arena pero él no lo permitió.

La mestiza exhalaba un fijo olor a unguento de canela y también de las frondas que ahora la noche ponía sombrías arrojándolas casi negras en masas de voluptuosa pesantez sobre la tierra amarilla, venían aromas de pantano que acariciaban de un modo sensual inquietante. La mujer era joven y era bella, pero Uraco era incorruptible y su sangre sólo vibraba en la búsqueda del alma.

—Mi pecado, es grande, señor —empezó la mestiza—. Vivo en casa de mi señor, el notario Herrera y Caravejo, cuyo hijo me requiere de amores sin que yo pueda resistir ya más. Un constante desasosiego macera mi cuerpo y sólo suspiro —perdón señor—, a una pronta satisfacción de mis deseos. Voy a morir si no cedo, y si cedo, tiemblo por el peligro. El señor mi amo se entera, y será condenada, ¡Dios sabe a qué!

La mujer escondió la cabeza entre las manos y sollozó.

Uraco la miraba atónito, encendido en sorpresa e indeciso en la respuesta. A través de la piel amarilla de la muchacha advertía, sin esfuerzo el resplandor demoníaco de los poseídos; cierto reflejo rojizo y metálico de una luz soterrada. Dijo:

—¡Gran pecado es la tentación! . . . ¡Pecado grande sería el de ese joven, casi niño, a quien pretendes hacer caer en el fango. . . ¿No puedes resistir con la idea de Cristo Nuestro Señor, muerto en la cruz por virtud? . . .

—¡Oh, Fray Uraco, no puedo más! Lo he intentado en vano. Estoy poseída de Maligno y voy a morir si no lleno mi criminal deseo. . .

—¿Tú le amas? . . . —Preguntó el fraile.

—¡No sé! . . . ¡Sólo sé que esta virginidad de mi barro y este vacío de mis entrañas me están devorando viva como un fuego del Infierno! . . .

El fraile hizo el signo de la cruz sobre el cielo claro e inclinado después sobre la hembra, susurró largo rato con lágrimas en los ojos.

Mucho fue el silencio y después una sombra negra y furtiva huía por la brecha del adobado mientras en medio del pedrero, abiertos los brazos, el pecador elevaba su plegaria tan alto, que ya no sólo florecía el jardín sino que del cielo brotaban las constelaciones en un lento derroche.

Habían pasado tres años desde este incidente. Fray Uraco persistía en aquellas escapatorias misteriosas, socorriendo y aconsejando a supuestos esclavos. El Prior Salcedo, en cambio, era noticiado de que el prófugo se encerraba, con una mujer de quien tenía un hijo, en una casa de los suburbios y no salía de allí muchas veces hasta después de dos días.

Los monastas no ignoraban estos detalles y no lo dudaron nunca, tal era la profunda convicción que tenían de que el Diabolo moraba en aquel santo recinto bajo el hábito de Fray Uraco.

No obstante, Fray Uraco era aún tolerado; no por los compañeros (que de buena gana le habrían quemado vivo en medio de la plaza) sino por el Prior, quien no dudó nunca de que aquel cerebro estaba perturbado y de que era caridad asilarle en el convento para bien de todo el mundo, del mismo fraile y por Cristo misericordioso.

Efectivamente, Fray Uraco vivía a hurtadillas con una mujer de quien tenía un hijo. La fogosa mestiza que aquella tarde, en el propio jardín del convento le obligara a pecar, para que otro no pecara, había concebido en virtud de la fatalidad y el monje, avisado, ayudó a la hembra para huir de la casa del notario y para lo demás, alojándola en la cabaña de una vieja india que le limpiaba las ropas y le cocía las hierbas brujas, que aligeran, e impiden los desgarros.

Fue padre por fin, y un nuevo amor, un inmenso amor germinó en su corazón para aquel hijo del pecado, hijo infernal que no obstante sonreía como un ángel y era blanco como su padre Argo. Mas, para que el orgullo no le obligase a sonreír de una tan cruel afrenta en la faz del Señor, Fray Uraco untaba la comisura de sus labios con goma de nance, que rasgaba la pulpa carnosa con grandes dolores, al menor gesto de complacencia. Así y todo, no podía impedir que su blanco corazón se esponjase como una rosa plena y se iluminase como una aurora de mayo a la vista del hijo inevitable.

El dolor no tardó en invadir poco a poco el corazón del santo. Cuando el niño fue creciendo, hacíase necesario corregir sus caprichos. La madre (de temperamento áspero) así lo aseguraba y trémula de cólera se lanzaba muchas veces sobre el chico, con la cuerda en alto, siendo detenida por el fraile, quien, con lágrimas corriéndole en la faz torcida, hacía efectivo el furor de la madre en las espaldas del niño. Por su parte el chico iba cobrando miedo y después odio a este monstruo encapuchado que le martirizaba echando aguas de rabia por los ojos. Luego que veía llegar a su padre, corría a ocultarse o buscaba protección en las sayas maternas, mientras Uraco, con frases cariñosas, se esforzaba en vano por atraerle.

¡Y todo porque ella no pecara! . . .

Regresando una noche de luna al convento y al llegar cerca de las tapias ruinosas del jardín, escuchó trémulo una conversación entre el hortelano y el lego llavero. Se trataba de robar las joyas del retablo; los vasos de oro recamados, los ornamentos de pedrería, la plata de los oficios. . . Si se hubiera mostrado de seguro que le habrían matado. Estaba en poder de un secreto que podía llevarles a la horca aquella misma mañana; pero el Señor le enviaba antes de que aquellas desgraciadas criaturas manchasen sus manos en tan horrendo sacrilegio: él lo haría, él robaría el ofertorio, él amasaría los metales y arrancaría las gemas para que fueran trocadas por ellos en el oro codiciado, pidiéndoles que huyeran pronto. Así lo hizo el santo fraile y mientras veía entre sus manos el brillo avivado por las sombras, de todo aquel tesoro sagrado, esperaba con resignación que un rayo del Cielo fulminara su mísero cuerpo y enviara su alma condenada, a los profundos antros de la Eternidad.

Nada, sin embargo, ocurrió y ahí quedaba sobre la tierra para su propio escarnio, cargando con su alma encenagada y su cuerpo asqueroso.

No volvió al convento. Arrojando el hábito lejos de sí, huyó también. Fuese a las montañas conviviendo durante largo tiempo con las fieras y los pájaros, alimentándose con frutas y raíces y asilándose en las cuevas.

El amor al hijo podía más que el recelo al castigo. Se había oído rumor de que Fray Uraco era visto a altas horas ganar los aledaños y entrar en el recinto de la vieja casa. Ya no se dudaba de su maldad. Era un profano y un ladrón, prófugo y renegado. Sólo el prior Francisco Salcedo hacía aún un huequecillo en su piedad, respondiendo a las abominables acumulaciones sobre

el ex-fraile, que era un cerebro lesionado, y que pidieran a Dios para que le dejase entrar en su gracia.

Los que habían creído ver a Fray Uraco entrar por las noches en la población, no se habían engañado. De cuando en cuando, el pobre llegaba de la montaña escurriéndose con esa habilidad que aprendiera del tacuazín y el mapache, convecinos de selva, y medrosamente, jadeosamente, entraba en la casa de la india para ver al hijo, para llorar ante el hijo que siempre le temía, más aún ahora que su ropa hecha jirones mostraba la angulosidad de sus huesos envueltos en aquella piel cobriza. El niño había cumplido cuatro años. Era castaño de pelo y claro de piel, robusto, pero triste. En su almita tímida parecía pesar constantemente el fantasma de su padre, aquel ser grotesco que le castigara tantas veces con cara de piedad. ¿Por qué aquel hombre era así? Empezaba a distinguir el infante la hipocresía en el ser humano, sin saber cómo nombrarla y espántandole más que nada. Se había visto ya afrentado por muchos en la sangre de su padre, había oído que su padre, aquél, era un ladrón y un sacrilego y no lo dudó jamás, hubiéralo creído todo antes de creer que su padre era un santo. La madre confirmaba de un modo vago aquella historia y el niño habíale oído llamarle con sus labios: perro sarnoso.

Cierta noche el hijo había denunciado al padre, corriendo a la calle y llamando a voces a los vecinos: "¡al ladrón, al ladrón! decía. Y armados de garrotes, las gentes corrieron en la noche tras el hombre, que huía, huía locamente, con lágrimas en los ojos como un perro acosado. Una piedra le derribó en el polvo, pero logró ganar a rastras el bosque y con ayuda de las tinieblas volver a verse libre.

Anduvo, anduvo mucho, arrastrándose en lo más intrincado de la selva, ganando largos trechos en medio de los arroyos, durmiendo en las ramas de los altos árboles, por temor a las fieras, despedazado el traje y la piel. . . y el corazón. Comía raíces cuando no hallaba frutas y oraba arrodillado en los riscos o en los claros de bosque donde el sol caía a plomo en las horas meridianas.

Una honda herida le cruzaba la frente en sentido diagonal y el pus amarillento, trasudando sobre una carnaza verdosa de gangrena, se confundía a veces con sus lágrimas. Veníanle cortos estremecimientos de frío y largos lapsos de fiebre cuya sed calmaba, a falta de agua corriente, con la de los pantanos apestosos o con la humedad salobre de sus lágrimas.

Una hermosa noche de luna llena, en el paroxismo de su fiebre, sentado sobre la hojarasca en un claro del bosque, vio llegar una hiena de ojos sanguíneos y erizadas cerdas, que parándose frente a frente, le miraba en silencio. Hizo la señal de la cruz y sus recios labios articularon apenas el nombre de Jesús. La fiebre entonces, se convirtió en una piedra. La sed apremiaba. Grandes gotas de rocío caían de las altas hojas acariciando dulcemente la faz del moribundo. De pronto un agitar de alas batió el aire por sobre su cuerpo y cuando el fraile logró entreabrir los párpados, vio ante sí una sombra oscura

que tenía dos enarcadas alas abiertas como las de un ángel y que tendía las manos hacia él.

Con un esfuerzo supremo, logró sentarse y abrir los ojos. Tenía ante sí un ángel, pero era un ángel negro, de clámide vaporosamente negra y que llevaba entre las manos un cáliz, negro también, lleno hasta los bordes.

El ángel invitaba y el fraile, ya sin llorar, ya sin recelar, como en un vago sueño, tomó de las manos angélicas la copa y la vació anhelante.

Luego entró en un pesado sopor y cuando los pájaros le despertaron con sus melodías salvajes, el bosque se doraba al sol y él se sintió fuerte, sano y alegre. Sobre su frente la herida, estaba ya cicatrizada.

Largo tiempo meditó sobre aquel extraño y milagroso sueño y no supo pensar si el favor le llegaba del Cielo o del Infierno; por la mano de un ángel sombrío o por la de un demonio quemado. Seguro de que su alma estaba ya vendida a Satán, no vaciló en creerlo todo obra suya. Así le prolongaba la vida para su servicio, que él prestábale gozoso por amor a Jesús. Comparó allí mismo su vida, con la de los reptiles que trepaban por las ramas anillándose y babeando encima de las hojas brillantes. Había sido su vida para la traición y el crimen; deshonorando primero a una virgen; martirizando después a un niño; robando las joyas sagradas de un altar. . . Pero al ver a los pájaros espulgándose entre las ramas floridas y las mariposas flojamente alegres entre el frondal, creía oír una suave voz como la del arroyo que le decía: "Todo por el amor de Jesús. ¿No salvaste acaso del pecado mortal a un niño mal avisado? Cuando maltratabas a su hijo, ¿no desgarrabas tu propio corazón y hacías brotar en aquél las flores de amor para la buena madre? Has liberado del Infierno a dos hombres tentados por el maligno. ¿No es todo eso amor? ¿Cristo no habría hecho otro tanto?"

Al pensar así se horrorizaba. ¡Oh, no; Nuestro Señor no habría cometido infamias tan grandes. Habría hallado el modo de arreglar todo bien! . . .

Sentíase perdido irremediablemente y sin embargo confiaba en la clemencia de Jesús, en aquella injusticia de Dios que se llama Misericordia.

Arrodillóse el santo hombre sobre las frescas hierbas y dio gracias al Cielo que aún reservaba para su pobre vida la protección del Demonio. Así permaneció largo rato en éxtasis ante toda aquella grandeza. Los altos troncos escurrián aún el rocío que resbalaba en fogosas gotas de oro o en argentados regueros. Los pájaros festejaban en el grato calor del ambiente, derrochando la alegría de sus corazones musicales entre las hojas esponjadas y un tierno perfume de menta subía en lentos efluvios, ungiendo el aire y suavizándolo. Todo parecía querer cantar. Fray Uraco sentíase ágil, rejuvenecido. Se alzó por fin y tomando entre sus manos una rama a modo de cayado, marchó entre las plantas admirando de un modo goloso la belleza de las cosas terrenales.

Así anduvo mucho tiempo y por fin llegó a una pradera donde las altas hierbas, cimbrando al soplo de la brisa, iban desvaneciendo su verdor hasta azularlo

en la lejanía donde una laguna de coruscantes aguas, resplandecía bajo el Sol.

Respirando tanta amplitud, el santo varón alzó las manos en un abrazo a la gloria y hermosura del paraje. De repente, de uno de los árboles vecinos, vio saltar un enorme gato, un jaguar de tonos metálicos.

La maleza se abrió en un ancho trecho y un grito de espanto que estremeció a Fray Uraco, hizo callar a los pájaros. Vacilante el santo hombre, se acercó y vio lo que pasaba.

Tirado en el suelo, con las patas al aire, un cervato, sangrando ya, hacía desesperados esfuerzos por librarse de la fiera, que, cual si se gozara en su obra, tenía cogido bajo una de sus patas, y mirábale de hito en hito, con voluptuosa complacencia.

El jaguar iba a destrozar por fin la cabeza del indefenso ciervo, pero en aquel momento, una mano fuerte le sujetó arrebatándole la presa con la rapidez del viento.

El terrible felino recogióse, sorprendido al pronto. Era Fray Uraco que le arrojaba a un lado diciéndole cual si hubiera podido entenderle: "¿Qué haces, pobre bestia?" Y rompiendo la columna al cervato de un sólo golpe con su bastón, le arrojó muerto a los pies de la fiera gritando: "¡Toma, Dios me perdone! . . ."

Después de mirarle de un modo estúpido, el jaguar, con la presa entre las fauces; de un salto penetró en el bosque.

Todo aquel día, que fue ardoroso y largo, permaneció el santo hombre, tendido boca abajo, en penitencia, en aquella pradera, bajo una cerrada nube de tábanos.

Otra vez débil, dolorido, fatigado, a la caída de la tarde, el santo varón, emprendió el éxodo. ¿A dónde iba; cuándo llegaría; por qué sus pasos seguían el rastro fulgurante de una esperanza; por qué el Señor no le arrojaba de una vez entre las llamas del Infierno, aquel Infierno de sobra ganado por él al servicio de Dios? . . .

Derivó toda la noche por aquella pradera, a la luz de la Luna. Ya no podía ver el lago; y las hierbas cada vez más altas, impedíanle a ratos ver el cielo. Caminaba haciéndose paso con esfuerzo y aprovechando las brechas abiertas por los siervos, que agitando el mar de verdura, como ráfagas vivas, huían al advertirle.

La noche siguiente la pasó toda andando siempre entre la hierba, con el agua hasta el tobillo, hudiéndose a veces en el fango de donde no creyó salir más. Los ofidios huían casi entre sus piernas, silbando recelosos. Sin hacer caso alguno de él las grandes iguanas de coroncha esmeralda, subíanle por los pies persiguiendo los insectos que en un monótono zumbido, no interrumpido, arrullaban el silencio nocturno perfumado y lunecido.

Rendido, hambriento, sudoroso; con una sed que lo estrangulaba; los pies llagados, desangrado por los insectos, que no se atrevía a espantar de sus carnes por temor a matarlos. Uraco llegó por fin antes de la aurora a orillas de

una laguna. Tendido de bruces sació la inmensa sed. Tuvo aun fuerza para lavar sus miembros derrengados, del cieno que los cubría y para comer algunos icacos que pudo encontrar a orillas del agua. Luego, acostado entre dos raíces, quedóse profundamente dormido.

Era ya medio día cuando un extraño rumor le puso en sobresalto. Dos saurios, con las cabezas fuera del agua le contemplaban moviendo la cola con lento ondular que estelaba el agua verde. Era su quietud casi cariñosa, como en muda adoración y protección. Tendidos largos en la calma del agua cortaban con sus masas oscuras la reverberación, como manchas en una gigantesca esmeralda. Uraco les miraba con repugnancia. Sentía su cuerpo maltrecho y atrofiadas las articulaciones.

No podía apenas moverse y veía con espanto las fauces cada vez más cerca de sus piernas.

¿Iba pues, a morir de tan cruel manera? Comenzó a rezar sin tratar ya de levantarse. Pero los saurios en vez de morderle se arrastraban a sus pies y le acariciaban como mejor podían, chafando con sus trompas ásperas sus pantorrillas.

Uraco comprendió: aquellos bichos le adoraban como a un dios. ¡Verdad! . . . Los reptiles son seres que adoran a Satanás. Gruesas lágrimas brotaron en sus ojos y quiso hacer con los dedos la señal de la cruz, pero estaba todo él entumecido y no lo pudo lograr.

Un día topó en la pradera con un piquete de soldados que iban a Jutiapa a las órdenes de un sargento llamado Fernán Pereda. Trató de huir, pero fue cogido y conducido con las manos atadas y a pie entre dos caballos.

Al llegar a Jutiapa nadie hubiera podido reconocerle. El polvo le había puesto gris y estaba tan flaco y extenuado por la fatiga que sólo un milagro le mantenía en pie.

A los pocos días se le dejó libre y fue tenido por loco al principio y después por santo. Todos los días se le veía por la plaza haciendo penitencia, arrodillado en una piedra angulosa y golpeándose el pecho fuertemente con ambos puños, elevada la faz al cielo, corriéndole las lágrimas por las descarnadas mejillas.

En aquel lugar vivía un mestizo llamado Orlando, hijo de una liberta anciana, hombre corpulento y bien intencionado que hacía el oficio de herrero.

Orlando acogió a Uraco en su choza; cuidó de él como de un hermano, compartiendo con él el pan de su casa y protestando de la ayuda que el buen fraile le prestaba casi forzosamente tirando todo el día del fuelle de la fragua.

Cierta vez pasó por el camino una comitiva, llevando en una litera a una enferma. Venía de muy lejos y estaba compuesta de caballeros, soldados y frailes. La enferma era la mujer del Oidor Alvaro Gómez de Abaunza y había sido secuestrada, como consecuencia de un ardid tramado por el Gobernador Valverde, mortal enemigo del Oidor. La joven acababa de ser rescatada, pero con tan mala suerte, que una flecha envenenada le había herido ligeramente el

muslo y durante la jornada la acción del veneno la había postrado y la había puesto mala.

Detúvose el cortejo a la sombra de una ceiba y dos caballeros, desmontando se llegaron a la herrería donde el buen Orlando castigaba a la sazón la punta de una lanza. Uraco, con los ojos extraviados, miraba lánguidamente las brasas que ardían torturadas por el fuelle y tiraba de la cuerda.

Al ver llegar aquella gente el herrero suspendió su trabajo y vino a recibirles en actitud servicial.

Uno de los caballeros dijo:

—Decid, buen hombre, ¿por ventura tenéis noticias de algún hechicero, curandero o cosa por el estilo, que haya en esta población y quiera venir al momento? Será bien pagado.

—Lejos de aquí dijo Orlando— hay una mujer bruja, pero no veo la razón de llamarla habiendo en Jutiapa un facultado doctor en medicina, el Hermano Claudio, Prior del convento.

—No es —dijo el otro caballero— un médico lo que tenemos menester en este momento, sino un hombre o mujer que sepa curar las heridas emponzoñadas que causan las flechas de los bárbaros.

El ex-fraile, quien se había acercado a escucharles, se adelantó a los caballeros y dijo:

—Yo sé curar las heridas, pero de un modo tan primitivo y cruel, que acaso no convenga a vuestras excelencias.

—Decid cuál —dijeron a una los visitantes.

—Succionando la herida con los labios.

El más alto de los caballeros dio un bote y echó mano a su espada mientras sus ojos inyectados parecían querer devorar al santo fraile, que bajó humildemente los suyos y esperó la carga. Pero el otro interpuso su brazo y dijo al Oidor, que no era otro el enojado:

—Pensad, señor de Abaunza, que la vida de vuestra esposa está en grave apuro y que tal es siempre de grosera y dolorosa la curación, como la dolencia que la necesita.

—Pero, —dijo el Oidor— ¿voy yo a permitir que labios plebeyos y oscuros se posen en las carnes de doña María, aunque fuera en otra parte menos vedada de su cuerpo? ¡No, mejor se muera!

Dio media vuelta y fue a reunirse con el cortejo. El otro caballero, moviendo la cabeza a la vez que encogiéndose de hombros, se fue tras él.

El herrero dijo volviendo a tomar el mazo:

—¿Por qué no lo hace él?...

Pero Uraco no contestó. Inmóvil en el camino, meditaba y se ponía poco después de rodillas para orar por la desgraciada peregrina.

En aquel momento se oyeron gritos y carreras. Un hombre vino por agua. La enferma se moría. Un viejo fraile se preparaba para la extremaunción. Caía la noche y entre retazos de cielo verde, palpitaban ya las primeras luces del espacio y las sombras se tendían en el camino inundando las veras.

Todos estaban de hinojos en redor de la litera de doña María. El señor Abaunza, con el rostro entre las manos, sollozaba. El fraile viejo, con las manos en cruz, rezaba apuradamente y pálido sobre las mantas acolchonadas con hierbas, la enferma con la fiebre muy alta, se estremecía apenas y por ratos llevaba las manos a la garganta y un grito ronco se escapaba de entre sus labios llenos de espumarajos y de babas. Era joven y bella sin duda; negros los cabellos y rizados y los dientes menudos y brillantes como las perlas.

Su bien formados senos transparentábanse bajo el escote blanco y con blanda turgencia, bajaban y subían inquietos como las ondas de un lago reposado.

Un cántico de buena-muerte se alzó de pronto, mezclándose su seca resonancia con los húmedos sollozos del marido. Pero he aquí que una sombra se adelanta entre las sombras y abriéndose paso entre la asustada comitiva, se llega a la enferma, y tomándole las manos con brusco ademán, la hace erguirse en el lecho de muerte y una voz ronca, trémula, candente, le grita:

—¡Alzate y sana en nombre del Demonio!!.

La consternación deja paralizados a los circunstantes, que escuchan aquellos llenos de pavor.

El señor Abaunza, en pie, no osa dar un paso. Con el cuerpo tembloroso, los ojos espantados y los labios flácidos, mira aturdido, cómo Uraco ayuda a su mujer a erguirse, a reclinarse en las almohadas. Observa la rápida reacción en la agonizante quien respira ahora mejor, entrecubre los párpados, deja de estar convulsa y se queda dormida y como sonriente.

Tres frailes lanzáronse entonces sobre Uraco y con la furia de unos poseídos empezaron a golpearle con las cuerdas arrancadas de sus sayos, exorcizándole a voces y maldiciéndole.

Uraco, encogido, sumiso, embriagado por un vago misterio de horror y de grandeza, mezcla de terror y orgullo, que brotaba del fondo de su ambiguo ser, cayó arrodillado en el polvo del camino, sintiendo doblegarse su alma bajo el peso de lo sobrenatural, como una rama cargada de frutos agridulces y sintiendo en sus carnes, como caricias los golpes, mientras sangraba miel de perdón por las heridas que en su espíritu causaban las maldiciones de los franciscanos.

No cabía duda de que se había operado un milagro, de que él, Uraco, en nombre del Demonio, amo y señor de su alma (que cada día se alejaba más de Dios por el inmenso amor que le guardaba), había hecho un milagro, arrancando de la muerte a doña María. Casi tanto como hiciera aquel que alzó de entre los muertos a Lázaro, con un breve: “¡Surge et ambula!”. Pero ¡oh!, de qué distinta fuerza se había valido su loca abnegación... Nada había impedido al Maligno el concederle a él, a él sólo, el don de desviar el inminente zarpazo de la Muerte, el de hacer posible lo imposible.

Luego entonces, el Demonio le protegía aún, cedía a sus ruegos, condescendía... Había pues, en él, algo que ganar. Tenía aquel, interés en servirle, en atraerle. No le abandonaba como a cosa propia, suya, ganada, presa ya en sus redes. Había un lazo que le ataba todavía al Reino de los Cielos. Quedaban en su rosal algunas rosas. Podía esperar misericordia.

Esta duda preñada de misterio, llena de una dulce promesa, bálsamo de esperanza, pesó en aquel momento sobre el alma del fraile arrodillado, que sonreía llorando, sin hacer esfuerzo alguno por escapar a la cólera de los exaltados religiosos.

—¡¡Brujo!! —gritábanle— ¡¡Energúmeno, hechicero infernal!! ¡¡Devuelve a Dios el alma que reclama y que le robas condenándola en los antros de Satán, por un miserable préstamo de vida!! ¡Aleja el hechizo! ¡Devuélvenos el alma de doña María, que sólo es del Señor!...

Y seguían maltratándole despiadadamente, hasta que un brazo fuerte y rapaz les arrancó las cuerdas arrollándoles en bravo empuje y amparando contra su pecho al ex fraile, que estaba ya casi desmayado. Era Orlando el herrero.

El señor de Abaunza, que había presenciado indeciso la escena, intervino entonces, pidiendo piedad para aquel hombre que, bueno o malo, le había devuelto lo que más preciaba de sus bienes terrenales. Quiso hacerles ver que su esposa no tenía por qué temer nada del Maligno, pues que no había contraído con él deuda de alma y que por el contrario, todo se había hecho a cargo y razón del hereje, a quien había de corresponder, y con justicia, entregándole dos talegos llenos, para su bien gozar, antes de la eterna condenación.

Los franciscanos discutieron y protestaron, descarnando un odio loco hacia aquellos blasfemos mestizos, a quienes acusarían y llevarían ante el tribunal inquisitorial sin más tardanza en seguida; montando, en efecto, y alejándose por la sombría calle hacia el convento.

Doña María, entretanto, habíase reanimado y sosegadamente, pálida y flácida, pedía un poco de agua y una calma para su sueño. Sentíase mejor. No le dolía la herida y sólo un leve mateo la tenía indispueta.

Suave claridad se diluía en el espacio azulando la noche y dulcificando el paisaje. Era la Luna anunciando su orto tras los ciertos enmontañados que en oleadas inmensas invadían el sereno horizonte. Brisas extraviadas hacían cimbrar las ramas negras, en todas direcciones, produciendo en las frondas un vago rumor de marea. El señor de Abaunza, turbado, sí que contento, se acercó a la choza en donde Orlando lavaba con ternura de padre las carnes maltratadas del santo.

—A fe mía —dijo— que sólo hallaréis salvación en la fuga. Tomad ese oro y huid por las montañas a otra parte, pues esos frailes os matarán de fijo.

—Yo no puedo dejar a mi madre —dijo Orlando— y tampoco puedo llevarla, puesto que no se halla en condiciones de hacer una jornada. Está ciega y parálitica.

Y luego, bajando la voz e inclinado sobre el oído del caballero, murmuró:

—Este hombre, a quien de grado asilo en mi casa, es tenido por loco y nada habrá de ocurrirle, mas yo creo que antes bien es un santo y no un loco o un demonio.

—De que es un hechicero a mí no me resta duda, ha pactado con el Diablo. Ya habéis visto cómo en su nombre ha devuelto la salud a mi esposa —contestó el Oídor meneando la cabeza—. Le ahorcarán o le quemarán en público.

Haced lo que os digo si estimáis en algo vuestro pellejo. Podéis tomar dos de mis bestias y marcharos a Cuscatlán.

—Yo no debo dejar a Orlando —dijo Uraco contrito—. Es el único ser que ha aprontado un bálsamo a mis dolores.

Pero Orlando protestaba y quería que el ex fraile se fuera y le dejara abandonado a su suerte.

Uraco prometió al fin marcharse, y despidiéndose con lágrimas y sollozos, montó y se perdió en los recodos del camino. Pero no bien hubo andado una milla, cuando se detuvo en un bosquecillo en el que dio libertad a su caballo y rondando el pueblo, volvió a entrar en él y se ocultó en la casa de un anciano, su amigo.

Al día siguiente, Orlando había sido preso y conducido más tarde ante el Santo Oficio. Era acusado de convivir con el Demonio, de darle asilo en su casa, de haber blasfemado, de haber maltratado a unos frailes, por lo que fue condenado a morir en la hoguera, pero por intercesión del señor de Abaunza, se le permutó por la muerte a palos.

Sin embargo, se presentaba una gran dificultad para llevar a efecto la condena. No había verdugo en Jutiapa y por halagadora que se hizo la oferta, nadie quiso hacerse cargo de la plaza. El que hasta entonces había hecho de verdugo, estaba en cama moribundo, con fiebre maligna.

Ante semejante contratiempo, el ávido furor de los frailes se encabritaba y rugía, pero con el transcurso de los días se apaciguaba y se aplacó a tal punto, que ofrecieron a Orlando el perdón de su vida, para que se hiciera cargo de aquel infame oficio de que tanta necesidad había el clero vengador.

Orlando aceptó, por su madre y por su vida, llenando de gozo el alma de los crueles, que miraban en su recia contextura, un soberbio ejemplar del verdugato.

No se soñó siquiera, en buscar a Uraco, tan convencido estaban de que se trataba del Demonio en persona.

Doña María estaba ya completamente repuesta, su herida casi cicatrizada, y a los pocos días pudo seguir su viaje a Santiago de Guatemala, en donde pensaba acabar de restablecerse con ayuda de Dios y de la Ciencia.

Dos meses habían transcurrido, después de los acontecimientos que quedaban descritos; de nuevo se reunía hoy el tribunal inquisitorial, para juzgar a dos hombres que habían robado a un fraile cuando se encaminaba a la Capitanía conduciendo los diezmos de Sonsonate. Los ladrones fueron condenados a la horca, para lo cual se dio aviso al verdugo, quien debía ejecutarlos al amanecer del día siguiente.

La noticia se corrió por el pueblo despertando en todos una salvaje curiosidad.

Hacía seis meses que no ocurría en aquel lugar cosa semejante.

La gente (y en especial, la soldadesca) tenía sed de sangre.

Aquella noche una sombra furtiva rondaba la casa de Orlando el verdugo; se ocultaba tras los troncos del solar propincuo pasando inquieta de uno a otro y avanzando cada vez más. Una luz brillaba en la ventana y se oían las voces de dos hombres y el arrastrar intermitente de una cadena de grillete.

La noche estaba oscura. El silencio era sólo cortado por el grito de los tecolotes y el chirriar de los grillos. De vez en cuando, un rápido lampo llenaba el cielo de un ámbito a otro, dejando ver las nubes, que en muda avalancha invadían los cielos.

Dos hombres salieron al camino y se dispusieron a entrar en el pueblo. Uno de ellos era Orlando que llevaba una cadena atada al tobillo y rematada por una bola de hierro, que recogía con sus manos para poder andar con libertad. El otro caminaba sin cadena y hablaba acaloradamente.

Entonces el espía salió al camino y aproximándoseles por la espalda con atolondrada decisión, se arrojó sobre el gigantesco verdugo. Un puñal brilló a la luz de un relámpago y un grito ahogado se escapó de los labios del herrero, quién cayó muerto al momento. El otro arremetió contra el traidor y le desarmó sin esfuerzo. A la luz de los lampos, reconoció la renegrida y llorosa cara de Uraco, el ex-fraile, el endemoniado. Llevóle preso.

Al día siguiente, una multitud ávida, descaradamente cruel, se aglomeraba en redor del patíbulo.

En un montículo convenientemente allanado, se hallaba la mesa de los jueces. Altos clérigos presidían ataviados con tricornios y dalmáticas negras. Sus caras de pedernal, impávidas y rígidas, se enmarcaban en las espumosas golos de encaje, con terrorífica expresión de inmutable rigor.

De pie sobre el tablado, había un hombre negro y escueto, que no era Orlando y que con las cuerdas enroscadas a los brazos, permanecía quieto, con los ojos fijos en el lejano cielo, como si se hallara en meditación y lejos de la muchedumbre, que fijaba espantada sus ojos glotones en el que había reconocido ser Uraco, el que fue loco, pasó a ser santo y se tornó un día, demonio.

El santo hombre había llegado al patíbulo, no para purgar en él la larga cadena de crímenes en que su vida se había resuelto, sino como verdugo, para continuarla, para desbordar en sangre hermana todo el inmenso amor de su alma, enajenada por amor, loca de amor, sublimemente mala.

Era una vez más el instrumento de la fatalidad, apartando siempre la mano que se tendía en servicio del mal, para interponer la suya. Vengador de extraños odios. Colmador de ajenos instintos rapaces. Había dado muerte al hombre que le acogiera con los brazos abiertos, le sentara en su mesa, compartiera con él su lecho. Alevosamente, por la espalda, había asesinado a Orlando; Orlando, caritativo y noble espíritu que lleno de gozo le dispensara una decidida protección.

El haría ahora de verdugo, no sabía cuanto tiempo, hundiendo sus manos hasta el fondo en la sangre del Señor, para que otras no se mancharan. Para

él sería todo el fango. El arrollaría con toda la infamia de la Tierra, arrebatándola a los otros, a estocadas si se hacía preciso. Sólo él cargaría con las culpas, cayendo y alzándose apenas, para recoger un poco más de escoria. Arrastrando en su camino aquel fardo de su conciencia, lleno de horror y de dolor, como Jesús en la calle de la Amargura con la cruz de su gloria.

Cristo había venido para predicar el Bien. El no lo predicaba ni hubiera soñado esperar mejor cosecha. El venía para amenguar el Mal. No para lavar la mancha de los hombres, sino para evitar que se mancharan más. Hubiera querido ser múltiple en el mundo; alargar su brazo entre los hombres doquiera el mal estaba por hacerse. Extender el radio de sus crímenes por el orbe entero. Hacerse el instrumento del mal, de y para la Humanidad. Luchar por ser él sólo el cruel, él sólo el monstruo, él sólo el maldito. Luchaba en fin, por monopolizar el pecado; por ser el Demonio. Luchaba pues, por ser el Demonio, pero un demonio egoísta, que acaparara para sí todo el mal de los hombres; no permitir que otro untara sus manos en su fango, su tesoro, el suyo, ganado al mundo en noble lid y por servicio del Señor.

Sentíase, soñando, algo así como el agua de un bautismo más amplio que el de Juan, pues que corría por el cuerpo de los pueblos, lavando, no sólo la mácula del pecado original, sino todas las manchas. El quería ser la fuente inmensa, fuente de amor, para las abluciones de una Humanidad asaz mugrienta, aunque la claridad de sus linfas quedara convertida en turbia grasa de pecado, negra como la pez, hedionda como la propia podredumbre. Una instintiva esperanza, le quedaba así y todo, pues, harto sabía él que de la podredumbre brota el germen de la vida y que la misericordia y dulzura de Dios, penetra hasta el antro más profundo de los infiernos del Infierno.

Ahora estaba preparado para ahorcar a dos criaturas que habían sido tentadas por el demonio de la codicia. Mañana tendría que alzar el hacha sobre el cuello de nuevas víctimas, que encender la pira de espantosos suplicios, que horadar las carnes con hierros candentes, arrancar la piel de sus hermanos con tenazas dentadas, mayugarles las espaldas a fuerza de garrote y quizás ahogarles entre sus propias manos. Pero no lo harían otros.

Pasó el tiempo. La debilidad de Uraco fue siendo poco a poco conocida sin ser comprendida. Los ladrones, los asesinos, los traidores, todos los prostituidos y malhechores, le buscaban y le empleaban en las más viles tareas. Al mismo tiempo, la astucia, el arrojío y la cautela, se habían desarrollado grandemente en el santo, con la práctica de la misión impuesta y una instintiva necesidad de conservarse sano y libre para llevar lo más lejos posible su cometido.

Toda esta gente depravada, en vez de amar a Uraco por su abnegación para con ellos, arrancando de sus manos el puñal del homicidio, robando para ellos, aun lo que para él era más sagrado, y cometiendo en su favor las más grandes atrocidades, se mofaba de él a sus espaldas, le llamaba imbécil,

hipócrita y maniático y le hubiera visto de buena gana, empalado, cuando menos.

Uno entre ellos había, llamado Gargo, que lloraba de risa oyendo a sus compañeros de hampa y crimen, relatar los hechos del ex-fraile. Decidió un día jugar una mala pasada al verdugo, deseando probar hasta qué grado llegaba su locura.

Era el día de Corpus Christi. Aquella mañana se celebraba en Jutiapa una misa solemne. La plaza estaba repleta de gente, reinando una algarabía y un tumulto pintoresco.

Una mujer, hermana de Gargo el truhán redomado, se finge enferma de gravedad y manda a llamar a Uraco, quien acude solícito, como siempre que algún enfermo necesita de cuidados.

La casa de esta hembra prostituida, estaba en los aledaños y allá se apresuró el buen hombre, sin sospechar siquiera, en un embuste.

Mientras atendía a la supuesta enferma, entraron en la casa, diez o doce indios de Mita, armados con hachas y palos, vociferando, y maldiciendo contra Cristo y su santa memoria. Iban capitaneados por Gargo y clamaban rebeldes, contra los frailes y los santos, anunciando la palingenesia de los ídolos mayas.

Escandalizado el santo, trató de contrarrestar las iras y blasfemias de aquellos energúmenos, sin éxito y quedando completamente aturdido al escuchar de Gargo los propósitos alentados por la turba. Irían aquella mañana a la ermita y en pleno corazón de los oficios, invadirían, saquearían, harían pedazos la imagen del crucificado, para que fuese sustituido por Cuculcán.

Uraco elevó las manos al cielo y con lacrimosa voz, pidió perdón al Dios Supremo, para aquéllos, que una vez más, no sabían lo que hacían. Luego, en un arranque de heroico amor, afrecióse para ser él quien destronara la imagen sagrada, de su divino palo. No podía dejar que aquellos pobres indios, anegaran sus almas con el más espantoso de los sacrilegios cometido en la faz de la Tierra por los descarriados hijos de Adán.

—Tú serás el protegido de Quetzalcoatl, tú serás glorificado. Arranca del leño a ese intruso dios blanco, de los blancos y hecho para escarnio de nuestra raza, que no supo hacer perdurar la influencia de sus dioses. Mañana, Cuculcán coronará el altar de esa ermita y en su loor se sacrificarán tres frailes barbudos. Todo está dispuesto para el motín.

Corría el año de 1595.

Mientras tanto, en la ciudad de Guatemala, el Provisor del obispado, Fray Cristóbal de Morales, concertaba con un pobre escultor llamado Quirio Cataño, un crucifijo.

Era Quirio Cataño un inspirado artífice, aunque su nombre vagaba aún en las tinieblas y su estómago se resentía muy a menudo del mal comer. Fray Cristóbal hablale tomado bajo su protección y observándole de cerca,

llegó a descubrir en él un refinado espíritu de artista. Los leños informes astillándose entre sus manos, tomaban divinas formas. La sórdida palidez de los lienzos, cobraba al contacto de su brocha, una vida palpitante. Un día salió de entre sus manos el Cristo yacente más patético: hecho en un tronco de naranjo, tenía la palidez de un cuerpo muerto, que el tinte natural de la madera le daba a perfección. Fue el primer paso en firme que Cataño diera hacia la celebridad, en el camino de las divinas imágenes. Su triunfo fue ruidoso, visto lo cual, el reverendo Fray Cristóbal le encomendaba ahora una representación del crucificado, para lo cual pediría durante cuarenta noches la inspiración sacra, que había de iluminar la concepción del artista, sin duda alguna. Pagaría a Cataño cien tostones de a cuatro reales de plata cada uno, adelantándole al efecto la mitad más diez de ellos y acumulando sobre su cabeza todas las bendiciones del cielo. El Cristo lo destinaba para el lejano pueblo de Esquipulas y dejaba a voluntad del escultor todo el proceso, encomendándole tan sólo, que debía medir, en la imagen, vara y media de alto.

Tan delicada encomienda, torturó el espíritu de Quirio Cataño durante muchos días. Tres intentos hizo y otras tantas veces fracasó, desesperando y pidiendo de rodillas la sublime luz de que su impulso carecía.

Fue entonces cuando la noticia del horrendo sacrilegio cometido en Jutiapa en la divina imagen del Señor, corrió por Guatemala escandalizando al vecindario, que indignado reclamaba una pronta venganza. Algunos no podían imaginarse cómo pudo llevarse a cabo tamaña afrenta sin que un rayo conductor de la cólera divina fulminara al osado. Era el caso que un hombre llamado Uraco, de pésimos antecedentes, y a la sazón verdugo de Jutiapa, había penetrado durante la misa del Corpus a la ermita y arrojándose en el retablo, había echado a tierra, con ayuda de un hacha, la imagen de Jesús.

Sola, había quedado la cruz, mostrando los clavos escuetos. Indios religiosos de Mita y Camotán se habían apoderado del malvado y pedían a gritos por el pueblo la crucifixión de éste en la misma cruz que su hacha acababa de dejar vacía.

El clero, furibundo, en consejo, había resuelto que así se hiciera, y después de formar el tribunal del caso, fue condenado Uraco a cargar aquella cruz hasta la cumbre de los cerros en donde, un hombre conocido con el nombre de Gargo, se ofrecía para clavarlo y darle una lanzada en el costado. Aquel infame debía padecer, por fallo de los jueces, las mismas penalidades de que fue víctima nuestro Salvador. Sería azotado, escupido, abofeteado, coronado de espinas, cargado con la cruz y por último enclavado en ella para escarnio de blasfemos y lección de herejes.

Inútil es decir, que Uraco protestó desesperadamente por aquella determinación tan absurda. No merecía su inmunda persona tamaña gloria. Su muerte debía ser una muerte vil, a palos, en la hoguera, en la horca... No quería tocar con sus oscuras espaldas la cruz del Mesías. No quería mancharla con su sangre plebeya, ni merecía cargar con el leve peso del santo madero del que la maldad de los hombres le había obligado a arrancar la

imagen. Más sacrilegio sería entonces el de aquellos frailes que le forzaban a ello, falsificando la muerte única del único hijo de Dios, con su infinitamente odiosa persona.

Pero todo fue inútil y el fallo se cumplió estrictamente. La muchedumbre fanática y sedienta de venganza, descargó sobre Uraco toda la ira de sus negros corazones, reventándole las carnes a palos y llevándole al nuevo Calvario, cargado, no ya con el peso de la cruz y del insulto, sino con el de la vergüenza de que su dulce corazón se llenaba en el proceso de tan gloriosa condena.

Fue clavado, muerto de una lanzada, entre las carcajadas de aquéllos a quienes él mismo librara antaño del pecado, y abandonado a los zopilotes que ávidamente se cernían sobre su cabeza, haciendo espirales en el hermoso cielo azul.

Sólo un hombre entre aquéllos que le acompañaran en la vía de la dulzura y de la redención, le había mirado con ojos de amor. Solamente uno, había intentado por dos veces ayudarle con la pesada cruz de nogal, imitando inconscientemente al Cirineo. Este era Quirio Cataño, el escultor.

Habiendo llegado noticias de lo que ocurría en Jutiapa y de la extraña condena a que aquel monstruo se había hecho acreedor y hallándose en las circunstancias que ya conocemos: apurado con el encargo de Fray Cristóbal, falto de inspiración, indeciso y con las alas rotas por tres consecutivos fracasos, decidió ir a presenciar el suplicio que tan a propósito llenaría aquella gran necesidad, prestándole un modelo providencial.

Partió al instante y lleno de esperanza, al lugar del suceso y llegó precisamente a tiempo de asistir al Vía-Crucis de Uraco.

Desde que fue iniciado el cumplimiento del fallo, sugestionado por la apariencia tranquila y dulce del preso, Quirio Cataño empezó a ver en él al Cristo de Galilea. Su dúctil imaginación de artista transportóle presto a una época lejana, más de mil quinientos años atrás, en un remoto país donde idéntica muchedumbre acabara un día con el que había de ser amo y señor de las almas.

Siguió a Uraco entre todos; llenos de lágrimas los ojos; el corazón opresso y los labios amargos. Quiso ayudarle con la cruz y no le dejaron. Pretendió ofrecerle agua y le expulsaron del grupo.

Siguióles hasta la cumbre y desde lejos presencié horrorizado la crucifixión. Cuando uno de ellos le dio la lanzada, el grito de Uraco hizo estremecer todo su cuerpo y en su corazón sintió un sosiego inmenso cuando observó que había muerto. Oculto tras las ramas de los pinos, sus ojos bebían ávidamente el encanto místico de aquella escena.

Cuando todos se hubieron marchado, dejando aquella cruz, otra vez llena, enclavada en la cumbre, destacando su triste silueta sobre el cielo profundo de la tarde Quirio Cataño acercóse trémulo y se quedó extasiado.

Ah, en la cruz, se veía, tal como lo describe la Pasión, extenuado por la fatiga, demacrado, cadavérico el semblante, pero siempre marcada la dul-

zura y majestad de divino rostro. La difícil posición del cuerpo y de las tibias, hacían resaltar las rodillas, teniendo como corridas hacia atrás las carnes de los muslos, en actitud de indicar gran fuerza, pues sostenían todo el peso del cuerpo, en tanto que los brazos, que sufrían aún más, daban bien a conocer por la marcada alteración de los músculos que cubrían los hombros, cuánto habían sufrido en el martirio, como que de aquellas extremidades estaba suspendido, el santo cuerpo, de la cruz, sin más apoyo que la cuña sobre la que descansaban los pies.

Todo esto observaba con ligera ebriedad el buen Quirio Cataño, mientras hacía sobre un lienzo un boceto de Uraco en la cruz.

Pero: ¿por qué era de color oscuro aquel Cristo? La sangre bermeja que goteaba de las heridas, o corría en regueros por el rostro, el pecho, las piernas y las espaldas, apenas si destacaba sus rosas en las carnes oscuras. De la llaga del costado, veíase escurrir la sangre, que se iba coagulando en la cintura y sobre el taparrabo indígena y un último grumo de coágulo, quedábase en la herida misma.

Sabía Cataño, por la tradición, que el rostro de Jesús era hermoso, majestuoso, de color ligeramente trigueño, sus cabellos de color castaño maduro y sus ojos avellanados, y no obstante este rostro se aparecía humillado, largo y enjuto, sus cabellos y barbas eran negros y lacios y sus ojos veíanse profundamente oscuros y rasgados.

Pero de todo él emanaba un halo de espiritualidad y candor preñado de santidad, que hacía florecer las manos de Cataño mientras, ávidamente, trazaba sus líneas e imprimía en el lienzo el tinte justo de la imagen. Para él era aquél un aparecido, el inspirador divino de su obra futura y no quiso sacrificar a la historia ningún detalle por pequeño que fuera. Haría un Cristo como aquel fantástico de la colina, oscuro y flaco, vaso de resignación, de piedad y de amor eterno, encajando el tamaño exactamente con el deseado por su protector.

Cuando Quirio Cataño, medio loco de júbilo, corrió cuesta abajo, después de haber diseñado el modelo de su obra, por los cuatro lados, caía la noche y las primeras aves negras se posaban ya sobre la cruz.

La obra de Quirio Cataño, llenó de asombro a todos, por su pureza anatómica y su poderosa fuerza psicológica. La encarnación oscura de aquel Cristo, fue atribuida a una evidente fuerza de concepción de la verdad histórica, que lógicamente nos lleva al hecho de que el cuerpo del Salvador, con los golpes se puso cárdeno.

Para esclarecer la intención de Cataño se razonaba así: "Y bien: ¿no hemos leído que Isaías con su espíritu profético vio al futuro Mesías, muchos años antes de que apareciera revestido de nuestra carne mortal, reducido a la triste semejanza de un leproso, llagado desde la cabeza hasta la planta de los pies? ¿Y no se realizó esa profecía, cuando llegada la hora de la Pasión sufrió en su purísimo cuerpo más de cinco mil azotes, hasta quedar hecho

una sola llaga, pudiéndose contar todos los huesos? ¿No sabemos que su sangrada cabeza fue golpeada y herida, y cruelmente abofeteado su santísimo rostro? ¿No sabemos que corrieron por su faz hilos de sangre, efectos de aquella corona de espinas que taladró su augusta frente? ¿No sabemos que caminó para el Calvario, jadeante de cansancio, exhausto de fuerzas, bajo un sol ardiente, en medio de una nube de polvo producida por el tropel de la impía turba que le seguía? ¿No sabemos, por último, que estuvo clavado en la cruz por espacio de tres horas, agonizando hasta morir? No debe pues extrañarse, sino admirarse el ingenio y habilidad del escultor, cuando representa así al Señor, tal cual debe representarse en realidad”.

Pero Quirio Cataño guardó su secreto en el más austero hermetismo, y la imagen de aquel hombre que se llamó Uraco y que tantos males hiciera en este Mundo, para salvar de las llamas del Infierno a otros tantos seres, condenando su alma, como él decía, en servicio de Dios y de los hombres, se trocó en la venerable efigie de Cristo misericordioso, que no pudiendo admitir su alma por de pronto, en el Reino de los Cielos, como tampoco enviarla a los profundos Infiernos, la destinó a morar en el vaso de una santa escultura, colocándola así en el punto de unión de aquellos: en la Tierra, que es lo más alto del Infierno, y en su imagen, que es lo más alto de la Tierra y que se toca con la Gloria.

Porque el alma de Uraco estaba condenada en el Cristo de Cataño, nimbándole de claridad celeste, prestándole esa vida que sólo es propia de raras esculturas sagradas y que el artista parece recoger como una luz de lo alto, luz divina, presa en las líneas de sus obras, como un encanto que las inmortaliza.

Bien se comprende cuan grande aunque errado y absurdo era el espíritu de este triste mestizo desbordante de amor que fue una víctima más de la ingratitud humana. Modelando su vida a la de aquél, no en lo de viviente y sapientísima, sino en su gran amor a los hombres y las cosas, vivió luchando por ganarle almas a costa de la suya.

Sublime desinterés y abnegación la de este hombre, que se da al Demonio por amor a Jesús. Maravillosa antítesis de Cristo, que cree ser llegado, no como aquél, para purificar las almas con el Bien, sino para salvarlas con el mal. No para organizar un ejército iluminado con la misma fuente de su luz, sino para luchar solo, tenazmente solo, arrancando en el corazón de los hombres esa roca del mal que en su caída le arrastrará a la sima profunda del Infierno.

Loco sublime que hace vacilar con el empuje de su inmensa piedad, las bases firmes de la ciencia cristiana; que ofrece lirios de sangre y da besos de fuego, colocándose en un círculo fuera de las leyes divinas y demoníacas, hasta llegar, jadeando de amor y de dolor, a la conquista de un nuevo purgatorio, a la imagen de Jesús su señor e involuntario guía, encarnando un Cristo terreno, un Cristo misterioso, un Cristo único, un Cristo en fin, negro.

O'YARKANDAL

O'YARKANDAL

(1929)

EL TÍTULO de esta obra procede del idioma bilsac en el cual están escritas las marcas de Mannyah, Colandiri, Xamira, Yanca-Suri y hasta muchas del gran Tausarib-Akmá y los Tres Comandos de Harpodyatara.

En la era remota a que nos referimos en este libro ya las obras de algunos de estos altos espíritus eran viejas, habiéndose extraviado no pocas de sus bellas palabras en el laberinto de las modulaciones sintéticas a que el bilsac se vio sujeto con el advenimiento de Colandiri y los once sucesivos voceros de la belleza, que trataron de imponer a la palabra, la línea y colorido puros, de la percepción divina.

En "El Dali" de Yanca-Suri, "Ralvanzaraz", canto cuarto, hay un bello párrafo que se refiere a la pureza de expresión y sabroso timbre de voz del cantor Onayaz y en una de cuyas frases dice textualmente: "Xamad sinacurtvayac anabsipura ma-andari o-mandara Namundayana Xi andey sinec o-yarkandal aldath"—: "Su voz jugosa y húmeda era dulce y era ácida como la fruta del paraíso de Xi y más luminosa y regocijante que o-yarkandal". Pero esta palabra era para los sabios hijos de Dathdalfa como una redoma seca, pues su contenido habíase evaporado con el transcurso del tiempo y la expresión y no hubo dos de sus comentadores que estuvieran completamente de acuerdo en cuanto a su significado. He aquí algunas de las acepciones, siempre vagas pero siempre bellas de la misteriosa palabra: "Rosa de la Aurora", "Pompa de Espuma", "Floración", "Cohete de Luces", "Diamante", "Fuente Clara", "Pavo Real", y muchas otras, infinidad de ellas que de buen grado recogería como se recogen las flores, para presentároslas galantemente y que pudierais escoger conforme a vuestro modo de ser y de pensar, para designar esta encantadora recolección de las narraciones de Saga, que ahora os presento al auspicio de la palabra oculta del bilsac "Yarkandal".

LA ISLA DEL SER Y DEL NO SER

EL NARRADOR dijo:

“Hay sobre el mar una isla misteriosa que flota y huye de los barcos como un ser consciente que no quiere dejarse ver, y se cuenta que cuando el mar se pone fosforescente es una señal muy probable de que esa isla encantada está pasando en alta mar. Pero esto nadie lo ha visto ni lo verá y sin embargo se cuenta y los soñadores lo creen y están convencidos de que así es.

Nunca, es verdad, los narradores hablaron de ella como de haberla visto por sus ojos y sin embargo el viejo narrador Hfira, que era marino y tenía la tez del color de la tormenta cuando flota sobre el horizonte, decía —y yo le oí a menudo,— que una vez en lejanos mares, lejos de los continentes y las islas azules, él y otros marinos habían contemplado desde las cofas de su velero, la estela que a su paso dejaba aquella tierra fantástica, que no podía verse porque sus costas, sus escollos y sus montañas estaban formadas de límpidos espejos”.

En aquel momento, una ola más larga, arrojó a los pies de Saga y sus oyentes —quienes escuchaban sentados en la arena y bajo las estrellas—, una guirnalda que parecía tramada con el polvo que en las noches serenas botan los astros que se desgastan y que iluminó el grupo con suave lampo de oro y se fue destrenzando, deshaciendo, mientras volvía, atrás. Era que la mar fosforecía. Y Saga sonrió con la sonrisa de los encantadores cuando triunfan y prosiguió con mayor entusiasmo:

“Daviar, que reinó en Bunccah, hace ya muchos siglos, oyó hablar de tal prodigio y orgulloso como era, quiso añadir a su esplendor el de poseer el privilegio de pisar con su planta el suelo de la tierra prohibida. Joven y valeroso, armó una nave y con cuarenta hombres de mar se dio a la vela la noche en

que la luna hacía su día catorce, alejándose entre las aclamaciones y buenos augurios de su pueblo.

Después de dos lunas de navegación por remotos mares, la nave de Daviar, en lo más alto de una noche oscura, fue destrozada por violento choque y sus tripulación lanzada al agua y dejada de la mano de Dios en aquella negra y a merced de las olas.

El joven rey, por su gracia o su desdicha, fue el único superviviente de aquella catástrofe. Había sido arrojado en la playa de la isla por él tan buscada, mientras sus hombres arrastrados al fondo por el lastre de sus férreas vestiduras, quedaban allí para siempre.

Y he aquí lo que ocurrió al joven rey Daviar:

Al llegar el primer tinte del día, Daviar abrió los ojos. Perplejo, contempló solo, en medio de la mar tranquila que se teñía de rosa y oro a su redor. Al pronto creyó soñar, mas poniéndose en pie y removiendo sus recuerdos, comprendió que estaba solo en aquella isla que había soñado hacer suya y que por lo contrario, se había apoderado de él.

No sabía para dónde volverse, ni cuál era el mar y cuál la costa, pero luego, al tornar, vio o creyó ver un grupo de hombres que tomó por los suyos, sus guerreros, náufragos como él, pero que no eran sino el reflejo de su propia persona en los escollos y en los requiebres de la isla de los espejos.

Y aquellos hombres le hablaron al rey y le dijeron:

—Tú eres nosotros y nosotros somos tú.

El rey no comprendió y dijo:

—¿Vosotros sois yo? . . . ¿Vosotros sois para mí lo que yo para nosotros?...

—Sí— contestaron aquellas sombras—, y nosotros somos yo y tú para nosotros eres lo que nosotros somos para nosotros y para ti.

Y el rey, confundido y perplejo, echó a correr perseguido por aquellas sombras que le seguían por todas partes y venían a su encuentro y marchaban a su lado como un ejército de locos.

Siempre huía y el mar parecía envolverle en sus olas innumerables, que los espejos, tangibles pero invisibles, multiplicaban hasta el infinito.

Daviar era arrojado y tenaz, y así pues, detúvose en un momento y aunque rendido, empuñó su espada y arremetió contra todo aquel ejército que le perseguía obstinadamente, sin dar tregua al torbellino de su cerebro.

Todos imitaron su gesto guerrero y arremetieron contra Daviar con la misma furia y arrojó. Y así, todo cercado de aceros diestrós, y acosado por una legión intangible, cayó rendido en el cielo y bajo el cielo y de él se cuenta que no volvió más”.

El mar fosforecía tornadizo y casi manso, como si se adormeciera. Saga había callado ante él y el mar suspiraba con lerdos espumarajos de oro y fuego. Uno de aquellos oyentes metió el brazo en el agua y le alzó escurriendo toda una pedrería fantástica, y Saga contemplándole indiferente dijo:

“Cuando el sol se pone, cuando el sol se eleva, aquella isla cruza visiblemente el horizonte de la mar y los hombres le llaman Crepúsculo y sonríen tristemente al verla surgir y alejarse . . . y no comprenden . . .”

YANSIDARA Y HIANASIDRI

EL NARRADOR dijo:

“No había en todo el imperio de Dathdalía y tal vez ni fuera de él, quien tocara la flauta como lo hacía el joven Hianasidri, ni quien danzara igual, que danzaba Yansidara”.

Parecía que la historia se iba abriendo en los labios de Saga, como se abren las flores odorantes, y aquel hombre maravilloso, surgido, nadie sabía de dónde ni cómo, encantaba una vez más.

“El Destino les juntara un día en el camino y desde entonces fueran juntos y casi se amaran...”

El narrador sonrió a su modo y recalcó:

“Ya casi se amaran... Se cuenta que Yansidara había nacido y estaba bajo la influencia del árbol *Undi*, que crece en los desiertos pedregosos y es tan dúctil a los vientos, que la menor brisa lo hace danzar de un modo abundoso en ritmo y gracia, y que Hianasidri a su vez naciera a la sombra y viviera al auspicio del *Omexhi*, cuyas ramas silbantes son el deleite y pan astral del peregrino.

Como hermanos se trataron Hianasidri y Yansidara, conviviendo en un oasis mucho tiempo, revelándose mutuamente secretos de arte y educando y perfeccionando sus almas en la más completa soledad. Y casi se amaban...

—¡Yansidara, —decía él, cuando al hundirse el Sol entre las dunas azules, iban ellos a contemplarle sentados en las rocas que bordeaban el oasis —tu cuerpo es más bello cada día y tiene más alma cada día!...; danza ya como una hoguera arrebatada por el viento, cimbra como el *Undi* y hace nacer la idea de una cuerda pulsada en un harpa que estuviera a lo lejos y cuya vibración no alcanza a recoger el tímpano, dejando un anhelo en el alma...

—Hianasidri —decía ella sonriendo modestamente—, todo es obra de tu flauta. En tus labios pones cada día más alma y su soplo crea a mi redor una llama que devora mis pies y martiriza dulcemente mi espíritu. ¡Cuida de no poner tu corazón en otra cosa que no sea tu flauta, porque entonces toda ha de acabar para mí! . . .

Hianasidri se estremecía al oír la hablar así y callaba, callaba . . .

En aquel dulce paraje de sombras tranquilas y aguas frescas y fáciles; en la soledad y en la certidumbre de una vida pura, consagrada al arte; sembrando entusiasmo y cosechando emoción, vivieron ambos jóvenes, tres hermosos años al cabo de los cuales, ya sabios en el ritmo, abandonaron el oasis y el desierto y llegaron a Samiramina, ciudad de ocho colores y ocho lenguas.

Era una espléndida noche. Desiertas estaban las calles y poblado el cielo de estrellas que giraban lentamente, antes de revelar el día, como gira el agua en los remansos de las fuentes calladas. Un débil perfume de noche avanzada llegaba de los bosques lejanos, y las puertas, ventanas y arcadas oscuras, simulaban oídos atentos al ritmo de la Tierra.

En el centro de la gran plaza, en cuyo fondo se alzaba el palacio del rey, todo de mármol y cristal, sostenido por cinco mil y siete camellos de granito; al pie de un obelisco tan alto, que las nubes chocaban y se desgarraban en su cima, Yansidara y Hianasidri detuvieron sus pasos y decidieron hacer su primera prueba.

Sonó la flauta de Hianasidri llenando la noche silenciosa. Las cosas parecían volver de su letargo y dedicar una atención concentrada. Como si un pájaro cantara lleno de regocijo por la vida, las cosas amanecían en aquel día estrellado que brotaba de una flauta. Una a una las ventanas abrían sus párpados negros, revelando sus ojos luminosos y alguna puerta bostezaba mostrando graderías como dientes, por las que descendían a la calle gentes fascinadas que iban calladamente a la plaza y hacían rueda a los dos jóvenes.

Yansidara danzaba airoso, recogiendo a puñados los pliegues de su manto, que las estrellas satinaban, o manejando el espacio a su redor, como una cosa que se acoge o se espanta. Su cabeza parecía a ratos agitada por violento asalto. Trenzaba sus dedos marfilinos en mentidas cintas melódicas y con sus ágiles pies fajados en seda, trazaba todos los signos de un alfabeto misterioso.

El día sorprendióles allí, en el centro de agitada muchedumbre que admiraba y comentaba con locura y el Sol al verse así olvidado en la magnificencia de su aurora, lanzó sobre la plaza una brusca maldición de su luz rojiza, que puso fin al acto.

Todo había llegado a oídos del rey Huaara, quien al instante mismo se hizo llevar a los artistas, quienes fueron allá caminando en el centro de una columna de guerreros, los cuales contenían con dificultad aquella inmensa ola de curiosos.

Las escaleras del palacio producían una música dulce al subir por ellas, y las paredes de cristal eran ahuecadas y estaban llenas de agua verde del mar, en la que se gozaban infinidad de peces, medusas y plantas marinas, dando a las salas una vida inquieta a la vez que suntuosa”.

Paseó Saga su mirada en redor, observando el efecto que su historia producía en los soñadores y como les viera a todos embebidos en la contemplación de aquella fantástica arquitectura que con breves palabras había alzado ante sus ojos, suspiró tomando aliento y dijo:

“Y aquí es donde aparece el príncipe Durcasa . . . Hijo único de Huaara, el príncipe Durcasa había vivido veinticinco años. Era bello como una cosa noble y fuerte. Su arrogancia era descuido y su presencia sola habría creado un reino en cualquier parte de la Tierra. Al ver a Yansidara, sus ojos se encendieron con rápido relámpago de admiración por la belleza de la joven, lo que no pasó inadvertido para el pobre Hianasidri, que tembló de celo contenido.

Vieron los reyes danzar a Yansidara y oyeron tocar a Hianasidri, quedando asombrados y salidos de su realeza por algún tiempo. Pero presto recuperaron su orgullo generoso y el príncipe el primero, elogió a la danzante y fue a ceñir en su talle el cinto de su séquito, que era de esmeraldas y diamantes y que prestaba la inmunidad y el derecho a las vidas. Lo mismo hizo con Hianasidri y al punto rogó del magnánimo rey, la declaración de fiesta en aquel día de sorpresa. Yansidara fue declarada danzarina sagrada y se la destinó al oficio de Xuatara, dios protector de los reyes de Samiramina, cuyo templo se abría una vez con cada luna entera y el cual estaba situado en el subsuelo del palacio.

Una danza ritual nueva, iba a sustituir las danzas ofertorias de las trece bayaderas y tan ardua labor de arte y misterio, fue encomendada a los dos jóvenes, quenes, derrochando su prodigio, llegaron a crear una cosa tan perfecta, tan sutil, que el dios mismo Xuatara, en su piedra fría, parecía admirar a Yansidara.

Sostenía el leve peso de aquella danza una legión formada con los instrumentos más raros y más bellos: un *Onx* gigante, que al ser tocado por la maza de felpa, producía un sonido explosivo, tal si se ofreciera al tímpano el espectáculo de un sol que irrumpe bruscamente tras las montañas para hacer el día; tres *Onx-Gongs* que imitan el ruido de la ola cuando choca en la roca; dos *Tuar-Teponaxtli* que copian el lejano galope o el canto del *Tut-Tut*; dos series de *Lings*, especie de cilindros con aros rotátiles que imitan el tintineo de las joyas flojas; *Ziurdas* ojivales y *Ziurdelas* triangulares que lloran o ríen según la mano vuelva a la izquierda o a la derecha; *Caramzas*, de una sola cuerda que tienen la forma de un arco guerrero y llevan como dardo un caracol marino; finos *Aloloes* de bambú negro de Dultyamara; *Duak-Uli-Uli* de cristal, con agua que sube y baja; *Shuaks* que imitan el roce de las sedas y en fin, el *Fars* que da el hervor de las espumas; el *Duarang* que plagia el canto de las ranas; la *Tiorba*, el *Flú-Flú* que estira y encoge; los *Chann* de bronce; el *Chirim* de terracota y muchos otros, centralizados por la flauta de Hianasidri.

Y he aquí como apareció por primera vez Yansidara en la danza de Xuatara, ante los reyes y señores del imperio.

Estaba la sala oscura ante el tronco del dios y sólo se oía el alentar de los pulmones en la multitud de grandes del reino sentados en medio círculo, pero de pronto resonó el *Onx* gigantesco y un rayo de luz blanca cayó oblicuamente de la cúpula, como un chorro de plata, iluminando un círculo en el mármol del piso, en cuyo centro aparecía Yansidara toda desnuda y sólo cubierto el sexo por una placa de oro con un monstruoso diamante en el centro. Llevaba también pulseras y ajorcas recamadas de pedrería. Su cabello estaba recogido en forma de cuernos, barnizados con óleo negro de Mur y la punta de sus pies descalzos era tan aguda como erectas las formas de sus senos.

Un murmullo de admiración se alzó entre todos. La bella parecía inmóvil, en actitud de ofrenda; un rumor como de notas que se arrastran se iniciaba ya, y poco a poco Yansidara desplazaba sus líneas e iba moldeando alguna forma o descubría algún signo. Un color nuevo parecía irse diluyendo en el rayo de luz, bajando y subiendo en círculos por él, hasta teñirle por completo y en toda fuerza, primero de rojo, que los *Congs* y las *Ziurdas* afirmaban ya con su creciente. El mármol reflejaba a la danzante como un espejo pasmado. Llenaba ya el ambiente una melodía franca y una música alígera hacía cimbrar a la joven que derramaba el ritmo como un ánfora repleta y cambia de colores en la luz, con una imperceptible lentitud.

Pero ¡oh!, luego llegó el momento al solo de flauta y era entrado ya el color violeta. Hianasidri apoderóse por completo de aquel cuerpo en cuyo interior el alma parecía agitarse en tempestuoso afán como el pájaro que agita sus alas en la jaula chica. Los labios de Yansidara contraíanse en rictus sofrenante y sus ojos se abrían espantados como si no pudiera contener ya más el enloquecimiento de sus líneas. Sus pies parecían apenas tocar el suelo; giraba su cuerpo en ellos, como el humo que huye de los pebeteros o parecía suspenderse del espacio, volteando en el eje imposible de sus manos alzadas. ¡Y la flauta era pura, y la línea era pura, como la línea que contorna las almas!

Volvió a arrastrarse la música lejana de los *Ssuaks*, los *Tuar* y las *Caramzas* y fue llenando el templo poco a poco su creciente. La flauta se esquivaba como huyendo al fondo de profunda cisterna, se aclaraba el rayo de las tintas y Yansidara sonreía como se sonríe al regreso. Pronto el *Onx gigante* retumbó colmando y la luz huyó al momento y con ella Yansidara, que había quedado poco a poco inmóvil.

Pasó el tiempo. Algo muy grave ocurría en el alma de Hianasidri. Parecía más pálido y grandes círculos oscuros rodeaban sus ojos. Yansidara, en cambio, estaba plena de juventud y de hermosura y vivía una vida de ensueño, y gloria infinita. Sin que ella supiera cómo, un amor dulce germinaba en su pecho para el príncipe Durcasa que mantenía a sus plantas un constante ruego.

Durcasa había perdido su corazón por aquella bayadera encantadora, desde el día en que, en soledad y silencio, la había apresado entre sus brazos allí mis-

mo al pie del dios Xuatara. Sus bocas se habían unido en un beso largo y compenetrado, pero una sombra había huído detrás de las columnas y esa era la sombra del flautista. Todo lo viera y todo lo llorara desde su torre de infortunio.

Era el día catorce de la luna tercera. Por tercera vez Yansidara danzaba aquella noche en el templo de Xuatara. Estaban en Samiramina todos los reyes de Dathdalia, desde Bucah a Plamira; desde Xath a Diriduz y Xibalbay.

La sala del templo estaba repleta. Ardían pebeteros ocultos y centelleaban las joyas a raudales, en los pechos, manos y cabezas de los hombres afortunados.

Por fin estalló el *Onx* y apareció Yansidara en una luz de oro. Estaba más bella que nunca. Su desnudez era más cruda y sólo en la parte baja del vientre vestía una estrella. El homenaje de admiración mezclado a la música, creaba como una sordina. Más ágil parecía su cuerpo y antes que una mujer, semejaba una cosa de sueño: ya imitaba una torre lejana; ya era un cisne herido de muerte; iba a hipos formando un ánfora o toda ella saltaba respingando en la luz como una cascada. Era luna, era rama, era flor, y así entraba poco a poco en un martirio donde sola cantaba la flauta y la iba enajenando y la tornaba llama.

Había llegado la danza a su máximo ardor. Un ritmo de maravilla manaba de la flauta con una dulzura que hacía balancear las cabezas de los espectadores. Poco a poco crecía el ardor en la flauta, arrojando el alma de la joven, en gruesas oleadas que parecían estallar en sus contornos vertiginosos o saltar apretadas entre dos músculos que convergen o dos líneas que se completan. La compenetración de la música con el alma de la danzarina era entera, era espantosa, era sublime; y cuando más era la fiebre y cuando más la exultación y extorsión en los nervios tensos pero dúctiles de aquélla, una nota intencionalmente falsa rompió el ritmo, y la armonía, y el encanto. . . , y Yansidara cayó muerta.

Aquella muchedumbre se alzó en un grito de sorpresa que hizo vibrar el bronce de los *Congr*. Yansidara estaba muerta. En el centro de la luz, parecía tronchada como un lirio. ¡Rota su vida por la venganza de una flauta! Abandonada bruscamente en aquel mundo de armonía donde sólo era sostenida por el hilo de una flauta milagrosa, su corazón había estallado en el arranque. Durcasa lloraba de dolor. Con el cuerpo en brazos, subió al palacio seguido de la gente consternada. Solo quedó el templo, anegado en trágico silencio. El rayo de luz violeta declinaba su brillo. Una sombra daba traspiés en la penumbra. Una mano hendió la luz; estaba armada de un puñal agudo. Y los pebeteros escondidos en las cuencas del templo, seguían aromando con lerdo afán. . . ”

PRATSBUL Y BABUL

EL NARRADOR dijo:

“Se dice que los guerreros de Tetzakard-Ulamún triunfaron en Bablia y Ancora gracias a que eran todos magos y poseían unas alas rojas. Sin gran dificultad escalaban las murallas y se cernían sobre las torres como enjambres de abejas escarlatas, como bandadas de aves de rapiña sobre una carroña.

Y en verdad que eran Bablia y Ancora verdaderas carroñas; el vicio hozaba allí como un cerdo en el fango y los hombres y mujeres habían casi perdido el espíritu, siendo manejados por la sensualidad y la gula, la pereza y la avaricia, como meras piezas de una cuadriga.

Cuando Ulamún puso fuego a estas dos ciudades para purificar el espíritu de las montañas de Kántila donde estaban situadas, dos hombres fueron salvados milagrosamente de la destrucción y eran ellos los dos únicos seres dignos de vida en aquellos antros de holganza: Onayaz de Ancora y Sua-Bándara de Bablia; el primero un cantor estupendo, el segundo un místico sublime.

De Onayaz ha dicho Yanca-Surí que —«era su porte noble y fuerte su musculatura; ancho de pecho y de optimismo; fragante en gracia e ingenio; su vida fue un racimo de juventud; amó la vida en toda plenitud y la vivió a raudales y todo su empeño estuvo en hacer del Infierno un Paraíso. Su voz era dulce cuando cantaba, y jugosa, y sabrosa más que la fruta prohibida y más regocijante que el éxtasis»—.

En cambio Colandiri dijo hablando de Sua-Bándara:

—«Era un fino *Lirimbo* que aromaba con su palabra el dolor. Con alzar su mano tremante de piedad, hacía del mundo un jardín. Aquél que le trataba conocía que las montañas llegan un día a ser hombres, de tanto estar a solas llorando».

Mientras Onayaz era pulido y firme como el marfil, Sua-Bándara era suave y fresco como la rosa. La fuerza del uno estaba en su brío; la fuerza del otro en su paciencia y dulzura. Diríase que el uno vivía con sus nervios vibrantes como cuerdas de *ziurda* y el otro con su corazón cantante como un bosque en una tempestad.

Cuando el conquistador Tetzakard-Ulamún se dio cuenta de quiénes eran sus prisioneros, no sólo les dio la libertad sino también a cada uno un séquito de veinte mil guerreros, esclavos, mujeres y nobles y les hizo coronar reyes reconstructores de sus propias ciudades.

—Tomad —díjoles— lo que gozoso os doy y reconstruid vuestras ciudades donde mejor os plazca. Haced cada uno la ciudad de cada uno; la ciudad nacida del espíritu, y yo vendré más tarde de Kolkklacia adonde voy con la victoria y con la muerte. Aquél de vosotros que no haga la bella ciudad, la ciudad de la verdad, será entonces destruído.

Y había la montaña altísima de Kántila y al pie de ella el valle espléndido de Gululú que estaba cortado por el ancho río de Cambilak, extendido en el mundo azul como una rama de cristal. Así, pues, Onayaz escogió el valle agradable y de clima benigno, el valle llano como la palma de la mano; porque en verdad el valle de Gululú era como la palma de la mano del mundo. Y Sua-Bándara escogió la montaña de clima duro y áspera cima, erecta como una testa; porque en verdad la montaña de Kántila era como la testa del mundo. Y así fueron creadas Pratsbul y Babul: Pratsbul la anchísima; Babul la altísima, ¡la altísima Babul! . . .”

El narrador hizo una pausa ensimismándose cual si contemplara desde la cumbre del presente aquellas ciudades del pasado. Se diría que su alma volaba sobre el magnífico valle de Gululú y muy cerca de la soberbia testa de Kántila como un águila serena sondeando el abismo en busca de su presa. En un momento se estremeció ligeramente cual si se hundiera en los espacios del pensamiento y despertó sonriendo entre los soñadores, continuando de este modo:

“Y he aquí cómo fue construida Pratsbul la ciudad de Onayaz:

En la parte más llana del valle y en el lugar en que celebraron la primera orgía, se construyó una fuente monumental, toda de mármol verde y con setenta estatuas de alabastro. La fuente era circular, en un enorme círculo y tenía un brocal de cincuenta hombres de altura. Así pues, sus bordes eran a manera de murallas de mármol sobre las cuales se habían colocado las bellas figuras de alabastro a distancias iguales. Eran setenta estatuas de setenta genios gigantescos que vertían en la cuenca de la fuente setenta ánforas inagotables, representando cada ánfora un placer de los setenta placeres del mundo, siendo cada chorro de un color distinto y teniendo el ímpetu de una verdadera cascada.

Imaginós el clamor de esta fuente sonora y luminosa que pronunciaba con su lengua fluida el nombre del valle en setenta *arzas* a la redonda, puesto que de aquella boca marmórea salía constante el nombre de ¡*Gululú!* . . .

Rodeando la fuente de Pratsbul había un bosque de *yungs*, *boboles* y *arcandarias derramatorias*, por donde huían hacia todos los rumbos del valle las anchas calles de Pratsbul, siendo la fuente como un sol y las vías como rayos de este sol que era el centro de la ciudad. Detrás del bosque estaban construidos los palacios y los templos en círculos concéntricos cada vez más grandes y cada calle terminaba en una puerta de la muralla vigilada por una torre extrema en forma de colosal antorcha. Las calles circulares estaban veradas con gruesos *totoks* de sombrío ramaje y las calles directas veradas con hieráticos *feluides*, agudos y ambiciosos como chorros vegetales que buscaban el cielo, ofreciendo sus ramas a las estrellas para que anidasen en ellas. Era sin duda alguna Pratsbul la ciudad de Onayaz el artista, porque era la ciudad del placer y de la belleza.

Y ahora diremos cómo fue construída Babul la ciudad de Sua-Bándara.

Las calles de Babul la altísima, ¡la altísima Babul!, eran graderías de cristal tornasolado y cansaba andar por ellas; eran irregulares, caprichosas y engañadoras, dando la sensación de que se andaba en un caracol. Estaba la ciudad en la parte más abrupta de la montaña y remataba con el templo de Marmuti donde la torre más alta terminaba en una azotea sobre la cual el místico Sua-Bándara oficiaba al salir y al ponerse el sol.

Rodeando el maravilloso templo de Marmuri que contaba siete mil y siete torres menores —lo que le daba desde lejos el aspecto de una nube—, había un jardín espléndido, donde las flores y las frutas caían en cascadas por todas partes. Todas las flores eran desconocidas en otra parte de la Tierra y todas estaban defendidas con espinas afiladas; las frutas eran todas venenosas a pesar de sus frescos colores y el deseo de comerlas que despertaban quedaba insatisfecho. Había setenta plazoletas en este jardín circular y del centro de cada una de ellas brotaba un chorro impetuoso que subía en el aire a una altura de cincuenta hombres, con la fuerza de una tromba, desgajándose después en fina escarcha que hufa por los cielos; y representaban los setenta chorros cada uno una virtud de las setenta virtudes del mundo, siendo cada chorro de un color distinto y produciendo todos en conjunto un clamor aéreo en que se advertía claramente la palabra *¡Dialaluzz!*, que en el idioma *Bilsac* expresa aquello que es amor porque es dolor, y es dolor porque es amor”.

El narrador había callado, cerrando los ojos después de recitar las últimas palabras. Tenía con ambas manos cogida una de sus rodillas y balanceaba todo su cuerpo como si quisiera mecer su corazón al son de un cántico lejano. Los que le oían suspiraron, y él abrió los ojos sonriendo y continuó:

“Y luego vino el conquistador Tetzarkard-Ulamún con todos los lauros de Kolklaia a donde había ido, como él dijo, con la victoria y con la muerte.

Cuando Ulamún entró en Pratsbul, Onayaz le acogió con una orgía de siete días, derrochando el vino, los pámpanos, las flores, la música y la carne, y Ulamún quedó maravillado de Pratsbul y sus bellezas. Y luego fue a Babul a donde llegó jadeante, transido y encolerizado, por lo cual decidió destruir a Babul demoliendo hasta los cimientos de ella. Siete días y siete noches duró su furia contra Babul y en la séptima noche llegó al pie del templo de

Marmuti en cuya más alta torre Sua-Bándara estaba cruzado de brazos y esperando como en una isla del cielo. Desde abajo veía Ulamún su esbelta figura envuelta en manto blanco. Tomó de manos de un guerrero el arco rojo y el dardo negro; apuntó y disparó pasando el pecho de Sua-Bándara de parte a parte.

Y se cuenta que entonces se derrumbó el templo con estrépito, cual se derrumba una montaña de hielo al ser tocada por el sol, y que el alma de Sua-Bándara quedó en el espacio suspendida, palpitante y luminosa, y que así nació la estrella *Mitt*, porque los hombres llegan un día a ser estrellas, de tanto estar a solas llorando”.

PIEDRAS PRECIOSAS

LAS OLAS convergían y chocaban. Verdaderas flechas de espuma salían disparadas a lo largo de los pliegues turgentes, e iban a clavarse en la arena y desaparecían en las profundidades de sus espejos rápidos. El mar se retiraba, dando de sí mucha playa, y algún caracol, alguna voluta, casco o estrellamar, quedaba rodando en la pendiente y se llenaba toda de esplendor con las últimas luces del día. En el cielo, como en un mar superpuesto, la tarde iba, hinchadas sus velas de colores tibios, perdiéndose a lo lejos en un horizonte imaginario.

Un soñador dijo:

—Nos cuentas cosas que parecen realidades, cosas pasadas, cosas humanas... ¿Por qué nunca se han abierto tus labios para susurrar de los encantados palacios submarinos, hechos de nácar y de coral y cuajados de perlas... Parece que huyes de lo fantástico. Tus cuentos parecen memorias, y no hay en ellos nereidas, hadas, genios, tritones ni sirenas...

«Mis cuentos —dijo Saga— son vida que a fuerza de ser vieja y de ser bella, se torna fantasía. Nada extraño sería que os hablara de genios, tritones o sirenas, y ya alguna vez les traje a cuenta, pues ellos existen en las almas de los hombres; y hasta podría hablarlos de palacios submarinos y de tesoros maravillosos de los que sólo se cuenta en los cuentos fantásticos, y si me permitís os narraré la historia, tan curiosa como cierta, del pirata Russ — Gragarantab — Margech — Cuacadsinamba, el loco.

Rieron todos del nombre extraordinario del pirata y se dispusieron complacidos a escuchar su historia.

Y el narrador dijo:

“Derrocado del trono de Beliris, Cuacadsinamba se hizo pirata. Armó tres naves con algunos de sus fieles súbditos, y se perdió en los mares. Algún tiempo después, un formidable pirata azotaba las ricas e infinitas costas de Dath-dalía. Asaltaba naves y ciudades, asesinaba reyes, robaba en templos y palacios, y siempre, como protegido por un genio maléfico, desaparecía en lo alto del mar, para no volver sino cuando ya nadie le esperaba.

Su nombre se hizo famoso y temible. En algunas partes le llamaban Gragarantab, que quiere decir, *el buitre*; en otras, Margech y Suadech: *el hijo del maligno*; otros le llamaban Russ: *ciclón*, pero su nombre era Cuacadsinamba y había sido el nombre de un gran rey.

Y ahora voy a hablaros de su palacio submarino, situado en un punto tan alto de la mar, que se puede decir: ¡era allá donde la mar palpita en los cielos!

Allí se alzaba un islote de rocas negras, que tenía la forma de una rosa. Y esta rosa negra aparecía a flor de azul en las bajas mareas, y en las crecientes el mar iba anegándola, y desaparecía por completo en pocas horas; de manera que a nadie se le habría ocurrido pensar que entre las olas, allí en aquel punto, hubiera la guarida de un pirata.

Entre pétalo y pétalo de esta rosa, se abrían grandes cavernas, refugio de las naves de Cuacadsinamba. Estas cavernas eran cerradas, cuando la marea estaba ya avanzada, por medio de puertas de roca, admirablemente dispuestas.

En la corona del islote se abría una cisterna por medio de la cual se ventilaban las cuencas submarinas, cegándose ésta en la alzamar y bastando el aire recogido durante la emersión, para alimentar hasta una nueva dejamar.

Mientras por fuera las olas chocaban arrancando flores de espuma de los filos negros, fulgenciando las rocas, —que al escurrir por sus acantilados el agua muchas veces fosfóricas, tomaban aspecto metálico—, en el interior espléndidamente iluminado por ánforas de cristal cargadas de protozoarios de tres colores, veíanse regios salones, ricamente adornados y sostenidos por columnas de plata. El interior estaba tramitado de arriba al fondo, y era aquí, en el más amplio salón, donde *el buitre* guardaba su tesoro, consistente en la más completa y encantadora colección de gemas. Sólo él podía penetrar en esa sala, y con él contadas mujeres de su cohorte.

Se cuenta que entre otras joyas de estupenda rareza, poseía una perla de colosales dimensiones y de un color para nosotros desconocido. Esta perla había sido robada al rey Seda, hijo de Durcasa, y tenía la virtud de lanzar al que la poseyera y la llevara consigo, en el camino de la verdad; una *agmamita* tallada en forma de estrella que no sólo regalaba el más melancólico brillo, sino que perfumaba a su redor como una flor salvaje; un carbunco ceñido por un círculo de oro y a través del cual podían o creían verse extrañas vidas de lejanos planetas; tres rubíes de Padselaris, del tamaño de corazones, y que tenían sus centros grabados, nadie podía decir cómo, mostrando el primero un ojo abierto, el segundo una mano, el tercero una boca... En estuche de

marfil, una roseta cuajada de ópalos que parecían moverse en su engarce y eran como las brasas en el brasero, cuando dudan entre apagarse o encenderse. Una esmeralda tenía, y era enorme como ninguna, ardiendo toda ella en una llama verde como la que devora el corazón de los ilusos, y al verla sentíase uno indeciso y febril; un collar de carbunclos que podía dar diez vueltas a la garganta y que con cada vuelta timbraba la voz en un tono distinto pero siempre agradable: un cinto de crisopras y sardónix, robado en Caravek al dios Mamuti: el que le llevara ceñido, sentíase alegre y ligero como la brisa. Envuelto en un lienzo de Mardopastá, un diamante negro llamado *Suaxitara*, que parpadeaba como un ojo con sueño y tornaba las cosas a su redor de un tinte madreporíco maravilloso. En una caja de cristal jaspeado, unos *Sénoples* que habían pertenecido sin duda a Niamura, a Yansidara, a Uliasinda, o a Salama; estaban cuajados de zafiros y piedras de *Atrax* y en sus centros remataban con rubíes injertados que recordaban a perfección los pezones erectos e intactos de las vírgenes. En una medalla de plata e incrustados en el facsímil de la constelación *Si-uris*, siete *ragnitos* azulizulinos, que no podían ser contemplados largo rato, por el vértigo que producían, atribuyéndoseles la virtud de enderezar los ojos desviados y hasta la de tornar azules los ojos más negros. En una copa de ámbar guardaba trece turquesas; al verter en ellas el agua se tornaba ésta en vino, y al tomar el vino se tornaba éste en sueños inenarrables.

Repleta de perlas blancas como la luna, tenía un ánfora de pórvido; y al cubrir las olas el islote, las perlas empezaban a ponerse inquietas y chocaban unas contra otras, y otras contra los flancos del vaso, hasta producir un rumor de espumas como el que dejan oír los caracoles. En el agua pura de una *silaxita* acuamarina, veíase una como mancha blanca que tenía la forma de una nube comularia, que a su vez tuviera la forma de una ciudad lejana, de palacios y templos cupulados. Estaba cogida con una garra de oro; tallada en lo recio de una sortija, y se hubiera dicho un cielo minúsculo, cogido en la minúscula garra de su sol.

Había allí lapizlázulis tallados en formas simbólicas; *Crisoprasas*, *Berilos*, *Amatuntes*, *Cuarzos*, *Sulimas*, *Fuinas*, *Silaxuros*, *Malaquitas*, *Baribsolitos*, *Jacintos*, *Acerinas*, *Góngolas* y *Topacios* a raudales, cada uno con una virtud o un vicio, y ni una sola de estas piedras era una piedra vulgar.

Contaba con un *Azogprasio* del tamaño de una cúpula. *El Azogprasio* es una piedra azul-violeta, que en reposo es sólida y en vaivén es líquida, exactamente así como el mercurio. Se recoge esta gema desconcertante, en el corazón de los montes nevados a perpetuidad, y Cuacadsinamba la tenía sujeta a la fluidez, fingiendo con ella una fuente encantada que surtíala a raudales y que estaba en el centro de la sala. *El Azogprasio* se desgranaba desde una alta copa de cristal a otra más grande que era de plata; después en una de oro y de ésta, a la última que era de mármol rosáceo. Por medio de tentáculos ocultos, hacía la subir constantemente, solazándose la vista y el oído en la contemplación de aquella fuente de zafiro líquido.

En precioso estuche de jade color de mar y que se abría al pronunciar una palabra de abracadabra, escondía unos pendientes de cristal nocturno de Xath, que a la luz de la luna tornaban invisible a quien los llevara y que no podían exponerse al esplendor del Sol, pues producían una llama capaz de poner fuego a una ciudad.

Tenía un espejo escarlata, de *Cinabrio*, que permitía ver el alma y era ese solo su poder; que había hecho enloquecer a muchos seres y había curado la locura de otros muchos.

En una caja de *Sándala* y *Cinamomo*, una diadema cuajada de *Daks* color de miel: piedras vegetales como las *Agmamitas*, que esplenden tristemente y prestan la elocuencia a los narradores y orantes que las llevan.

Pero, ¿qué eran todas estas gemas milagrosas y qué valían, comparadas con la piedra astral llamada *Zuralimba*, que según el eminente mago Tuazarib-Akmá, procedía de la lejana estrella *zura*, de la constelación *Al-bil*? No podía decirse a razón de qué había entrado en la fuerza de la Tierra, imponiendo a su paso un gran vacío. Gravitó mucho tiempo a su redor a la altura de una torre y fue recogida por el propio Akmá, en alta mar, por medio de redes de seda tendidas al espacio y manejadas por gaviotas y garzas. Tenía el tamaño de un huevo de paloma y era de un color que nunca pudo definirse entre el rojo, el negro y el azul, o mejor dicho, era de un negro equívoco, pues con la menor desviación en la luz, revelaba un rápido rojo, azul, oro o acero profundos, tal como esos pozos de agua muertas, cuando se observan en las noches oscuras. Calculábale Akma el peso de media luna y clasificábala como satélite del Globo. Pero, ¡cosa magnífica!, al contacto de los cuerpos humanos, perdía su peso y su atracción y se tornaba mansa como una piedra de joya.

Dícese que el objeto perseguido por el gran sabio, había sido engazarla en una sortija de hierro, y viajar así por los aires como lo hubiera hecho un ser alado. Pero vio fracasadas sus ilusiones, y envió la piedra como obsequio a la más bella de las reinas, no sin haber hecho grabar antes en su engarce estas marcas preventivas: «¡Ay de quien me aleje del contacto con los cuerpos de los hombres y no lo haga en sedas!» Y así se había conservando el *Zuralimba*, despertando la codicia de Cuacadsinamba, quien llegó a poseerla y la tuvo siempre entre sus dedos”.

Saga mostraba frente a sí su mano larga, con los dedos tensos, cual si los soñadores hubieran podido ver en ella la piedra de Zura que sólo brillaba en el misterio de su evocación y luego, tras de cobrar aliento, prosiguió:

“Mas un día —¡maldito por siempre ese día!— Cuacadsinamba se sintió viejo y dispuso morir, arrojándose al mar desde la cima de su isla encantada. Su hijo Asaliv iba a sustituirlo en el poder y en la riqueza, pero el pirata que tenía la locura de las piedras preciosas, quiso llevarse al seno de los mares su adorada sortija, su favorita, la sortija de la piedra astral.

Arrojóse en efecto a la muerte, mas al dejarle su alma en el fondo de las aguas, la piedra recobró su poder de peso y atracción, y entonces la Tierra toda se estremeció y se desquició, lanzándose la mar embravecida, por los cielos, en olas gigantescas. Un estruendo espantoso llenó los ámbitos. Como una ráfaga pasó en un momento la visión de un cielo invertido. Cuarenta días y cuarenta noches azotó los flancos del Globo la tempestad más bruta, y cuando todo hubo recobrado su aplomo y su estadia, las ondas pasaban aligeras buscando las costas de Dathdalía sin encontrarlas, e iban a morir a tierras lejanas”.

REMOTANDO EL ULUAN

LAS CHANGAS

(1932)

AL PALIDECER el día, llegábamos ya solos, abriendo aguas vírgenes con la proa de nuestro *bioyo*, a la desembocadura del Uluán. No corría brisa, corría un silencio serpeante manchado aquí y allá de pájaros de hondura: *ungalús*, *tiankuakoes*, *bujús*, *avebuyas* de canto pesaroso. . . Sobre las velas extendidas, la última luz —luz de dorado plumaje y pico rojo— se posó y cerró sus alas. Se ponía violáceo aquel mundo de aguas y cielos; sólo los bosques de Bundulupane, permanecían negros. Se oía el murmullo enojadizo de la linfa despertada de un profundo sueño por el filo del *bioyo*.

La desembocadura del Uluán era ancha y abierta en forma de V. Antes de arribar a los bosques había que bordear inmensos bancos de arena. Uno que otro tronco muerto, arrastrado hasta allí en las crecidas, se acercaba modelando extrañas formas oscuras hasta realizarse en árbol muerto a babor del *bioyo* y quedaba atrás borrado para siempre. Las primeras estrellas aparecían también sobre los arenales como flores aisladas, haciendo de cuando en cuando fosforecer el agua del río. Alas vagarosas pasaban entre la arboladura sacudiendo el aire oscuro para hacerle soltar los últimos polvos de luz solar. Al fondo de aquel vaso del mundo, lleno de un vino espeso, el *bioyo* se movía como una pequeña basura de viña. Hacía calor.

Panktane se acercó a mí alargándome un aromático cigarro de Duzulzur, envuelto en paja dorada. Le agradecí y absorbí con deleite el perfume embriagador.

—¿Qué veremos? —dijo.

—¿Qué veremos? —contesté.

Llegaron para unirsenos, Jabas, Estrenio y el guía Okok, que era de Bundulupane y había sido pescador veinte años atrás en alta mar cerca de las islas Il-Yana en mar Maracol.

—Por fin hemos llegado al Ulúan —dijo Estrenio.

Estrenio era el científico de la expedición. Panktane era el dueño del *bioyo* y usaba una barba redonda muy hirsuta y unos ojos negros ama-

rrados el uno al otro con un buen nudo de voluntad y de valor. Jabas era alto y delgado, de rostro limpio y huesudo, fumaba pipa, era calvo, tenía los ojos azules y las manos peludas; sonreía y hablaba poco. Gran cazador era Jabas, de fama universal, había cazado en todas partes menos aquí. El guía era un hombre raro. Usaba *psabi* de paja, un cordón de *jarjas* enhebradas sobre la frente y un traje de omantiquero de Urba con que le había vestido Estrenio, su señor. Además iba con nosotros una mujer: Gnarda, atrevida muchacha que quiso acompañarnos cuando oyó hablar de Ombaya y de Chalsinakard. Gnarda era perfectamente negra y perfectamente bella. Tenía el cabello de oro y los ojos azules como los ojos de Jabas. Iba desnuda como toda mujer.

Cuando apuntaban los primeros resplandores de la luna creciente, el Harón, que era el nombre de nuestro *bioyo*, entró bajo las frondas primeras del bosque. Aquella era como una caverna oscura y se tragó el barco como la noche se traga una sombra. Las *avebuyas* ensordecían con su grito de alarma y entonces conocimos por vez primera las *changas*. Pronto y a medida que avanzábamos remotando la boca del río, la oscuridad estaba iluminada por miríadas de mariposas brillantes que en vuelos alocados iban y venían por el bosque iluminando a cada paso los rincones.

Nos sentimos mareados por aquel apagar y encender continuado que nos mostraba a pedazos el bosque, un bosque que parecía arder en ellas de una manera espectral: dando aquí una rama, allá un gajo de frutos, después un grupo de hojas, detrás un huir de lianas y abajo flores asustadas o montes de arena. Las *changas* eran un espectáculo que empezaba siendo maravilloso y acababa exasperando de modo diabólico. Bajamos a la sala y corrimos las cortinas de las claraboyas. Estábamos casi ciegos.

LA SERPIENTE LUMINOSA DE AKANARLANG

LAS CHANGAS habían desaparecido cuando salimos antes de amanecer. La luna habíase elevado y el Uluán estaba un tanto más claro que al principio. Fuerte brisa mecía las cañas de *boje* que se estremecían con un ruido de cortina del Yechán. Por primera vez desde los remotos tiempos de la Ferra desaparecida y de la Columbia más remota aún, hombres de Ilerán se atrevían a viajar difundidos en el vasto territorio del Bundulupane terrorífico.

El Bundulupane estaba colocado a 3.000-09 myopís del totragrodanergón de onda espiral. La condensación se hacía por lo tanto en elferontes de 15.000 sexies y muchas veces, no siendo éstos suficientes se empleaban elferontes de 20.000 y para el caso de nuestro viaje, por tratarse de una remotación positiva y no de reflejo, para evitar posibles statibraciones que pudieran terminar en viaje sin retorno, se ocuparon elferontes amstrusos, de fórmula secreta, sólo conocida por Asoskara, Braktis y Estrenio.

Las remotaciones negativas hechas en toda la región del Uluán, hasta Ombaya y Chalsinakard, eran sumamente confusas, comparadas sobre todo con las tomadas del Yelán y de Piococoa, por ser estas tierras de configuración rocoemotiva y no broctoemotiva como la de Bundulupane. Las pocas remotaciones positivas hechas hasta entonces habían producido resultados casi nulos. La expedición Magrot-Umba, en 93. S. T., había terminado con la inexplicable intercepción cosmoática que a poco cuesta la vida a los audaces navegantes hipereterinos y la reciente expedición Yaskar-Estrenio de veinte años atrás (65 S. L.), cuando Estrenio apenas contaba 18 años, sólo dio por resultado una ligera aparición de Tordosa. Ambul, las islas II-Yana, las fotovorticiones del extenso mar Maracol y sus tierras y el desgaje de Okok, que fue providencial por la oportunidad que daba para guiar futuras expediciones proyectadas con mejores totragrodanergones de ondas cada vez más intensas.

El día 86 S. L., por fin, cuando el chelche marcaba exactamente 3.—K3 se hacía la condensación del *bioyo* "Harón" con todo su contenido, habiéndose entonces logrado los resultados más espléndidos, gracias sin duda alguna, al cálculo exacto de aquellos grandes hombres de Ilerán.

El punto escogido, a causa, sobre todo, de la facilidad que ofrecía la circunstancia de que Okok era de allí, fue la costa occidental de Bundulupane; y como los cálculos habían sido precisos bajo todo concepto, nos encontramos en la boca del Uluán, como se había esperado. La autenticidad del sitio fue probado en parte por las aseveraciones de Okok y en parte por las muestras inequívocas de las fotovorticiones tomadas poco tiempo antes.

Aspiramos el aire puro de la madrugada con un deleite indescriptible. La luna no lograba iluminar las orillas del río, tan sólo el agua llevaba boyando en su corriente una transparencia de vidrio oscuro.

El bosque se hacía cada vez más espeso, cerrando como una gruta el ramaje sobre el río. Empezaba a sentirse un marcado aroma que producía en todos los hombres una dulce certeza de maldad, y en Gnarda una exasperación extraña que la obligó a bajar al *aspax* del barco. Okok fue requerido por Estrenio:

—¿Qué es ese olor? —preguntó el sabio.

—Akanarlang —fue la respuesta.

Al mismo tiempo señalaba el guía la corriente del Uluán en donde pudimos ver asombrados, nadando entre dos aguas, una serpiente luminosa, de un color azul eléctrico. Medía dos o tres *dranas* de largo y ondulaba lentamente siguiendo el curso del río.

—¿Es aquella serpiente la que produce ese olor tan especial? —interrogó el sabio.

—Sí —dijo el guía y se tapó los oídos con los dedos índices, invitándonos a hacer lo mismo.

Con gran asombro escuchamos entonces perfectamente una música triste, como de órgano, un rumor grandioso de mística orquestación. Así permanecemos atónitos, embebidos, casi en éxtasis, hasta que la música divina fue perdiéndose a lo lejos y desapareció. También había desaparecido la serpiente luminosa de Akanarlang y con ella las sombras últimas de la noche. El cielo se había puesto azul y el viento acarreaba la luz del día en oleadas sucesivas.

LA CAVERNA GOLOAN, LA ESTRELLA
SUBTERRANEA, LA CASCADA
DE FUEGO Y APOPTOS

ABANDONAMOS aquel apacible lago buscando la abertura del río hacia el norte. Pronto volvimos a vernos rodeados de vegetación y de sombras verdes de medio día. Después nos dimos cuenta de que el terreno empezaba a subir en ambas márgenes del río y no tardamos mucho en hallarnos navegando entre altos desfiladeros de una asombrosa piedra pulida como el mármol, que hacía las veces de espejo para el *bioyo*. La piedra era casi negra, conservando reflejos cárdenos de tormenta. Al día siguiente navegábamos por un paraje tan profundo, que el cauce se veía excesivamente estrecho, pareciendo que iba a cerrarse. Y se cerró, en efecto: horas después el *bioyo* afrontaba la boca de Goloán, enorme caverna de la cual emergía el río profundo y claro, igual que una cinta de cielo. La luz entraba cauciosa por la boca de Goloán; se detenía luego trémula y palidecida ante la sombra espesa que la fascinaba con sus ojos negros, fijos y sin parpadeco. El *bioyo* se detuvo.

—¿Entramos? —preguntó Panktane.

Discutimos algunos minutos para tomar una determinación. Jabas, sugirió que procuráramos ponernos en contacto con Netrona en el remotante de Myamas de Ilerán y todos convenimos en ello, para dar segunda crónica, después de la que diéramos en alta mar, y para completar las remotaciones hechas antes por el Uluán hasta Chalsinakard; que por cierto estaban muy confusas y que se hacía preciso aclarar.

Intentamos pues esa tarde la condensación documental. Llevábamos elfrantes índracos inexhodables y giratorios de 10.000 sexícs que si bien eran suficientes para el uso a que estaban destinados —de simple información— podrían, en circunstancias especiales, producir statibraciones peligrosas, má-

xime tomando en cuenta que en aquella región broctoemotiva intensa, podía haber elementos hasta entonces desconocidos para nosotros.

Ni siquiera llegamos a escuchar el cornacón de respuesta, porque una cosa inesperada sucedió entonces. Empezaba a caer el sol cuando un terrible sorbo de la caverna Goloán se tragó al *bioyo*, continente y contenido y pronto no vimos otra cosa que la boca de Goloán allá a lo lejos huyendo de nosotros velozmente, hasta convertirse en una estrella solitaria dentro de la más oscura noche que verse pudo. Después, hasta la estrella se borró, y no supimos ya decir adónde estábamos ni cómo íbamos. Encendidos de golpe todos los fanales y como en cosa de maravilla, como en sueño de niño al encenderse todos los fanales del *bioyo* un mundo de luces nos rodeó por todos lados en un extenso radio, tal si nos halláramos en medio de una ciudad. ¿Qué ocurría? Parecíamos estar cercados de espejos enormes que multiplicaban las luces del barco de una manera fantasmagórica. Dio Panktane una orden a Okok, y mil voces repitieron sus palabras hasta la lejanía. Todos lanzamos una carcajada de regocijo que despertó una tempestad de carcajadas, tan bárbara, que llegamos a temblar pensando en un derrumbe. Tardaban los ecos en apagarse, desvaneciéndose el sonido con tal lentitud, que parecía pegarse al oído como una pasta auditiva. Esto hizo nacer una sospecha en Estrenio, quien pidió a Jabas que desviara el conmutador de los fanales. Se apagaron instantáneamente las luces y ante nuestros asombrados ojos, la anorme ciudad continuó alumbrada por largo rato, empezando luego a desleírse la luz en tal forma, que cada punto luminoso se convirtió en una línea de fuego, dando el conjunto la formidable impresión de una inmensa cascada de fuego. ¡Era estupendo!

Okok llegó cerca de Estrenio para decirle algo importante. Empezó a vociferar de la manera más alarmante, dando saltos de mono envenenado y gritando de modo que todos los ecos se nos echaron encima:

¡Apoptos, Apoptos, Apoptos! . . .

EL TRONO MILAGROSO, LAS MINERIAS DE
ACUARIMANTINA Y LAS INESPERADAS
STATIBRACIONES EN LA FELIZ
REMOTACION

ESTE TRONO de piedra —dijo Bah— trono es del reino de la ausencia. El que se sienta en él abandona su envoltura de emociones y se transporta al instante al mundo arquetípico, allí donde las cosas son la esencia y están así más cerca de la verdad.

Con un gesto nos invitó a sentarnos y como nadie se atreviere, di dos pasos vacilante y al fin probé a sentarme.

Fue como sentarse en una nube. No había tocado con mi cuerpo el asiento del trono y ya volaba como un suspiro dentro de un rayo de sol. Volaba con la premura de la luz, y puedo asegurar que iluminaba con mi presencia el mundo de mis pensamientos. Era feliz como si todo yo hubiera estado hecho de un perfume de felicidad. Yo era y difundía la felicidad. El espacio tenía una apariencia kaleidoscópica, cambiante en formas, sonidos y colores. Bogaba por un maravilloso cielo de cristal, en donde las nubes eran piedras preciosas; en donde la niebla de topacio escondía ciudades de hielo, o montes de alabastro y de marfil. De entre una malla de luz verde, surgía de repente una montaña piramidal reflejada con pureza en un lago de oro. Cruzaba largos espacios en donde llovía hilo de plata y me hundía en las madejas suaves y luminosas como en un colchón profundo de blanda pluma. Me detuve de pronto en la sombra de una tormenta amatista y me vi pronto rodeado de varbantos prismáticos que me invitaban fraternales a mirar sus campos de labor en aquellas llamadas minerías de Acuarimántima.

En los breves segundos que duró mi ausencia, vi y comprendí cosas estupendas. Un varbanto mostróme el castillo encantado de un beso.

—Este —me dijo— es un castillo nacido de un beso tuyo a Gnarda. ¿Quieres visitarlo?

Díjele encantado que sí y volando llegamos sobre mi beso de amor y pene-

tramos por una torre de las más altas. Se respiraba allí un aire de ensueño y de pureza sin límite y las salas parecían talladas en diamantes colosos. Pero al llegar a la mitad del castillo todo era azul como zafiro, ligeramente violado en los pisos, y la base toda, la planta baja con los sótanos del mismo edificio eran rojos en extremo, como el rubí sangriento.

Yo estaba atónito. Me explicó el varbanto amigo, que mi beso había empezado siendo casto de intención, pero que con el contacto de los labios amados, había ido degenerando hacia un beso sensual, ardoroso, pasando por la gama complicada de la simpatía, al amor cordial y al deseo voluptuoso. Y como las cosas se construyen en aquellos mundos, de arriba abajo, era por eso que las torres conservaban la más fina arquitectura.

Recité unas palabras en verso; una sonrisa hecha playas azules a la hora del alba, donde la espuma juega con la luz y con la sombra; miradas de varias intenciones convertidas en arbustos desde aquellos cuajados de jazmines, hasta aquellos nutridos de espinas amenazadoras; el río oscuro que produce el palpitar del corazón; las praderas de suave hierba que forma la música leve del roce de los pliegues en un manto de seda; el fondo del mar con algas y burbujas de una risa de niño.

¡Oh, qué infinito mundo de maravillas es la vida por encima de nuestras cabezas pesadas!...

Hundiéndome estaba en el centro de un enorme lirio de embriagador perfume, nacido de un suspiro, cuando volví entre mis amigos impelido por la amistosa mano de Bah, que me obligaba a dejar el trono de su ausencia eterna. Todos los otros gustaron a su vez esta delicia inenarrable y todos lamentaron la caída del regreso.

Generosa y maternal nos explicaba Bah la flor del Universo, donde cada mundo es como un grano de polen, cuando nuestras mentes se inclinaron languideciendo como cañas azotadas por el vendaval. Oímos como aullidos lúgubres las llamadas angustiosas de los cornacones dejados a cargo de Okok. Nos desmayábamos y éramos succionados por una fuerza irresistible. Inmensas hélices giraban en nuestras cabezas: mitad luz, mitad dolor. Grandes cataratas como mares desbordados caían de los cielos grises por los cuales cruzábamos dispersos a modo de cadáveres aéreos o de hojas marchitas en un viento desenfrenado.

Las tan temidas statibraciones, se habían presentado de improviso, ya fuera a causa de un descuido en Ilerán, ya fuera a causa de la ignorancia e imprudencia de Okok el guía. El caso es que, cuando recuperamos nuestras perdidas facultades, nos hallamos rodeados de amigos en Myamas y fuimos informados por Netrona del desastre del *bioyo* y de nuestra condensación instantánea que gracias al indicador especial, de reciente invención, pudo ser regulada evitando mayores daños. De nosotros sólo faltaba Jabas, desaparecido incomprensiblemente. La pronta intervención de los sabios amigos de nuestro mundo, evitó una segura entectelemtiasis que habría producido la muerte lenta y dolorosa de nuestros cuerpos químicos. Jabas no pudo ser recuperado.

CUENTOS DE BARRO

LA BOTIJA

(1933)

JOSÉ PASHACA era un cuerpo tirado en un cuero; el cuero era un cuero tirado en un rancho; el rancho era un rancho tirado en una ladera.

Petrona Pulunto era la *nana* de aquella boca:

—¡Hijo: abrí los ojos, ya hasta la color de que los tenés se me olvidó!
José Pashaca pujaba, y a lo mucho encogía la pata.

—¿Qué quiere mama?

—¡Qué necesario que tificiés en algo, yastás indio entero!

—¡Agüén!...

Algo se regeneró el holgazán: de dormir pasó a estar triste, bostezando.

Un día entró Ulogio Isho con un *cuenterete*. Era un como sapo de piedra, que se había hallado arando. Tenía el sapo un collar de pelotitas y tres hoyos: uno en la cabeza y dos en los ojos.

—¡Qué feyo este baboso! —llegó diciendo. Se carcajeaba—; es meramente el tuerto Cande!...

Y lo dejó, para que jugaran los *cipotes* de la María Elena.

Pero a los dos días llegó el anciano Bashuto, y en viendo el sapo dijo.

—Estas cositas son obra denantes, de los agüelos de nosotros. En las aradas se encuentran catizumbadas. También se hallan botijas llenas dioro.

José Pashaca se dignó arrugar el pellejo que tenía entre los ojos, allí donde los demás llevan la frente.

—¿Cómo es eso, ño Bashuto?

Bashuto se desprendió del puro, y tiró por un lado una escupida grande como un *caite*, y así sonora.

—Cuestiones de la suerte, hombré. Vos vas arando y ¡plosh!, derrepente pegás en la huaca, y yastuvo; tihacés de plata.

—¡Achís, ¿en veras, ño Bashuto?

—¡Comolóis!

Bashuto se prendió al puro con toda la fuerza de sus arrugas, y se fue en humo. *Enseguiditas* contó mil hallazgos de botijas, todos los cuales el “bía pri-

senciado con estos ojos". Cuando se fue, se fue sin darse cuenta de que, de lo dicho, dejaba las cáscaras.

Como en esos días se murió la Petrona Pulunto, José levantó la boca y la llevó caminando por la vecindad, sin resultados nutritivos. Comió *majonchos* robados, y se decidió a buscar *botijas*. Para ello, se puso a la cola de un arado y empujó. Tras la reja iban arando sus ojos. Y así fue como José Pashaca llegó a ser el indio más holgazán y a la vez el más laborioso de todos los del lugar. Trabajaba sin trabajar —por lo menos sin darse cuenta— y trabajaba tanto, que las horas coloradas lo hallaban siempre, sudoroso, con la mano en la manquera y los ojos en el surco.

Piojo de las lomas, caspeaba ávido la tierra negra, siempre mirando al suelo con tanta atención, que parecía como si entre los borbotillos de tierra hubiera ido dejando sembrada el alma. *Pa* que nacieran perezas; porque eso sí, Pashaca se sabía el indio más sin oficio del valle. El no trabajaba. El buscaba las *botijas* llenas de *bambas* doradas, que hacen "plocosh!" cuando la reja las topa, y vomitan plata y oro, como el agua del charco cuando el sol comienza a *ispíar* detrás de *lo del ductor Martínez*, que son los llanos que topan al cielo.

Tan grande como él se hacía, así se hacía de grande su obsesión. La ambición más que el hambre, le había parado del cuero y lo había empujado a las laderas de los cerros, donde aró, aró, desde la gritería de los gallos que se tragan las estrellas, hasta la hora en que el *güas* ronco y lúgubre, parado en los ganchos de la ceiba, *puya* el silencio con sus gritos destemplados.

Pashaca se peleaba las lomas. El patrón, que se asombraba del milagro que hiciera de José el más laborioso colono, dábale con gusto y sin medida luengas tierras, que el indio soñador de tesoros rascaba con el ojo presto a dar aviso en el corazón, para que éste cayera sobre la *botija* como un trapo de amor y ocultamiento. Y Pashaca sembraba, por fuerza, porque el patrón exigía los censos. Por fuerza también tenía Pashaca que cosechar, y por fuerza que cobrar el grano abundante de su cosecha, cuyo producto iba guardando des-preocupadamente en un hoyo del rancho, *por siacaso*.

Ninguno de los colonos se sentía con hígado suficiente para llevar a cabo una labor como la de José. "Es el hombre de hierro", decían; "ende que le entró asaber qué, se propuso hacer pisto. Ya tendrá una buena huaca..."

Pero José Pashaca no se daba cuenta de que, en realidad, tenía *huaca*. Lo que él buscaba sin desmayo era una *botija*, y siendo como se decía que las enterraban en las aradas, allí por fuerza la *incontraría* tarde o temprano.

Se había hecho no sólo trabajador, al ver de los vecinos, sino hasta generoso. En cuanto tenía un día de no poder arar, por no tener tierra cedida, les ayudaba a los otros, los mandaba descansar y se quedaba arando por ellos. Y lo hacía bien: los surcos de su reja iban siempre pegaditos, *chachados* y *profundos*, que daban gusto.

—¡Onde te metés, babosada! —pensaba el indio sin darse por vencido—: Y tei de topar, aunque no querrás, así mihaya de tronchar en los surcos.

Y así fue; no lo del encuentro, sino lo de la tronchada.

Un día, a la hora en que se *verdeya* el cielo y en que los ríos se hacen rayas blancas en los llanos, José Pashaca se dio cuenta de que ya no había botijas. Se lo avisó un desmayo con calentura; se dobló en la mancera; los bueyes se fueron parando, como si la reja se hubiera enredado en el raizal de la sombra. Los hallaron negros, contra el cielo claro, "*voltiando a ver al indio embruecado, y resollando el viento oscuro*".

José Pashaca se puso malo. No quiso que *naide* lo cuidara. "*Dende que bía finado la Petrona, vivía ingrino en su rancho*".

Una noche, haciendo *juerzas de tripas*, salió sigiloso llevando en un cántaro viejo su *huaca*. Se agachaba detrás de los matochos cuando *óiba* ruidos, y así se estuvo haciendo un hoyo con la *cuma*. Se quejaba a ratos, rendido, pero luego seguía con brío su tarea. Metió en el hoyo el cántaro, lo tapó bien tapado, borró todo rastro de tierra removida y alzando sus brazos de bejuco hacia las estrellas, dejó ir liadas en un suspiro estas palabras:

—¡Vaya: pa'que no se diga que ya nuai botijas en las aradas! . . .

LA HONRA

HABÍA AMANECIDO *nortiendo*; la Juanita limpia; *lagua* helada; el viento llevaba *zopes* y olores. Atravesó el llano. La *nagua* se le amelcochaba y se le hacía calzones. El pelo le hacía alacranes negros en la cara. La Juana iba bien contenta, *chapudita* y apagándole los ojos al viento. Los árboles venían corriendo. En medio del llano la cogió un tumbo de *norte*. La Juanita llenó el frasco de su alegría y lo tapó con un grito; luego salió corriendo y enredándose en su risa. La *chucha* iba ladrando a su lado, queriendo alcanzar las hojas secas que pajareaban.

El *ojo diagua* estaba en el fondo de una barranca, sombreado por *quequeisbques* y *palmitos*. Más abajo, entre grupos de *güiscoyoles* y de *ishcanales*, dormían charcos azules como cáscaras de cielo, largas y oloríferas. Las sombras se habían desbarrancado encima de los paredones y en la corriente *pacha*, quebradita y silenciosa, rodaban piedrecitas de cal.

La Juanita se sentó a descansar: estaba agitada; los pechos —bien ceñidos por el traje— se le querían ir y ella los sofrenaba con suspiros imperiosos. El *ojo diagua* se le quedaba viendo sin parpadear, mientras la *chucha* lengüeaba golosamente el manantial, con las cuatro patas ensambladas en la arena virgen. Río abajo, se bañaban unas ramas. Cerca unos peñascales verdosos sudaban el día.

La Juanita sacó un espejo, del tamaño de un *colón* y empezó a espíarse con cuidado. Se arregló las mechas, se limpió con el delantal la frente sudada y como se quería cuando a solas, se dejó un beso en la boca, mirando con recelo alrededor, por miedo a que la *bieran ispiado*. Haciendo al escote comulgar con el espejo, se bajó de la piedra y comenzó a *pepenar chirolitas* de temisque para el *cinquito*.

La *chucha* se puso a ladrar. En el recodo de la barranca apareció un hombre montado a caballo. Venía por la luz, al paso, haciendo *chingastes* el

vidrio del agua. Cuando la Juana lo conoció, sintió que el corazón se le había ahorcado. Ya no tuvo tiempo de escaparse y, sin saber por qué, lo esperó agarrada de una hoja. El de a caballo, joven y guapo, apuró y pronto estuvo a su lado, radiante de oportunidad. No hizo caso del ladrido y empezó a *chuliar* a la Juana con un galope incontenible como el viento que soplabá. Hubo defensa claudicante, con noes temblones y jaloncitos flacos; después ayes, y después. . . El *ojo diagua* no parpadeaba. Con un brazo en los ojos, la Juana se quedó en la sombra.

Tacho el hermano de la Juanita, tenía nueve años. Era un *cipote aprietado* y con una cabeza de *huizayote*. Un día *vido* que su *tata* estaba furioso. La Juanan le *bía* dicho quién sabe qué, y el *tata* le *bía* metido una *penquiad'el diablo*.

—¡Babosa! —había oído que le decía—. ¡Habís perdido lonra, que era lúnico que tráibas al mundo! ¡Si biera sabido quiba ir a dejar lonra al ojo diagua, no te dejo ir aquel diya; gran babosa! . . .

Tacho lloró, porque quería a la Juana como si hubiera sido su *nana*; e ingenuamente, de escondiditas, se *jué* al *ojo diagua* y se puso a buscar cachazudamente *lonra e la Juana*. El no sabía ni poco ni mucho cómo sería *lonra* que *bía* perdido su hermana, pero a juzgar por la cólera del *tata*, *bía* de ser una cosa muy fácil de hallar Tacho se *maginaba lonra*, una cosa lisa, redondita, quizás brillante, quizá como moneda o como cruz. Pelaba los ojos por el arenal, río abajo, río arriba, y no miraba más que piedras y monte, monte y piedras, y *lonra* no aparecía. La *bía* buscado entre *lagua*, en los matorrales, en los hoyos de los palos y hasta le *bía* dado *güelta* a la arena cerca del *ojo*, y ¡nada!

—Lonra e la Juana, dende que *tata* le *penquiado* —se decía—, ha de ser grande.

Por fin, al pie de un *chaparro*, entre hojas de sombra y hojas de sol, *vido* brillar un objeto extraño. Tacho sintió que la alegría le iba subiendo por el cuerpo, en espumarajos cosquilleantes.

—¡Yastuvo! —gritó.

Levantó el objeto brillante y se quedó asombrado.

—¡Achís! —se dijo—. No sabía yo que lonra juera así. . .

Corrió con toda la fuerza de su alegría. Cuando llegó al rancho, el *tata* estaba pensativo, sentado en la *piladera*. En la arruga de las cejas se le *bía* metido una estaca de noche.

—¡Tata! —gritó el *cipote* jadeante—: ¡Ei ido al ojo diagua y ei encontrado lonra e la Juana; ya no le pegue, tome! . . .

Y puso en la mano del *tata* asombrado, un fino puñal con mango de concha.

El indio cogió el puñal, despachó a Tacho con un gesto y se quedó mirando la hoja puntuda, con cara de vengador.

—Pues es cierto. . . —murmuró.

Cerraba la noche.

SEMOS MALOS

Goyo CUESTAS y su *cipote* hicieron un *arresto*, y se *jueron* para Honduras con el fonógrafo. El viejo cargaba la caja en bandolera; el muchacho la bolsa de los discos y la trompa achafanada, que tenía la forma de una gran campánula; flor de *lata* monstruosa que *perjumaba* con música.

—Dicen quen Honduras abunda la plata.

—Si tata, y por aí no conocen el fonógrafo, dicen. . .

—Apurá el paso, vos; ende que salimos de Mepatán tres choya.

—¡Ah!, es quel cincho me viene jodiendo el lomo.

—¡Apechálo, no siás bruto!

Apiaban para sestear bajo los pinos chiflantes y odoríferos. Calentaban café con ocote. En el bosque de *zunzas*, las *taluzas* comían sentaditas, en un silencio nervioso. Iban llegando al Chamelecón salvaje. Por dos veces *bían* visto el rastro de la culebra *carretía*, angostico como *fuella* de *pial*. Al *sesteyo*, mientras masticaban las tortillas y el queso de Santa Rosa, ponían un *fostró*. Tres días estuvieron andando en lodo, atascados hasta la rodilla. El chico lloraba, el *tata* maldecía y se *reiba* sus ratos.

El cura de Santa Rosa había aconsejado a Goyo no dormir en las galeras, porque las pandillas de ladrones rondaban siempre en busca de *pasantes*. Por eso, al crepúsculo, Goyo y su hijo se internaban en la montaña; limpiaban un puestecito al pie *diún palo* y pasaban allí la noche, oyendo cantar los *chiquirines*, oyendo zumbiar los zancudos *culuazul*, enormes arañas, y sin atreverse a resollar, temblando de frío y de miedo.

—¡Tata: brán tamagases? . . .

—Nóijo, yo ixaminé el tronco cuando anohecía y no tiene cuevas.

—Si juma, jume bajo el sombrero, tata. Si miran la brasa, nos hallan.

—Sí, hobre, tate tranquilo. Dormite.

—Es que currucado no me puedo dormir luego.

—Estiráte, pué. . .

—No puedo, tata, mucho yelo. . .

—¡A la puerca, con vos! . . . ¡Cuchuyate contra yo, pué! . . .

Y Goyo Cuestas, que nunca en su vida había hecho una caricia al hijo, lo recibía contra su pestífero pecho, duro como un *tapexco* y, rodeándolo con ambos brazos, lo calentaba hasta que se le dormía encima, mientras él, con la cara *añudada* de resignación, esperaba el día en la punta de cualquier gallo lejano.

Los primeros *clareyos* los hallaban allí, medio congelados, adoloridos, amorrados de cansancio; con las feas bocas abiertas y babosas, semi-atremangados en la *manga* rota, sucia y rayada como una cebra.

Pero Honduras es honda en el Chamelecón. Honduras es honda en el silencio de su montaña bárbara y cruel; Honduras es honda en el misterio de sus terribles serpientes, jaguares, insectos, hombres. . . Hasta el Chamelecón no llega su ley; hasta allí no llega su justicia. En la región se deja —como en los tiempos primitivos— tener buen o mal corazón a los hombres y a las otras bestias; ser crueles o magnánimos, matar o salvar a libre albedrío. El derecho es claramente del más fuerte.

Los cuatro bandidos entraron por la palizada y se sentaron luego en la plazoleta del rancho, aquel rancho náufrago en el cañaveral cimarrón. Pusieron la caja en medio y probaron a conectar la bocina. La luna llena hacía saltar *chingastes* de plata sobre el artefacto. En la mediagua y de una viga, pendía un pedazo de venado *olisco*.

—Te digo ques fológrafo.

—¿Vos bis visto cómo lo tocan?

—¡Ajú! . . . En los bananales los ei visto. . .

—¡Yastuvo! . . .

La trompa trabó. El bandolero le dio cuerda, y después, abriendo la bolsa de los discos, los hizo salir a la luz de la luna como otras tantas lunas negras.

Los bandidos rieron, como niños, de un planeta extraño. Tenían los *blanquiyo*s manchados de algo que parecía lodo, y era sangre. En la barranca cercana, Goyo y su *cipote* huían a pedazos en los picos de los *xopes*; los armadillos habíanles ampliado las heridas. En una masa de arena, sangre, ropa y silencio, las ilusiones arrastradas desde tan lejos, quedaban como abono, tal vez para un sauce, tal vez para un pino. . .

Rayó la aguja, y la canción se lanzó en la brisa tibia como una cosa encantada. Los cicales pararon a lo lejos sus palmas y escucharon. El lucero

grande parecía crecer y decrecer, como si colgado de un hilo lo remojaran subiéndolo y bajándolo en el agua tranquila de la noche.

Cantaba un hombre de fresca voz, una canción triste, con guitarra.

Tenía dejos llorones, hupos de amor y de grandeza. Gemían los bajos de la guitarra, suspirando un deseo y, desesperada la *prima* lamentaba una injusticia.

Cuando paró el fonógrafo, los cuatro asesinos se miraron. Suspiraron. . .

Uno de ellos se echó llorando en la *manga*. El otro se mordió los labios. El más viejo miró al suelo *barrioso*, donde su sombra le servía de asiento, y dijo después de pensarlo muy duro:

—Semos malos.

Y lloraron los ladrones de cosas y de vidas, como niños de un planeta extraño.

DE PESCA

ERAN ALLÁ como las tres de la madrugada. La luna, de llena, *lambía* las sombras prietas en los montarrascales y en los manglares dormilones. El estero, lagunoso en su calma, era como un pedazo de espejo del día; del día ya roto. La playa lechosa, de cascajo crema, se dejaba espulgar por las suaves ondas espumíferas, que la brisa devanaba sin prisa. La isla, al otro lado del agua, se alargaba como una nube negra que flotara en aquel cielo diáfano, mitad cielo, mitad estero. Las estrellas pintaban en ambos cielos. El mar, a lo lejos, roncaba adormilado por la frescura del aire y la claridad del mundo. Un cordón de aves blancas pasó, silencioso y ondulante como una culebra de luna.

De la mediagua oscura, salió a la playa un indio. Llevaba desnudo el torso, los calzones arremangados sobre las rodillas; se desesperaba, como queriendo echar al suelo el fardo del sueño. La arena, al ser hollada por los anchos pies descalzos, mascaba el silencio. Miró las estrellas con los ojos fruncidos. Se espantó los mosquitos, miró el agua platera y regresó al rancho.

—Son ya mero las tres, vos... ¿Nos vamos?

Una especie de aullido de pereza le contestó. Luego, la voz atecomatada del compañero respondió:

—Ai veyá, mano...

—Amonós...

Los indios, hurgando en la sombra del caedizo, escogieron los utensilios y fueron trasladándolos al bote. El bote dormía, encallado, mitad en el agua, mitad en la arena. Un *chucho* prieto iba y venía husmeando el viaje. Por efecto del silencio del agua, de la luz, del cielo bajero, el mundo todo parecía palpitar, cabecear como un barco en marcha. Los *pocuyos*, despenicados en la inmensidad, arrullaban la cuna de la noche con su triste "oíeo, oíeo, oíeo",

que sonaba intermitente, como la paletada blanda del remo que va, va va... sin prisa y sin ruido.

—Ya va ser parada diagua, vos.

—Ya paró, mano.

—¡Aligere, pué!...

Despegaron el bote a empujones y pujidos. El bote coleó, libre, *descantiándose tantito* y revolviendo la plata de la luna en desparpajos. Hundido hasta las piernas, aún empujaron. Luego se metieron dentro y se dejaron llevar por el *tranquil* del agua parada. Era el cambio de marea; las corrientes que entraban al estero, fatigadas de ir buscando mundo, descansaban un momento, antes de regresar al mar abierto. Entonces el peje abismado venía arriba, flordeaguando y buscaba la calma de las ramazones y de los bancos. Ligeros colazos de zafiro indicaban ya el *punto* del agua. Las sombras rojizas de los *parvos* pasaban, esquivando el peligro, avisados por el lánguido paleteo del *canalete*.

En fraterno silencio los indios cruzaban el agua como si volaran entre dos cielos. En la proa ávida de espacio, el uno empujaba con la pértiga negra y larga que subía y bajaba rítmicamente, sincronizando con el manosear del *canalete* que el otro indio manejaba en la popa, acurrucado y friolento. En el centro del bote el *chucho*, sentado, miraba tímidamente los cacharros del cebo.

—¡Qué friyo, vos!...

—¡Ajú!...

—¿Vamos al ramazal de la bocana?

—Como quiera, mano.

Los ramazales emergían del agua purísima como inmensas arañas negras. Dos, tres, cuatro... quedaban atrás. Al pasar rondando un tronco, el raizal *projundo barzonió* el bote, afligiéndolo. Con hábil punteo, salieron del paso.

—No se arrime mucho, mano!

Torcieron hacia el sur; a poca distancia del ramazal echaron el *fondo* y quedaron inmóviles. Poco tiempo después arrojaban los anzuelos. Con rápido ademán los lanzaban al aire. La pita hacía una larga parábola, y el plomo se hundía allá, con un ligero: "chukuz". Luego el cordel se quedaba ondulando encima y poco a poco se abismaba. Quedaban a la expectativa. Habían encendido los puros y *jumaban* acurrucados.

—¿Pican, mano?

—No quieren picar.

—Ya me puntteyan, vos.

—¿Eh...?

—Es bagre, de juro. Estos chingados sian de ber llevado la chimbera.

La *chimbera* era el cebo. El indio sacó el anzuelo, de jalón en jalón. Por fin sobreaguó el plomo negruzco. Se habían llevado el bocado.

—¿Lo vido? Son esos babosos bagres, vos.

—Si quiere nos hacemos al lado de laisla.

Iba a sacar su cordel, cuando un fuerte tirón, que ladeó el bote, les advirtió de una presa mayor.

—¡Jale, mano; debe ser “mero”!

El indio tiró con todas sus fuerzas.

—¡Ya mero reviente este jodido!

Llegó el otro a ayudarle. Tiraron penosamente. El bote cimbraba, *voltión*. En la cola de un espumarajo surgió de pronto una sombra enorme, que arrollaba la linfa con ímpetus de marejada. La luz nerviosa le mordía en redor.

—¡A la ronca, mano, es tiburón!

—¡Y del fiero, vos!

—¿Lo encaramamos?

¡Déjelo dir, chero, nos puede joder al chucho!

—¿Guá perder mi anzuelo?

—¿Qué siarremedia?

Un coletazo formidable hizo crujir el bote. El *chucho* buscaba fijo, abriendo las cuatro patas y hundiendo la cola. Soltaron. Se *apercoyaron* a las bordas y trataron de nivelar. Un segundo coletazo ladeó el bote. Dos sombras eseantes atacaban con furia.

—¡Levante el fondo ligero!

—¡Aguárdese!

Un tercer coletazo echó de bruces al indio que tiraba del *fondo*. La caída hizo volcarse al bote; hubo un griterío salvaje; las colas golpeaban en la cáscara del bote como en un tambor. Grandes rosas de espuma se fugaban en círculos, empurpurando la plata mansa. Después, todo quedó quieto.

Agrupados en la orilla, los moradores del valle escrutaban la noche. La *ña Gerónima*, gorda y grasienta, con su delantal de cuadros azules, comentaba temblorosa.

—¡Avemaríapurísima! . . .

Los viejos de quijada de plomo cabeceaban, como diciendo:

—*Pa que veyan* . . .

Los *cipotes* abrían sus bocas y se acurrucaban, para descansar las barrigas enormes.

—Esos han sido los Garcíya.

—Hilario y Cosme, quizá . . .

—A saber si jué Mincho de la seña Fabiana.

—Sí, pué . . .

El día venía abriendo rápido, con ambas manos, los azules del Azul. La luna, marchita ya, se arrinconaba en la montaña. Las ondas de la vaciante *traíban orito* en la punta. El manglar se había separado del paisaje, tomando su cuerpo. La isla verdegueaba, y la fragancia de la mañana venía *mera* cargada.

De pronto, se vio una estela que flechaba hacia la orilla. Todos quedaron en suspenso. Un perro negro llegaba jadeante, aclarando el misterio de la tragedia. Salió de un último pechazo a la orilla; meneó el rabo; se sacudió bruscamente la gloria del sol, y no dijo nada.

LA BRUSQUITA

EL RANCHO de Polo quedaba allá donde empieza a trepar el volcán, al pie de unos *caragos floridos*, al *jaz* de la vereda que lleva *onde* Meterio Ramos, cerca del cantón Guaruma. Entre pedrencos morados, hecho con paja de arroz y palma, el rancho miraba *pa* bajo, *pa* bajo, por encima de los grandes potreros del Derrumbadero, hasta el río Guachote *quiba* haciendo así, así, hasta perderse en la montaña. Encorralado en un requiebre, entre *cocos* y platanares, estaba el pueblo. Eran todas las casitas blancas y estaban echadas con los ojos abiertos. Como ganado arisco en desparpajo, iban allá los cerros *atrompesándose* unos con otros, o encaramándose al *dir* de brama.

La *señá Manuela*, la partera, dejó el *guacal* de café en la hornilla apagada, sobre el polvito azual de la ceniza, y con un palito encendido *prendió la cabuya* de su cigarro. Con un ojo apagado por el humo, le dijo a Polo para cerrar *plática*:

—Ve vos, yo sé lo que te digo: nuai más dolor quel de parir...

Polo asintió, con sencilla nobleza de *irnorante*. Se despidió la vieja y se fue; y el indio, que vivía solo allí, descolgó la guitarra, como quien apecha la tristeza sin temor, y *liayudó* al cielo a *dir* pariendo estrellas en la tarde.

De allá de la carretera, de bien abajo, venía cargando con ella. La *bíá arrojado diun utomóvil*. El *bía* visto el empujón y el *barquinazo*. Iban todos *bolos* y ella lloraba a gritos. Cayó en *pinganiyas*, y, dando una *güeltereta*, sembró la cara en el lodo y se quedó *aletiando*. El la *pepenó* y, como no había dónde, se la llevó cargando al rancho; cuesta arriba, cuesta arriba, *sudoso* y enlodado. Ella *sangriaba* y se quejaba. Por dos veces la *bía apiado* para que arrojara. Arrojava un *piro* espumoso y hediondo y *diay* se desmayaba.

Entró con ella apenas; la puso en la cama y empezó a lavarle la cara con un trapo mojado. A la luz del candil *vido*, al ir borrando, que tenía la cara *chula*. El pelo lo *andaba al jaz* de la nuca; era blanca y suavcita, suavcita, como algodón de ceiba. Cuando abrió los ojos *vido* que los tenía prietos y *brillosos*, como charcos *diagua* en noche de relámpagos.

Se quedó allí mientras se curaba. Había pasado una *goma feya*, que le bajó con *chaparro*. Con la sobada que le dio en la pierna, bajó la hinchazón. Podía apenas dar pasitos, renqueando y quejándose. Pasaba todo el día tirada boca arriba en la cama, descalza su blancura y triste el negror de sus ojos que le *sonreiban* agradecidos. Se dormía, se dormía. . . , y él la *veiya* desde el taburete, medio envuelta en el perraje, con el pelo en la cara, *acuchuyada* toda ella, dándole el redondo de su cuerpo con un abandono que le hacía temblar y *berver*. Cuando estaba *projunda*, él se acercaba y se inclinaba. *Güelia ansina* como una *flor de no sé qué*, con un perfume que *mareya* y que da *jiebre*. Pero Polo sabía en su sencilla nobleza de *irmorante*, que *nuay* que *confundir la caridá*. . .

—Usté, ¿diondés?

—¿Yo? . . . de la capital. . .

—¿Por qué la embolaron y larronjaron? . . .

—Por bandidos que son. Les pegué en la cara y les di de patadas y entonces me aventaron los malditos. . .

Polo quería decir algo, quería sacar *ajuera* el *ñudo* que se le *bía* hecho en la garganta; pero no salía: era como una espina de pescado y no salía más que por los ojos. Ella lo miraba sonriente. Para animarlo le dijo:

—¿Qué no me mira que soy “brusca”?

El no comprendió aquel término urbano. ¡Ah, si lo hubiera dicho con P, qué feliz habría sido!

—¡Qué brusca va ser usté. . . !

Ella respetó aquello que creyó ser una ilusión de pureza. El sin duda la tomaba por *niña*.

Se separaron en el cruce de los caminos; allá en el plan. Se miraron fijo un rato, mientras cantaban los *pijuyos*. Ella le cogió las manos y se las besó; se le *atrinquetió* en el pecho, y ligerito, le dio un beso en la cara y se alejó *renquiando*. El quedó como sembrado. Rígido como *brotón* de cerco, mirándola *dirse*, *pelona* y *chula*, chiquita y blanca. Cuando *descruzó*, lo *voltió a mirar* parándose un momento y le dijo adiós con los dedos. El, sin juerzas casi, le mecía la mano.

Sentado en la piedra, frente al rancho, miraba *baboso* y *juido* del mundo, cómo venían, por los potreros del Derrumbadero, los toros tardíos cabeceando y mugiendo como si empujaran un trueno.

En la puerta del rancho la *seña Manuela*, la partera, cansada de hablar sola, se *encumbró* el último trago de café hundiendo la cara en el *guacal* y sentenció siempre *al igual*:

Yo sé lo que te digo: nuay más dolor quel de parir. . .

Con sencilla amargura de *irnorante*, el indio dejó de hacer cruces en la arena, y de un golpe clavó con furia el *corvo* en el tronco del *carago*.

Cayeron *flores*.

NOCHE BUENA

LA TARDE herida cayó detrás del cerro con *lala* azul trinchada y el pico *dioro entriabrido*. El nido de noche quedó solito, con *piojio* de estrellas y el huevo brillante de la luna. Plumas quedaron angeleando, *tristosas*.

Los *guarumos*, altos y *cbelosos*, se miraban en las *escuranas*, con aspecto de *espíretos de palos*. La brisa espesa, tufosita y *jelada*, hacía nadar las ramas en los claros morados del cielo. El *sereno mojisco* untaba brillos en los bultos de las cosas; y toda la tierra se encaramaba al cielo en olores. Lijaban los grillos, puliendo el silencio.

Por la puerta del rancho embarrancado, salió al pedrero una puñalada de luz. Las sombras acamelladas de los moradores reptaron hasta el patio. Un *chucho* interpuesto, se había hecho mesa en el umbral.

Poco a poco, la noche se fue alunando en claros hermosos. Desde el patio se columbró el caserío del pueblo. Uno *quiotro* candil estrellaba la calle. En el campanario antiguo, la luna cuajaba, campeando alegre; y, de cuando en cuando, los *cuetes puyaban* la carpa *tilinte* del cielo, *chiflando* todos luminosos y rebotando con estrépito.

La *nana* se enrolló en el *tapado* y salió, seguida de los dos *cipotes*. La Tina tenía once años; era delgadita y *pancinga*. Nacho andaba en cinco: sopladito, pujoso, careto y mocosito. La camisa le campaneaba al haz del ombligo. Caminaba jalado, *atrompesándose* y con la boca en forma de O, por la *trancazón* de la *ñata*. Bajaron al camino *rial* y cogieron rumbo al pueblo.

Iban, iban. . . , en silencio, tranqueando por la calle polvorosa que, como una culebra, tenía piel a manchas de sombra y luz. Unos toros pasaban por el llano, empujando la soledad con sus mugidos de brama. Al pasar por *La Canoga*, frente al rancho de *ño* Tito, la puerta de luz les cayó encima,

asustándoles los ojos, y oyeron la risa de la guitarra. Pasaron en fila. Iban, iban. . . Como era Noche Buena, había misa del gallo y se había corrido la *bola* de que el padre Peraza iba a regalar juguetes a los chicos después del sermón. La Tina y Nacho no habían tenido juguetes nunca. Jugaban de muñecas, con *caragües* vestidos de *tusas*; de tienda, en la *piladera*; de *pulicia*, con *olotes*; y de pelotas, con bolas de *morro*. Iban, iban. . . La *chucha seca* los seguía, rastrera y tosigosa. Se *óiba* ya, clarito, el tamborón y el pito que pastoreaban la alegría pueblerina. En una embrocada que se dio el camino, saltó *cheleante* el pueblo; y, desde la torre de la iglesia, el ojo con dos pestañas del *reló* se les quedó mirando ceñudo, y no los perdió de vista hasta que embocaron por la plaza.

Había ventas; olía a *jumo*, a *guaro*, y a *cuete*. Se entraba al atrio entre ramas de *coco* y *pitás* empapeladas de colores. El pito y el tambor pastoreaban la alegría.

La niña Lola los topó en las gradas.

—¿Habís venido al reparto, Ulalia?

—Sí, pué. . .

—Date priesa, si querés que te les den algo a los cipotes. Ya el padre tá cabando.

La *nana* jaló la cadena, en busca del reparto; siguió el lateral de la iglesia, y se *aculó* contra el *chumazo e gente* que iba entrando *encipotada* al reparto. La *bullanga* ensordecía. Entre los que se *réiban*, pujaban los apretados.

La Ulalia seguía *aculada*, siempre al *tanteyo* de coger puesto. Por fin, llegó hasta la barriga negra del cura. Sonaban trompetas; sonaban *chinchines*; sonaban *tumblimbés*.

—¿Y vos? ¿Vos no sos del pueblo, verdá?

—No, padre-cura; soy del valle. . .

—¡Hum, hum! . . . ¿*Tus* cipotes nuán venido a la doctrina, verdá?

—No, Señor: tamos lejos. . .

—¡Hum, hum! . . . Para vos nuay; para vos nuay. . . ¿Entendiste? Para vos nuay. . . Pase lotra, pase, pase. . .

Topadito al cerro, *floriaba* un lucero. La Ulalia iba, por el camino, de *güelta*.

Con su voz tísica, decía:

—¡Apuráte, Nachito, andá!

La Tina *luiba* jalando. Nachito decía:

—¿Y ed juguetes, mama? . . .

La camisa le llegaba al ombligo. Iba tranqueando. A lo lejos, se *óiba* el río embarrancado. En los claros, salían de los palos brazos negros, que amenazaban el cielo.

—¡Apuráte, Nachito, andá! . . .

—¿Y ed juguetes, mama? . . .

Al pasar por el rancho de *ño* Tito, la puerta de luz les cayó encima, y oyeron la risa de la guitarra.

ESENCIA DE "AZAR"

LA AURORA se iba subiendo por la pared del Oriente, como una enredadera. Floreaba corimbos rosados y gajos azules. Una que otra hoja dorada asomaba su punta. Las estrellas se iban destiñendo una por una.

Un vientecillo helado, aclarante como si llevara disuelta en su caudal la luz, iba llenando la pila del mundo con el agua dorada del día. Los gallos flotaban, aquí y allá, como pétalos *despenicados* de una sola alegría.

Dulcemente se abrió la puerta de la esquina y espantó en la tienda los olores dormidos: olor a *maicillo* y a *petate* nuevo; olor a *mantadril* y a *cambray pirujo*; a jabón, a canela y anís. La luz tranquila entró, limpiando de sombras los estantes, los mostradores, los sacos aglomerados a lo largo de la pared y la máquina de coser, sobre la cual el gato seguía durmiendo, enroscado como un *yagual*.

La Toya abrió también la ventana; y, cogiendo la escoba del rincón, empezó a barrer con el polvo de *tiste* de los ladrillos, las tiras de género, las briznas de *tusa*, los pelos de clote y uno *quiotro* papel. A lo lejos, freían un huevo.

La *ña Gabriela* salió del dormitorio apartando la cortina de perraje. Era una viejecita blanca, lenta y encorvada. Sus ojillos, verdes y hundidos, miraban bajeros, siguiendo los giros del pescuezo. Sobre su panzinga de beata, colgaba el delantal fruncido; y, sobre el delantal, el *mosquero* de llaves. *Tembeleque*, llegó al mostrador; miró, con ojos de ausencia, la calle empedrada que subía curveando el trasero mugriento de la Iglesia y, a través del arco del campanario, el cielo azul, de un azul dominguero. Luego, la *ña Gabriela* abrió la gaveta del mostrador y metiendo su blanda mano de espulgadora, hizo sonar el humilde pianito del *pisto*.

—¡Toya! . . .

—¡Mande!

—Andá onde Lino, que te venda un cuis de esencia de azar. Llevá el bote. Miá güelto el dolor. . .

Por la esquina entró una *cipota* y fue a pegarse al mostrador, empinándose sin lograr dominarlo.

—Ración de canela y ración de almidón...

Cantaba al hablar. La *ña Gabriela*, que era un poco sorda, no la oyó.

Andaba dando vueltecitas de uno a otro lado. Espantó al gato, *metiéndole un tastazo* en la nalga.

Ración de canela y ración de almidón...

La viejecita entró en el dormitorio, apartando la cortina. Iba tambaleándose. La niña, siempre pegadita al mostrador, catarrosa y desmechada, continuaba esperando. A lo lejos, en el patio, alguien se bañaba a *guacaladas*.

De la trastienda llegaba un quejarse congojoso. La *cipota* no hablaba ya más: escuchaba, con la boca entreabierta, el quejarse monótono, como mecido de hamaca. Poco a poco iba menguando, menguando... hasta callar. Cuando calló, la niña salió tímida al andén y aguardó.

Llegó la Toya, con la *esencia de azar*. La niña la detuvo.

—La *ña Gabriela* taba quejándose, y se jue callando, y se jue callando, y se jue callando... hasta que se calló.

La Toya entró corriendo.

—¡Madrina, Madrina!...

Alguien seguía bañándose en el patio, a *guacaladas*. Dulcemente volvió a cerrarse la puerta de la esquina guardando los olores: olor a *maicillo*, olor a *petates*, olor a manta y a *cambray pirujo*, a jabón, a canela y anís... y a *esencia de azar*...

LA PETACA

ERA PÁLIDA como la hoja-mariposa; bonita y triste como la virgen de *palo* que hace con las manos el *bendito*; sus ojos eran como dos grandes lágrimas congeladas; su boca, como no se había hecho para el beso, no tenía labios, era una boca para llorar; sobre los hombros cargaba una joroba que terminaba en punta. La llamaban la *peche* María.

En el rancho eran cuatro: Tules, el *tata*; la Chón su *mama*, y el robusto hermano Lencho. Siempre María estaba un grado abajo de los suyos. Cuando todos estaban serios, ella estaba llorando; cuando sonreían, ella estaba seria; cuando todos reían, ella sonreía; no rió nunca. Servía para buscar huevos, para lavar trastes, para hacer *rír* . . .

—¡Quitá díay, si no querés que te raje la petaca!

—¡Peche, vos quizás sos l'hija el cerro!

Tules decía:

—Esta indízuela no es feya; en veces mentan ganas de volarle la petaca, diún corvazo.

Ella lo miraba y pasaba de uno a otro rincón, doblada de lado la cabecita, meciendo su cuerpecito endeble, como si se arrastrara. Se arrimaba al *baúl*, y con un dedito se estaba allí sobando manchitas, o sentada en la *cuca*, se estaba *ispiando* por un hoyo de la *paré* a los que pasaban por el camino.

Tenían en el rancho un espejito *ñublado* del tamaño de un *colón* y ella no se pudo ver nunca la joroba, pero sentía que algo le pesaba en las espaldas, un *cuentere* que le hacía poner cabeza de tortuga y que le encaramaba los brazos: la *petaca*.

Tules la llevó un día *onde el sobador*.

—Léi traído para ver si usté le quita la puya. Pueda ser que una sobada . . .

—Hay que hacer perimentos difíciles, vos, pero si me la dejás unos ocho días, te la sano todo lo posible.

—Tules le dijo que se quedara.

Ella se jaló de las mangas del *tata*; no se quería quedar en la casa del sobador y es que era la primera vez que salía lejos, y que estaba con un extraño.

—¡Papa, paíto, ayéveme, no me deje!

—Ai tate, te digo; vuá venir por vos el lunes.

El sobador la amarró con sus manos huesudas.

—¡Andáte ligero, te la vuá tener!

El *tata* se fue a la carrera.

El sobador se estuvo acorralándola por los rincones, para que no se saliera.

Llegaba la noche y cantaban gallos desconocidos. Moqueó toda la noche. El sobador *vido quéra chula*.

—Yo se la sobo; ¡ajú! —pensaba, y se *reiba* en silencio.

Serían las doce, cuando el sobador se le arrimó y le dijo que se desnudara, que *liba* a dar la primera sobada. Ella no quiso y lloró más duro. Entonces el indio la *trincó* a la *juerza*, tapándole la boca con la mano y la dobló sobre la cama.

—¡Papa, papita! . . .

Contestaban las ruedas de las carretas noctámbulas, en los baches del lejano camino.

El lunes llegó Tules. La María se le presentó, gimiendo . . . El sobador no estaba.

—¿Tizo la peración, vos?

—Sí, papa . . .

—¿Te dolió, vos?

—Sí, papa . . .

—Pero yo no veo que se te rebaje . . .

—Dice que se me vir bajando poco a poco . . .

Cuando el sobador llegó, Tules le preguntó cómo iba la cosa.

—Pues, va bien —le dijo—, sólo quíay que esperarse unos meses. Tiene quírsele bajando poco a poco.

El sobador, viendo que Tules se la llevaba, le dijo que por qué no la dejaba otro tiempito, para más *seguridá*; pero Tules no quiso, porque la *peche* le hacía falta en el rancho.

Mientras el *papa* esperaba en la tranquera del camino, el sobador le dio la última sobada a la niña.

Seis meses después, una cosa rara se fue manifestando en la *peche* María.

La joroba se le estaba bajando a la barriga. Le fue creciendo día a día de un modo escandaloso, pero parecía como si la de la espalda no bajara gran cosa.

—¡Hombre! —dijo un día Tules—, esta babosa tá embarazada.

—¡Gran poder de Dios! —dijo la *nana*.

—¿Cómo jué le peración que tizo el sobador, vos?

Ella explicó gráficamente.

—¡Aijuesesentamil! —rugió Tules—. ¡Mianimo ir a volarle la cabeza!

Pero pasaba el tiempo de ley, y la *peche* no se desocupaba.

La partera, que había llegado para el caso, *uservó* que la niña se ponía más amarilla, *tan amariya, que se taba poniendo verde*. Entonces diagnosticó de nuevo.

—Esta lo que tiene es fiebre pútrida, manchada con aigre de corredor.

—¿Eee?...

—Mesmamente; hay que darle una güena fregada, con tusas empapadas en aceiteloroco, y untadas con kakevaca.

Así lo hicieron. Todo un día pasó apagándose; gemía. Tenían que estarla *voltiando* de un lado a otro. No podía estar boca arriba, por la *petaca*; ni boca abajo, por la barriga.

En la noche se murió.

Amaneció tendida de lado, en la cama que habían jalado al centro del rancho. Estaba entre cuatro candelas. Las comadres decían:

—Pobre; tan güena quera; ¡ni se sentía la indizuela, de mansita!

—¡Una santa! Si hasta, mirá, es meramente una cruz!

Más que cruz, hacía una equis, con la línea de su cuerpo y la de las *petacas*.

Le pusieron una coronita de *siemprevivas*. Estaba como en un sueño profundo; y es que ella siempre estuvo un grado abajo de los suyos: cuando todos estaban riendo, ella sonreía; cuando todos sonreían, ella estaba seria; cuando todos estaban serios, ella lloraba; y ahora, que ellos estaban llorando, ella no tuvo más remedio que estar muerta.

EL VIENTO

LA PALAZÓN se bañaba alegre y desnuda en el viento. El sol era *mareño* en la mañana azul. La basura iba y venía, arrastrada por la mecida del aire. Hojas que rodaban como caracoles, polvo como espuma sucia en aquella marea.

Los charcos, en medio del camino *barrioso* y barrido, se secaban dejando prieta la tierra, y blandita como para meter el pie. Un *ruidal* de ramadas llenaba la costa entera, dende aquí *quera* verdeante, hasta allá *lejoslejos quera azul*.

También las yeguas sintieron *dentrar* el viento en su alegrón y se echaron a correr por el llano. A la par de las yeguas de viento, iban las yeguas de sangre, atropellándose unas con otras, soplando las narices valientes, la crín al cielo y el casco al suelo; ¡patacán, patacán, patacán! . . . Dejaban *jumazón* en la *fueya*, como si quemaran su *libertá*. Paraban su *desboco*, cuando ya no sentían el suelo, por miedo al vuelo desconocido. El heroísmo es un exceso de vida que puede a veces producir la muerte.

A ratos, el *norte* ponía mujeres de polvo, bailando vertiginosas por las veredas; bailando en puntas y cogiendo al paso mantos de nube, para enrollarse girámbulas.

Venía el *chuchito* perdido, arrastrando una larga *pita* por el camino: era negro, lagartijo, encogido y despavorido. Echaba las orejas hacia atrás, la cola entre las patas; un vivo amarillo de espanto le rodeaba los ojos polvosos. En aquella anchísima soledad, ensordecida por el viento era como un dolor extraviado. La fuerza del oleaje le hacía tambalearse. Se paraba y ponía vanos empeños por amarrar el cabo del olfato. Volvía tímido la cabeza, para mirar cuán solo estaba. Entonces su grito lastimero hacía un rasguño en el viento. Volvía atrás con igual premura; miraba al andar hacia el cielo, como si nadara. La pita lo seguía dócil, marcando un surco en el polvo por un instante. Era

como un amor náufrago. Buscaba al amo, perdido en el ventarrón. A lo lejos, como un punto negro en la explanada, iba nadando hacia lo incierto. Aquella cosa tan mísera, bajo el furor del cielo, era un dolor grandioso.

Entre madejas de polvo y cáscaras doradas, apoyado al *tanteo* en el palo y al *tanteo* la mano en el cielo, el viejo topó a una alambrada y llamó ya sin esperanza:

—¡Mirto, Mirto!...

LA BRASA

EN LA CUMBRE más cumbre del volcán, allá donde la tierra deja de subir buscando a Dios; allá donde las nubes se detienen a descansar, Pablo Melara había parado su rancho de carbonero. Medio rancho, medio cueva, en una falla del acantilado aquel nido humano se agazapaba. De la puerta para afuera, empezaban las laderas a descolgarse terribles, precipitadas; abismándose en deslizones bruscos rodando, agarrándose *aflegidas*. Los pinos, enormes, eran nubes oscuras entre las nubes; humazos negros entre la niebla. Mecían al viento, lentamente, sus enormes cabezas, como si oyeran una música *dulce*, salida de lo gris y de lo frío. Las ramas *chiflaban* tristemente, llevando en ritmos nasales una melodía de inmensidad. Era la cumbre una isla en el cielo, y el cielo, un mar de viento. En las noches tranquilas, como por alta mar, pasaba silenciosa la barca de la luna nueva. A veces el horizonte fosforecía.

El carbonero iba apilando los leños, en *pantes* enormes. De cruz en cruz, formaba una torre como un faro que, en las noches largas, llenas de ausencia, ardía, ardía rojo y palpitante, señalando el rumbo a los barcos de silencio con sus grandes velámenes de sombra.

Solo y negro en la altura, el carbonero iba viviendo como en un sueño. Tenía un perro mudo y una gran tristeza. Acurrucado y friolento, encendido siempre el *puro* y el corazón, se estaba allí mirando el abismo, sin remedio.

Como a los *pantes* de leña oscura, la brasa del corazón le iba devorando las entrañas; y aquel resplandor de misterio se le iba subiendo a la conciencia.

Una noche, *aflegido*, lió sus trapos y se marchó *pa nunca* . . .

—¡Puerca, mano, méi juído dialtiro e la cumbre! ¡Miatracaba un pensar y un pensar! . . .

LA REPUNTA

—MÁMA, MÁMA, el poyo me quitó la tortiya e la mano! . . .

—¡Istúpida!

La *istúpida* tenía siete años. Era gordita y *ñatía*; su cara amarilla moqueaba y su boca despintada, siempre *abrida* y triste, mostraba dos dientes anchos e inexpressivos. Lamiéndole la frente le bajaba el *montarrascal* del pelo, *canche* y marchito. Vestía mugre larga y *vueluda*, tornasolada de manteca. Se llamaba Santíos.

La *nana* recogió del suelo un *olote* y se lo tiró al poyo, con todas sus *juerzas* de molendera.

—¡Poyo baboso!— . . . ¡Encaramáte al baúl, jepuerca! ¡Si tiartan la tortiya, no te doy más!

La Santíos se encaramó en el baúl. Venía lloviendo *tieso* por los potreros. El cerro *pelón*, parado en medio de los llanos, gordo y cobarde, no halló dónde meterse y se quedó. Llovió sin *pringar*, de golpe, a torrentes; con un viento encontrado, que corría atropelladamente en todos los rumbos, como si llevara un tigre agarrado a la espalda.

El *hojarasquín* mísero, de paredes de palma, se tambaleaba *chiflante*, desplumado, entregado a la *voluntá* de Dios.

—¡Istúpida, tapá ligero el hoyo con el costal!

La Santíos puso el pedazo de *tortiya* en el saliente del horcón y jué a *zocolarle* el costal al *juraco*. La piel del cielo tembló ligeramente de terror; y el rayo, con un alarido salvaje, le estampó su *jierro* caliente que tenía la forma de un *palo* seco. Un berrido de dolor llenó los ámbitos oscuros. La *istúpida* no taba bien el hoyo, y la *nana* la *arronjó* del pelo y lo tapó.

—¡Quitá, endezuela emierda, bís nacido para muerta!

La Santíos se *jué* a sentar en la cuca y se quedó mirando, con los ojos y con la boca, por la puerta. El viento *bía* menguado, aplastado por *lagua*. En el patio, y al ras de la corriente, iban saltando *pa* la calle un *montonal de inanitos de huishte, a toda virazón*, unos detrás *diotros*. De los alambres del cerco *caiban, desguindándose*, unos miquitos *platiados*. La Santíos se despabiló con la escupida de una gotera.

—Máma, aquíés onde chingasteya lagua, mire...

Iba, gota a gota, llenando su manita acucharada; cuando le rebalsó, *diun* manotazo se la metió en la boca.

—¡Istúpida, bien bis óido que tenés catarro! ¿No sabés que lagua yovisa es mala? Te puede quer al pecho, animala...

Pasado el aguacero, la Santos salió para el río con la *tinaja*.

—¡Güelva luego, carajada, si no quiere que la tundeye como ayer!

La Santos *voltió* a ver y siguió su camino. Iba, humilde y *shuca* en la frescura dorada de la tarde, dejando pintada en el barro la flor de su patita. El río venía hediondo y colorado y su *ruidal* llenaba la barranca, haciéndola más oscura. Humilde y *shuca*; bajó de piedra en piedra, sujetando con mano temblorosa la *tinaja*, sobre la cabeza *canche*.

Llegó al *ojo diagua* encuevado, límpido y lloviznoso, y con *el guacalito* fue llenando, llenando la *tinaja*, de aquel amor.

Un trueno lejano venía arrastrando la noche por la barranca. Era como el rugido de una montaña herida de muerte. Desde una altura, un indio de *manta* agitaba los brazos, gritando desesperado:

—¡Istúpida, babosa, la repunta, ái viene la repunta! ¡Corra, istúpida, corra!

La niña, sin oír, seguía llenando tranquila la *tinaja*.

En el momento en que la repunta *voltió* en el recodo del río, espumosa y furibunda, arrasando a su paso los troncos y las piedras, la altísima muralla que estaba a espaldas de la niña, en la margen opuesta; altísima y solemne como un ángel de barro, abrió sus alas y se arrojó al paso.

Su derrumbe, acallando todos los ecos borrachos, había sonado a un NO profundo y rotundo. La repunta se detuvo. Y no fue sino cuando la Santíos había entrado ya en el patio de su rancho, pintando en el barro la flor de su patita, que el río abrió de un puñetazo su paso hacia la noche.

EL CIRCO

SE AZULÓ la noche. En medio del solar oscuro, el circo era como una luna desinflada. Parecía la *chiche* de la noche *onde* mama luz el cielo. Un chilguete manchaba de norte a sur el espacio y las gotitas *zarpiaban* el horizonte hasta la *oriya* del mundo.

Mito y Lencho, los dos hermanitos, miraban asombrados, por un *juraco*, cómo aquel *siñor* que le decían Irineyo Molina, se *bía* hecho payaso en un dos por tres. *Taba* sentado en un cajón, *jumándose* un *puro*, y con cara enojosa de hombre. Por el hoyito se *véiya* bien que le daba la luz de un *carburo* en la cara *chelosa* de harina. Abajo, junto a la *goliya* plisada, asomaba el cuello *prieto* de su propio cuero. Más allá, el negro Jackson sembraba una estaca, con una almágana. A cada golpe de *juelgo*, la estaca se hundía un jeme. Recostado en unos *lazos*, templados como cuerdas de violín, estaba un volatín.

—¡Apartáte, baboso!

—Peráte, quiero ver.

—¡Te vuá zampar una ganchada, Chajazo!

—¡Achís!, sólo vos querés mirar. . .

—A yo no mián dejado. . .

—¡Baboso, baboso!, ayí entró una piernuda vestidedorado. Sestá componiendo la atadera.

La *cipotada* ondeó, como un tumbo de carne; reventó en empujones y se vació sobre la carpa, derrumbando al lado *diadentro* un rimero de sillas. Se oyeron voces de hombre, furibundas, y pasos amenazadores. La *cipotada* se dispersó a la carrera, haciendo sonar con sus talones la panza de tambor del descampado. Se confundió entre el *güevaso e gente*, silbando y riendo. Un *sapurruco* en camiseta, con unos grandes *gatos* que parecían de madera, salió *encachimbado* por debajo de la lona, con un acial en la mano. Llegó hasta el

andén mirando de *riojo*; escupió un salivazo con tabaco, y se metió *otra güelta* por debajo. Dos o tres *chiflidos* le condecoraron el *fundiyo*.

El humo de los candiles y de los puestos de *pupuseras* ponía llanto en los ojos de aquella alegría. La manteca, *ricién* echada en las *sartenas* de las *paste-leras*, se *oiba* escandalosa, como cuando *meya* el tren. Las garrafas, en los mostradores de los *chinamos*, parecían *jícamas* de vidrio, que se bieran convertido en cocos. El *guaro* clarito temblaba adentro y dejaba *descurrir* su *tujito embolón*.

Las gentes iban entrando, *güasonas*, al circo. Daban su tiquete y levantaban la cortinencia de *añididos*, *onde* había unas letras que *naide* entendía, porque *naide leyiya* en el pueblo.

Una bandita descosida empezó a sonarse, allí dentro, debajo *diaquel* gran pañuelo. La *buyanga sizo* mayor, y las gentes empezaron a codearse por entrar a coger puesto.

Por tercera vez sonó la campanilla; aquella campanilla que daba *güeltegatos* de plata en la *aljombra* de la ansiedad. Un silencio profundo se agachaba, cargo de corazones, como una rama de mango. De una patada se abrió el telón de los secretos; una pelota de colores vino rodando hasta el centro del picadero, y, con un grito de sollozo burlón, el payaso se irguió amelcochado, bonete en mano, con algo de *piñata* y algo de barrilete. De golpe se descolgó, en el redondel, la cortina de tablitas del aplauso.

Vestidos a medias y de medias, los volatines y volatinas, en escuadrón, avanzaron marciales, con los brazos cruzados sobre el pecho y sonriendo con sonrisa postiza. Detrás, en dos *caballencos* ahumados como los del carrusel, que llevaban colas de gallo en la frente, venían las *masonas*, vestidas de *espu-mesapo* y sentadas, con una nalga, en el *mero chunchucuyo* de los caballos. Cerrando *chorizo*, iba un *chele* vestido *dentierro*, con un *chiliyo* bien largo; y un viejo bigotudo, jalándole las narices a un pobre oso medio *bolo*. Más detrás iban los *guachis*, con *cotonés* de colores llenos de *chacaleles*. La banda sonaba, toda ella, *chueca* y destemplada, como *mocuechumpe*.

En aquel pueblo de niños, sólo los *cipotes* se *bían* quedado *ajuera*. *Ispiaban* por *onde* podían, subiéndose algunos hasta las puntas de los cercanos *jocotes*, contentándose con ver el bailoteo de uno *quiotro* trapo de color, o el relámpago misterioso de las lentejuelas en las medidas de los trapecios.

Los niños *ajuera*, los grandes adentros... El circo *era* como la *felicidá*, que se la cogen aquellos que menos la quieren. Los *cipotes* se *conjormaban* viendo la *alegriya* luminosa, por un hoyito, entre tablas y piernas oscuras. Mito y Lencho, los dos hermanitos, se *bían* retirado *dionde bían* miradores, porque les *taban* rompiendo toda la camisa. Sin embargo, cada granizada de aplausos los empujaba de nuevo a la carpa. De *chiripa* se hallaron un juraquito *bajero*, que los otros no *bían encontrado*. Con el dedito *inano* lo *jueron* haciendo más grande y miraban por turnos.

Cuando más extasiados estaban, mirando, *mitá* y *mitá* que la *piernuda* caminaba sobre el alambre como sobre el viento, un *guachi*, con una tablita, los

cogió de *culumbrón*, soñadores e indefensos. Les dio con todas sus *juerzas*, el bandido *jalacolchones*; y ellos, dando alaridos, salieron corriendo y sobándose la nalga, ardida como con plancha caliente. Fueron a contarle a la *mama*; y la *mama*, cogiéndolos debajo de sus alas desplumadas, maldijo al miserable:

—¡Disgraciado, quiá de pagarlas un diya en los injiernos!

Lencho, rumió, en su corazón de niño perdonero, aquella frase; y, tras un rato de silencio, preguntó:

—Mama, ¿yen el injierno habrán hoyitos para mirar lo que andan haciendo en el cielo?...

EL MISTIRICUCO

EL ANTIGUO tronco de la ceiba madre de la hacienda, se hundía, como inmensa pata de gallina, en el estercolero del corral. Era verano. La ramazón escueta se abría en el azul del cielo, como una extraña flor de hierro. De las vainas reventadas, volaba el algodón: vellón de nubes, gracia de la brisa costeña... Cada arruga del tronco era como un nervio de montaña. En los nudos hechos por los siglos, había cabezas de monstruos terribles: pensativas gárgolas, no extrañas en aquella catedral de pájaros, románica en el tronco y bizantina en la copa. En el ábside roñoso tenía una ventana oscura, ojival, a la cual ponía vitral de verdes y brillantes hojas, una parásita prendida *guindo abajo*.

Luciano Pereira quería trepar, a ver qué había allí dentro. Moncho, el corralero, con el balde a media leche y el rejo en el hombro, trataba de disuadirlo;

—Te va joder una culebra, gran baboso...

Luciano subía ya, por la doble cuerda de una *persoga* que había logrado trabar en un gancho.

—Aí state, no te vayás. O; guá encender un jójoro y te guá decir qué veyo.

Sin soltar el balde, entreabierta la boca y arrugada la frente por el claror del *manecer*. Moncho lo miraba trepar sin gran esfuerzo y *sonreiba* al *calcular* la travesura.

Llegó Luciano al *juraco*; en una mecida alcanzó el borde, donde agarró con su pie de barro valiente; y en un momento estaba acondicionado, *ispiando pabajo*, curioso y cabeceante como un oso colmenero.

—¿Qué mirá, cheró?

Luciano se dignó sacar la cabeza y mirar al corral.

—No veyo tantito, hombré, por la escurana; pero se oye un cuchareyo como rascádue cusuco. . .

—Veya no lo joda una culebra, por baboso. . .

Luciano Pereira encendió un *jóforo*, y miró *tieso*. Luego que se hubo apagado la llama, se volvió hacia Moncho y le dijo feliz:

—Es un *misticuico*.

Desapareció en la cueva; y a poco volvió a mostrarse, trayendo en la camisa un envoltorio misterioso. Se montó en la ojiva y, tirando de un extremo de la cuerda, ató el envoltorio y lo fue bajando con cautela. Moncho había soltado el balde a media leche y esperaba con los brazos en alto.

—No lo dejés dir, baboso.

—No, O. . .

Desenvuelto con precaución, después de atada una pata, el *misticuico* quedó parado en una piedra del corral. No intentaba volarse, porque nada veían, en la lumbre del día, sus ojos de *bamba piruja*, abiertos y fijos como *ojos de venado: désos que cayen* del bejuco y se quedan mirando el cielo, desde el potrero, con terror sin *pispileyo*. De vez en cuando un ligero *tastaseyo* le venía en los *cachetes* y hablaba palabras sin sonido, girando la cabeza sobre los hombros, como un títere de cordel.

—Pobrecito, oyó. . . Devolverlo al hoyo.

—Devolverlo vos, si tanta gana tenés; yo no me incaramo otra vuelta.

—¿Y qué vas hacer con él? . . .

—Aí que se quede.

—Trayen la suerte, hombre; lleváelo.

—Lo guá descabezar diún machetazo.

—No seya bárbaro, compañero; adémelo a mí. . .

—¿Qué vas hacer con él? . . .

—Eso es cosa miya; adéjemelo.

Cuando Luciano Pereira se hubo alejado, cantando, por el *ixcanalar* que da al río, Moncho se quedó mirando el *misticuico*, mientras se rascaba la crencha. Tomó una resolución. Tanteó una *persoga* al gancho, varias veces, hasta que logró trabarla; y después de envolver el ave agorera con su camisa, como había hecho el otro, empezó a subir, llevándola en los dientes.

Por fin pudo llegar al hoyo; desató el lio y dejó el pájaro en el fondo. Cuando iba a descender, oyó el graznido trágico del *misticuico*; y recordó al momento que "cuando el *tecolote* canta el indio muere". Empezó a bajar con miedo. Se dio cuenta de lo mal que había enganchado la *persoga*. Cerró los ojos. Cayó. . .

Abrió, por última vez, los párpados mansos, y miró las caras inclinadas sobre él.

—Quedó paradito el pobrecito, en su nido. . . —dijo sonriendo, y cerró los ojos.

Entuavía alcanzó la voz de *ño Macario*, que decía:

—Traye la suerte y traye la muerte. Tal vez la suerte es una muerte; tal vez la muerte es una suerte.

EL NEGRO

EL NEGRO Nayo había llegado a la costa *dende* lejos. Sus veinte años, morados y *murusbos*, *reiban* siempre con *jacha* fresca de *jicama* pelada. Tenía un no sé qué que agradaba un don de dar lástima; se sentía uno como dueño de él. A ratos su piel tenía tornasombras azules, de un azulón de empavonado de revólver. Blanco y sorprendido el ojo; desteñidas las palmas de las manos, como en los monos; gachero el hombro izquierdo, en gesto bonachón. El sombrero de palma dorado le servía para humillarse en saludos, más que para el sol, que no le *jincaba* el diente. Se reiba cascabelero, echándose la cabeza a la espalda, como alforja de regocijo, *descupiéndose toduel* y con gárgaras de oes enjotadas.

El negro Nayo era de *porái*. . . de un *porái* dudoso. . . mezcla de Honduras y *Berlice*, Chiquimula y *Blufiles* de la *Costelnorte*. De indio tenía el pie achatado, *caitudo*, raizoso y sin uñas —pie de jengibre—; y un poco *la* color bronceada de la piel, que no alcanzaba a velar su estructura grosera, amasada con brea y no con barro.

Le habían tomado en la hacienda como tercer corralero. No podía negársele trabajo a este muchacho, de voz enternecida por su propio destino. Nada podía negársele al negro Nayo: así pidiera un *tuco e dulce*, como un puro o un *guacal* de *chicha*. Pero, al mismo tiempo, era —pese a su negrura— blanco de todas las burlas y jugarretas del *blanquío*; y más de alguna vez lo dejaron sollozando sobre las mangas curtidas con el barro del cántaro y la grasa de los baldes. Su resentimiento era pasajero, porque la bondad le chorreaba del corazón, como el suero que escurre la bolsa de la mantequilla. Se enojaba con un “¡no miablés!” . . . y terminaba al día siguiente el enojo, con una palmada en la *paletiya* y su consiguiente: “¡veyan qué chero, éste!” . . . y la tajada de sonrisa, blanca y temblona como la *cuajada*.

Chabelo "boteya", el primer corralero, era muy hábil. Tenía partido entre las *cipotadas* del caserío, por *arriscado* y *finito* de cara; por *miguelero* y *regalón*; pero, sobre todo, porque acompañaba las guitarras con una su flauta de bambú que se había hecho, y que sonaba dulce y tristosa, al gusto del sentir campesino. Nadie sabía cuál era el secreto de aquel carrizo llorón. *Bía* de tener una telita de araña por dentro, o una rendija falsa, o un chaflán *carculado*. . . La fama del *pitero* Chabelo se había cundido de *jlores* como un *campaniyal*. Lo llamaban los domingos y ya cobraba la *vesita*, *juera* de *juerga* o de *velorio*, de bautizo o de simple pasar.

Un día el negro Nayo se arrimó *tantito* a Chabelo "boteya", cuando éste ensayaba su flauta, sentado en el cerco de piedra del corral. Le sonrió amoroso y le estuvo escuchando, como perro que mueve el rabo.

—¿Oyí, negró, querés que tenseñe a tocar? . . .

Por la cara pelotera del negrito, pasó un relámpago de felicidad.

—Mire, chero, y yo le vuá pagar el sábado, pero no me vaya a tirar. . .

Después de las primeras lecciones, Chabelo *el pitero* le *alquiló* la flauta al negro para unos días. El negro se desvelaba, domando el carrizo; y lo domó a tal punto, que los vecinos más vecinos, que estaban a las tres cuadras, paraban la oreja y decían:

—¡Oiga, pitero ese Chabelo! Es meramente un zinzontle el infeliz. . .

—Mesmamente: diayer paroy, le arranca el alma al cristiano como nunca.

Callaban. . . y embarcaban su silencio en el *cayuco* bogante de aquella flauta apasionada, que los hundía en la dulzura de un recordar sin recuerdos, de un retornar sin retorno.

En poco tiempo el negro Nayo sobrepasó la fama de Chabelo. Llegaban gentes de lejos para oírlo; y su sencillez y humildad de siempre se coloreaban de austeridad y poderío, mientras su labio cárdeno soplaba el agujero milagroso.

El propio Chabelo, que creyó conocer todos los secretos del carrizo, se quedaba pasmado, escuchando —con un sí es, no es, de despecho—, el fluir maravilloso de un sentimiento espeso que se cogía con las manos.

Una tarde *dioro* en que el negro estaba curando una ternera *trincada*, con una pluma de pollo untada de creolina, Chabelo se decidió por fin; y, un tanto encogido, se acercó y le dijo:

Mirá, negro, te pago dos *bambas* si me decís el secreto de la flauta. Vos le bís hallado algo que le pone esa malicia. . . Seya chero y me lo dice. . .

El negro se enderezó, desgrefinado, blanca la boca de dientes amigos y franca la mirada de niño. Tenía abiertos los brazos como alas rotas, sosteniendo en una mano la pluma y en la otra el bote.

Miró luego al suelo empedrado y meditó muy duro. Luego, satisfecho de su *pensada*, dijo al *pitero*:

—No me creya egóishto, compañero, la flauta no tiene nada: soy yo mesmo, mi tristura. . . , la color. . .

TRASMALLO
DON FEDERICO

(1954)

DON FEDERICO tocaba el violín; un violín humilde, remendado y con *bienteveo*; un violín triste de iglesia; de esos violines pobrecitos que nadie entiende. En su *cajitemuerto* se pasaba largas horas guardado sobre la tabla de la capotera. Los ratoncitos le olían y no le encontraban. La polilla penetraba a veces por la ventanita de la llave, pero *jedía* tanto a bolita de naftalina allí dentro, que no se atrevía a quedarse. El pobre violín estaba hambriento, tenía caspa.

Don Federico había llegado a ser el padre de su violín, de tanto juntar mejilla con mejilla. Se le parecía mucho en lo huesudo; en la quijada larga; en los dientes de clavija, renegridos por un tabaco amargo de silencio; en las dos grietas oscuras, en forma de S que tenía a los lados de la puente nasal. . . Usaba un chalequito desteniño y abuelero como funda de violín; unas gafas oscuras que recordaban lo postizo de los sotabarbas de *cabecho* y metal que se usan en aquellos instrumentos. Cuando los *cipotes* del carpintero se le metían correteando en su cuarto *mediagüero*, el filarmónico se enojaba, poniendo una cara demasiado templada, donde las cuerdas amenazaban reventar. Regañaba a los muchachos con voz desgarrante como cuando el arco no tiene suficiente pez en la cerda y resbala escalofriando. Aquella marquita dorada y redonda que había en el interior del violín, en don Federico estaba representada por un gran *reló dioro*, que *cargaba* en la bolsa *diarriba* del chaleco *dende* que hizo su primera comunión. Era el hombre violín.

El cuarto de don Federico estaba en la esquina de la *mediagua*, allá en el palito del siete, por el cajón de basura. Tenía una puerta de una sola hoja, como las puertas de los hornos, y una claraboya bien alta por donde entraba una mantequilla de luz que se consumía luego en el pan esponjoso de la *paré diadobe*, sin repello. Sus muebles, a más de la capotera adoselada y encortinada de marchitos cambreyes, eran; una silla, un taburete *sapito* de sastre,

un cofre colocado y patudo sin gaveta, una tijera de lazos, con dos buenos petates, y una mesita cuadrada de bambú, tapizada con papel de empaque, sobre la cual había un tintero, tres libros, un cuaderno de papel ministro, una reglita, un salero, una cajita de cartón morado con papeles de remedio, una servilleta en un anillo de palo y una cajita de fósforos golondrina. El piso era de ladrillo de tistes. Sobre el taburete había un *guacal* de lata para lavatorio, una pailita para el jabón de coco y *horcada diun* clavo, una *tuaya* de colores con un lettero ya borroso en el tejido: "Recuerdo". Debajo de la cama había una bacinica y unas chancletas chinas.

Decorando las paredes aparecían los retratos de los familiares: doña María, muy escotada y muy robusta; don Evenor —muy cerrado por altísimo cuello y muy flaco— y en un pequeño grupo de familia, los mismos dos personajes y los tres hermanos muertos, de don Federico, sonrientes y colocados con sus bastoncitos y sus bombines. Cuando don Federico abría el cofre, un viejo olor de maderas soñadoras se esparcía por el aire en vaho saudoso. Pegadas en el interior de la tapa había dos estampas de botica representando mujeres de piernas al sol. También tenía pegada una foto de pose nudista; una impúdica mujer en pose que fingía inocencia. Esta visión era la delicia y a la vez la vergüenza del filarmónico. El deseo de tenerla era más fuerte que el impulso de arrancarla con las uñas. Para contrabalancear estas tendencias le pintó un día con lápiz-tinta un calzoncito de malla que no del todo resolvía el problema. . .

En la iglesia de la Concepción, vieja y pesada osamenta de la colonia, tocaba todas las mañanas en la misa cantada. El coro de la iglesia era estrecho y *bajero*, desteniño y telarañoso. Por el rosetón que era más una tronera, el sol entraba color de aluminio, a pesar del vidrio azul que le hacía el cielo. El armonio era antiguo y de talla pretenciosa, y estaba barnizado al humo por el sobo y manoseo de perezosas manos.

Don Federico afinaba durante largo rato, con la paciencia de un espulgador. Cuando llegaba la hora de corear lo hacía con la unción de quien reza fervoroso. La música de misa era siempre llorona y entrecortada, meras lamentaciones de un arco sin pez que a veces ponían en los nervios estremecimientos de paludismo, escalofríos que destemplaban los pocos dientes de las beatas. La edad quizá, había entiesado aún más las falanges de los dedos de don Federico y algunas notas se escapaban en desorden, montándose unas en otras, o quedando trabadas en los zarzales de la melodía. Las hojas de solfa se le pegaban cuando había que voltearlas y los aleluyas sufrían retrasos como si cojearan mal de un pie.

Un día, al regresar de hacer unas visitas de duelo, encontró que le habían robado. Le falsearon el cofre, se llevaron los once colones que tenía ahorrados en una cajita de obleas; un corte de dril, unos chalecos, un par de *antiojos* y cuatro sábanas. Le llevaron el otro saco de casimir, un sombrero junco y ¡oh infamia! el violín.

Anduvo durante tres días llorando de casa en casa al contar a sus conocidos la forma en que había sido robado sin piedad. Había dado parte a la policía,

pero nada se había logrado. No comía y cayó enfermo. La fiebre lo fue marchitando como el sol a las hojas de palma que se arrojan al basurero después de la fiesta. Cada día se ponía más pálido y más flaco; cada día se ponía más violín.

Por fin, la muerte templó todas sus cuerdas y lo colocó cuidadosamente en un estuche de pino forrado de negro, que tenía rosetas de metal plateado y unas iniciales en uno de los extremos: F. M.

EL CUETE

UN VIENTO barriletero trajo los primeros resuellos de la tormenta. Los patos aletearon como locos y se perdieron en chorrera detrás de la casa, platicando como mujeres. Por entre la *palazón* de cocos se miraba un mar morado; una como bocana de estero por *onde* venía entrando el gran buque gris de la tormenta, a toda vela, buscando atraque en el cerro sombrío. En los muelles, los cocoteros iban y venían preparando las amarras. Después cayó un rayo como caen las anclas, con gran estrépito de cadenas. La tormenta atracó.

En el rancho color de ilusión, se encerró *acuchuyado* el poco de *secor*, que le quedaba al campo. *Diay parayá* comenzaba el “magueyal del henequén”, bordeando el cerro *cenefiado*, hasta topar con la hacienda, donde las paredes eran blancas, al igual de las sábanas que ponen a secar al sol las lavanderas.

Llovía *rigioso*; fundiéndose en ríos *dioro* el plomo de las nubes; apurando el fuelle del viento que alborotaba las *palazones* empapadas.

Sentado en la orilla de la cama, Indalecio *oiba* el pasar de *lagua*.

—Se jodió Lino con su cuete, vos. . .

El viejo Tules asintió gravemente:

—¡Se jodió! . . .

La *señá* Mercedes acabó de ensartar los plátanos en el asador y terció burlista:

—¿Quién le manda andar iyendo de tarde, pues?

Ya bien sabe que a estas horas se desguinda siempre el aguaje.

—Luabrá tapado bien, hombré. . .

—¿Qué tapaje le va guantar con este chaparrón? . . .

—El pobre burro va a pagar el pato. . .

—Sí, pué, lo va a rajar a güevasos por todo el camino. Desta penquiada siacaba de morir. . .

La *señá* Mercedes se enjuagó las manos en el tarro de la horqueta.

—Eso se llama el turce del pobre, veyá; horrar y horrar dende el otro sábado, para un cuete, y cuando lo merca se lo jode la lluvia puerca.

La risa pasajera se le escapa al anciano sacudiéndole la barba rala.

—Después de todo —dice— es pura babosada andar quemando cuetes. Para alegrarse el oído, siese es el apuro aistán sonando tamaños rayos más juertes y con más lumbre, y no valen nada, ques lo mejor que tienen.

El *aguaje* había mermado de pronto. Uno *quiotro* cerro asomaba la cabeza por entre las nubes; uno *quiotro* pollo salió atrevido a picar bajo la parra de *guishquíl*. Los relámpagos naufragaban en los charcos, elevando los brazos al cielo antes de ahogarse; lloraban grandes lágrimas de plata las hojas de los plátanos en donde las pringas seguían sonando como entre papeles. Los árboles, como indios desnudos, estaban al desperdigo sobre la playa del llano, frente al mar del poniente, claro y dorado como la miel del *chumelito*.

Un grito destemplado venía levantando los silencios prendidos como *chapulines* en el pajonal y entre el henequén azulón.

—¡¡Aíja!!... ¡¡Aíja!!...

Aquel grito *arriador* se iba acercando al rancho mientras se fugaban las últimas ráfagas; mientras se alejaban las últimas pringas saltando cristalinas en los regueros, como bailarinas *diagua*; mientras el viento se echaba *rumiante* bajo el ramaje de la tarde.

—Aistá ese baboso...

—Aoilo: como que viene bolo...

Sentado en *lanca* del burro apareció Lino por el sendero del magueyal.

La vara del *cuete* le saltía por debajo del ancho sombrero.

—¡Veyá ideya del indio jodido; libró el cuete debajo del sombrero irfeliz!...

Los tres se asomaron al campo, riéndoseles las almas y las caras, para ver al indio Lino que llegaba, contento, en el burro lechero.

—¡Si más miamuela el cuete la tormenta, oyó! Me cayó un vergazo *diagua*. Merito me lleva el viento...

Dejó amarrado el burro en el horcón de la ramada y entró triunfante con el *cuete* de colores, que puso sobre una cama mientras se sacudía el *aguajal*.

El viejo Tules lo miraba abuelero.

—¡¿Pá qué te sirve el cuete, gran baboso?!

—¿Cómo pa qué... El cuete alegre, divierte, saca las penas.

—¡Te lo guá decir, hijo: el cuete es el deshogo del indio. Lo avienta al cielo, como protesta por su pobredá y desdicha. Es un desafío a Nuestro Señor. Es blasfema tirar balazos al cielo. Por eso el indio ta siempre envarado, porque la jlecha que tira parriba le caye de punta de güelta.

—¿Dionde diablos síá sacado usted esas babosadas?

—Es mi pensar, Lino, es mi ispiriencia de viejo. Yo ya vengo de güeltégato, vos vas parriba...

—Pues veyá tatita: la miya nués ispiración dialtiro, pero le vuá dar seguridá diuna cosa: el cuete es una chulada, le zumba a uno la tristura, le sube a uno el corazón al cielo y le da dos besos en la cara, como a la negra de miamor. . .

Se carcajaron jayaneros. Un último relámpago le guiñó el ojo a las primeras estrellas que salían a lo limpito. El viento se había abrisado poco a poco, ondulero como crin de caballo cimarrón. Los patos entraron al rancho conversando del mal tiempo.

EL MAR

LOS INDIOS viejos se pararon en una sombra y apiaron sobre el borde los cacastes vacíos. A lo lejos, el mar dormía... Allí cerca venían arreando ganado. “¡To, to, to, to! ¡Acá!...”

—¡Tá bravo el sol, vos!

—¡Ajá!...

Rafáil sacó una cabuya de puro y la prendió. Se quitó los *caites*, los golpeó sobre una piedra y se acurrucó contra el troncón.

—¡Agüen, quiazul siá puesto el cielo allá por las llanazones!

—Alabá: de veras, vos, qué bonito!

—¡Mesmamente parece que jueca un llano azul!

—¡De veras, pué!

—¡Adiós, vos! ¿qué serán potreros?

—¡Jueran verdes!

—Por lo lejoso... ¡Porque veyá, mano, nués cielo!

—¡Eecc?...

Rafáil y Chente, indios viejos de Honduras, no habían visto nunca el mar. Pasaba uno de a caballo.

—¡Perdone, ñor, ¿ques aquella llanada azul?!!

El hombre paró, miró el mar dormido, dejó colgando la sonrisa en pausa generosa.

—Ese es el mar.

—¡Agüén!...

—¿No lo conocen?

—¡Semos dionduras!

—¡Ah, vaya!

—¿Ta retirado?

—No. . . Unas ocho o diez leguas diaquí.

El hombre se alejó, con la sonrisa aún colgante.

—¡Mano! . . . ¿qué dices? Si quiere, nos bajamos a conocer. Ya salimos de la venta.

—¡Como diga, Chente!

Se oía un ruido de aguacero. Sin embargo, el cielo *taba* bien chulo. Los dos indios iban llegando al mar. De pronto, desembocaron frente a la tumbazón. Rafáil se paró en seco y dejó *qué* el *cacaste* con el alma. Chente paró.

—¡Degüelvase, mano degüelvase; viene una tempestá por el suelo!

—¡Santo Dios, santo juerte! ¡Huygamos, queseito! . . .

Los dos viejos indios se treparon al mismo palo.

—¡Viene un aguazal con espumarajos!

—¡Luey visto, mano; esera el ruido!

—¡Dios nos valga, tamos perdidos!

Media hora después, ya repuestos del susto, Rafáil dijo:

—Si quiere, nos bajamos, a trepar los *cacastes*.

—¿Nos bremos quivocado vos, no será eso el mar?

—Pues veyá, eso *taba* pensando mesmamente. Porque como *qués* el llano que vimos azul. ¿Se fijó? Es un gran llano, con cola diagua.

—¿Siabrá salido algún riyo? Yo vide un cuento con chimineyas como beneficio, que jumiaba y *taba* entre lagua.

—¡De juro *ques* el mar vos! véngase, démole una *ispiada*!

Los indios viejos se bajaron, cogieron sus cargas y se fueron acercando al mar, con recelo. Cada *tumbo* que rodaba, los hacía recular.

Así, avanzando y retrocediendo, estuvieron los dos, agarrados de las manos, cosa de media hora. Una mujer acertó a pasar.

—Oiga, ñora ¿quiásiés siempre el mar de bravo?

—Nunca ha stado más manso.

La mujer siguió su camino; y los dos indios viejos de Honduras, que no habían visto nunca el mar, siempre cogidos de la mano, se arrodillaron en la playa, y rezaron *quedito* y en *lengua*.

EL ESPANTAJO

UN YAGUAL de cerros y al fondo los maizales de fresco y a marejado verdor. Más abajo, la charca circular y más abajo aún la tarde oro y rosa, sin sol, desteñida, cogida, caída en el fondo de aquel verdor oscuro, pudorosa y friolenta en su desnudez de durazno.

Venía la brisa despeinando la milpa con sus manos de expulgadora, con ágiles dedos buscando el piojo de la piedra; apartando las madejas sonoras sin encontrarla. El cielo era una sola nube de vidrio. En el silencio de playa, los sapos, atrincherados entre el *camalote* de las márgenes, disparaban sus ametralladoras de tristeza. Cuando paraban se oían caer aquí y allá en el agua las piedrecitas de las ranas con su dulce "chuy . . . chuy . . ." haciendo círculos concéntricos de nácar que se perdían en la orilla y se continuaban en el alma. Solo, cortando esbelto la verde ricura del *tunalmil*, irrumpía el tronco de cobre de un jote.

Las sombras de la noche venían por varios rumbos acorralando otros rumores lejanos. Eran (entre balidos lúgubres) el croar de los sapos de hierro, las ametralladoras intermitentes. En el campo había guerra pues eran los días rociados de cenizas del gran alzamiento de los Izalcos.

Los indios se doblaban cortados por la hoja acerada, como gavillas de arroz o como milpas secas. La guardia batía inmisericorde los cantones y escondrijos montañeros.

En el cantón Casamaluco, al *jaz* del *tunalmil*, se alzaba el rancho *chacho* de Indalecio Cune, yerno de Chico Sánchez, el jefe indio. Allí se quedaron solas las mujeres, el anciano Ulogio Ceya y el *dundito* Lalo Chután que andarían en los dieciocho abriles.

Las mujeres le decían a Lalo:

—Te fueras, Lalo, onde el señor, Brido, ¿arrecordás?, en el pueblo, en la tienda.

—¿Qué a yo también, pué? —preguntaba— ¿qué me enjusilan a yo? Yo nuei machetiado gente.

El anciano lo tentaba con la punta de las uñas negras, tembloroso de la mano y de la voz:

—Te enjusilan mientras siaverigua, oyó, andatiyendo hijó, la Virgen te proteja.

Lalo sonreía con mueca insegura y daba algunos pasos, pero el instinto *taba* verde en él como en el mapache y lo contenía *otragüelta*.

Las ametralladoras se oían detrás de los cerritos, escupiendo un terror aún lejano. La crencha lacia, prieta como escobillón de artillería, le salía a Lalo del sombrero, que ya sólo era el ala desflecada, como mordida de los *cuches*. El *cotón* de manta se le *bía* hecho hilachas en la fuga por los *ishcanalares* y los *mongoyanos*. Un calzón que *jué* azul soldado, con pierna y media y los *burros* de becerro que el señor Brido le *bía* mercado en la cabecera, porque Lalo le lavaba las botellas y le compraba el zacate para la mula "Coneja", que jalaba el carretón de la tienda, en el pueblo.

Las *tirazones* se acercaban lenta pero seguramente al rancho *chacho* de Indalecio Cune. Venían peleando y venían *jusilando*. El pelea se *oiba* en chorrera, como es el cante *feyo* de las *ultromáticas*. El *jusileyo* se *oiba* en descargas de una pieza, con un callar que les seguía, tan hondo y humoso que *ñublaba* la vista y el *oído*. Las mujeres se santiguaban y rezaban quedito.

—¡Cuántos otros pobrecitos aura! —decía la Goya Shupte cada vez— ¡Cuántos otros pobrecitos aura!... —y añadía mecánicamente— ¡Avemaría purísima!

Dos balas pasaron *chiflando* cerca del *paraiso*. El viento se *traiba* el olor fétido del bucy muerto en la loma del trapiche. Los *zopes papeliaban* allá, bajando en rueda desde el azul del cielo hasta cubrir la ramas secas de los *caragos* y los *morros*. Era un *tujo* dulzón que asqueaba el *umbligo* y hacía pelar las *jachas* y *descupir*.

—¡Qué turbamulta de jedentina, tatitemialma!...

—Apestan más los cristianos —apuntaba el anciano.

Lalo Chután, *jugado* como era, se daba cuenta del peligro. No se animaba a cruzar los *tunalmiles* él solo; quería que el anciano Ulogio Ceya lo acompañara *tantito*.

—Pero, hijo —le decía el viejo con ambas manos sobre el estómago— si yo nuagunto caminar. Diaquí al puesto de Casamulco me pongo inútir. Date priesa antes que seya deshora. ¡Andate, cosita, andate ya!

Lalo Chután sonreía con una sonrisa de *chucho* erizado del miedo. Le dolía el estómago y el terror lo baldaba *dialtiro*. Salió por la culata de la casa, allá donde el hacinamiento de olotes renegridos y de tejos iba poco a poco desperdigándose hasta el zanja de los papayos. Al saltar el cerco de adobe *desmosto-*

lado comenzaba el maizal. Junto al *izote* y a los *maquilibues* que *floraban* porque era su tiempo, Indalecio *bia* alzado un espantajo. Era un muñeco *zacatón*, desvencijado ya, en su estructura de paja de arroz y *mecate*, que tenía de cabeza una gran bola de *tarro* con dos hoyos de ojos y la boca colorada, pintada con *achioté*. Piltrafas de petate podrido por el sereno y unas hilachas de camisa sobre un *julón* de bramante.

Iba Lalo a tirarse a la carrera para alcanzar el trapiche y luego el cocal de Méndez y la tranquera del corral, donde empezaba la vereda atajo que lo pondría en el pueblo en unos veinte minutos, cuando por el *tunamil* desembocó corriendo, roja, desmelechada, sudorosa y jadeante, la Nicolasa Tule, la nieta del Chico Sánchez, y entró al rancho dando voces. El Lalo se regresó para saber a qué atenerse. Cuando entró a la cocina la Tule decía gesticulando llameante:

—Vienen matando a todo hombre que encuentran mayor de quince. Sólo a las mujeres, a los viejitos, a los cipotes dejan. Los alineyan y los jusilan: ¡¡Premmm!! ¡¡Premmm!!

Hacía así con las dos manos por delante, como quien riega con manguera.

—Al que se corre lo culatayan primero. A unos lo bajan de los palos onde se esconden; como garrobos cayen los pobres. A otros los suben a los palos para colgarlos. Dicen que colgaron al Ama, el que manda. Mataron al de la Lola Shupte, al de la María Gaitán, al Calistro, que apenas andaba en los catorce, al Trine Monte, a los Ceyas, a los Avila y al Juan de la Nemesia. ¡Virgen de los Dolores; nos van a dejar sin hombres esos dianches del Gobierno!

El Lalo no entró. Las ametralladoras ladraron de repente a unas cuatro o cinco cuadras de allí, masticando el *tranquil* verdeante de los *tunalmiles*, como *chapulines* de ruido, con aquel su intermitente: ¡¡papa mama, papa mama, papa mama!! Ladrado de miedo que se metía en las coyunturas de las *canyas*, con un yelito caliente.

—¡Ya vienen, ya vienen!..

—¡Santo Dios, Santo juerte!..

—¿Qué siso el Lalo, vos?

—¿Qué siso, pué?

—Siabrá aido, quiera Dios que no lo atajen. ¿Cómo van a saber ques dundito?

¡Papamama, papamama, papamama!.. En menos de diez minutos los soldados aparecieron corriendo por el maizal dirigiéndose a las casas.

¡Cómo andaban de excitados! Escudriñaban todo rincón; levantaban las camas, los tablones, subían al tabanco, tiraban el *máiz* de la troje para ver quién se escondía en ella. Al anciano lo libró un cabo cuando lo sacaban casi a rastras.

—¡Dejen al viejito!

Era una orden seca. El viejito la pagó con una lágrima en la mirada. El cabo le ordenó que se estuviera *ai* con las mujeres. El anciano entró al cuarto y cayó de rodillas al *jaz* de la *paré* murmurando una oración.

Se oyó una descarga hacia la culata del rancho.

La Goya Shupete gritó entonces:

—¡Mataron al dundo, Jesús me valga!

Corrieron la Goya y la Tule al trascorral. Cuatro rasos venían de por los *maquilitibues*.

—Era un muñeco espantajo el indio jodido.

—¡Qué tirada llevamos, hermano!

—Tiene uno que andar alerta, compañero, cuando menos sintás te rajan el coco con el corvo esos endiablados.

Entraron a la cocina y comenzaron a desgajar el racimo de *majonchos* que ya pintaban.

Cuando las voces y los tiros se perdieron en la distancia, las mujeres salieron al trascorral de nuevo, para ver el espantajo. Viéndolo estaban nomás y calculando el engaño, cuando el muñeco se desplomó pesado como un saco de ayote. No salían de su asombro. El espantajo se *bía* derrumbado como un hombre y se quejaba *mesmamente*. Fueron un grupo a verle. Era el Lalo y estaba herido. El *dundo* explicó:

—Cuando vide que rodiaban me metí el tarro en la cabeza, miraba bien por los juracos; me ercaramé en la piedra; me guindé del cincho en el gancho y metí los brazos en los bejucos del travesaño. *Ai* me quedé contentiendo casi el juergo. Cuando llegaron *ai*, siasustaron y micieron una descarga. Los tiros pasaron el tarro pero no me tocaron la cabeza. Un baúsán me metió la bayoneta, diciendo: “Espantajuemilpa irfeliz, miadado un susto! . . .” Yo aguanté lestockada sin encogermé mucho ni gritar y diay se juearon riendo.

El Lalo *taba* tinto en sangre pero contento. Todos en nudito dieron gracias a Dios arrodillados. Donde el *zacamón* estuvo quedaba sólo la cruz y unas tiras de bramante.

—Es meramente la cruz del Calvario —dijo la Goya.

—El Señor tia salvado en ella, cosita, siasta te dieron la lanzada . . . En un milagro patente.

El dundo, arrancándose el ala desflecada del sombrero sin copa, *quera* una suave corona de espinas, besó la tierra ante la cruz de aparición y se desmayó *embruecado*. *Jedía* a güey muerto y a lo lejos se iba perdiendo el aullido de la terrible reprimenda con su “¡papamama, papamama, papamama!”

LA ESCUELITA

LA ESCUELITA estaba en el corredor del rancho tejero del señor Evaristo. Venía haciendo temporal por toda la cerrería que de allí se *devisa*. Era en los primeros de *otubre*: la *nubazón* espesa y el monte mechudo y llorón. *Dende* allí se *veiya* blanquito el *pantión* del valle, al *jaz* de los naranjos. Enfrente pasaba como letra de yeso el camino *rial*, y negros, los dos alambres del telégrafo, le ponían un cerquito a la tristeza y la dejaban encorralada.

El patio de la escuela iba *guindoabajo* a dar al río; estaba lleno de pedregal rojo y crecían a la par de las veredas los anisillos y las *macoyas* de *chichicaste*.

Hacía frío y los *cipotes*, sentados en las *cucas*, miraban *payá* con toda el alma, teniendo los brazos cruzados sobre el delantal y las rodillas juntas.

Aquel llover finito y sin ruido, llevaba cuatro días. En los momentos descampados, pasaban por la calle algunas gentes: la Ulalia con su camisa rosada; la María y la Toña iban a dejarle *lagua* a don José; o pasaba "El Cuche" en su caballo colorado; o pasaba con su *paragües* don Tino, el matador; o Lencho "Cafenegro", con los calzones arremangados hasta las rodillas y un costal como capucha. Al frente, en la esquina, estaba el estanco y sobre el mostrador se *veíyan* las garrafas claritas del *guaro*.

El corredor de la escuela era angostito y de terrón barrido. La *paré* de adobe sin *repeyo*, con cuevitas para meter *cosiacas*.

Un pollón patas amarillas, plumón de zapote, andaba como siempre espolgando las paredes: ya dando saltos locos por alcanzar las *palomías* o acurrucándose debajo de las *cucas*, para picar algún pulgón.

El *maishtro* Evaristo era sastre de oficio y *masbtruescuela* por afición. Pasaba montado en la hamaquita, cosiendo y tomando la *leución*. Se ponía las

gafas en la proa de la atomatada nariz, y se las detenía de las orejas peludas como panza de cangrejo, con varillas de *paragüe*.

Mientras los niños estudiaban prendidos del puntero, él se dedicaba a murmurar del prójimo, ayudado sin esfuerzo por la Reyes, su mujer, quien estaba siempre en la cocina, a sus espaldas. También, levantando un punto la voz desafinada, se comunicaba con el vecino Dionisio, el *tejendero*, que le escuchaba paciente, respondiendo monosilábico, hasta que, apurada la tarea del hilado, el *trac trac* del telar, le libertaba sin esfuerzo.

A las once y media el *maishtro* llamaba a un *cipote* y le decía:

—Corra al estanco y le dice a la Carlota que me mande un trago doble, de culantro.

El *cipote* iba volando, gradas abajo hasta la calle, y volvía al rato con la media tapada y con los *chacalines* de la *boca* envueltos en una hoja nueva, de plátano.

Entonces el *maishtro* Evaristo dejaba la costura sobre la “singer” y vaciando en una *taza bola* el trago de culantro, carraspeaba y decía:

—También llega lora de tomarme a mí mismo mi leución, babosos, no sólo ustedes aprenden.

Los *cipotes* se *reiban* a coro y el *maishtro* se clavaba el trago entre pecho y espalda, cerrando los ojos por el zumo, y luego de dar un pujido chabacano, mitad de repugnancia, mitad de satisfacción, abría el envoltorio de la *boca*, y salando uno por uno los chacalines, se los comía plácidamente, a pesar de las miradas fijas y velonas de los chicos. . .

Era ya el sábado y el temporal en lo más hermoso de su cosecha. Llovía, llovía y llovía en un solo mecido. Aquello no era llover, era un río vertical, un río que pasaba de arriba abajo, uniforme, como todos los ríos; indiferente en su fluir, monótono sin cortar un instante. El mundo parecía un pollo mojado y friolento, adormilado y *cáido* el pico, y los ojos cubiertos con aquel *párparo cusco* y gelatinoso que a los pollos *les titíleya en veces*.

El *maishtro* Evaristo tenía un *flus* de suerte como pocos. A la *mera* horita del mediodía se cerraron las llaves del cielo y se empezó a levantar una *ñeblina quera* como la *flor* del *carago*. El riíto al pie del barranco se *oiba* pasar ladrando de bravo, y bien se percibía hasta allí su olor almizclado de agua *sbuca*. Llamó al único *cipote* que le dejaba el *llover* y entregándole la *media* vacía, le dijo:

—Ve, Moncho, andá hoy que ha mermado el aguaje, y en una virazón que te despache la Carlota, oishte?

—Bueno, ñor.

—No te resbalés, oishte?

—No, ñor.

—Te podés venir a pasito, no seya que el barro esté liso y me quebrés la babosada.

Moncho estaba allí porque vivía en el mismo solar. Tenía nueve años y la cabeza mechuda como semilla de *sunza*; unos ojazos *prietos* y asustados y un balandrán azul de escuelero con una bolsa abultada de *chirolas* para jugar.

La Carlota estaba despachando a la clientela y como el *maishtro* era pura *fianza* dejó a Moncho a la cola. En este breve espacio, el temporal encariñado con el pueblo volvió a soltar sus llaves con tanto entusiasmo que no se podía pasar. Cansado de esperar, Moncho se fue al interior de la casa y se enredó en un juego de hoyitos con el sobrino de la estanquera.

Una hora más tarde, la Carlota se acercó a los cipotes y naturalmente *alvir-tió* a Moncho de que la lluvia habían menguado y *quera güeno* no desaso-segar al viejo sastre.

—Estesora que nuá comido el viejo —le dijo perando el peritivo.

Moncho salió *alestampida* con la botella. Llegó a la escuela y buscó al *maishtro*, pero el *maishtro* se había acostado y se había dormido esperándolo.

Moncho se sentó en una *cuca* y se puso a esperar a su vez. El olor de los *chacalines* le acariciaba las narices. La tentación lo dominaba. No había *naiide* en la casa y se atrevió a probar un traguito de culantro y a comerse un *chaca-lin*. El guaro pasó *rayándole* el pescuezo como una uña de gato. Ahora comprendía por qué razón don Evaristo siempre que se tomaba un trago cerraba los ojos, *añudaba* la cara y lanzaba un gruñido. El *chacalín* le quitó el mal gusto. El *maishtro* roncaba tieso, dando pruebas de estar cada vez más profundo. Probó otro poquito. Aquel remedio amargo y hediondo curaba de ya el *jrío* del cuerpo y daba risa. Moncho peló bien los ojos, porque le pareció que el *morro* del patio estaba tirando patadas. Miró al otro lado y vio que los *borcones* se *meniaban* como si temblara. No pudo contener la risa. La *cuca* se le iba de lado primero, y luego *corcovió* hasta dejarlo en el suelo contra la *paré*. Destapó de nuevo la *media* y tragó otro poco. Esta vez la risa le vino con tos. Quería poner la botella paradita en el suelo y el suelo no se dejaba, porque encogía el lomo como los gatos perezosos. Al fin la botella se fue rodando y el contenido se virtió en la tierra sedienta.

—¡Ya me va molar el maishtro! —dijo entre dientes.

Esta idea era divertidísima y no hubo más remedio que echarse a reír. Por los chorrillos de plata que caían de las tejas subían unos *chacalines* vivos, *me-niando* así la cola. Con la manga se limpió la saliva que se le huía sin permiso sobre el mentón. Dio dos o tres cabezazos más y se quedó *projundo*, tan *pro-jundo*, que ni los tirones de oreja lograron despertarlo.

ESO Y MAS
CORAZONAZON

(1940)

PADECÍA DE una enfermedad extraña: sentía el corazón hinchado. A la menor emoción dilatábasele con dolor agudo. Era su corazón como una pesada cruz interior, que le obligaba a dar traspies y a pedir misericordia.

Sólo sentía alivio en el bullicio, cuando se mezclaba a las multitudes, cuando el rumor múltiple de la vida febril le envolvía gratamente, llevándole a flote como una boya. Pero el silencio le mataba. La soledad era un monstruo con garras, la paz un puñal, el descanso una pira.

Se quedaba solo y parecíale escuchar voces que le decían: “¿Quién eres tú? ¿De dónde has venido entre nosotros? ¿Por qué penetras nuestra soledad y nuestro silencio con tu figura pesada y grotesca? ¡Vedle allí sentado! ¡Es un hombre; un hombre!... ¡Está allí! ¿Por qué?”...

El no hacía más que suspirar y huir acosado por un terror pánico.

Una noche había despertado en las tinieblas y a una hora avanzada. Abrió los ojos, o por lo menos creyó que los abría, porque si los párpados le obedecían no vio nada, nada, más que un gran oído negro frente a su cara, que se hacía inmensa como el cielo. Creyó que por su boca entreabierta entraban por ráfagas las constelaciones como polvo minúsculo y huían de él en las expiraciones. Sabía que una de sus manos se había perdido, se había muerto en un punto indefinido de la cama y estaba por allí como una montaña, por cuyas laderas pequeñas burbujas empezaban a subir y bajar trabajando. Quiso articular una trémula queja y fue allá a lo lejos que alguien le respondió con un trueno pavoroso, pinchándole el corazón con un alfiler largo, muy largo y muy fino, ¡muy fino!...

La campana ronca del reloj le tiró encima el cuarto colocándolo por fin en el espacio y en el tiempo. Eran las dos.

—Son las dos —se dijo—, son las dos.

Sintió que crecían cañaverales en su epidermis. El péndulo del reloj se movía sin ruido; no obstante él le oía ir, venir, ir, venir... y miraba su disco metálico pasar como una sombra de luz ante sus párpados absortos.

Iré mañana, hoy, donde un médico... —se dijo—. Siento miedo...

Si hubiera tenido madre, habría gritado “¡mamá!”; aun no teniéndola pensó en nombrarla y no lo hizo por temor a oírla dentro de él mismo llamarle: “¡hijo!”, con su propia voz entredada de lágrimas.

Un leve silencio venía acercándose a la cama, pegado a la pared, sobándola. Se apartó, se apartó. Sobre él, a la orilla misma crecieron algas de sombra inclinándose para cogerle. En su terror llegó a la orilla del lecho y cayó como una bomba en el suelo de madera. Dio un grito. El vecino de al lado le habló:

—¿Qué le ocurre a usted, señor Marrón?

—¡Ah... una pesadilla!... ¡Perdón!

Buscó la llave de la luz y la encendió. La noche se licuó escondiéndose detrás de los muebles. Pero el corazón, henchido como un globo, se le quería huir. La luz alumbraba pero en silencio. La garganta del vecino había cesado de martillar la noche. Venía ahora el miedo en la luz.

El miedo en la luz era tan terrible como el miedo en la sombra; acaso más, puesto que si de la sombra podía, como un consuelo, pasarse a la luz, de la luz no sabía a dónde pasar como no fuese al bullicio y ¿cómo pedir o comprar bullicio a las dos de la madrugada?

Sentado en su colchón, arrebujaba su cuerpo en las mantas como bajo ilusorias corazas. Adentro el corazón se retorció como una culebra herida. La respiración aserraba como cortando un hueso, aserraba con fina sierra silbante. La fiebre tiraba cintillas de fuego de un músculo a otro. La soledad toda subía y bajaba, floja, como en resortes gastados, como en cojines de pluma —cojines de plumas de nube—. Cruzábanle de parte a parte y a cada instante, espadas de fuego y espadas de hielo. Se oía a la carcoma picar los muebles viejos.

El señor Marrón tembló de pies a cabeza al darse cuenta exacta en aquel momento de que él era un hombre nacido y vivo. ¡Horror! El era un hombre vivo. ¿Podría darse cosa más espantable a tales horas? Tuvo la conciencia trágica de que él se movía a voluntad, como se mueven los pulpos, las medusas, los fantasmas, las grasas en los líquidos. Se le trabó un grito en la garganta, hiriéndosela como un guijarro atravesado.

Se decidió por fin a hacer un poco de ruido. Su ansiedad era como un fósforo que intenta poner fuego al mutismo. En puntillas se acercó al gramófono que estaba en un rincón. Los discos negros le miraron con ojos de cíclopes. Puso uno, luego miró a su alrededor haciendo girar su calavera en uno y otro sentido. Le silbaba un zancudo en el alma. En su turbación se olvidó de darle cuerda a la máquina y cuando soltó la aguja el mueble le hizo: “¡¡Buuuuuh!!” y el señor Marrón cayó desmayado dentro de su propio corazón como en un abismo frío.

Era otoño y la alameda se hacía mariposas en el viento. La mañana soleada

y azul infundía vagas congojas de paraíso. Iba empujando el viento, despacio por la acera desolada. A lo lejos un carromato venía lento, recogiendo las heces del burgo, tirado por un percherón cabizbajo que tenía las herraduras flojas y arrastronas. La mirada del señor Marrón se clavaba ansiosa en los números de las casas 52, 54, 58. En el portal del 58 había una placa. Leyó: "Dr. Mangusia. Especialidad en enfermedades cardíacas". Subió y llamó. Le abrió un criado viejo.

—¿Está el Dr.?

—Suba.

Entró quitándose el sobretodo y subió por una escalera angosta y oscura.

—Recto hasta topar —indicó el criado y desapareció.

Siguió recto por el pasillo. A ambos lados había salas llenas de objetos raros: cosas de laboratorio, instrumentos de acero y de hule, retortas, alambiques, frascos, lienzos esterilizados, dispuestos a recibir en su albura la rojez trágica de la sangre. Allí en el fondo se oía un lamento. Vaciló. Dio unos cuantos pasos más y se encontró con un hombre de largas barbas rojas que tocaba en un violoncelo. Se detuvo de golpe. El hombre tocaba con los ojos cerrados. Agachaba la cabeza enorme como si la barba le pesase. Su mano vellosa bajaba por el asta del instrumento como una araña. Tejía con hondos sollozos una tela de emoción en la que había caído ya preso el corazón del cliente.

Habló con una voz que no era la de él.

—¿El Dr. Mangusia?

El hombre abrió lentamente un ojo y lo clavó azul en su cara. Paró de tocar. La araña se hizo un nudo en la parte alta del asta. Abrió ambos ojos.

—Deseaba consultar...

Sin responder, el hombre rojo indicó con un gesto una silla. El señor Marrón tomó asiento y el doctor cerró de nuevo los ojos y continuó hasta terminar la sonata. Cuando hubo dejado en un ángulo de la sala el instrumento, vino solícito a su cliente y le dijo:

—Perdone que le haya hecho esperar. No había terminado. Si hubiese dejado a medias la cosa me habría enredado todo el día en el cabo suelto. Pase a esta sala.

Después de diez minutos el doctor Mangusia se había enterado de todo.

—Diga "¡Ah!"...

—¡Ah!...

El señor Marrón lo dijo con toda la boca. Creyó que el doctor pretendía examinarle la garganta pero por lo contrario, el médico cerró los ojos y escuchó atentamente.

—Diga "¡Oh!"...

—¡Oh!...

—Bien —dijo—, noto que al decir "¡oh!" pasa por sus nervios una onda de pánico.

Le auscultó el corazón, los pulmones; luego le hizo gritar: "¿Quién va?"

“¡Estoy aquí!” y sucesivamente: “¡¡Socorro!!”, “¡¡Perdón!!” “¡¡Mátame!!” y otras cosas que demostraron claramente la gravedad del caso.

—Lo que usted tiene —dijo el médico— es corazonazón.

El señor Marrón casi se desmayó.

—¿Qué debo hacer? —preguntó.

—¡Bah! —dijo el doctor—. Voy a curarle al momento.

En vez de alegrarse por ello el señor Marrón echó a correr. El doctor Mangusia le alcanzó de un salto y lo detuvo.

—Debe usted dejarse curar o pagar la consulta —dijo.

Reflexionó el enfermo y se avino a la curación.

Veinte minutos después el señor Marrón despertaba de un sueño magnético durante el cual experimentara la sensación de diluirse en el aire como un terrón de azúcar en un vaso de agua. El doctor Mangusia le alargó una toalla.

—¿Me ha bañado usted? —preguntó mirando sorprendido una vasija llena, a sus pies.

—No, señor —respondió el médico—, ha llorado usted a torrentes. Lo que pasaba era que un sollozo atravesado en la garganta no le dejaba a usted llorar desde hace un siglo.

EL BESO

EL PADRE Alirio era triste. Cuando la melancolía encarnó, el cuerpo pálido, alargado y endeble del curita, le estaba a la medida como ningún otro. Con sus cáusticos misteriosos la tristeza le puso las carnes pálidas, la cara seráfica y lampiña. Los ojos negros empujaron mucho, conquistando espacio. Las lágrimas, de tanto correr por las ojeras, dejaron en ellas el azul del éxtasis. La boca, pequeñita, estaba cárdena por la herrumbre que el silencio le dejaba; cada emoción la encogía y la alargaba con la tortura de los mariscos de concha, cuando reciben jugo de limón. El Padre Alirio parecía más ángel que aquellos esmaltados de los camarines. En vez de Alirio, debió llamarse Padre Lirio. Cuando pasaba iba cabizbajo, y con las manos una en la otra como alas en descanso. Cuando hablaba parecía como si dijera versos; y cuando suspiraba, parecía como una cosa que se va a deshacer. Se paseaba, leyendo siempre, tal si en una bandeja extraña fuera llevando su propia alma, de un lado a otro. Era un misterio.

El pueblo, en la cumbre, era blanco, pobre, callado. Como estaba en la cima, el azul hacía tope en la ronda. Más que un pueblo de la montaña, parecía un puerto del cielo. Las nubes llegaban, lentas y silenciosas, atracando en la barriada. Los "maquillishuas" hacían espuma; y en las noches de verano, las estrellas flotaban a nivel, como medusas de fuego. Hacía frío.

Frente a la iglesia tosca, pesada y mapeada de musgos, vivía, en una casita de esquina, la niña Jesús. La enrejaban sus padres tras la ventana; era alegre y coquetona como un tiesto con flores, y los hombres callejeros le regaban de piropos. Cantaba. A veces entreabría, con misterio y espiaba. La luz, en los vidrios de la ventana, solía temblar de celos.

Por la tarde, el cura se dignaba mirarla desde enfrente y saludaba, con la cabeza y la sonrisa cobarde. Ella voleaba en el aire su mano, como un pájaro.

El, entonces, seguía el vuelo hasta las nubes y se quedaba, temblando de miedo, en el espacio. Luego ella dio en entornar las hojas de cristal y espiaba al curita, quizás admirando su santidad.

El amor se le fue subiendo por la timidez como una enredadera, hasta llegar al alma. Pecados en botón brotaban pugnando por reventar y perfumar. La cruz colgada de la cadena, se había hecho un puñalito. El corazón apajado se quería volar, aleteando. Sobre la almohada, olorosa a ropero, el insomnio dejaba húmedas huellas y los dientes, ligeros rasguños. Se había apagado la luz sobre el aceite. Visiones sacrílegas flotaban, torturantes, en la alcoba; y un poco de piedad para el Demonio se había introducido, matando con rosas y violetas el perfume del incienso.

La niña Jesús entró en el templo, quebrando credos con los tacones de sus botas altas. Sin duda alguna, el estuche le iba mal. El traje negro, derrotado, reventaba en carnes rosadas por todos lados. Las líneas impetuosas, rebeldes, saltaban obligando al traje sus desnudeces pomposas. Se arrodilló, con espumarajos negros, cerca del confesionario, y se persignó como afirmándose en su belleza.

Mientras los finos dedos tragaban una a una las píldoras de fe del rosario, el cura, guardado en el armario de las confesiones, leía, esperando. Ella, como sombra que se arrincona, se acercó y pegó su cara enlutada al junco en rejilla, tras el cual esperaba el confidente oculto.

—Di tus pecados...

—¡Ay, no me atrevo!...

—Pues...

La voz y el aroma la habían delatado. El cura sabía ya con quien hablaba. Le tembló la pregunta:

—¿Tan grandes son?...

—¡Mucho!

—Ten valor.

—Me acuso, Padre Alirio, de un amor loco por un ser prohibido.

El cura se agarró, crispado, a las manillas del asiento. Le castañeaban los dientes y la respiración le ahogaba.

—No, no... alcanzo a entender... qué...

—Le amo locamente... ¡Perdón!

—A... ¡A mí!...

La niña Jesús descargó un suspiro, como una prueba. El cura sobaba con su mano abierta la rejilla de junco, como quien limpia un vidrio. El aliento cálido, diabólico, pasaba por entre sus dedos temblones.

—¡Jesús!...

—¡Padre!...

—¡¡No, no: el otro Jesús!!

—¡Ah, perdón!...

—Sí... Y Tú, Jesús... yo... también... te amo.

—Lo sabía.

Lo dijo fresca, renovada, convencida. La voz le sonreía como con sarcasmo. El prisionero respiraba afanosamente. Ella añadió:

—Si me amas, ¿por qué no arrancas esa cortina?

El la arrancó de golpe. Allí, detrás de los agujeros del enjuncado estaba el rostro de la amada, como la miel en los alvéolos de los panales. Para verla con toda su pasión, el cura cerró los ojos. En las pestañas le temblaban lágrimas de pecado. Puso ella sus labios apretados contra el junco, y él se agachó para tomar el beso. Sobre aquella tela, no se podía decir quién hacía de araña. Los labios se buscaron, temblando de ardiente frío; y un leve chasquido selló las confesiones.

Tres beatas esperaban su turno: esperaban, esperaban, esperaban. . .

—Gran pecadora será esa niña, cuando tanto tiene que decir —dijo una, y se fue.

Las otras se durmieron. Cuando se retiró la enlutada, era ya de noche. Las beatas se aproximaron y esperaron a que el cura las invitara con el signo de la mano, como acostumbraba; pero él permaneció inmóvil; tan sólo de vez en cuando, su voz de arcángel se oía murmurar, emocionada:

—¡Jesús, Jesús! . . .

EL DOBLE DEL DICTADOR

MUSSTAFRÁ TLERIJ Ben Keramsib el dictador, estaba viendo al poniente, apoyadas ambas garras en la balaustrada del alto balcón y en el estanque del jardín los cisnes le habían sentido y le miraban de reojo, con un reojo hacia arriba, que volvía sus interrogaciones más irónicas, casualmente.

La cabeza cuadrada del gran político tenía así, un poco inclinada y grávida (de algo que no se sabía si era cráneo, seso o ambición), un mucho de gárgola del medioevo, una de esas pétreas expresiones del poder satánico siempre vigilante en algún lugar del místico ideal. Por eso mismo, el emblema omní-difuso de la media-luna y de la estrella se antojaba al caviloso y prudente forastero, las abiertas fauces de un reptil hambriento a punto de engullirse una paloma.

Musstafrá era hombre pequeño y ancho, más bien maduro que joven, inexpresivo como un "robot" de hierro y cobre; con el automatismo propio de aquellos hombres providenciales, imbuidos con la fe de ser la manifestación vívida de todo un pueblo o una raza. De su ser parecía brotar la insonora voz del anhelo multitudinario, siempre trágico como la resonancia de los caracoles que quieren interpretar el mar sin conseguirlo claramente. Podía decirse de Musstafrá Tlerij Ben Keramsib la frase bíblica que atañe a algún demonio maligno: "su nombre es Legión".

El sol, en aquel instante languidecía, fingiendo dormirse sobre el mundo, voluptuosamente recostado entre nubes oscuras, cuando en realidad estaba erguido y rampante sobre lejanas tierras más dichosas. Detrás de Musstafrá sobre una cortina, aparecía su sombra, tan torva y silenciosa como él aunque más sumisa al parecer. Aquella sombra así afondada y cinesca parecía guardarle las espaldas manteniéndose respetuosa y alerta.

—Isaac —murmuró de pronto el gran político—; tengo un extraño sentimiento, un vago temor. Estoy nervioso y como cansado, no puedo pensar claro, ¿qué irá a pasar, qué irá a pasar? . . .

Aunque parezca extraño y absurdo, la sombra del dictador se desplazó lentamente en un ángulo ilógico y respondió en seguida:

—Señor: todo se debe al influjo de la hora. Aún rueda en la cuenca de tu oído el grito desgarrador del “imán” llamando a la plegaria. Siempre que el sol se ha ido y la noche abre sus jardines al ojo (que ha llamado todo el día a la puerta cerrada del cielo) la confianza retorna y volvemos a ser optimistas.

El dictador sonrió aprobando agradecido, sin volver la cabeza, pero aquella sombra —que ya no lo era exactamente— expuso la mitad del rostro al último reflejo y en ella había un ojo con un guiño de burla y dos dientes develados por un rictus macabro.

Musstafrá Tlerij Ben Keramsib se decidió a dejar el balcón y retornar al interior de su despacho. Un oficial volteó el “switch” del alumbrado y una violenta luz de oro inundó la sala cegando a los presente.

Entonces pudo verse algo más misterioso todavía que lo expuesto: la sombra del caudillo tomó cuerpo como él mismo y caminó a su lado en uniforme idéntico, con pesado y ceremonioso paso de cortesano.

Había allí, entre oficiales y ministros, dos dictadores en vez de uno; dos Musstafrá tan semejantes, que sólo se sabía distinguir el verdadero, por lo postizo de una superioridad manifiesta en vagos guiños de orgullo: el plumón de suficiencia que corona la forma vana engallándola con estorbo aünque intangible indumento.

Isaac era el doble del dictador; su existencia era insospechada por el pueblo: únicamente los hombres de confianza del tirano sabían el secreto. Isaac representaba el papel de Musstafrá cada vez que la presencia del caudillo era imprescindible y había de correr un gran peligro. Ya varias veces el *doble* había sido foco de horrendos atentados, de los cuales escapó con vida, debido en parte a su valor inquebrantable, y en parte a su increíble suerte.

Este valor y serenidad de Isaac había valido a Musstafrá alguna admiración del pueblo y le reconocían su gallardía los mismos enemigos del régimen.

Aquella noche, inolvidable para Musstafrá Tlerij Ben Keramsib y su familia, la sala del despacho permaneció iluminada hasta la aurora; el balcón abierto; la noche lo mismo y los cisnes atentos a la luz del palacio, interrogando siempre sin sentido. Un consejo de grandes del reino reclamaba el desvelo. Voces airadas y discursos contundentes llenaron el salón insomne. La voz del dictador se oía apasionada más que nunca y entraron y salieron muchos hombres presurosos. ¿Qué sucedía? Por el balcón que daba al Este el sol fingía erguirse de un pesado sueño que no tuvo. Su luz nueva, entrando en rumbo opuesto, subvertía las cosas: la sombra del caudillo era hoy el caudillo y el caudillo de ayer, era su sombra. Isaac había conspirado. Probó con argumentos capciosos que el valor gobierna siempre mejor que el talento. Que un corazón bien puesto merece mandar más que una cabeza fresca, porque el mando en

el mundo se debía por hoy a la fuerza y a la violencia. Y en un arranque de sincera amistad y patriotismo pidió a su prisionero renunciara en sus manos el poder y tomara a su lado el puesto que él tenía, como *doble*, para representarle en dondequiera que no había peligro y sí necesidad de argumentos oratorios, de consejos políticos y lances diplomáticos. Ya él sabría vigilarle convenientemente.

Viéndose abandonado de todos y por salvar entre otras cosas la vida y la hacienda, Musstafrá Tlerij Ben Keramsib cedió su puesto y su nombre sin remedio y pasó a ser la sombra de su sombra sin que nadie lo notara.

. . . Y la media-luna hambrienta, y la estrella temblorosa . . .

LA MOMIA

*A Juan Guzmán Cruchaga,
con admiración.*

LA GRAN casa de los Vargas es en el pueblo una de las más viejas y elegantes, en su estilo. Como todas las casas coloniales grandes, de familia acomodada, tiene el corte a la vez austero y jovial de un claustro laico, con patio embaldosado y fuente barroca al centro del mismo, entre hojas lujuriantes de platanillo y de *mamey*.

Los españoles supieron aposentarse en el trópico americano. Estas casas almacenan el silencio y la frescura y huelen aún a casta y a hidalguía. Los pasos resuenan en sus corredores con parsimonioso señorío y el sol suele venir a echarse en los rincones solitarios, como un gato de cristal, confiado y dormilón.

El claustro de esta casa es ancho y sombrero, festoneado por enredaderas llenas de flores, tendidas con voluptuosidad de pilar a pilar; aquellos pilares de madera al estilo de las palmeras reales, pintados de verde y embasados de granito rojo. Allí entre gajos de morado "pomoncio" y gajos de "sancarlos" rabiosamente anaranjados se mecen al compás de la brisa las jaulas de los canarios, cuyos buches de oro hacen incesantes gárgaras de plata.

En el aposento de la esquina está la sala, tapizada ricamente, y sobre el piano de cola unos jarrones Luis XV repletos de nardos que aroman melancólicamente la penumbrosa estancia.

En un extremo están, rodeando a Isabel, las amigas de siempre. Una hace "crochet"; otra hojea un álbum de retratos; otra escucha ávidamente; otra piensa.

Mientras tanto, Isabel va explicando con un mundo de detalles, un murmullo acorazonado, el misterio de sus sueños, que unas creen y otras no.

“¡Isabel es rara!”. Esto dicen los que dicen que dice. “¡Isabel es loca!”..., “es novelera”...

—¡Niña: pero si todo eso es increíble, es absurdo, es un ensueño romántico!

—¡Niña: ¿y por qué insistes?...

—Te juro que no miento.

—Y... ¿has vuelto a verle?

—Ayer mismo, al atardecer.

—¿Y es alto?

—Bastante.

—Y... ¿dices que tiene los ojos verdes?

—Sí, y muy dulces.

—Sólo tú hablas de una cosa así.

—Te juro que no miento.

—Y... ¿parece muy rico?

—Debe serlo.

—Y, ¿dices que te trata con fineza?

—Sí, nie cuida, pero es todo tan extraño, tan del otro mundo, tan fantástico. No logro sentirme yo misma cuando estoy allá. No puedo expresarme; no puedo articular palabra ni dominar siquiera aquel cuerpo que no parece mío y que sin embargo lo es. Me siento como una paralítica que a la vez fuera muda, pero oigo y veo con toda claridad. Siento que este hombre me ama, y yo a él. Si no supiera que ustedes no se burlan, me callaría. Yo necesito alguien a quien confiarme.

Las amigas se miran automáticamente. ¡Ah, sin duda no creen, casi dudan, casi se sonríen! La mirada fija y penetrante de Emilia dice de piedad y de temor; la de Celia es una mirada con un ojo apagado que trae una sospecha irónica; la de Amanda chispea de curiosidad y forzado convencimiento; la de Julia es fría, con velo de humedad lacrimosa, no se sabe si por lástima o porque Julia ha perdido a su novio hace apenas tres meses en un accidente. Tal vez no está escuchando.

—Te diré una cosa —dice Celia— pero, por supuesto, no digas que yo dije; después de todo es verdad. Donde doña María me habló de ti, pues sí... de tus cosas, de tu enfermedad....

—Sí, comprendo...

—¡No creas que en mal, no, todo lo contrario! Decían que debías ir a que te viera el Dr. Beeb, tú sabes, el famoso especialista de Boston. Pero doña María dijo (tal vez sin mala intención, ¿comprendes?), dijo: “Isabel es sumamente inteligente; sabe que una señorita con una rareza, es más interesante, pues... a causa de que se distingue; trata de hacerse de fantasías una gracia. La historia de Isabel es insulsa, pero... se la tragan *algunas ingenuas*, ¿verdad, Celia?... Esto era por decírmelo a mí, ¿entiendes? ¡Vieja impertinente!...

—Y... ¿qué, te la tragas?

—¡Hija!... pues como tú lo dices y lo juras... ¿qué más da hacer el esfuerzo? Después de todo a mí también me han sucedido cosas increíbles.

Sólo que son de las que no se pueden contar . . . , por mucho que uno quisiera.

Emilia toma la mano pálida de Isabel.

—¿Por qué no ver a ese especialista de Boston? ¿Y si todo fuera una pura alucinación, una especie de visión repetida por . . . algún pequeño golpe cerebral o algo así . . . ¡No que estés trastornada, no! ¡Como todo es posible! . . .

—Podiera ser . . .

—Yo diría que vieras mejor a un buen espiritista o cosa así —insinúa Julia.

—O a un sacerdote —apronta Emilia.

—No —dice Amanda con firmeza—: pide a Dios con fervor que te aclare este misterio. Quizá más tarde resulte todo perfectamente real y posible. Yo creo que la vida es mucho más misteriosa de lo que pensamos; creo que vivimos muchas veces, en sucesivas personalidades y que a ratos hay como recuerdos de vidas pasadas.

Isabel fija su vista amorosamente en el rostro de Amanda, pagando así, con todo su corazón, las palabras de la amiga más comprensiva. Se encoge de hombros.

—Es . . . y no es . . . No pido que alguien obligue su razón para creer. Yo misma, a ratos pienso que es todo un sueño, entre agradable y terrible, entre horrible y hermoso . . . También pudiera ser que esté haciéndome loca . . .

Y a una las cuatro:

—¡Oh no, qué locura!! . . .

—Siempre es una explicación . . .

Las amigas de Isabel no dudaron nunca, allá en su fuero interno, de que por allí iba la cosa. Hacía ya como un mes que la antes tranquila muchacha daba muestras de una gran tristeza. Miraba al vacío de modo inquietante. La tía Enriqueta les había prevenido, les había rogado que la visitaran más frecuentemente. “Isabel me inquieta” —les había dicho—; “sufre desvanecimientos súbitos y duerme más de la cuenta; tiene, sin duda alguna, las más feas pesadillas. Hace muecas extrañas, se convulsiona, lanza suspiros tan hondos y trémulos, que parten el alma. Traten de distraerla cuanto sea posible. No se reían de sus confidencias pero procuren que se dé cuenta de lo absurdo de todo eso que sueña”.

Esta tarde, después de oír a Emilia tocar el piano y cantar algunas piezas clásicas a sordina, secundada por la grave voz de Celia, las amigas íntimas hicieron a Isabel la rueda, para saber algo más de aquella historia pueril que siendo —como tenía que ser— una fábula caprichosa, ofrecía para sus juveniles imaginaciones la manera providencial de llenar con algo de interés las horas tediosas del descanso pueblerino.

La tarde es una de esas tardes doradas del invierno tropical. Por las ventanas se mira un cielo mitad tormentoso, mitad sereno, donde las nubes moradas han alcanzado el punto de rocas negras y el azul poco antes acobaltado se ha ido diluyendo en tenues lilas que ya se encienden en la llama intensamente áurica del *sol de los muertos*: aquella difusión de luz amarillenta, suelta en el aire como lluvia de ceniza caliente, que todo lo rodea y lo penetra, hipnotizando

las formas. Las cosas ya no vigilan sino que duermen y ya no dan sombra a ningún lado.

Nadie se atreve a romper la grata melancolía del claroscuro encendiendo las lámparas. Los nardos avivan su aroma penetrante. Sólo se oye el chillar alocado de las golondrinas que vienen girámbulas por el espacio y se van alineando en los alambres de la esquina.

Hay un largo silencio pensativo acusado más aún por el hojear de un álbum de retratos y el ronroneo del gato gris que enhebra su pereza en las piernas de su dueña.

De repente las amigas se miran asustadas. ¿Es el reflejo dorado de la tarde o es que Isabel se ha puesto lívida, con lividez mortal? Se escucha en este instante el grave son de la campana del ángelus en la cercana parroquia.

—¡¡Isabel, Isabel!!...

Isabel alza sus brazos; se agita y se retuerce desesperadamente. De su garganta brotan gárgaras de ahogo. Sus ojos se extasían como llenos de terror y sin poder detenerse más en el asiento, rueda sobre la alfombra, apenas murmurando estas palabras suplicantes:

—¡¡Virgen santísima!!...

II

Professor Daniels se desprende violentamente de su sobretodo, de su bufanda y de su sombrero de copa —entregándolo todo al ayuda de cámara— y a paso presuroso se dirige a su despacho; de allí pasa a una sala privada que le sirve de museo y de ésta a una cámara angosta y larga, especie de capilla, en donde, entre otros preciosos objetos y valiosísimas reliquias, guarda “la momia”.

¿Cómo es esta famosa momia?

Pues como muchas... y como pocas. Está guardada en un estuche de madera tallado y coloreado con la figura de la misma momia, aunque bastante estilizada. Al levantarse la tapa de la fúnebre reliquia aparece el cuerpo pequeño y un tanto oscuro de una mujer joven y bella. Esta momia es (según el mismo *professor Daniels*) de una sacerdotisa egipcia llamada Saír, que ocupó en vida el más alto puesto entre las mujeres consagradas a Hator, la Afrodita egipcia. La momia, aunque aparentemente igual a otras momias, se diferencia en mucho de las más conocidas. No está dislocada ni envuelta en apretadas vendas. No está barnizada y renegrida, ni huele a caprichosos bálsamos, por lo menos ahora. Está peinada a la usanza faraónica y rodea su frente una sencilla diadema con el imprescindible apéndice frontal de los conocedores de la muerte, y sobre el cuello lleva una especie de medallón donde aparecen modelados en bajorrelieve una figura de Anubis (en el anverso) y un buey Apis sobre un escarabajo (en el reverso). Le cubre las partes pudendas un taparrabo de fibra gruesa, y los pechos una especie de tallador o faja de lo mismo. Por lo demás está desnuda. La conservación es perfecta

y al verla así como ahora, uno tiene la impresión de que el profesor Daniels ha dado una mano de retoque a todo, dicho sea sin ironía ninguna.

Cualquiera que hubiese visto la forma en que el profesor destapa la caja de la momia, hubiese creído que se trataba de un verdadero descubrimiento inmediato, no siendo así, pues la momia de Saír ha estado en su poder (con permiso del British Museum) desde hace ya año y medio. ¿Por qué entonces, apenas llegado de la calle corre con tal premura a encerrarse cara a cara con la antigua joven de Memphis? Hagamos luz.

Como las momias de Mirinri, de Setir, de Turmes y las encontradas en Tebas recientemente por Lord Denovan, la momia de Saír está conservada en una forma muy especial, lo que los arqueólogos llaman: "preservación mercurial", y los manuscritos antiguos: "suspensión hermética", que consiste, aparentemente, en un total endurecimiento o cristalización del cuerpo entero, con todos sus órganos, por algún procedimiento desconocido hasta hoy, aunque sospechado, con mil conjeturas, entre las que prevalecen con mayores visos de posibilidad, la inoculación de sustancias vegetales mercuriadas.

Professor Daniels tuvo la fantástica idea de descubrir si por algún procedimiento inversivo, podía provocar la descomposición de una momia de esta clase; que hubiera equivalido a regresar aquel cuerpo humano a un estado de *muerte reciente*. Lo que dicho en otras palabras era como tirar de un puntapié más o menos 3.000 años de muerte o suspensión de las actividades vitales desintegrativas.

Durante largos meses trabajó este hombre de ciencia, joven aún y ya famoso, preparando en sus laboratorios la nueva sustancia que lograra romper las cadenas impuestas a la vida para evitarle que produjera la muerte. Esto parece paradójico pero así es, bien visto. Se trataba de matar la muerte para producir la vida, que a su vez pudiera dar una muerte normal. En más sencillos y comprensivos términos: se buscaba la muerte de la forma perennizada. Se buscaba liberar la forma de aquella antigua aunque juvenil mujer; dinamizar sus líneas hasta fundirlas con la Nada informe.

Se buscaba, pero no se quería. Al profesor Daniels le acongojaba Saír, porque era bella y joven y había sido su compañera por largo tiempo; algo que muchas mujeres habrían deseado sin conseguirlo. Sólo la fidelidad y respeto que la Ciencia le inspiraba pudo empujarle a realizar tamaño sacrificio. Iba a prescindir, tal vez, de la muerta querida, por dar a la Ciencia un tributo personal de sabiduría.

Cuando creyó tener en sus manos la sustancia anhelada y tras internas luchas y vacilaciones, se encerró una noche de invierno, allí donde hoy le vemos, y preparándolo todo como creyó más conveniente, inoculó la momia y por seis largas horas esperó el resultado (su triunfo o su fracaso), atento y trémulo, atisbando el menor indicio que viniera a mostrarle al fin cómo la piedra humana se ablandaba e iba cobrando los lívidos albores de una vitalidad destructora, puesto que renacía para destruir sin remedio.

Si aquella fuente de alcaloides y parafinas encontraba el cauce que él esperaba encontrarse dentro de la reseca musculatura y producía la reacción ima-

ginada, haría venir en seguida una comisión de científicos que atestiguaran el éxito de su empresa.

Corrieron los minutos quemándole las sienes ya entrecanas: una hora, dos horas, tres horas... Cuando había esperado seis horas empezó a notar un cambio muy tenue. ¿Era su imaginación, su intenso deseo de descubrir, lo que le mostraba unos músculos ligeramente relajados y un cambio casi imperceptible en la terrosa tensión de la epidermis? Se enganchó los anteojos y miró con ansiosa penetración cada parte del cuerpo. ¡Sí, no había duda alguna, el suero vital de su invención producía ya algún efecto! ¡¿Pero cual?!...

¿Cuál?... Después de diez minutos se vio cómo aquella carne se refrescaba. Algunas aristas rígidas se ablandaban apareciendo, no ya únicamente al ojo sino al tacto mismo, con la elasticidad del corcho y de la goma. Era, pues, la vida; era, pues, la muerte, que aparecía a flor de cuerpo como los cascos tanto tiempo afondados, sumergidos en las profundidades del mar, cuando puestos a flote por las boyas, van emergiendo lenta y gravemente a la superficie y brotan por fin al aire escurriendo la espuma cual si lloraran de alegría.

El profesor Daniels estaba asombrado contemplando su propio milagro, sin atreverse a dar un paso. Pálido y sudoroso a pesar de la estación, miraba el rostro de la momia como si viera una fantasma. Ya no había duda alguna: la momia de Saír había poco a poco reblandecido y era ahora el cuerpo de Saír; un cuerpo suave y armonioso que no tardaría en inundar la estancia con el miasma fétido de la putrefacción.

La mano del profesor, vacilante, trémula, con dedos abiertos como patas de araña entró lentamente en el féretro y se posó sobre el vientre desnudo que cedió ya blando y elástico. Pero lo que hizo saltar fuera de allí aquella mano exploradora y recogerse violentamente sobre el pecho de su dueño, no fue, por cierto, la sensación de blandura (que después de todo era algo esperado) sino el descubrimiento prodigioso de que aquel vientre estrecho y hundido de joven danzarina estaba tibio.

Después de pasado el primer momento de sorpresa, el profesor volvió a tocar la piel de la momia sin decidirse a dar crédito completo a sus sentidos. ¡Estaba tibio!... ¡Pero, por qué, Dios santos, por qué?... Las dos manos corrieron a saltos rápidamente por todo el cuerpo de la muerta: del vientre al tórax; de aquí a la frente; otra vez al tórax, a las piernas, a los pies... La escultura milenaria acusaba en todos sus puntos la irradiación calórica de una temperatura de 37 grados centígrados, la normal temperatura de los cuerpos humanos vivos y sanos.

Con la sospecha tremenda vibrándole en cada latido de sus arterias, el hombre de ciencia, asaltada el alma por el temor místico del sacerdote y el agri-dulce espasmo creador del artista inspirado, se inclinó jadeante y puso el oído sobre el corazón, auscultándole, mientras con el pulgar y el índice de su diestra le tomaba el pulso como a una agónica. Escuchó conteniendo cuanto pudo el aliento. No era el médico que oye llegar la muerte en puntillas; era el ma-

go que siente llegar la vida al conjuro de un casual "surge et ambula", mientras se abren lentamente y sin ruido las puertas milenarias del milagro.

Súbitamente palideció la cara del angustiado investigador. Se irguió todo él con el resorte del asombro y vaciló en el vértice vertiginoso del terror y la curiosidad, mitad fijo de miedo, mitad fijo de asombro. ¡Vivía! . . .

La momia regresaba del remoto pasado, no a la muerte (como él se imaginaba) sino ¡a la vida! ¿Qué iba a suceder? . . . El corazón palpitaba y la sangre corría por las antiguas venas y arterias. Se miraba sin esfuerzo el leve estremecer del pecho que se abría lentamente como para arrojar de sí, en un solo respiro, el pesado silencio de los siglos en monstruoso parto. El hombre aquél, a solas con su espanto, ahogó en gruñido sordo de pavor bestial, tres gritos en uno, que asaltaron su garganta. La momia de Saít suspiró quejumbrosa mientras abría de golpe los ojos.

Professor Daniels sudaba en el horno de su angustia. Enloquecido y vacilante iba de un punto a otro sin saber qué hacer de inmediato: de la puerta al teléfono; del teléfono a la puerta, sin acertar a coger el audífono ni a escapar por aquélla. No podía desprender la vista de la momia, ni aquella fuerza acerada de la superconciencia lograba sojuzgar la espantada cuadriga de sus nervios, trastornados por el terror numinoso.

Por fin abrió la puerta y huyó despavorido.

Le calmó el frío de la calle y el contacto con la muchedumbre; aquella muchedumbre escéptica, formada con seres diáfanos, patéticos, simples, indiferentes; seres del siglo xx, hacia los cuales sintió por vez primera una fraterna atracción, un dulce amor familiar que antes de este momento fuera simple desprecio. Entró en un "bar" y bebió casi media botella de "whisky" mezclándolo con soda. Por fin, ya en calma y un tanto avergonzado, mas sin menguar su asombro, se prometió volver al instante y afrontar la situación, si aún era tiempo.

Entró a su casa. El valor tiraba de él y el terror le empujaba poniéndole la fría mano abierta en la espalda. Así llegó hasta la sala del misterio y hasta el sarcófago que temió hallar vacío.

La momia estaba allí, aún viva y con los ojos cerrados. Vivía, sí, pero pareciendo dormir profundamente.

Viéndola así, apacible el rostro afinado, las mejillas ahora sonrosadas, con la boca entreabierta, mostrando apenas una hilera de menudos dientes, la calma volvió a raudales al corazón del cientista, quien tras prolongada contemplación buscó reposo en la silla de brazos cercana y se enjugó la frente con el pañuelo.

De cuando en cuando se ponía en pie y miraba de nuevo a la durmiente. Casi le pareció entonces lógica la presencia de aquella mujer. Si ella hubiera abierto los ojos de nuevo e irguiéndose en su caja le hubiera preguntado: "¿Dónde estoy?" le habría parecido ahora lo más natural del mundo. El le podía explicar. . . ¿Cómo explicarle? . . . ¿le habría creído? Si su cerebro conservaba alguna memoria del pasado, ¿no enloquecería de súbito al contemplar el mundo de hoy tan diferente? . . . ¡Oh, era extraordinario!

El profesor Daniels recobraba por entero su calma habitual. Razonaba sin esfuerzo: había sucedido lo que tenía que suceder. El hecho de no haber antecedentes no era para creer en algo sobrenatural. Por un procedimiento hasta ahora desconocido, él había reanimado el cuerpo inerte de una egipcia antigua puesta en tal estado de suspensión vital, voluntaria o involuntariamente, pero en todo caso antes de que la muerte hubiera tronchado su vigorosa existencia. ¿Llegó a tal punto el poder de las ciencias herméticas de aquella lejana edad? ¿Era capaz el hombre de guardar la vida en conserva por espacio de siglos y siglos? La perplejidad producida en el profesor al calcular todas aquellas posibilidades, le asemejaba al miliunanochesco. Allí en la cueva de los ladrones. Se había abierto una puerta misteriosa del santuario incógnito de la Ciencia y por ella había entrado él, *professor Daniels*, estremecido de asombro y de esperanza.

Volvió a acercarse a la durmiente; púsole una mano (que ya no temblaba) sobre la frente tumbada y marfilina y la llamó con voz firme pero suave:

—¡Saír, Saír! . . .

La egipcia abrió los ojos.

—Saír, ¿me escuchas?

Hubo un instante en que los labios de la joven se movieron como si fuera a responder. Miraba fijo a los ojos de Daniels, como miran los enfermos afiebrados. Aquellos ojos radiantes se fijaban ora en él, ora en algún detalle del artesonado, o quizás en los fillos de luz azulada que las lámparas ponían en las volutas de las columnas salomónicas.

—¡Saír! . . .

Con toda la entereza reconquistada el profesor metió su brazo izquierdo alrededor de la espalda de ella y la obligó a sentarse. Le pareció así más viva y más linda. De su cuerpo se escapaba ahora un suave aroma sensual que antes no tenía. Una suave sonrisa se dibujó por un momento en aquel rostro y otra vez le pareció que iba a decir algo que no dijo.

Sin saber por qué, Daniels soltó en seguida estas palabras:

—¿Me reconoces? . . .

Nuevas miradas y sonrisas, pero el mismo silencio y la misma lascitud. “¿Se sentirá débil?”, pensó; “¿necesitará alimentarse?”. Acto continuo dejó de sostenerla. El cuerpo de la egipcia se agachó un poco pero no cambió de actitud. Por temor a que fuera a caerse y se golpeará en la caja, estuvo un momento esperando. Convencido de que no sucedería nada, fue a buscar una copa de oporto y le dio a beber. ¡Bebía! Poco después tomóla en brazos y la extrajo del féretro. La dejó con cuidado en la silla y se puso a contemplarla como el artista contempla lleno de embeleso y orgullo la obra terminada. ¡Saír vivía; estaba allí a solas con él en el corazón de Londres! ¿Qué haría él con aquella mujer? ¿Cómo se haría entender de ella? ¿Estaría loca? ¿Gustaría de su presencia? Un ciclón de ideas cruzaba su cerebro en procura de descubrir los secretos del cercano futuro. Tenía que hacer algo, ¡que hacer algo! . . .

Saír parecía una sonámbula. Se dio cuenta decepcionado, de que aunque la egipcia aparentaba una salud perfecta y se movía con facilidad, denotaba, no obstante, una falta total de voluntad o de intención. No parecía albergar aquel cuerpo vitalizado, el menor incentivo hacía una acción determinada. Era el cuerpo de una mujer, capaz de moverse, pero sin un alma que quisiera moverlo en tal o cual sentido. Así pues, se hallaba a fin de cuentas ante un cuerpo sin alma. La egipcia no sentía, no pensaba, ni deseaba nada. Bebía si le daba de beber; andaba si era guiada: todo era empezar... La sentaba y allí permanecía sentada sin remedio; apenas un levísimo movimiento producido por la respiración y un intermitente abrir y cerrar de ojos, denotaba que había en ella algo más que el juego de goznes de un maniquí. A guisa de prueba le ayudó a ponerse en pie y le hizo dar dos o tres pasos sobre la alfombra; luego la abandonó a sus propias fuerzas. Saír siguió caminando en línea recta hasta el extremo de la habitación, en donde la pared la detuvo. *Professor Daniels* notó que a no ser por aquel obstáculo, habría continuado caminando sin ocurrírsele cambiar de dirección. No abordó el impedimento como lo habría hecho un ciego, puesto que poco antes de enfrentarlo volvió la cabeza a otra parte cual si le molestara la visión propinqua.

Una gran tristeza había invadido el corazón del profesor al convencerse de que en ella no había persona. Había dado vida a un cuerpo muerto y a su lado alentaba, pero vacío por completo, más vacío que el de una sonámbula, que el de una alienada, que el de una cataléptica; tal vez con menos alma que muchas esculturas. Volvió a sentirse inmensamente solo y por su mente cruzó entonces la idea insperada de si tendría o no algún sentido ético alimentarla diariamente o dejarla morir de hambre y de sed. Y una vez muerta, ¿debía hacer valer su experimento (sin mencionar los incidentes imprevistos) o no?

Su voluntad se resistía de manera incomprensible a entregarla en manos del público tal y como estaba. Quería convencerse a sí mismo —sin lograrlo por completo—, de que aquella resistencia no tenía algo de celos. ¿Acaso no podría de pronto recobrar el alma perdida, como había recobrado la facultad anímica después de tanto tiempo? Y entonces él, su liberador, no estaría tal vez allí para recibir sus primeras manifestaciones conscientes, sus primeros sentimientos y palabras y sus primeras expresiones volitivas, algo que no quería ni perder ni compartir con nadie. ¡Oh no, no habría de entregarles a Saír, sino muerta, muerta de alma y cuerpo, devolviendo a la tierra —cansada de llamarla a su seno— la forma que el museo le robaba!

Durante algún tiempo el profesor Daniels, arqueólogo y químico de fama, premeditó la muerte de aquella ex-momia, como si hubiera sido uno de tantos criminales del hampa londinense. Algo lo sujetaba, sin embargo. No podía convencer a su conciencia de que le asistiera todo derecho de llevar las cosas tan lejos. Era asunto de juicio personal; algo muy cercano a la moral médica. Toda idea de ulteriores reclamaciones, vinieran éstas de sus colegas o de Scotland Yard, estaba fuera de un asunto que él sólo conocía y que a él sólo concernía. Pero, desde luego, en el caso de la momia rediviva, no cabía

una excusa plausible de muerte cutanásica, puesto que aquel cuerpo joven y hermoso, lejos de sufrir con el peso de la existencia, parecía satisfecho de vivir y muy a gusto entre las cuatro paredes de su casa.

En resumen: *Professor Daniels* se encuentra con una mujer encerrada en sus habitaciones de solterón pulcro, sin saber qué hacer con ella. Le llega de modo inesperado; le nace allí como una hija sin madre, y lo que es peor, adulta. Quiere su espíritu científico aceptarla únicamente como una providencial pieza de estudio; como envidiable material de investigaciones; mas no acierta. A su interés se une un sentimiento hasta aquí desconocido para él; sumamente desconcertante; calificable en la gama de sentimientos escalonados del amor al odio, pero difícil de saber hasta qué punto.

La boca delgada y voluntariosa del cientista no cesa de sorber la pipa. Si no es amor ¿cómo puede explicarse su obstinación en no entregarla al mundo tal y como el destino se la impone? Si no es amor, ¿qué produce aquel ingrato escozor de celos y el deseo egoísta de guardarla para sí, ocultándola hasta lo posible? Si no es amor ¿por qué hay en su corazón gozosos efluvios de piedad y de ternura cada vez que debe alimentarla, darle de beber, llevarla como a una enferma, de aquí para allá y acostarla en el diván que le sirve de cama y donde ella duerme largas horas?

“¿Pero cómo puede amarse un cuerpo vacío?”, se pregunta una y otra vez. ¿Cómo puede amarse aquel fantasma inconcebible; la sombra errante de una mujer separada de él por tres mil años de historia; aquella forma extraviada en el tiempo, que parece pedir con su inconciencia vagarosa, la piedad de la tumba, la dulce oportunidad del descanso absoluto, el permiso de diluir su existencia plástica en el absorbente reclamo de la tierra?

Professor Daniels toma al fin una brusca determinación provocada en el cruce de diversos móviles: piedad, orgullo, vanidad, celos, egoísmo; todos los sentimientos que en un raptó de desconsuelo y de ira impotente empujaron la mano del artista fallido, a borrar o a destruir de un solo golpe la obra desgraciada que pudiendo ser, no fue.

Se arrojó bruscamente al cuello de Saír y apretó sus manos temblorosas pero fuertes, para ahogarla de una vez, ahora que dormía.

El cuerpo de la joven se retorció convulso; sus ojos se abrieron desorbitados y se clavaron en los ojos del cientista; se alzaron sus brazos agitándose en el vacío y de su boca salió un graznido tan doliente, que el profesor perdió el impulso y aflojó su presa.

Entonces sucedió lo inusitado, por las mejillas de Saír corrieron lágrimas copiosas; brilló en sus pupilas como el reflejo de una espada al sol, la presencia inconfundible de un alma, y sus labios rompieron el silencio de edades sin cuento, con dos palabras vibrantes de terror y en el más puro castellano:

—¡¡Virgen santísima!!...

LA ESCULTURA INVISIBLE

SACHA NITRISKY puso la copa en la mesa de mármol negro y —como solía hacerlo— se apretó con fuerza el tronco de la nariz, con el índice y el pulgar; luego montó de nuevo sus anteojos y prosiguió, enarcando las cejas:

—Nada, desde entonces, nada es tan trivial y mediocre para mí, como una escultura completa y forzosa.

—Pero —dije yo—, ¿qué entiende usted por una escultura *completa* y *forzosa*?

—¡Verá usted! —me dijo— voy a referirle la visita inolvidable que hice el año pasado al Príncipe Maximino Moskoff.

Yo vivía entonces en Varsovia en casa de mi primo Nicolás, que había quedado viudo hacía dos meses. Mi habitación estaba situada en el piso tercero y exactamente opuesta, en la casa vecina se abrían todas las mañanas la ventana de Yaya Strokett. Yaya es una muchacha encantadora y tiene un modo de ver y de sonreír tan imánico que no tardé en llegar hasta sus pies para vaciar a torrentes el amor que me ahogaba.

Todos éstos son detalles de poca importancia en mi relato, sólo quiero decirle a Ud. que fue en la época en que yo modelaba un busto de Yaya Strokeff, cuando acaeció la inolvidable visita que tuve el honor de hacer al Príncipe Maximino, a quien debo la nobleza que aparento, por un capricho de camaradería con mi padre.

Cierto día y después de mucho tiempo, me vi casualmente con el noble caballero, en una exposición de escultura del compatriota Miguel Ousky que llegaba de París sin muchos lauros, parece.

El Príncipe al reconocermé se mostró muy contento y ya no pude separarme de su lado.

—¿Qué le parece la obra de Ousky? fue una de sus primeras inquisiciones.

—¡Notable! —dije— ¡Me extraña que París le haya tratado de manera tan despectiva!

El Príncipe sonrió a la derecha, me puso una mano en el hombro y me dijo:

—¿Quieres venir a mi Castillo de Invierno? Voy a mostrarte la obra de Paulo Bresky. Regreso mañana por la tarde —añadió—; ven a buscarme al “Hotel Moskovita” y partiremos juntos.

Yo dije un tanto indeciso:

—¿Quién es Paulo Bresky, Alteza?...

—¡Verás!... No necesitas preparar nada, que allá tendrás todo lo que necesitas, aunque no todo lo que pudieras desear.

Quedamos en que yo me iba con el Príncipe, y un poco temeroso visité aquella misma tarde a Yaya Strokeff para indicarle mi partida. El busto estaba ya terminado y sólo me faltaba un ligero retoque el cual hice al punto.

Al día siguiente me despedí con besos, de Yaya, y partí para el Oriente haciendo compañía al Príncipe Maximino.

Y aquí viene mi historia.

—Llegamos aquella noche al castillo del Príncipe. Era una mansión de exterior más que modesto, pero de un lujo interno digno del más rico monarca de la tierra. Hasta el siguiente día no hablamos nada de lo relativo a este desconocido Paulo Bresky que el Príncipe había prometido —con una sonrisa enfática— como un escultor de maravilla.

Conocía yo el gusto artístico del Príncipe Maximino y su pasión por los objetos raros y antiguos de que era asiduo coleccionador; así pues, no dudé de que una sorpresa me estaba reservada, y así fue.

Pasó el día, suave, como pasan los días en los palacios de los príncipes y nada me habló Moskovoff de su sorpresa, sino a eso de las cinco de la tarde, cuando tomábamos sendas tazas de “moca” en una de las terrazas.

—Verás —dijo el Príncipe poniéndose en pie y yendo a apoyarse en la balaustrada de mármol rojo; yo le seguí—. Verás por qué te he hecho venir. ¿Ves esa arboleda amplia y murada?... Bien, pues ése es mi jardín de escultura. Cien argos vigilan constantemente este recinto, y he de ser un tanto inmodesto, si te digo que la entrada en él es un privilegio sólo concedido hasta hoy a cinco personas. El Zar Nicolás entró porque era ciego. La Condesa Olga Pablowa entró porque era tísica. Tres poetas, un día, porque estaban borrachos y tú entrarás porque eres hijo de quien eres, y porque quiero, con tu opinión, que tengo en mucho, desentrañar una duda que me atormenta desde hace tiempo.

Yo agradecí el privilegio que se me otorgaba y me dispuse a seguir al Príncipe que descendía los escalones de mármol, hacia el jardín. Mientras bajaba decía:

—Paulo Bresky es un artista absolutamente desconocido. Heredó de sus padres un caserón de aldea y en él se encerró —cincel en mano, como pudiéramos decir— a desentrañar el gesto de los bloques informes.

Los sótanos de su casa estaban atestado de obras suyas, desconocidas y casi soterradas. Después de su muerte, como no tenía heredero, su propiedad se vendió a puerta cerrada, en pública subasta. Yo llegué a saber por un hombre raro, que en sus jardines había obras escultóricas de incalculable valor artístico y pujando la suma alcanzada en la subasta llegué a quedarme con la quinta. ¡Jamás arqueólogo afortunado exhumó tesoro semejante! Trasladé aquellas maravillas —el Príncipe abrió una verja de bronce y entramos en una senda— a este mi castillo y las hice colocar aquí, por obreros de ningún criterio artístico, como tú comprenderás.

En aquel momento doblamos un recodo y en medio de un círculo enarenado de blanco, apareció erguida en base de bronce verde, la primera obra de Paulo Bresky.

—¿Qué es esto?!... —fue lo primero que murmuraron mis labios al contemplar aquella obra. El Príncipe sonrió a la derecha y suspiró con una piedad que parecía deleitarle.

—Ya lo ves —dijo— son unas manos...

Sí, eran unas manos que surgían de la parte superior de un bloque. Unas manos de mujer, entreabiertas; de lánguidos dedos despetalados en un gesto hacia el cielo.

—¿Pero qué es esto?!... —repetí.

—Hay cinco opiniones sobre el asunto —dijo el Príncipe con un misterioso timbre de voz—: el Zar opina que son unas simples manos de mujer hermosa; la Condesa Olga, que hay en ellas un gesto de ofrenda. Dijo ella: “¡Es la mujer que ofrenda el amor!”; uno de aquellos poetas dijo: “¡Es la Forma que se esfuerza en dejar la roca informe!”... Otro dijo: “¡Son dos manos que imploran una estrella!”. Dijo el otro: “¡Es el alma que se escapa por las manos de una mujer que se ahoga!”.

Yo reflexioné un momento, contemplando aquellas manos casi nerviosas y dije:

—¡Son las manos de una mujer que acaba de soltar una paloma!— e instintivamente, con la fuerza de esta sugerencia alcé los ojos al cielo de la tarde para ver el ave en libertad, pero el cielo estaba vacío y azul, y comprendí que la escultura se completaba en mi cerebro.

Luego inquirí:

—¿Y vos, señor, qué pensáis?...

El Príncipe sonrió a la derecha y dijo:

—Por acá; veamos algo más... —y se encaminó por otra senda. Yo le seguí de cerca.

Esta otra estaba sobre una base de mármol que se rosaba en la tarde. Era una joven desnuda, con los brazos en balancín, como si un ligero equilibrio la evitara caer.

Como hombre versado en anatomía, no pude contener una sonrisa al ver las pantorrillas deformes de tan bello tronco de mujer.

—¡Esas piernas, confesaréis que son un fracaso, Príncipe! —dije—. El resto es muy bello y muy gracioso... no me explico!...

El Príncipe tornó a sonreír.

—Busco lo que falta. Todas sus obras son de complemento ideológico.

Yo clavé una mirada escrutadora en aquella rara mujer de piernas torcidas y pronto comprendí.

—Sí —dije—, ésta es el agua invisible.

Hasta la mitad de las piernas la deformidad era completa. Sí, la joven se movía en un estanque de claras língas. Sabida es la tendencia lenticular del agua a deformar los cuerpos. Sí, a la mitad de las piernas estaba el nivel del agua. El agua se movía haciendo ondular las piernas. Sí, estaba allí el agua, allí en mi cerebro.

Fuimos más allá...

Aquí era un grupo lleno de pavor. Seis niños de edades diferentes se agrupaban despavoridos en una carrera de precipitación; uno había caído de bruces, los dos mayores volvían la cabeza atrás con ojos de espanto. ¿Quién era el perseguidor?... ¿Qué *gull* energúmeno estaba para caer sobre ellos?... Yo vi a todas partes y no había nada; sin embargo, por momentos ya casi perfilaba un monstruo que tenía una boca de horror y unas garras formidables. Aunque logré expulsarle luego, no pude evitar dar cabida en mi cerebro a aquella trágica y grotesca visión.

Luego era un desnudo luchador que empuñaba una espada rota, en la diestra. Tenía un gesto de muerte en el rostro y la espada iba oblicua en actitud de perforar, pero estaba rota, en rotura levemente enarcada.

Y dije yo:

—¿Por qué rota la espada?...

Y el Príncipe contestó:

—¡No veo por qué ha de estar rota!...

Entonces, ¡oh horror!, pude ver la espada envainada en un pecho robusto de luchador, y estaba envainada hasta más de la mitad, y había un cuerpo que caía pesadamente al suelo y un humeante venero de sangre. Completada la obra me volví para ver otra y era un cisne en epilepsia sobre una plancha de alabastro sin mancha y dije pronto:

—¡Oh Leda!... ¡Oh maravilla!...

El Príncipe púsome una mano en la espalda y mirándome con fijeza, dijo:

—¿Maravilla has dicho?... Comprendes como yo el inmenso tesoro de arte que encierra este jardín; pues bien, tú ni eres ciego, ni tísico, ni estás borracho; luego entonces mis visiones no son una locura; has devuelto la tranquilidad a mi espíritu y voy a permitirte pasar al segundo término de mi jardín murado; yo te aseguro que caerás de rodillas, pero ha de ser bajo promesa de honor y respeto a la memoria de tu padre, de que no dirás a nadie qué has visto allí, pues que todo mi orgullo y mi vida entera están en poseer un secreto de arte de tal naturaleza.

Y prometí, porque empezaba a sentirme ebrio de arte, y he cumplido y cumplo porque respeto siempre un juramento hecho por la memoria de mi padre.

Sacha Nitrisky, que fue escultor, puso su mano larga en la copa y la llevó a los labios. Luego añadió:

—Ahora comprenderás cómo cualquier obra escultórica es para mí trivial y mediocre, cuando es una escultura completa y forzosa.

Paulo Bresky el desconocido, me enseñó a ver la cauda sin igual en la pavarreal y las alas de arcángel en las espaldas de la prometida Yaya Strokeff.

DE COMO SAN ANTONIO PERDIO SU VIRTUD

EL VIEJO Virutti regresó desesperado a su estudio de escultor, aquel cuarterón desolado en donde su vida se agotaba rica de inspiración y pobre de dinero. Acababa de entregar un ángel de cedro, el mejor de los que había hecho hasta entonces, y por él había recibido apenas siete pesos. Debía muchas cosas y todos aquellos santos, sus hijos, milagrosos muchos de ellos ya —o ya milagrosos, como se diría de los hijos que son ya doctores—, eran tan desnaturalizados con todo y ser santos, que se olvidaban de él, de su miseria, dedicándose tranquilamente a favorecer a desconocidos aduladores indígenas.

A veces el viejo artista pensaba en aquel refrán que dice: “La cuña para que apriete ha de ser del mismo palo”, pero lo desechara pronto, por no encajar en su caso, puesto que él bien se daba cuenta de que sus santos no eran en realidad sino cuñas de otros palos, de palos verdaderos, muy inferior (dada su calidad de vegetales) a su propia madera de hombre recio, sanguíneo, humano como el que más y artista por añadidura. También les abonaba (como padre amoroso que siempre había sido), el disgusto (muy natural en su condición de santidades) que debían sentir al verle entregado con harta frecuencia a la bebida. El viejo Virutti bebía fuerte, sin que nadie se atreviera a decir que le habían visto alguna vez borracho perdido; todo lo más se ponía colorado y jovial. Pero los santos sabían (como buenos espías del pecado ajeno) qué *tanto* y qué *cuánto* era lo que gastaba y bebía el maestro, y le daban las espaldas. La culpa era toda del viejo por haberlos hecho así, tan puros. . .

El ángel que acababa de malbaratar estaba primorosamente tallado y esmaltado. Su expresión era delicadísima. Decididamente era una de sus mejores obras de arte. Hasta enfermo parecía, en su condición de ser puro y

sobrenatural, desterrado por tantos días en un mundo tan grosero; casi había ido volando a la casa de empeño; porque, para hablar sin ambages, la venta no había sido tal venta; sí y no; era un empeño en el extraño montepío anexo a la cantina de Atanacio Corpeño; un montepío en donde las prendas se perdían siempre; donde uno se hacía la ilusión de no estar malbaratando un objeto, sino dejándolo en espera de mejores días. Casi siempre el dinero que allí se tomaba no hacía sino dar vuelta por el andén. Salir de una puerta y volver a entrar por otra a la misma alcancía.

He dicho que Virutti había vuelto desesperado a su estudio y es verdad, porque a Virutti no le gustaba exhibirse en público cuando tenía ganas de beber y como hacía cuatro días que no tomaba sino agua, la sed le atormentaba. Trabajó rápidamente aquel ángel patético, ángel que bien pudo llamarse "El Ángel de la Sed" y ya bendito, con todas las de la ley, haberse destinado a rogaciones rurales en épocas de sequía, como un provocador de la lluvia. Ahora lo traía embotellado a más y mejor para que le quitara la sed propia, único milagro quizá que el pobre estaba destinado a realizar en su vida, un poco a la fuerza, en honor a la verdad.

No digamos cómo, el viejo artista se quitó por algunas horas el malestar del bienestar (que es el estar ebrio); ni cómo entró de nuevo al malestar de haberse quitado el bienestar, que es la natural reacción provocada después del exceso en todas las almas nobles, razón de más en la de nuestro protector de la mansión celeste, a cuya gloria había contribuido sin medida ni remuneración digna de tomarse en cuenta.

Pero detengámonos aquí, que es importante para nuestro relato, y observemos cómo el dolor agobia ahora aquel pecho antes agobiado por la sed, y cómo tras el dolor viene la rabia de la impotencia; el desprecio de sí mismo y el mudo reproche por las indignas acciones del deleznable yo inferior.

Virutti estaba pensando, a este punto, que él no merecía ser un "inspirado artífice", como le llamaban en una crónica periodística (ya marchita en el papel pero muy fresca en su memoria), sino un simple mortal de pantalón rayado, que es como decir, un don nadie. Pensaba también que él no debía esculpir santos y ángeles sino demonios.

Su pesadumbre, su desprecio, su indignación habían alcanzado el paroxismo; por eso, aquella idea se aferró casi locamente a la cuerda de nudos que de la garita del alma cuelga hasta el piso de la manifestación, pasando por los entresuelos del deseo y el impulso. Así es que el viejo Virutti se levantó de repente como movido por un resorte, se dirigió a un extremo del cuarterón, en donde conservaba la mitad de una hermosa viga de copínol e "incontinenti" se puso a trabajar en ella con nerviosidad, la efigie de un demonio, yéndose valientemente a los cuernos (como en todo arresto pasional sucede), puesto que los cuernos del enemigo marcaban por fuerza la parte más alta de la escultura.

No digamos tampoco, cómo y cuánto tiempo trabajó, demoníacamente inspirado, en la realización de aquella obscura obra. El demonio apareció al fin en un ángulo del estudio, espantoso en su faunesca mirada delatora de un

alma malévol, por fortuna aprisionada en las recias formas de la talla de donde no escaparía así como así.

Pero estaba escrito que Virutti sufriría una y otra vez profundas reacciones de dolor, a causa de su doble naturaleza. Su natural bondadoso y justiciero lo llevaba a cometer error sobre error, y tras el castigo de sus faltas tenía que continuar el castigo por el castigo, como en un círculo vicioso. Se castigaba antes su falta de respeto a las divinas imágenes creadas por él mismo, esculpiendo un demonio, a manera de reproche, como quien dice: "¡Ea, eso es lo que tú mereces hacer!", y una vez hecho aquello, siente la necesidad de castigarse ahora por haber ocupado precioso tiempo y materia en cosa tan venal y tan inútil, malgastando la divina inspiración en proferir *armoniosas blasfemias*.

Así, pues, el viejo artista se condele de estar blasfemando y se vuelve a indignar y vuelve a proceder violentamente, con la terrorífica violencia de los hombres puros, que es la más destructiva. Entonces decide anular la efigie del demonio y procede a ejecutar aquella acción de desagravio arrastrándola al traspatio del caserón en donde vivía solo, y poniéndole fuego después de rociarla con el petróleo de su lámpara.

Probablemente Virutti se castigaría al día siguiente en alguna extraña forma por haber quemado el único trozo de madera que le quedaba para trabajar sus santos, pero de esto no nos vamos a ocupar, pasando ahora al piso principal de nuestra historia, aunque dejemos al artista y sus torturas, abandonados en el sótano del cuento.

Y aquí es donde entra el seráfico San Antonio, protagonista principal de este relato.

Ustedes saben que no puede haber la menor afinidad entre un santo y un demonio. ¡Claro!... como que son los dos extremos de una sola cosa. Pero sí convendrán con nosotros en que existe gran afinidad entre un tronco de *copinol* y otro tronco de *copinol*, máxime cuando ambos troncos no son sino las dos mitades de un mismo tronco. Así, no será de extrañar en lo que sigue de nuestra historia, el diálogo sostenido en pleno templo, entre el alma del demonio de marras y un San Antonio, más o menos adocenado, que el mismo artífice tallara no hacía mucho en *la otra* mitad de aquella hermosa viga ya aludida. Además se cumple aquí el axioma aquel que reza: "Los extremos se tocan", y vamos al grano.

Cuando Virutti puso fuego a su demonio (mejor dicho: a su blasfemia), no contó para nada con que en toda escultura inspirada hay un alma, y olvidó por lo tanto, que la figura de un demonio, esculpida en un momento de rabia, es muy superior en todo sentido, a la escultura de un demonio ejecutada de manos plácidas, con una inspiración celeste. Pasó por alto, entonces, que aquel demonio suyo poseía un alma de los once mil diablos, ante quien las salamandras se quedan chicas cuando de resistir el fuego se trata. Lo que equivale a decir que la fogata constituyó para el alma del demonio aprisiona-

do, la más deleitosa y liberadora fiesta, el triunfo definitivo de su existencia caprichosa.

Así, después de saborear golosamente hasta las últimas brasas, nuestro buen amigo se dio una final revolcada en la ceniza caliente (como cuando los machos se huelgan en la polvareda de los patios veraniegos), y, mal de su grado, empezó a disponer qué haría en seguida.

Hasta los diablos siguen en la vida ciertas líneas de subconciencia instintiva, por lo cual no es extraño en manera alguna que una vez andando por las calles de la ciudad, cómodamente invisible, el diablo liberado sintiera un loco deseo de ir a meterse a la iglesia, a donde las vibraciones simpáticas del otro medio tronco de *copinol* lo arrastraban.

Aquella iglesia colonial era de las más viejas y pesadas. Se entraba al atrio por una desgastada escalinata de piedra llena de resquebrajaduras, por entre las cuales barbeaban las yerbas esmeraldinas. Las paredes estaban renegridas y musgosas; el campanario un tanto deteriorado por los sismos y las lluvias de tres siglos y pico. Había en ella un grato silencio y abandono sólo estropeados por el casual taconeo del viejo sacristán, o el arrastre melancólico de las chancletas en las patas de plomo de viejas beatas, que de cuando en cuando entraban a poner candelas a sus santos o a robarse la esperma en las mesas de oblación de los santos del bando contrario.

Aquella crucecita de ladrillo encima del coro, se había desgastado tanto, expuesta como estaba a la intemperie, que ya sus brazos eran simples muñones insuficientes en su expresión protectora, para detener al enemigo bueno, *continúas* al malo. Por lo tanto, el demonio se deslizó furtivamente dentro del templo y se fue acercando, lleno de placentero asombro, al apartado rincón del lateral, donde, en una tosca hornacina del muro, su hermano mayor el San Antonio estaba condenado (escuálido y aburrido) en hierática actitud de fakir, esperando siempre con la vista fija en el vacío, igual que un ciego; esperando (extraño mendigo) a que llegaran a pedirle.

Qué plácida ternura despertó en el alma del diablejo la contemplación de aquel ser prisionero en sí mismo, a quien sentía querer en sus vaporosas entrañas de almeja, con un amor no menos amor por lo endiablado, un amor ¿cómo diríamos? . . . azufrado; un amor como el perfume de ciertas florecillas silvestres, tan desdichadas, que al aspirar su corola nos hacen poner en la cara un nudo de disgusto, lo que no obsta para que ellas sigan siendo flores, querámoslo o no. Era el amor del diablejo tan azufrado como es azufrado el polvillo que cubre las semillas de los *copinoles* y olía en igual estilo, cosa después de todo naturalísima, puesto que su amor era un amor de *copinol*, no lo olvidemos.

Como a la sazón no había nadie en la iglesia, el alma del demonio tomó ventaja y se presentó tímidamente ante San Antonio, saludándole con su mejor sonrisa y haciéndole ver la parentela. No había necesidad de tanto; el afligido abogado de doncellas se había dado cuenta de las cosas por idénticas razones de afinidad. Y entonces se entabló entre aquellos dos extraños seres el diálogo siguiente:

—¿No te parece un poco atrevido y en desuso que siendo tú un demonio te metas a la iglesia?

—No sé. . . la puerta está abierta y aunque el sitio es excesivamente frío para mí, sentí unas ganas locas de venir a conocerte.

—Pues ya me conoces. Ahora, vete.

—Es que tengo mucha lástima de verte allí tan solo y tan solemne, sin hacer el menor movimiento que denote la vida, el ánima interna que, como ser de mi mundo, te veo en las entrañas.

—Agradezco de todo corazón tus compasivos deseos, pero ¿qué puedo hacer? Estoy aquí. . . (y perdona la expresión tan cruda) *fregado*, de santo.

—¡Pero si es tan sencillo! . . . Así estaba yo cuando el maestro Virutti me hizo. Afortunadamente no fue por mucho tiempo; tuvo la amable ocurrencia de hacer conmigo una fogata y así pude liberarme y venir. Podría yo ingeniarme la manera de que las llamas de esas candelas te alcanzaran los vestidos y entonces. . .

—¡Oh, no, no es posible! Comprende que mi alma es distinta de la tuya. Estoy hecho para el frío. Como buen santo tengo que ser muy frío, ¿entiendes? máxime que soy el abogado de las doncellas. Si tú pudiste resistir el fuego, fue debido a tu condición infernal. Yo sólo estaré libre hasta que el último de mis huesos de madera se haya reducido a polvo.

—Pero, sin duda habrá algo que pueda reducirte a polvo en un instante! Si sabes cómo, yo probaré a lograrlo.

—No hay nada sino el tiempo y esto es algo que nadie ha podido nunca coger de golpe, en grandes tantos, para obras de misericordia como la que yo preciso. Así ten paciencia y déjame a mi suerte, que ya es algo no ser adorado por hediondas viejas como mi vecino de al lado. Con este consuelo la espera será menos ingrata. Ahora, te suplico que me dejes y salgas del templo.

—¡Oh, hermano santo, es que tu espantosa inmovilidad me aflige! Si al menos pudieras moverte un poco; si supieras que eres capaz de un mínimo movimiento, me iría más tranquilo.

—Pues vete tranquilo porque cada cierto tiempo me doy el gusto de hacer lo que tú haces hoy: ir y venir de un punto a otro. Enlutadas damiselas me llevan en hombros por el templo y por las calles y después de este caritativo recreo, me traen aquí de nuevo. Después de todo no soy tan desgraciado.

—¡Oh, pero es que tú no tienes el aliento de la vida!

—¿Y qué es el *aliento de la vida*, si puede saberse?

El demonio se puso en el aire frente a los ojos divagados de San Antonio y le hizo que observara cómo, a más de moverse de un sitio a otro, era capaz de mover cada uno de sus músculos y su pecho palpitaba arriba y abajo con el *aliento de la vida*.

—Tú no concibes —le dijo el diablillo— lo que esto de respirar significa.

Llenó sus pulmones de aire y exhaló un suspiro profundo con tanta satisfacción que al santo le pareció la mayor felicidad del mundo poder hacer aquello. Era precisamente lo que él estaba necesitando desde hacía tiempo. Su dolor, su palidez, su estrabismo, veníanle de todos los suspiros que se le

hacían hinchazón de madera en el pecho y le producían a veces ligeros crujidos extraños. Como estaba tan alto, veía desde su hornacina (un tanto de reojo ciertamente) el nacimiento del seno en las arrodilladas devotas y aquella visión de turgencia y blancura le producía siempre tal desasosiego, que uno y otro suspiro, pugnaban en sus entrañas leñosas y no pudiendo escapar le producían angustioso dolor.

El diablillo no se anduvo en chiquitas (para algo era diablo); a renglón seguido se puso a cavilar en la manera de hacer menos grave la situación de San Antonio y se le ocurrió la magistral idea de conquistarse una familia de polillas que había visto, por una casualidad, trabajando en un pilar a la entrada de la iglesia. Fue, pues, a ellas y trató de convencerlas.

Su calidad de ser infernal resultaba la mejor credencial ante una colonia tan poco respetuosa y las polillas accedieron a perforarle los pulmones a San Antonio, a condición de que no estuviera tan duro. El demonio tuvo el buen tino de no decir que se trataba de una buena acción, que si no, la cosa no habría caminado muy lejos. Las polillas encontraron a San Antonio duro de pelar, pero como suponían que se trataba de una alegre picardía del demonio, pusieron todo el empeño disponible y no cesaron hasta que el pecho entero del santo quedó convertido en una criba. Entonces, sin esperar ni las gracias de su nuevo amigo, volvieron a sus añosos pilares, que ofrecían un campo más propicio para su entretenimiento destructivo.

Una vez realizada aquella hazaña, el demonio fraterno se puso de nuevo al habla con el santo y le dijo:

—Creo que he logrado para ti algo que te llenará de júbilo y a mí me hará más llevadera la ausencia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el seráfico varón.

—Estoy seguro de que podrás ahora lanzar un suspiro y aliviar la pesadumbre de tu pecho. Prueba.

El santo hizo un ligero esfuerzo y lanzó un suspiro tan profundo, que los ecos escondidos en todas las cuevas del templo —como murciélagos sonoros—, se echaron a volar y aletearon de uno a otro extremo, llenos de miedo.

Si hubiera podido sonreír, San Antonio habría desplegado su oculta dentadura de *copinol*; si hubiera podido llorar habría empapado con su llanto la sucia pechera de satén amarillo que le cubría el pecho. Pero el demonio podía ver su alma y sabía cuánta dicha le embargaba. Contento se despidió de su hermano y se lanzó a la calle en busca de menos fríos parajes, hacia las calientes llanuras de la costa.

Y ahora pasemos por fin a la torrecilla minúscula que corona el edificio de nuestra narración.

La niña Carlotía había entrado aquella mañana mucho antes que de costumbre. Se arrodilló en su reclinatorio de cadenita y rodillera deteriorada, donde la viruta de almacén se las daba de maleza, asomando aquí y allá, diz que

brotona, ayudaba un poco (a falta de sol) por la escoba furibunda del sacristán, y otro poco a falta de riego, por los ratoncitos de sacristía, que son los más despreocupados, por aquello de que el gato le teme al agua bendita más que a nadie.

La niña Carlota se persignó sobriamente, sin arañarse, y entornando sus hermosos ojos de turca, rezó, a punta de labio y avispa, unas cuantas "salves" para mientras el cura se metía en el confesionario. Cuando le vio entrar, volvió a signarse la pálida faz, y cerrando con los dedos las otejas del tapado se encaminó al buzón de los pecados y se arrodilló decididamente. Después de los preámbulos rigurosos, aclaró su garganta con musical pujido y dijo al confesor:

—Padre, tengo algo sumamente importante que comunicar a usted.

—¡A ver, a ver! ¡no será muy grave! . . .

—No se trata de un pecado en absoluto; a Dios gracias; es que ha sucedido algo simplemente maravilloso: un milagro . . .

—¡Me tienes en ascuas, hija mía! a ver, di . . .

—Sucede que ayer por la tarde, mientras oraba, como de costumbre, frente a mi abogado, San Antonio, al alzar los ojos y fijarlos distraídamente en su plácido rostro, noté que exhalaba un ligero suspiro.

—¡Hija . . . te habrá parecido! . . .

—Así pensé al principio, pero luego de observarle detenidamente me convencí de que suspiraba una y otra vez. Además noté en seguida que su aspecto es muy distinto; su mirada ha cobrado extraño brillo; su antigua expresión de angustia se ha tornado en una de sedante complacencia.

—¿Será posible, hija, será posible? No es primera vez que una imagen se vuelva de repente misteriosa. Estos milagros son poco comunes, pero hay algunos casos conocidos. Había en un pueblo de Asturias un Jesús que sonreía. En Málaga una Dolorosa que lloraba mostrando la huella que sus lágrimas dejaban en la encarnadura y en el manto. Todo indicio de una gotera fue pronto descartado. En el antiguo Perú un Cristo yacente, en la parroquia de Santiago del Cercado, entró en franca descomposición, por lo cual hubo de enterrársele en el mismo sitio. Y así, otras . . . Seremos tan afortunados que podamos gozar del encanto y sus subsecuentes *beneficios*, poseyendo en este templo un San Antonio tan extraordinario.

—Pues esto es lo que yo he visto y lo puedo jurar.

—No es preciso que lo jures, yo te creo y me pondré a la expectativa. Por de pronto guarda el secreto hasta nuevo aviso y da gracias a la Providencia, a quien plugo concederte la primacía en este asunto.

Aquí las confidencias terminaron entre el buen cura y la doncella, yéndose ella por donde había entrado y quedándose él tan desasosegado, que optó por comenzar sus investigaciones al instante. Lanzó una furtiva mirada convencido de que la Iglesia estaba sola y se dirigió tremante de esperanza hacia el altar de San Antonio.

Medio oculto por uno de los pilares le estuvo atisbando durante largo rato. No podía decir si había cambiado en su aspecto, poco o mucho; a decir ver-

dad a él nunca le había interesado hasta ahora la adocenada efigie de aquel santo, uno de los muchos que *amueblaban* su parroquia.

Sea que San Antonio hubiera estado distraído, sin notar la presencia del clérigo, sea que vanidosamente quiso demostrarle de lo que era capaz, es el caso que San Antonio suspiró con la intensidad suficiente para dejar convencido al cauteloso espía.

No era que San Antonio estuviera en condiciones de resollar a más y mejor. Sus capacidades aspirativas no iban más allá de un ligero suspiro, lo suficientemente atremolado para dejar la evidencia de la vitalidad pulmonar: una expansión y depresión de la caja torácica y un incipiente escalofrío en las aletas nasales. Si su primer suspiro, como ya conocemos, había constituido una verdadera apoteosis, hay que recordar también, que desde hacía mucho tiempo los suspiros retenidos le habían formado una colmena de hiel y al escaparse de sopetón constituyeron algo así como la apertura de una válvula en una máquina de vapor de alta presión.

¡Oh maravilla! . . . El cura se escurrió como alígera sombra, frotándose las manos a la usanza simbólica de los conventos y procedió a renglón seguido, para iniciar la propaganda del milagro en la debida forma.

La noticia estupenda circuló de boca a oídos con la premura de la pólvora encendida. Las siete cofradías en rigurosa gala, hicieron guardia de honor ante el Patrono milagroso y se dijeron, por orden del Obispo, nueve misas diarias, pudiendo asegurarse que ni un solo instante en muchos días, dejó de oscilar ante el portento de los siglos el incensario, fumigándole a todo vapor.

Y San Antonio suspiraba y suspiraba sin reticencias, ante el asombro del mundo entero. Y suspiraba y suspiraba, y cada suspirada provocaba más espesas nubes de incienso y más candelas de apestosas mechas, lo cual, en poco tiempo, acabó por asfixiar al pobre santo reduciéndole a su antigua condición de leño inerte, y peor.

Una vez perdida su virtud, quedó desprestigiado, execrado y más tarde olvidado, sin homenaje y sin aliento *per secula seculorum*.

CUENTOS DE CIPOTES

EL CUENTO DE OLIS OLIS CATRIN Y EL CAÑONAZO

(1945/1961)

PUESIESQUE un gutute morichenambre cornoritotingo quera un animalito con nombre centífrico y que en el monte le dicen zorriyo, por fregar, levantó una pata y ¡tas! echó un chorrito de gedentina espantis diablís, que se regó a cuatro leguas a la cuadrada y dijo riéndose con dientíos delgaditos: “¡Vaya, para quianden diciendo que la Primavera, que no sé qué, que las esencias de las jlores, y el maroma de las yerbas quembsalsaman la natura!” Y tiró tierra paratrás con las uñas y siguió caminando contento. Y era bien bonito el infeliz, con pelitos de blancura, catrincito, que quién hubiera dicho que del saliera aqueya chabacanada de rojo. Y un tecolote que ya se estaba desmayando lo vio pasar y se tapó las narices. Y el teco le dijo hablando ñango: “¡A la puerca con las niñas bien vestidas de la jijelife! que no les da pena, ¡jufa!”. Y todo totoreco salió volando. Y el zorriyo sólo se paró y se rascó un sobaquito y se sonrió con dientes delgaditos y siguió caminando. Y pasó por un zopilotero questaba cabeciando y diciendo: “¡Qué güele, qué güele!”. “¿Qué les gusta mi olor?” les preguntó. Y un zope bajito hizo así con el dedo gordo y le dijo: “¡Miolor, miolor...; qué pretencioso el cipotío; ese olor lo tiran los ángeles de la putrufacción para quedar bien con nosotros!” Entonces el zorriyo se jué pensativo de la nuca y dijo: “¡A la chucha, asaber si soy ángel y no sabía!” Y yegó onde estaba un torogós echadito en su nidito quera bien chiquitito y le dijo el zorriyo. “Torogós que te ponés el sombrero al contrario, porque en vez den la cabeza te lo ponés en el chunchucuyo, ¿soy ángel de la putrufacción o no?” Y el torogós le dijo: “¡Te vuá contestar, pero mucho jiede: no sos ángel de nadita!” “¿Por qué?” le dijo el zorriyo ya bravo. “Porque no tenés tirantes”, le dijo el torogós. Pero como había tragado mucho tufo al hablar, se desmayó. Y el zorriyo dijo: “¡Buenostá, y ya me voy a verme en un espejo, a ver si es cierto ques verdá!” Y se jué y yegó a un

pozo profundis de, y de profundis y se inclinó para mirar y ¡ayá bien abajo! vio un colón de cielo y en el centro la carita diun animar y dijo: "Ayá está un pobre ratón mirando pararriba a ver quien lo saca parir a comer, pero yo no lo saco". Y miró otragüelta y dijo: "¡Ratón, ratón: ¿soy ángel o no?" Y como había eco chueco, le contestó: "¡Oh no!... "¿Por qué?" le gritó el zorriyo tonto: "¿Qué?" le contestó el eco chueco. "¿Que por qué no?" le volvió a preguntar el borriyo. "¡Por que no!" le contestó el pozo. Entonces ya jurioso el zorriyo le tiraba unas piegradas y siasomaba y siempre miraba la carita y dijo: "Este animalito no se muere nunca, lo guá chorriar" y se sentó en el borde y ¡chuí! se mió en el pozo y el pozo no aguantó y dijo con su eco chueco: "¡¡Ufa!!... Y pegó un destornudo macanudo y se pasó yevando al zorriyo que voló por los aigres, los vientos y las nubes hasta que pegó en la mera luna llena y despertó asustado onde estaba durmiendo y se restregó las pizufias con las pestañas y dijo: "¡Qué giede por aquí!" y siacabuche.

EL CUENTO DEL DICHOSO TURIS TURISTA

PUESIESQUE un arfiler pechito estaba paradito en una almuada de juguete y mirando platiado para todos lados y dijo: "¡Yo questoy haciendo aquí, si no soy poste de teléforo ni antena de radio, ni asta de bandera, ni nada! Ya me voy por esos mundos, de turis turista". Y pegó un salto a pie junto y cayó en una mesenoche acostado. Y eneso yegó la Cenífera arreglar las camas y puso una cajejóros que se bía caido al suelo sobre la mesenoche y ¡tas!, se le ensartó el arfiler en un dedo gordo, y pegó un respingo y gritó: "¡Ay Santas Sánimas del lavatorio, Señor Descápuas, ya me picó un alcaradán chuzudo, traicionista y rectil!" y se chupó el dedo con todas sus fuerzas. Y el arfiler se le bía escordeleros en la bolosita del delantar y pensando el vivo: "¡Aquí viajo casi de choto en su sabrosísimo hamaquiado de caderas". Porque la Cenífera era una criadita bien pispírringa y cuanduiva andando meniaba el guardafango parayá y paracá, para que vieran sus inamorados que estaba nuevita y bien aceitada y dijeran: "¡Qué chula la Cenífera, es mera ágile para ir caminando y güele!". Porque todos sus novios eran choferes. Y en un zaguán se incontró con un novio y siabrazaron juerte y el chofer pegó un corcovo y le dijo: "¡Ay, qué espina tenés por el taye!". Y la Cenífera se rumorizó de la cara y así la vista, sonrisándose, le dijo: "¡Tansacón que sos, eso es por decirme que soy rosa con espinas en el tayo!". "¡Qué tayo, ni qué güarinches!" le dijo el chofer rascándose el umblico, "mias ensartado un chuzo en la barriga". Y se sacó el aljiler con una gotita de sangre colorada y se luenseñó. "¡Agüen!" le dijo la Cenífera asustada: "¿Y cómo ando yo ese arfiler, pué?" Y lo tiraron por ayá y cayó en el andén, onde lo pepenó un señor que lo yevó al monte onde se puso a cojer mariposas de lindos colores, flores-siyas de alegre mañana, y agarró una grandota con verde, rojo.

colorado, tinto y vermeyón y ¡tas!, la prendió con el alfiler en un cartón, que pobrecita, le dolió, pero no dijo ¡ay!, porquera valiente y en un descuido se desprendió aletando del cartón y sencumbró en los aigres sutiles, yevándose el arfiler que iba cabalgando contentísimo, impensablis de viajar en avioneta recién pintada y sin pagar. Y cuando ya había subido bien alto, la pobre mariposa se murió y cayó lupin la Lupe y por más gritos que pegaba el arfiler no revivió y sestreyó en un pedrero de unos cuatro Pedros questaban almorzando debajo de un morro: Pedro Garnya, Pedro Lengua, Pedro Cucusa y Pedro Loroco, que se yamaban y estaban celebrando su santo. Y los Pedros lo safaron del avión todo doblado y torcido y dijeron: “¡Ya fregamos, tenemos anzuelo para pescar y éste es un milagro de San Pedro que es su santo y el de nosotros y quera pescador!”. Y el arfiler bien contento porque andaba de turis turista y iba a conocer el jondoelmar y siacabuche.

EL CUENTO DEL GRINGUITO REGALANTE QUE DA ZAPATOS Y NO GUANTE

PUESIESQUE un gringo tenía un su cipotío chelito peluemescal ojos de chirolevidrio, y Sefardino Mantequiya con Moshote fueron a mirarlo por la varanda y se rieron conel y le dijeron: "Hablá carburo pué" y él yegó cerquita con un su velocípedo patinete y les dijo arrugando la mecapalera "¿Jm?". "Qué hablés carburo dice éste?" le dijo Moshote. Y no les hizo caso sinó que les miró los pies descalzos, uno por uno y les dijo: "¿Por qué tiene eshos pie así?" Y Sefardino y Moshote se miraron riendo agarrados de la varanda y dijeron "¡Achís!" y se tiraron dos carcajaditas. Y el gringuito los siguió mirando bien serio y les señaló las pisuñas y les dijo: "Esho; ¿por qué shin vestido y con mucho tierero encima?; no andar lavando, coshino ser, zapato te lo pongas caminar, regañe papá". "¡Achís!" golvieron a decir Moshote y Sefardino mirándose y riéndose con saliva "¿Qué dice este baboso, hombré?" y Moshote señaló a Sefardino en un botón de la camisa y le dijo al chelito: "Este, dice que si no mamás inglés, que te quiere oyir" "Yo nué dicho" dijo Sefardino "él dice que si tu mama verigual con papas, dice" y el gringuito los miró y se sonrió con el sol en la cara, de ladito, y dijo: "¿Dónde vivir?". "Vivir Yutushtepeque camino vócanis" le dijo Sefardino y se rieron "¡Oh yea!" les dijo el chelito "¿Por onde quedando Yutespeca?" "Allá por Tepescuagatas" le dijo Moshote, y se golvieron a carcajear y el chelito sólo se sonrió con el sol en el ojo y diay dijo "Yo puede pega box ushtedes porque tenga grande punchnic bag" "¡Dium soplido te noquiamos, carajada!" le dijo Sefardino. Eneso yegó el papá del gringuito y le habló carburo y él le contestó bien divertido y les señalaba las chuñas. Y el gringo yegó a la varanda y les dijo: "Yoni querer regala zapatos tenis, ¿duyuguant?" Y Moshote miró a Sefardino y le dijo: "¡Baboso: dice que si queremos zapatos y guantes!" "¡A,

seguro!" le dijo Sefardino y miró al gringote, y le preguntó: "¿Qué son guantes de beis?" "Zapatos de juega con bola" les dijo, "muy ancho pie cuero marteriza, lona muy suavemente" "¡Orraitemente!" le dijo Sefardino, "Si los da los yevamos" y el gringo hizo así la cabeza y se fue paradentro y diai salió por una ventana e la casa y les hizo así con el brazo, gritando: "¡Comín, comín!" yentonce Sefardino voltio a ver a un criado negro que estaba regando los palos y le dijo: "Señor Comín, ai lestán hablando". Pero el gringuito les dijo: "ustedes ir papá yama yevar zapatos püestos, entrar puerta jardín prontamente, yu tontos, onderstán?" "¡Aquistamos!" dijeron y siban atrompezando paradentro hasta que yegaron al cuarto del gringo y él los yamó y les dijo: "Estar grandes por zapatos míos todos, poner estos cafecito tú, y estos garises dilitle uan, onderstán?" "¡Aquistamos!" le dijo Sefardino, "pero este no se yama Lito Juan sinó que Moshote" y se pusieron caduno sus caduno y salieron al andén haciendo "plosh, plosh, plosh" y riyéndose y cuando yiban por lesquina el gringo se riyó y les gritó: "¡Comtumorrow afternún!" "¡Cómase otro morro ustedé y estornuda!" le gritaron, y salieron ala zapateta y siacabuche.

EL CUENTO DE ONGONUCO, LA BOTEYA BOMBA Y EL SEÑOR BOLO QUE LE SALIO LA CULATA POR EL TIRO

PUESIESQUE Ongonuco tenía una boteyita chiquita color de ojo zarco y landaba yevando y decía: “¡Mi boteyita, mi boteyita; mi boteyita, mi boteyita!”... como cantandito, y lenseñaba ¡tas! y se lescondía por detrás y hacía así la boca con espuma y golvía a decir: “¡Mi boteyita, mi boteyita!” Y eneso yegó por onde estaban Catuta y Juinche y le dijeron: “¡Enseñá!” y él les dijo cantandito: “¡Nopes tropes zopes, porque nopes tropes zopes!”... “¡Te la vamos a quitar!” le dijeron. “Le digo a mi mama” les dijo “porque es mía, vaya”. Entonces Juinche y Catuta se le tiraron encima y se la quisieron quitar. Y Ongonuco se puso a chiyar y siagachó dando chiyidos de mico, y no se la podían quitar. Y eneso pasó un señor bien bolo y les dijo: “¡Cipotes babosos qué la samotana que se tienen?” Y Ongonuco le dijo “¡Mire ñor, estos cipotes me quieren quitar mi boteyita!” “¡Déjenlo, cipotíos!” les dijo el señor, “¡Si no lo dejan los vuá macaniar!” Y entonces Catuta y Juinche le soltaron y salieron corriendo y el señor bolo le dijo a Ongonuco: “Enseñá” y Ongonuco lenseñó la boteya y díay se la dio. Entonce el señor bolo la miró contrelsol y vio que no tenía nada adentro, sólo una cuquita muerta con las uñas paradas y dijo: “¡Chis, papeles! ¿Para qué querés esta porqueriya?; me la guá yegar para que mechen la goma de mañana” y se la quería meter en la bolsepecho, pero como taba bolo nuayaba la bolsa y se le resbalaba. Entonces Ongonuco se puso bien jurioso y le pidió su boteyita y como no le hacía caso agarró una piedrenca lisa y le dijo: “¡Si no me degüelve mi boteya le tiro esta piegrada!” y el bolo se riyó paratrás con dientes amariyos y entonce Ongonuco le tiró la piegrada y ¡¡pan!! le dio en el pecho en la mera boteya y entonce, como sonó puro balazo el bolo pegó un ronquido y se jué

de culumpulo y gritó: “¡Así no se matan losombres!” Y como al cair nalguiado se mordió la lengua le salía un salival de sangre. Asiesque Ongonuco pegó aviada para su casa y dentro botando todo y siagarró de los justanes de su mama, y le dijo: “¡Mama, mama, ei matado a un señor bolito de un balazo con una piegra!” “¡Queseso, muchacho!” le dijo la mamá y Ongonuco le dijo: “¡Ay mama, apriéteme que me va sustar de noche con cachetes peludos y todo!” y la nana se riyó con un güegüecho que tenía como los toros y siacabucho.

EL CUENTO DEL SANTO CHORCHINGALERO

PUESIESQUE en un camarín de la iglesia taba un santo vestido de Quo Vadis, ensartándole una vara a un gran tenguerche con alas de murciégalo sólo que de madera. Y le había puesto la pata encima el valerudo santío, que ni era de los que son barbudos y serios sinó que cara de muchacho beyo sexo con cupón gratis, caniyas peladas, rodiyas con rush y nagüita de plata estilo natación. Y sólo se conocía quera varón en que no tenía casi nalgas y en que siacababa de resurar con yilé y quizá le bían cobrado masaje elétrico, porque tenía la quijada todavía morada del restregón. Y Peshte fue a yamar a Canguro para que viniera a ver y le dijo: “¡Baboso, vení mirá un pleito arrechito, en un episodio, diun santo quetá saltando la garrocha en el lomo diun chorchingalo antilibudiano de ledá de piegra!”

Y Canguro jué a mirar y dijo: “¡Mirá Peshte, es prohibido andar señalando los santos de la cuaresma te puede pasar algo!” Y Peshte sólo se le quedó viendo asustado, y eneso pasó una señora curcucha y les dijo: “¡Muchachos sin ojicio, váyanse a lescuela, el templo nues lugar de pláticas y truncias!” Y los arrió bien brava y por irlos arriando se paró en el carcañal de Peshte que dijo: “¡Ay!” y le quedó colgando el peyejito. “Unque no luaya hecho dintento” le dijo la viejita “bien merecido lo tenés por vago y lépero”. Y cuando salieron a la caye le dijo Peshte a Canguro: “Bien dijiste quialgo miba pasar, por la pata”. Y Canguro le dijo: “Es que no faya el reglamento”. Y eneso pasó un payaso repartiendo programas y se jueron corriendo detrás y siacabuche.

EL CUENTO DEL CADAVERITO CHIQUITO Y LA LOCA CATAPULTA QUE ONDE VIDO VIO

PUESIESQUE en un entierro yevaban un tiernito con su cadáver bien chiquito, ya fenecido el pobre, de tóditas partes y luiban enterrando. Y la loca Catapulta queira así de feya de la cara y de por aquí, chuca y mechuda de un su pelo bien prieto, se interpuso en el empiedrado y se cuadró y se rió con sonrisa de gemido y les preguntó: “¿Onde yevan la cajita?”. Y un anciano, queira el que tenía más miedo con sonrisita temblorosa, sin arriarla ni nada, le dijo: “Es un muertito que se murió de limusina anoche y lo yevamos al mesenterio a enterrar, pobrecito”. Y la loca le dijo con alegría gratis: “¡Enséñmelo! ¡Qué lindura debe ser el angelito!” Y el viejito se volvió a los comensales y les dijo haciendo así el sombrero: “Está loca nuá destar tan loca cuando quiere ver al finado indizuelo y lo apeló lo qués: un angelito del Señor”. Y una Tomasa lisa de la cara que yevaba una coronita en el codo, brió la boca para decir que la Loca no bía dicho “del Señor”, pero no dijo nada, sólo descupió un mosquito explorador, porque un tonto quiva ayí enmedio, con tamaña carota, hizo así con la mano y dijo: “¡Son papadas andarle enseñando a los aliados en horas de dolencia y comitiva; aparten a la Catapulta a un lado y continuemos siguiendo que ya viene lagua y no se puede andar en ceremolias de descubrimiento como si juera el carro del cinco de Agosto!”.

Y como todos eran tontos por calcañalidura, dijeron en montón: “¡Continuemos la jornada que sí no, el cadáver del feliz mortal se va corromper aquí mesmo enmedio de la vía dolorosa!”.

Y cuando la loca vido con ojos y orejas lo que se proponían aqueyos insultos desalmados y degenerados acompañantes egoíshas, peló las jachas como pantera cuadrada y le desgajó el paragües en la moyera al cachetón malcriado,

que no pudiendo contenerse ya más sobre sus botines de becerro, se derrumbó estercolosamente al pie del juneral, para escándalo de señoras y pitazón de cuilios. Y encima se descerrajó el aguaje con tronazón y rayos quizá de la cólera divina, que le dicen, que ni tenía nada de divino sino que asustaba y salieron corriendo a guarecerse a un estanco de la esquina onde vendían guaro y dejaron al morido a media cayé. Pero como aqueya soledá mojada, sin capa ni costal ni sombriya nuera apta para menores, el cadaverito miñatura, en su blanquísima cayuco, se lanzó en la creciente sin remos ni velamen y se desapareció diáltiro en un tragante allá por el puente, camino del río, como góndola misteriosa. Y unos ispiadores gritaron asomando las jachas y alarmados del galiyo: “¡Se va el agasajado, en la correntada!”... Y todos dijeron: “¡Qué se vaya!... Descués de todo lo mismo da enterrado en tierra que enterrado en agua. Ai le vamos a tirar coronitas de jutes el dos de Noviembre del año en curso”.

Y se dispersaron todos los tontos, que era los vivos, por todas direcciones, pegándose contra las paredes para capiar los chorrillos de las tejas que, con la loca, eran las únicas personas yorando al pobre muertito chiquito quiá de verse ido apfíxiando bajo diagua rumbo a la mar traidora y siacabuche.

EL CUENTO DE LA ESCUELITA MIÑATURA, LA MONJITA LINDA Y LA TENTADA DE JUGUETE

PUESIESQUE ni era domingo y fueron al monte unos cipotíos diun colegito chiquitío, de dos en dos, agarrados del dedito chiquito y una monjita detrás envuelta en trapos. Y iban por el caminito y la monjita les dijo: "Os delanteros no demasiad dapagsia y sin jalando al compañego". Y se pararon entonces los delanteros paraír bien, y ¡tas!, se fueron parando toditos al topar. Y la monjita dende atrás levantó la mano asustada y gritó afligida: "¡Nonononó!... No estag nicesagió que deteng la magcha, sigán caminandó, con cuidadó, pogonto y sin cogeteag". Y siguió lescuelita, que disque era colegito, y al yegar a un yano al pie diunos cocos, ¡tan!, sonó las manos la Sor y los paró y díay les dijo que jugaran y eya se sentó disque a leyer una su novelita de santos. Y los cipotíos, comueran poquitíos nuayaban de qué jugar porqueran ocho apenitas y se sentaron debajo de los cocos y dijo uno: "Juguemos de misa". "¡No!" gritaron todos los demás, "¡sólo déso jugamos todueldía en el colegio!". Entonces dijo otro: "Juguemos de qué quisieras ser". "¡Sí!" dijeron toditos y se sentaron mejor para estar más cómodos. Y entonces le dijo al primero: "Diga su mercé, ¿qué quiciera sé? y contestó el primero: "Yo quisiera ser cocodrido del Nilo". "No se dice así" le dijo el que preguntaba. "Se dice: cocodrilo del Nilo". Y díay le dijo al segundo: "Diga su mercé, ¿qué quiciera sé? "Ce, ce, ce, ceboya para loya" le dijo. Entonces le dijo al tercero "Diga su mercé, ¿qué quiciera sé". "Yo quisiera unas cuarenta micas, sentadas en bacinicas". "¡Cochino!" le dijeron y se rieron, y la Sor alargó el pescuezo y dijo: "Sin jugo banicas, mononó, poguierías nada, castiga al vuelta, no caguemos podquegías en los cuentos" y siguió leyendo, y todos se rieron y el que preguntaba le dijo al cuarto: "Diga

su mercé, ¿qué quiciera sé? y el cuarto dijo: “Yo una tapadera de cajita chocolate” y diay le dijo al quinto y dijo: “Yo quisiera ser un diablito para tentar a Sor Refugito” y se rieron y como oyó la monjita se puso color colorada y se le pandiaron los ojos, y hizo así la boca como si tenía una mosca en el labio y diay miró parayá y diay paracá y se levantó y dijo: “¡Vamos, vamos, vamos!... Todito eg mundo al caminag, se hace atagdeciendo ya, volvegamos al colegio”. Y regresó lescuelita chipe y cuando yegaron al colegio la Sor yamó al quinto y lo yevó a un rincón y le dijo: “¿Cómo es que-guiendo tentagme a mí, donde tentagme, tú diablita?” Y el quinto le dijo: “¡Si yo no quería tentarle nada sino que el alma!” “¿Cómo tetagme lalma?, mialma es puguísima sin mancha, compagnedes?”. Entonce el quinto bien afligido se puso a yorar contra la paré y le dijo: “¡Si yo no le quería enchucar nada, yo lo que quería de juguete era tentarle la caniya a ver sistaba gordita!” y la monjita pegó un respingo, se metió en la capiya y siacabuche.

EL CUENTO DE LA FINCA ARISCA Y LA CANGREJERA POR LA JUERZA

PUESIESQUE un don Ilario tenía su finca y un don Cornelio la suya más ayá como tres leguas y cabsa quera el uno de enero, cuando es el día de San Feliz Año Nuevo tiraban vecitiún cañonazos y un pedacito de ajuste, pero como el Presidente tenía dolor de muelas mandó que los tiraran lejos por el monte, y se jueron los soldados por un caminito arriando los cañones hasta que el teniente dijo: “¡Tirémolos aquí en este gramalito peinado tango!” Y los tiraron contrún cerro de puras piegras, para que no nacieran y crecieran al yover y se maduraran las granadas de ruido gediondo. Pero, aishtá que la finca de don Ilario era muy arisca y cuando empezaron a tirar las veintiuna salivas de artiyería, que les dicen, tiró unas cuantas patadas y salió dando saltos por lontananza.

Y ayá como al medio día, yegó bien bravo don Cornelio a quejarse de que la finca de don Ilario se le bía ido a poner encima de su finca y nuacía caso. Y don Ilario le dijo que la culpa la tenía el Presidente, por andar tirando salivas para acá. Entonces, bien jurioso don Cornelio le dijo que su finca le estaba quitando el sol a la finca del, porque bía quedado como finca de dos pisos y que no iban a crecer los sembrados de cosiacas que bía plantado. “¡Yo no sé!” le dijo don Ilario, “para yo mejor, porque tengo dos fincas: la que se me arisquió y que está encima de la suya y la que voy a ir arreglando en el hoyó que me dejó la arisca”. Y entonce don Cornelio tuvo una pensada y dijo: “¡Ta güeno, irfeliz, ya vamos a ver quién sale más mejor!” y se jué y les dijo a sus amigos: “El, se va fregar, porque, sies yetdá que le quedó el sol, a mí miá quedado lagua de los riyos que pasan, y se le va secar todito. Yo me vuá dedicar a pescar cangrejos, camarones, chacalines y otras pepescas de igual condición”.

Y así jué, porque don Ilario yegó a los días echando chispas porque dijo que todo se le estaba tostando ayá arriba de su finca del segundo piso, cabsa la falta diagua y don Cornelio se riyó y le dijo: “No me la vaya arriar que mi pesca se me menguá mucho”.

Hasta que el Presidente mandó unos agrioplanos con puyas para que arriaran la finca de güelta y la fueron arriando entre crocovos y cosquiayas hasta que la encorralaron en su antigua mansión, que ni enchutaba bien, cabsa que las otras fincas no se querían hacer parayá para que cupiera y cuando ya quedó, hicieron un aprietacañuto que dijo el conservatorio nacional que había sido un epicentro trepidatorio de alguna indecencia y que se bía sentido hasta bien lejos, que casi alcanzó a mover el cinematógrafo que tienen ayí para agarrar temblores, junto a un papel mieludo para agarrar moscas.

Y don Ilario bien contento se quedó porque pidió permiso de coser su finca con las otras en grandes puntadas de alambre espinudo para que no se golviera a ir. Y don Cornelio tuvo que seguir pesca que pesca cabsa que no se quitaba el lodazal de tanto estar la finca con sombrero y dijo: “¡Eso se saca uno de quianden cerebrando el Año Nuevo que ni se mira la tal babosada!” y siacabuche.

EL CUENTO DE LO QUE QUIERO Y NO QUIERO, LAS MAGICONERIAS Y OTRA TONTERAS

PUESIESQUE la Firulina le dijo a la Cocolina que tenía unos sus cuatro años. “¿Y vos qué quisieras tener”. “Yo nada ¿y vos?” le dijo Cocolina (porque quizás quería saber primero para querer una cosa más mejor queya). “Yo” le dijo la Firulina haciendo así las manos, “unas casemuñecas que tocara uno y dijeran diadentro: “¿Qué quería la que toca”. “Pues yo” le dijo ya contenta la Cocolina, “yo quisiera una casemuñecas que tocara uno y de cada toquido se juera haciendo uno más chiquita, más chiquita, más chiquirritica... hasta que juera uno muñeca también y que al abrir la puerta una criada de manta reyena de zacate viruta, le dijera: «Pase adelante niña Cocolina, ai lastán esperando sus muñecas rubias para hablar de las niñas denfrente y de sus novios!»”

“¡Tshá” le dijo con desprecio la Firulina, “vos sólo cosas que no cueden ser decís; decí qué quisieras, pero que juera verdá que se pudiera hacer”. “¡Ah, pue entonce...” le dijo la Cocolina, “yo quisiera una arcancía que se le echara un centavo y descués otro, y descués otro, y cuando libubiera echado uno como cientocincuenta veces labriera y ¡tas! hubieran doce riales adentro!” “¡Tonta!” le dijo la Firulina, “te digo que no querrás cosas mágicas”. “¡Sieso nués mágico!” le dijo la Cocolina. “¡Comonó!” le dijo ya bien brava la Firulina, “¿Cómo no va a ser magiconería que echés centavos y te salgan riales?” Entonce le dijo la Cocolina: “¡Más magiconería es estar queriendo tener y que ni tiene uno nada!”. “Entonce” le dijo Firulina, “qué no quisieras tener más?” “Yo” le dijo la Cocolina, “no quisiera tener... : un gran chucho con rabia en el estómago que tirara mordidas por todos los güesos diadentro, y los hígados y los ñervos”. “Eso es los que tienen hambre” le dijo la Firulina. “Yo no quisiera tener una bolejabón en el galiyo para que cada vez que bostezara me salieran bombas redondas”. “Eso es tener

güegüecho" le dijo la Cocolina. "¡Tonta!" le dijo ya bien brava la Firulina, "yo digo bombas de vidrito de espuma con aigre adentro y colores que van volando". "¡Pues aunque seya!" le dijo la Cocolina, "porque siempre es tontera, ¿cómo se va andar bostezando con tamaña bolejabón en el galiyo? ¡Crés que no tiogabas ligerito con lo amargo y quiademás arde en la carneviva!" "¡Güeno, pués!" le dijo la Firulina, "entonce, ¿qué quisieras y no quisieras tener?" "Yo" le dijo la Cocolina, "quisiera tener y no quisiera tener unos dientes de quitar de noche como los de la niña Casilda. Quisiera porque asusta uno al que le da la gana y cuando se muere uno nes calavera dientes pelados, y no quisiera porque soy miedosa en loscuro y no miba gustar que sestuvieran riendo conmigo toda la noche adentro diun vaso". "Yo" le dijo la Firulina, "quisiera y no quisiera tener, una lamparita en el jundío como las luciérnagas. Quisiera porque me sacarían en carroza de culumbrón y además no necesitaría candela parir al común y las cucas se espantaban y no me mordían, y no quisiera porque cuando mi papá me diera pan-pan siba quemar la mano y también porque en el cine siban enojar las gentes y iban a gritar: «¡Que se caye el jundío esa muchachita diadelante que no deja ver bien!»"

Y se tiraron cuatro carcajadas y un repujón caduna y diay salieron corriendo agarradas de la mano haciendo así y síacabuche.

EL CUENTO DE LAS PENSADAS DE MONCHETE CON CABEZA Y TODO

PUESIESQUE Monchete estaba sentado en una piedra caliente con las manos en las mejías y pensando: "Si yo tuviera un tambor, lo sonara duro y caminando". Y diay pensó: "Cinco porocho cuarenta". Y diay: "Si yo juera estreyecine como Yaqui Cuper, sería una lata porque nuiba poder dormir todas las noches, pensando en mi famosidá". Y después pensó mirando para otra basurita que estaba más ayá: "¡Qué fregada!" y se rascó la picada diun mosquito y pensó: "Estos mosquitos dejan un lunarito colorado que pica, pero nunca miá picado uno que deje un lunarito verde". Y diay le tiró una descupida y un tetunte y pensó: "El niño subibaja, la casa sevebien". Y se siguió rascando y se untó saliva en la picada con un dedo, y siguió pensando: "Cuando yo sea grandote vuá inventar un atajo e tonteras bonitas: un sombrero invisible para los que les gusta andar destapados; guaro que embole y que no se caiga la gente y que ni se leche de ver; cigarros con humazón azul, verde, colorada, amariya, anaranjada y negra, para que vaya con el color del vestido y la corbata; güeyes que jalen carretas y que además seyan vacas para ordeñarlos onde se vayan parando; un agrioplanito que al aterrorisar salga inmediatamente rebuznando, tirando patadas, haciendo una gran polvazón y meniando una su cola hermosa y un baño, que se meta uno y ¡tas! se convierta lagua en colchones y sábanas limpias y el jabón en una almuadita y eche uno su sueño". Y cuando pensó eso le dió una risita y pasó un su tío y le dijo: "¿De qué testás riendo?" "Si no mestoy riendo" le dijo, "es que estoy haciendo gírnacia de muelas para que se me desenroyen bien y masque duro". Y se paró discimulis culis y siacabuche.

EL CUENTO DE NIVELITO NIVELUNGO, LA GRAN CANDELOTA Y EL CHUCHO MUSUNCO

PUESIESQUE era la procesión de las posadas que les dicen y ayá por un cayejón iba una virgencita con un sanjoseíto que los yevaban a cucucho unas viejas porque taban tiezos tiezos, quizá de parafís, y era una gran riategente con candelas prendidas y todas las viejas con trapos en la moyera como siera de día y con sol y qué siera de noche. Y todas iban haciendo "Ber, ber, ber, ber, ber, ber" como abispas. Y Nivelito Nivelungo yegó a ver a la carrera y se metió enmedio y iba galán adentro de todas las naguas mirando pararriba. Y chiquitiyos sólo iban él y un chuchito musungo hecho dialmuada que se andaba comiendo una lengüita colorada con saliva. Y yegaron a un zaguanón de lata y ayí se pararon y entonces la mitá de las viejas se metieron adentro y les cerraron la puerta a la otra mitá. Y entonces las que taban ajuera empezaron a yorar cantadito con los santos a cucucho y dijeron bien divertido: "¡Abrirnos mialmas que andamos ixtraviados, posada pedimos por Dios no nenguéis; de lejos venimos y traímos hambre, tu casa bendita lará lalará!"... Y entonce las viejas que se bían zampado les contestaron más yorando y más cantadito: "¡Iros pelegrinos, quiasaber quiensoises, las cuertas no abrimos, buscar más ayás!" Entonce golvieron a decir las viejas que bían dejado ajuera: "¡Tristes nos vamos por nuaber posadas, en casas humirdes abtirnos habrán, larín lan laranla, larán lan larán!"... Y entonce Nivelito Nivelungo le jaló la cintura a una vieja quera de las que lloraban más duro y le dijo: "¿Y por qué no van onde mi tía Cande que es bien güena ayí a la güelta y hay torta en la gaveta e la mesa?" "¡Cayate muchacho irrespetuoso!" le dijo la vieja, "¿no ves quiandamos en las posadas?" Y entonces Nivelito Nivelungo le dijo: "¡Qué bárbara la señora, no le diga posareda a la virgen, porque mi papá dice que quiere decir nalga!" Y entonce como yastaban

abriendo el zaguán, la vieja ligerito le tiró un candelazo bien juriosa y Nivelito se lo desquitó diuna pandiada y al pobre chuchito musungo questaba mirando pararriba le cayó en la mera chirimboya e pelos y se quebró la candelota y el chuchito pegó un pitido y salió atrompezándose, quiasta dijeron las viejas ondiva pasando: “¡Susmarijosé!” y Nivelito Nivelungo sólo sacó unas descupidas desterina en el cachete y se paró en lesquina ya para descruzar y vio quiba dentrando el candelario por el zaguán: “Lanlari la laranda, larinda larán!”... y tiraron un cuetón con chispeyo quiso: “¡Chifffr... pon... pum...!!” y siacabuche.

EL CUENTO DE LOS CARAMELOS EMBARCADOS EN UN BOTE Y EL CIPOTIO TIBURON

PUESIESQUE Tablita yegó a la tienda y le dijo a la tiendera: "Mire: "por qué han metido tanto caramelo bonito en ese bote". Y la tiendera quera bien bilis hizo "¡Hm!" y diay dijo: "¡Para qué ai estén guardaos y para que nadie los tiente!" y se sacudió un curunco que se había pasado del saco diazúcar y dio unos pasos chancletudos y dijo: "¡Te va castigar tu mamá, porque va decir que quiandás haciendo en el vecindario!". Y era que tenía ganas de que se juera y no se jué sinó que le dijo: "El. . . pero como aquí nues vecindario sinó ques tienda, vaya!" "Sí, siés tienda pero no tenés pisto para comprar nada, asiés que de nada sirve que testés aquí" le dijo dando pasitos la tiendera que tenía un lunar de carne, en el cachete. "Si tengo" le dijo Tablita. "¿Entonces por qué no comprás?" le dijo la tiendera quera algo sorda. "Porque taba esperando a ver si me regalaba unos". . . le dijo. "Pero como no te puedo regalar" le dijo la tiendera. "A pué, como no me puede regalar, sólo poreso no le compro" le dijo Tablita y se jué chiflando y siacabuche.

EL CUENTO DEL ALMA QUE SALIA Y LA SEXION ESPIRETISTA

PUESIESQUE en un cuartito onde ponían las gayinas salía el alma. Y un día yegaron don Cocó (quera un viejito que nuera ductor sinó que anciano, porque así le decían), don Nica-Nor (barbechivo), la niña Catalupa, don Iñigo Noriega y el cura padre, que le decían padre Blanco y era bien prieto, y vestido de prieto, y zapatos prietos, y uñas prietas; sólo unos dientes bien nuevitos y relumbrosos, queran chelitos y le relampaguiaban porque andaba mico con eyos. Y yegaron y dijeron: “Don Chirilo: queremos alumbrar una sexiión espiritista en su cuarto onde sale el alma”. “Bueno” les dijo don Chirilo, quera el dueño de la casa, “pero les salpico que no traten de meterme a yo en esas cosas, porque yo en primerlugar no creyo y en tercer lugar tengo un cayo en un dedo y en cualquier carrera me pondriyan las patas en el mero cuento”. “Bueno” le dijeron, y se jueron al traspatio y preguntaron: “¿Cuándo salió lalma que la vieron por última vez?” y la Circacia questaba de mirona y oyidora les dijo: “Yo la vide lúltima vez salir con lampára y meterse ayí”. Y la niña Catalupa le dijo: “No se dice lampára sinó lámpara”. “No” le dijo la Circacia, “Si Lampára es mi primermana carñal y así se yama: Ampara”. “¡Ah vaya!” dijo el cura: “Entonces el alma no salió con una lámpara sinó questa taba con la Amparo cuando vieron salir lalma del cuartito y que se metió ayí”. “¡Esués!” le dijo la Circacia, “el padre sí comprende enderezado lo quiuno anda diciendo; ¡comuéis padre!...” y se tiró una carcajadota bien chabacana en la palmelamano. “¿Y cómo es de apariencia el alma?” le dijo el padre Prieto a la Circacia. “¡Ah!” le dijo, “bien enjutada, como ver una candela mechona, y se priende todeya, veyá, como cuando escupen las estre-yas que dejan colita de chispeyo” y se tiró otra carcajadota chabacana en lotramano. “¡Qué muchacha más cueril!”, dijo enojada la niña Catalupa, y se me-

tieron en el cuarto y pidieron una mesita sin clavos. Y la Circacia se jué a la cocina y diay regresó y dijo: “¡Diaquí que liarranque todos los clavos a esa papada!”. “No, niña” le dijo don Cocó “si liarrancás los clavos nos vas a trer los pedazos. Trayé un velador pegado con cola”. “¡Ah la puerca!” le dijo la Circacia, “solo que me traiga el gato, qués el único velador con cola, porque ni duerme de noche, pero araña el irfeliz!” y se carcajió otra güelta en las dos manos. “¡Qué muchacha más cueril!”, volvió a decir la niña Catalupa, “trete cualesquier mesa quiayés!”. Y se jué bien juriosa la Circacia, murmurando por debajo: “¡Ucurrencias de viejos, comó si los espíretos almorzaran para andarles poniendo la mesa!”. Y pusieron en el cuartito la mesa diun descusadito para enfermos y sencerraron los viejos sentados enderrededor, con las manos encima bien engrampiadadas por los dedos y apagaron la candela. Y como bían cerrado la puerta, la Circacia no pudo curiosiar y se enojó y le dijo a la cocinera: “¡Egóishtos, quiojalá se les siente lalma en el mero hoyo del descusado questán manganetizando, que le dicen, y les haga alguna barbarie!”. “¡Cayáte, niña!” le dijo la cocinera, “las almas no se desocupan!”. Y al buen rato destar en cayazón que no pasaba nada, sólo una tripa que le yoró a don Iñigo Noriega y un chiflido que le salía de la nariz a don Nica-Nor, que tenía trancazón, dijo el cura Prieto: “¡Si hay armas delotro lado, que levanten la pata!” Y si la levantaron, por lo menos no se miró. Y don Cocó dijo: “No vamos a conseguir reportes ni esterilizaciones: quizá el medium no tiene mucha cataplasma”. “Cuede ser” dijo don Iñigo. “Pero el jluido está juerte” dijo la vieja: “yo lo siento irculiando de mano en mano”. Eneso, diun rincón salió una voz que dijo: “¡Y cué!”. “¿Oyeron?” dijo el cura. “Sí” dijeron, “Son los primeros interticios de que contestan”. “¡I cué!”, hicieron más duro en el rincón. Entonces empezaron a temblarle las quijadas a los viejos y les hacía pis pis el comiarroz, y cuando dijeron en el rincón: “¡Güevo!” y se sonaron, tiraron la mesa encima de don Nica-Nor y salieron al patio yevándose la puerta de incuentro. Entonces, al gran ruidazo y la gran samotana salió cacariando lalma questaba culeca en el rincón y la Circacia dijo: “¡Güenostá que les asusten los frijoles, por egóishtos y despreseyantes!” y se carcajió en la barriga y siacabuche.

EL CUENTO DEL DIABLITO QUE LO TENIAN PRESO EN LA IGLESIA Y QUE LE TEJIERON LA CABEZA

PUESIESQUE un diablito lo tenían en una iglesia amarrado en la pata diun altar y taba bien triste espulgándose o echadito mirando nada y cuanduera de medio día questaba solitaria la misa dentraron Cueche y Tumbita y siagacharon y le sobaron el lomo y le dijeron: “¿Por qué te tienen, diablito?” Y el diablito los miró despacito a uno y descués al otro y diai les dijo: “Porque es iglesia y para que me suelten de noche y me coma los ratones y murciélagos y también una quiotra araña”. “¿Y para beber agua cómo hacés?” le dijeron. “Bebo de la pilita del portón” les dijo “pero como soy diablo y está bendita la desbendigo y me la bebo”. “¿Y cómo la desbendecís?” le preguntaron. “Con la pata así” les dijo “al reveces del cura y me la bebo por la boca”. “¿Y cómo te yamás?” le dijeron. “Epidermites Contanebrunosa Malcatiestrabuto Domínguez” les dijo. “Pero no estoy bautismo porqués pecado de diablos”. Y se rieron del nombre y del pecado y le dijeron “¡Qué divertido sos, diablito!”. “Sí” les dijo, “y mi papá era más que yo pero lo castigaron porque siso güeno y lo pararon de santo en un altarón de vidrio y le pusieron candelas perdidas alrededor para que no se juera salir”. “Y ¿quiotras cosas son pecado e diablo?” le preguntaron. “Rezar, decir adiós, lavarse las manos, no levantarle el falso testimonio a las gentes para mirar debajo y también decir mentiras”. “Decinos un rezo de diablo” le dijeron: “Urfa mamurfa chinchepate, colisterpuerque, cancaniya, picunculín meneya, no te sientes en mi boteya que se quebrea” y le dió risa al diablito y se tapó la boca y se rieron Cueche y Tumbita y el diablito dijo: “Ya no digo, porque nó, y es que se miolvadó la dutrina que menseñaron en la litrina” y se golvió a rir con la lengüita morada y se tapó y Cueche le dijo: “Si querés te soltamos”. Y él dijo: “¡Seguriano pia-

no, seurete cuete!” y lo soltaron y entonces salió a lestampida por el campanario arrastrando la cadena y se subió al tejado y diay se bajó al patio por un caño, pero como era bien alto y no se persinó en diablo, se safó una teja y le cayó al pobre en la mera chirimbamba entre los dos cachitos, y hizo “¡Cuic!” y estiró la pata yen cogió la cola, porque cuando lo pepenaron yastaba morido. ¡Quel Diablo lo tenga en su gloria! . . . y siacabuche.

EL CUENTO DE LEPROCINIO QUE LE ROMPIERON LA VOCACION DE PURA INGRATITUR

PUESIESQUE Leprocinio tenía un papá pobrecito, porque pobrecito que se había muerto hacía como doce meses, y por cierto que jué una gran casualidá, porque se murió el mismo diya que era el santo diuna criada denfrente con refajo. Y como Leprocinio ya no podía trabajar porque era muy tiernito y siorinaba en la cama y liandaba diciendo a todos que no dijeran que él se orinaba, se jué onde un su tío que después resultó quera hermano de su papá y ayí lo tenían para que sirviera dir a almorzar. Y un diya como su tío lustraba zapatos en los parques contodi las caniyas que los andaban yevando, dijo a pensar qué él quería ganarse sus cincones también para ayudarle al tío a ir al cine los domingos y nuayaba de qué trabajar, porque toditito no podía hacer, sólo comer, y no pagaban por eso, ni regalado querían, y entonces dijo: “Si siquiera me inventara una maquinaria fácil de manijar”. . . . Y pensó en el común, quera onde él iba a pensar, y ¡tas! se liocurrió y salió abotonándose ligeriano y se jué al cuarto de calaches y sacó una maquinita envolvida, descondiditas, el muy idiador arrechito y se jué al parque y se sentó en un banco y puso un letrerito que deciya: “Se ponen lavativias a cinco los grandes diagua consal y a cuartiyo los chiquitos con jabón y todo” y diun tronco diun palo onde puso un clavito colgó la maquinaria quera un irrigante con culebrita y pitoreta negra y se sentó a esperar la quientela. Y entonces síso un ruedón de gente que se reyíya pero que no sianimaba y diay yegaron unos cuillos que le quitaron su letrero, porque lo vieron chiquito y quizá porque no pagó matríquela ni era ductor y se lo encumbraron a la chirona jaus, pero como iba yorando le dieron su paquetío y le dijeron: “Si no te vas para tu casa con tu marranada y tu paquete de sal shuca te vamos a yegar!” y se jué limpiándose la manga en la nariz y voltiando a ver y siacabuche.

EL CUENTO DE LA INDALECIA QUERA BIEN INDIA, DE
JUSTINIANO QUERA BIEN JUSTO Y DE LA AMBROSIA
QUE NUERA NINGUNA GENTE

PUESIESQUE en una cocina de juego color colorado con azul taban haciendo jarriyadas olorosas de cosas ñame-ñame y Pelizco tenía un su hambre de seis pisos con torrecita y una ventanita diajuste y era hambre también de seis de la tarde y se acercó mirando y le dijo a la molendera que estaba haciendo mecedora juinche-juinche en la piegra de moler, con una mano de piegra que ni mano parece sino que pié: “Mirá” le dijo “¿si te sobra una me la das?” “¡Si me sobra!...” le dijo la molendera quera nalgona y dientuda. “¿Qué no sabés questán contadas las raciones de los mozos?” “Sí” le dijo Pelizco “pero como en veces sobra y le dan al loro o se comen la masa las poyas...” “¡Poyas!...” le dijo la molendera que se yamaba Indalecia “¡A yo mechan descués el muerto aloishte?” “Dame...” le dijo resbaladito Pelizco sobando con el dedo unos tololos secos diun ladito de la piegra. “Unque me pongás cara de poyo con soco” le dijo “no te puedo dar”. “¿Por qué?” le dijo. “Porque no” le contestó. “¡Eee... pero el otro diya me diste!...” le dijo. “Pues si te di debías estar conjorme” le contestó. “Es que aquel diya no tenía tantas ganas” le dijo. “¡Pues no y no y no, porque no y no puedo” le contestó. “Y andate diaquí”. “A pué sólo poreso ya me voy” le dijo bien resentido del labio diabajo.

Pero no siba y la Indalecia le dijo: “Ya jueras yegando y sería lo mejor porque yo no puedo andar dando luajeno quíademás no es mío y diajuste no me pertenece porque nues mi propiedad”. “¡Ta güeno!”... le dijo, “Sólo por eso ya me voy”... Y ya siba, tragando saliva diambre, cuando eneso apareció por el patio Justiniano con unas pupuzas de queso y dijo: “¡Hombre, el tuerce diun servidor... Siempre que compro pupuzas me salen con lorocos que no me gustan! ¡Pupucera irfeliz!... ¿Querés estas cuatro pupuzas, Pelizco? Tan

algo calientes entuavía". Y Pelizco se avalanzó a agarrarlas quiasta siasustó Justiniano y un chucho quiva pasando disquiolía y le dijo: "¡Gracias Justiniano flano!" Y le dio una mirada sin sal a la molendera questaba pasmada y rascándose con disimulo y salió con las pupuzas apercoyadas para un surincón que se tenía y Dios es bien güeno y siacabuche.

EL CUENTO DE GANGLIO QUE ESCAMOTIO LAS QUIJADAS A TIEMPITO

PUESIESQUE a Ganglio le faltaban dos dientes del piso diarriba y todo el pelo porque luabían maquinado al cero cuero y le dijo la mamá: “Mirá Ganglio, andá onde el doctor dentista que te diga por cuánto te pone los dientes de cabcho” y Ganglio le preguntó a su mamá: “¿Y de qué color: dorados, colorados, verdes o azules?” “¡No sias bruto!” le dijo la mamá: “¡Blancos, como todos los dientes de gente!” Y entonces Ganglio se jué onde el doctor y le dijo y el doctor le dijo: “Esos dientes son de leche”; “No ñor” le dijo Ganglio “son de café negro, porque en la casa nunca bebemos leche porque dice mi mamá questá bien cara”. Entonces el doctor le dijo: “A pues te van a salir prietos”. Y Ganglio dijo: “Mejor, arrechito, como los pianos que tienen dientes blancos y negros y se riyen: churrumbumbí!” Y el doctor se riyó paratrás y le dijo: “Te van a salir como dientes de ruedita e maquinaria” y Ganglio le dijo: “Mejor, porque mialquilo de trapiche en una finca y mestoy chupando caña todo el día”. Y entonces el doctor se volvió a rir paratrás y le dijo que se sentara en el sillón colorado y se sentó y le dijo: “No me vaya a quitar más pelo que ya no tengo”. Y el doctor le dijo: “¡Aquí nues barberiya tonto!” y con un pie se puso a jugar de imprenta y juinchi, juinchi, juinchi, luiba subiendo bien alto, y Ganglio dijo: “Achís, quiarrechito, con esta siya ganaba usted un centaval en una feria!” “Y eso nués nada” le dijo el ductor, “peráte quetiaga cosquiya con este ronrón”. Y jaló una tripita de pedal quiacía “truf, truf, truf” con un muliniyito en la punta y se lo metió en la boca, encima diuna muela chuca, y Ganglio pegó un nalgazo y le dijo: “Ay, ductor no me carpinteriye la quijada que me pica!” Y el ductor le dijo: “Siesque te vuá limpiar las muelas que se testán cariendo”. Entonce Ganglio se levantó a la carrera y le dijo: Güépiles cariendo; siendo que no sé que las muelas no tienen cara!” y salió a toda virazón contra las puertas de vidrio que se meneyan como orejas de ilefante y siacabuche.

EL CUENTO DEL CONEJO SANDIYERO QUE POR TANTITO SE SALVA

PUESIESQUE en un sandiyal de melones andaba viviendo un conejo de orejas y sin cola, y tenía un su ojo diún lado y otro del otro para mirar duplicado y que no lo magiaran ni diayá ni diaquí. Pero como no podía ver bien para adelante ni para atrás, nuquiaba a cada ratito por si atusas pinganiyas correvedile okeí y otras perenias seculoris bobis cum dóminil, como dicen en la miselgayo el diya de pentecostés que liacen los curas a uno su cruz de tile en la mecapalera y le gritan al oyido: “¡Polvos sósquile que te pulverisantes cementeris revira contris, amén!”

A pue, eneso, unos chuchos que cuidaban los melocotones por dos tortiyas y lamber las sartenas del rancho de los dueños, se asomaron platicando a discreción fir. Y le dijo un canelito cuto que se yamaba Chilguete a un prietío manchas amariyas kaki, pechera blanca, que se yamaba Usufructo: “¡Te atestimonio que güele sobado a cierto cuadrupato que sintitula conejo!”.

“No cuede ser”, le dijo Usufructo, cundimás los gayos andan permiso de paseyarse en las placideces deste sandiyal”.

“También machimbro un olorete a cierto tufo yamado cuete”, le dijo Chilguete; “algo asis como cuando la Lorenza se va a bañar y se lija violiniado los sobacos con el pashte”.

“¿Será punible?” le dijo Usufructo.

“Cuede ser”, le dijo el Chilguete; “pero yo digo quía conejo y yo siempre he tenido buen oyido para percibiendas las viandas”.

Y el conejo estaba en lo mejor de oír toda aqueya jerigüenza sistema sonoro patebeibe, detrás de un gran melón redondo, diunos que se ocupan para hacer tarros descués de que se chupan con sal de mar de la que sirve para

adornar los mangos verdes y los jocotes ¡ñame, ñame!, que se liase agua la boca a uno con sólo recordarse nostra culpis olocultas.

Y en lo más aflijido de la avituaya pensó: "Si salgo me carturan reducido a prisión. Si no salgo bien pudieres contíngeres que mincontren escondido aquí detrás, ¿qué deliberación podré tomar en el acta anterior?"; y descués dijo pensando: "Por cuanto soy todo oyidos y más orejas quiotra cosa y tengo resortes patentados en las patas que soy el terror del tráfico urbino; por tanto, pondré como primera provinciana, mis pies en polvorosa, como se dice en remanso y dicho hecho los rubrico y firmo y vale". Y en diciendo así se tiró diun brinco porun charral y salió quera un ujushte de virado y los chuchos detrás en una sola ladrazón con ruido de hojerío y quebrar de palitos. Y cuando ya luiban bigoteando cabsa un arenal morado diun barranco pintoresco, vio una cuevita que ni mandada hacer y se metió en eya. Y los chuchos se cularon incontinenti sorprendidos de lastucia marsupial de aquel semoviente velocípedo, porque quiso la casualituerces que la cuevita vista así al descuido juera nada menos y cuntimás quiuna boca de culebra abrida de par en par para ejemplo de descarriados comensales, y se pusieron a prudencial salvo-conducto con la cola entre las patas postrimeras... y siacabuche.

EL CUENTO DEL JUTE CAVILANTE DE LA HERMOSA FUENTE Y LA PEPESCA ORGUYUDA

PUESIESQUE un jute chupador catarroso estaba solito mirando el jondo de una poza clarita, cuando eneso pasó la pepesca chiquiadora vestida de platiado con cueyito de tul volante en la corriente y guantes en las patas, y se le quedó mirando furimundamente al pobre jute que ni pañuelo tenía de humirde que era y le dijo: “¡Jm; jute abusivo, jm, que nias pagado galeriya para verme pasar!” Y el jute sólo dio un chupetido de narices mocosas y le dijo: “¡Agüen, yostaba aquí, vaya!” “¡Sí pero no!” le dijo la pepesca, “¡Esque a mí ni me divierte que vos pasés parayá!” le dijo el jute, “¡No te divierte niñacangreja!” le dijo la pepesca. “¡Siendo que no te vi el ribete de los ojos que se te hizo pís pís de pura alegría!” “Porque estaba mirando una nube que sestaba hogando ayá bien adentro del agua”, le dijo el jute; “y además que nuera de alegría sinó de lástima, porque pobrecita, y ya miba tirar a sacarla cuando vos pasaste dis que pasabas”. Entonce la pepesca chicadora miró parabajo a ver si estaba el cadavere flotante de la nube y ni había nada y le dijo al jute: “¡Y diajuste, investido de mentiras tontas!” “¡Y vos orguyuda porque te van a meter en cajesardinas y te van a vender en las tiendas de los chinos!” “¡Pues ya que me agarran!” le dijo la pepesca “¿Qué no ves que yo nado sesgado y de culumbrón, bocarriba, cisniado, patito alegre, culebriante, de resoplido, estilo gasolín y pulpiado como los pulpos de la pulpería?” “Sí”, le dijo el jute, “pero hay el improprio que dice: *Por la boca muere el peje*”. Entonces juriosa la pepesca se le tiró encima echando chispas por los ojos y le mordió, la punta al jute y como el jute era filarmónico de astucia, se bía puesto cebo en la punta de la j, y como la j del jute tenía jorma de anzuelo, ai nomasito quedó pescada la pepesca y la sacó a loriya onde compran y venden y siaca-buche.

EL CUENTO DEL IMPRUDENTE GLIS-GLIS, LOS CHICO-CHICOTES Y EL CULEBRERIO PELIGRANTE

PUESIESQUE un glis-glis colita parada tenía un su nidito chiquirritito y como canastío onde iba comprar güevos asaber a que mercadito, porque tenía cuatro bien apenitas como queran de gayinitas de nacimiento. Y como ya bía salido el sol dijo: “Yo vuir a dar una vuelta como que me paseyo en un parque bien lindo”, y se jué volis volando culitis meniando pando, y yegó a un arenal bien suavito y plateyado como panza de conejo y ayí se paró y dijo: “Vuá zapatiar aquí toduesto questá bien heladito”. Y se puso a patiar toda larena y iba dejando chorreras de dibujos de patas que siban parayá y se doblaban paracá y se cruzaban jormando cruces y diay daban una güeltecita y descués iban viniendo en sicsaque.

Y así que patió bien bien todo el arenal, se voló a un tronconcito y miró parabajo y dijo: “¡Yastuvo. Güenostá!” y se jué. Entonces yegaron al arenal dos chicos-chicotes vestidos de seda y se pararon y miraron y dijeron: “¡Qué culebreco más extraño el quiá pasado por aquí!” Y sacaron un lente, porqueran detertives y miraron bien duro cada zapatazo, y diay dijeron: “Ésta debe ser la culebra Micacidonia Monumentania que no tiene patas y siarrastra, que no tiene manos, ni pescuezo, ni pecho, ni lomo, ni cabeza y que solués cola todeya”. Y se sentaron en un tetunte y se miraron y dijeron: “¿Y aura quiacemos?” “Durmamos” dijeron “y diay nos vamos a bañar más lejos”. Y se durmieron lomo con lomo.

Y eneso yegó al arenal la culebra Sacristina y como estaba suavita larena se enroyó como yagual. Y cuando despertaron los chico-chicotes vieron la gran ruedenca dormida y dijeron abotonándose los ojales: “¡Santo, Santo, Santo, nos hemos encontrado un tesoro!” Y se tiraron encima de la culebra cre-

yendo quera maraviya porque le briyaban las escámaras como purito oro. Y cundo le pusieron las manos encima, la culebra Sacristina se chiquió porque tenía cosquiyas, y entonces los chico-chicotes se jueron de culumbrón del susto y salieron a toda virasón gritando: “¡Santo, Santo, la culebra Macidonia Monumentania!” y a los gritos se despertó la culebra Sacristina y salió corriendo. Y salió por una ventanita un zompopo y “¡tas!” cerró otragüelta; y unos gusanos quiban pasando se pararon y se pusieron destatuas señalando el cielo y con sonrisa de ladito, del puro miedo; y el glis-glis yegó a ver y oyó los gritos y dijo: “¡Ni por el diablo, ni por quién güelva yo andar patinando en ese arenalito onde suceden sustos, gritos, chicotes y culebras que se yamen tan feyo!” y titiló el jundío, abrió las alas, voló a su canastaegüevos y siacabuche.

EL CUENTO DE LA MOJARRA SOÑADORA

PUESIESQUE una mojarra estaba, color de tigre rayado de blanco y negro, mirando pararriba desde el jondo de un charco onde lavaban con jabón. Y como lagua taba shuca color de ñeblina, pispiliaba elocuentemente y le yoraba el ojo izquierdo quera el ojo derecho, porque el otro lo tenía torcido, quizá de tanto volarlo para ver si venía detrás en pinganiyas el tal peje grande que decían que se comía al chico. Y aunque eya nuera chico sino chica y además y cuntimás se chiquiaba al andar cada y cuando pasaba un pescadito regular de las agayas y con el jundío por detrás, que no se entenderá muy claro pero es la pura verdá efectiva y además desnuda como dicen cuando nues mentira la verdá. . . Y la mojarra era soñadora en cierto modo, porque no era de sueño de dormir sino del otro con sonrisa, puesto que dormir no podía, porque muy mojado ayí el aigre del agua y como era agua corriente (porquera de río) las sabanitas se la biera encumbrado y ¡onde diablos siba poder envolver para dormir! y luego, si ronca, se le mete el fuey diagua por la laringe y sioga en el linterín peringües langüis petipué, como se dice en panfrancés y es verdá.

Y como era soñadora, suspiró correctamente y se quedó mirando un pijuyo que estaba paradito, distralyido de los sobacos en una ramita de guayabo que se mecía dulcísicamente sobre el arroyo murmurador que se fugaba en lontananza. Y la mojarra suspiró otraguelta con todas las aletas, además de las nasales y dijo entre gorgoritos de plata: "¡Oh, las avecillas canoras de pluma tricolor!" Y el pijuyo no oyó, a cabsa del cristal del agua y porque era sordo y medio mudo por calcañalidura, asiesque el piropo rebotó en la linfa fugitiva. Y el pijuyo, que como queda dicho, era medio mudo, no podía cantar su nombre el pogte, sólo la mitá; asiesque decía: "¡Pi. . . pi. . . pi!" y luego se jufa en el aigre, volisqueando, para que se entendiera que decía "¡juyo. . . juyo. . .!" con lo cual completaba inteligentemente su cometido, porque era sordimudo pero no tonto.

Y la mojarra se regresó río arriba a onde una señora lavandera que era amiga deya porque le tiraba migajas de tortiya y otros comestibles con queso y le suplicó que si veyiya al pijuyo otraguëelta, que le avisara para salir a contemplarlo al soslayo. Y la lavandera le dijo que güeno, sonrisosa de la jeta y se carcajió un su poco porque le dijo a la otra lavandera que estaba tendiendo ropa: “Esta mojarra quisiera ser avesiya del aigre pero la tienen presa bajo-diagua, por eso anda vestido rayado como los reclusos”. “Sí”, le dijo la otra: “estos reclusos son algo buzos”. Y se golvieron a rir como cabayos relinchando lo cual asustó la epidermis a una catizumba de cabezones que desaparecieron nadando en flus de ciper y siacabuche.

EL CUENTO DE LA GRAN ENAMORADA CON DOLOR DIUMBLIGO

PUESIESQUE Chepete la conoció cuando iba al colegio con una criada sapurruca y tenía unos escarpines con petatío de colores; un raspón en la chimpinaya; nagüita salmón; un cinchito charolero eviyeplata, gargantiya con medayita e la virgen; su hoyito en la barba; unos dientiyos conchanácar; naricitas puntudas; pestañas de niño dios; ojitos de huishte verde; cejitas de cientopié; cepiyo tijeriado a la moda y peineta de arcuiris. Por detrás una trencita con mariposa de listón y en los cachetiyos chapudos unos comenances bien sumidos y sonrisosos. y Chepete dijo: “¡Ij, que cipotiya más arrechita!” y se jué al común de su casa y se puso a pensar eneya. “¡Qué linda y va con criada!” pensó primero. Y diay pensó: “Siá de yamar nombre de mujer y es la pura mar y sus arenas”. Y después pensó: “Si no yevara trenzas sería bien colochita y asaber si son rosados los calzones” y por último pensó: “Onde la mire otragüelta mescondo detrás diuna palmera”. Y salió, y se jué onde Chinoco y le dijo: “¡Vieras, baboso, he visto una cipotiya qué’s la pura bananasplit!” “¿Onde?” le preguntó Chinoco. “Iba en un andén” le dijo Chepete “con una criada sapurruca nalgona y dando pasitos de vidrio y simás me mira y menamoré deya quiasta e lumbligo miastado doliendo y cuando miacuerdo me chiyan las tripas, ¡oi! le dijo “¿oyiste?” “Sí” le dijo Chinoco y se quedó pensativo dimportancia porque estaban platicando diamores. “¿Y ahora quiago?” le preguntó Chepete. “Perate” le dijo Chinoco y se siguió seriando y diay dijo: “Venite” y jueron y en un zaguancito oscuro le dijo a Chepete: “¿Cómo decís que se yama?” “¡Asaber!” le dijo Chepete. “Entonces hay que veriguarlo y después te vuá aconsejar” le dijo. Y Chepete dijo que güeno y se separaron con cita para las ocho. Y se jué Chepete y ayá diandar dando güeltas en el mercado, vio al fin a la criada sapurruca questaba comprando chaca-

lines y agarró valor y liabló y le dijo: "Mirá: ¿cómo se yama la niña que cuidás?" Y la sapa nalgona lo miró asustada y le dijo: "Sies varoncito, es que como siempre luando engüelto..." "¡Achís!" le dijo más asustado Chepete, "¿Cómo va ser varoncito, siendo que no le he visto la trezota, tamaños comenances, gargantiya y andado chiquiador?" "¡Agüen!" le dijo la nalgona "yo creiba quiablaba del que yo chineyo; esa que dice usté es la hermanita del niño Betío". "¡Sí!" le dijo contento Chepete "¿y cómo se yama?" "Su gracia es Tere" le dijo la nalgona y siguió comprando chacalines. Entonce se jué Chepete onde lostaba aguardando Chinoco y le dijo: "¡Ya verigüé, ya verigüé, baboso!" "¿Cómo se yama?" le dijo Chinoco. "Se yama Sugracia Ester" le dijo. "¡Qué nombre tan catrincito!" le dijo Chinoco "¡ya casi casi menamorodella yo tampoco!" "¡No fregués!" le dijo Chepete, "¡Yo la ví primero!" y Chinoco le dijo: "No, siyo te vuá cachetiar solamente, para que perdás miedo y sepás como inamorarla". Y diay le dijo: "Lo primero que siace en estos casos es dar tres suspiros, coger valorudencia y mandarle un papel". "Agarraré, se lo mandaré" dijo serio Chepete. "¡Chóquela!" le dijo Chinoco y lialargó las cinco repúblicas. "¡Chóquela!" le contestó Chepete y se retiraron con cita por tres días con sus tres noches.

Y cuando yera el día e la cita, se incontraron en el zaguán misterioso y le dijo Chinoco a Chepete: "¿Quiúbolis cartimploris coquis?" Pero Chepete no le contestaba bien cabijabundo y meditabajo, y entonce Chinoco le preguntó: "¿Qué te tiró cuetíos, vos?" "¡Cabsa tuya!" le dijo Chepete "me dijiste que le mandara un papel y se lo mandé con la criada, pagándole un rial y entonce me lo mandó de güelta diciendo que me lo reviraba contra y que no me mandaba lija porque no tenía pisto". "Y qué le deciyas en el papel?" le preguntó Chinoco. "¡Yo nada!" le dijo Chepete, "como me dijiste que había que mandarle un papel, le mandé un buen pedazo de papel de diario". "A la Merme-lado Singapur!" le dijo Chinoco "¡te resbalaste en la merlusa!" y se jajayó y siacabuche.

EL CUENTO DE BOMBOLIO EN VACACIONES, EL CHUCHO JITLER Y LA FUGADA

PUESIESQUE Bombolio se jué a pasar las vacaciones a un contoncito de ranchitos onde su mamá era maishtroescuela y dijo: “¡A la chuchifrutis, eso de pasar vacaciones en una escuela no me cusquirismiquis mucho!” Y aunque le daban ganar de jugar con los cipotes quiban a leyer no jugaba, porque decía: “¡Sí juego, güépile, no tengo choto, porque jugar en patio de escuela es recreyo y no vacaciones!” Y bien bravo se estaba el solito como mico sentado ayá por un gato que se dormía. Y la mamá le decía: “Bombolio, vení jugá con los muchá” y él decía no con tamaña cabeza pelada al coco y contestaba sin voltiar a mirar: “No porque me duelen las niguas”. “¿Qué niguas?” le decía la mamá. “Unas que tengo” le decía y no voltiaaba ver. “Vení te las saco con una aguja” le decía la mamá. “No, porque no, no soy rotura e jundío, para que me puyen con aguja”. “¡A, pues no vengás, tonto!” “¡Pues no vengüeyo!” decía y se ponía más serio y se desbotonaba un botón y se lo golvía a botonar y ¡tas! se lo desbotonaba otra güelta.

Y un diya dijo: “Ya me voy onde mi tío Chepe que tiene conejos y una casa y una boteya e güaro y ayí nuai escuela y es bien galán con mangos maduros”. Y sin que lo conocieran salió escondidas con su cachucha y un capirucho y dentró al escusado y ispió y salió como buscando chinitas y yegó discimulisculis hasta el platanar y ayí ya no lo miraba ninguno y se pasó el alambre y ya iba de camino cuando se le apareció Jitler el chucho disgraciado, meniando la coliflor yena de mozote y le dijo: “¡Hum, váyase Jitler, hum!” Y Jitler sólo le ladraba colaciando y tentándole las pizuiñas y no le hacía caso, porque daba dos pasos y lo seguía, daba otros dos pasos y lo seguía, y viendo que no se quedaba dijo: “¡Yo me lo yevo al chucho!”. Y ya contento de su pensada se puso andar lijero y le hizo “¡Bish, bish, bish!”, pero aishtá que el Jitler ya no

lo siguió porque se bía quedado mirando un casamiento e chuchos que bía en el patio de un ranchito y ni caso liso y entonces lo dejó pero ya liacía falta y iba triste por la oriya del piñal y siba despaciando hasta que se paró de puro triste y miedo que yevaba de la solasón que sentía porque tanto cerrote y el cielenco y él tan sapito y la cocinera bía yevado güevos de tortuga, siacordó, y dijo: "¡Sólo porque este chucho irfeliz vir a decir! . . . Y se regresó despacito y siacabuche.

EL CUENTO DEL TELEFONO COSQUIYA, LOS PAJAROS PARADOS.
GRANOS EN LA NUCA Y EL BARBARO TREN DON FLOMFRUFRAN
CORRIVEDILE

PUESIESQUE, unos pájaros se bían parado paraditos en unos alambres de teléfono y estaban hablando dos viejos y los gritos de los dos viejos pasaban debajo de las patas de los paraditos en el alambre, haciendo "bzuz, bzuz" y uno de los pájaros le dijo al otro de los pájaros: "¿Qué serán las cosquiya que me dan en la plantelpié?" y el otro le dijo: "Es que te va a venir pisto" y el uno le golgió a decir: "Es que miacen escurbacuricutzi, debajo del peyejo y me da risa" y entonces al otro le dio risa y se tapó la boca con un pañuelito de peluepato que le bían regalado y el uno le puso el oyido al alambre y vio que estaban diciendo: "Decile a la Nacha que mande a la tienda" y otro viejo que decía: "Lian salido granos en toda la nuca". Y dijo el pajarito: "Oyó, lian salido granos en toda la nuca y yo tengo hambre y vuir averiguar onde es la nuca para comerme todos los granos". Y el otro le dijo: "Seguí oyendo, tal vez dicen". Y siguió oyendo y puso la cara así, todo alegre y le dijo: "¡Ya fre-gamos, Tímtakusa, dicen quen la sucursal de Candelaria!" "¿Onde será esa sucursal de Candelaria?" "Es quizás en la venta de comidas de la señá Me-chinga Chiltotines". Y entonces sonaron el timbre de los teléfonos y de la cos-quiya se jüeron de culumbrón con todi risa y cayeron patasarriba en la mera línea del tren Don Flomfrufuran Corriedile, en el propio tiempo que pasaba: "¡Farragaz, farragaz, farragaz!". Y se jue alejando y eyos todos tiesos se sentaron en el suelo, todos sustosos mirando el carrueprimera quiba coliendo y se yoraron toda la camisa y siacabuche.

EL CUENTO DEL CIPOTIO QUE SACABA LA LENGUA POR LA VENTANA DIUNA NIÑA

PUESIESQUE cada vez y cada vez que pasaba por la ventanita diuna niña que se polviaba quedito así, y que tenía las cejas tilintes y los labios untado de caramelo, Canutío se empinaba y metía la cara y le sacaba tamaña lengua haciendo: “¡Hemm!” y diay sioiba la carrerita de sus zapatos por el andén y ya no salía otra güelta la carita, hastotrodía. Y la niña, comuera bonita se reyiya (que si biera sido feya se biera enjuriado) y no hacía nada sólo iba a ispiar y ya no estaba Canutío. Y por más que le quería dar unos chocolates camisa verde relumbrona, no se los podía dar, porque el muy papo de Canutío salía a lestampida con su lenguota y descruzaba lesquina. Y como no pasaba a la misma hora el babosito, nunca lo pudo pescar, porque un día oyó ruidito y cuando asomó la mano ¡tas! se lagarró y le metió ligeriano un chocolate. Peruera la mano diun cartero quesiasustó con contentura y eya se puso bien colorada de vergüenza y le dijo: “Dispense señor, yo creyiva quera un cipote que me saca la lenguas todos los diyas!” Y el carterito se chiquió y le dijo: “Yo no le saco nada niña, sólo le meto. Lestaba metiendo una tarjeta que le viene yegando del Chile”. “¡Ah, gracias!” le dijo, y “perdone, pero cómase el chocolate si quiere”. “Gracias, señorita, lo vuá yevar parel almuerzo”, le dijo, que quizás ni qué almorzar no tenía el pobre y se jué. Y otro diya que la niña estaba echándose flite en los sobacos con un cuento como pájaro que tenía amarrado una naranja diule diuna pita, pasó otra güelta Canutío y liso: “¡Hemm! . . .” con tamaña lenguejuera, y eya le gritó: “Vení lindo!” y Canutío en la virasón que yevaba con zapatiado oyó que le dijo: “¡ Si te agarro te guindo!”; el muy tonto, que tamaña caja de chocolates tenía en su escritorio de polviarse. Y al otro día Canutío venía con miedo currutaco y se paró detrás diun lomo diun señor con cabeza pelona questaba esperando

la camioneta y dijo: "¡Yo voy y liago!" Y cogió vuelgo de valor y siba pasando y se pasó sin animarse y diay se regresó y sempinó y ¡zas! metió la cabeza y sacó tamaña lengua, pero como la niña le bía ponido de frente y cerquitita el espejo, salió gritando porque siabía topado nariz con nariz con una carota bien feya que le sacó un lengüenco y luasustó y no golvió a pasar y siacabuche.

EL CUENTO DEL CANGREJITO DESCARRIADO, PROFUGO DE LAS
CANIYAS, HAMBRIENTO Y DESMEMORIADO
DE LAS ENTENDEDERAS

PUESIESQUE un cangrejito iba por larena dejando su fueya pintada y decía con un gran guante de boxeyo en una mano: “¡Yo le pego una trompada con todas mis juerzas, vaya, en la barriga, vaya y lo nocauto y asaber si no lo fenezco dialtiro! Pero miro que boy dejando mi fueya pintada en la arena y los detertives me van a fotografiar ese cuerpo del delitro. Tengo que regresarme a borrar mis pisadas sigilosas o me yevan a la jeruza singraciamente, chirona jaus”.

Y se regresó por el mismo camino para que no se supiera si bía ido o bía venido y se escondió riéndose en un hoyo-chocoyo y ayá al buen rato sintió hambre de comer y dijo: “¡Soluesto me faltaba, que me atracara el hambre! Si voy al mercado me pueden encumbrar; si dentro en la tienda puede contígeres que me detengan en nombre de la ley; si me incaramo aun paluecoco me resbalo; si me meto en un platanar para desgajar un mi racimo, no es del todito remoto que me señale la justicia y me condenen a cadena perfecta. Mejor me comiera las uñas de cangrejo pero como están crudas y nuai agua hirbiente, me pueden indigestar. Estués lo que se yama un aprieto rudimentario. Tendré que esperar que anochezca la noche y al sólo salir la luna ¡zas!... me escurto sombrero agachado a ver qué pesco por esos basureros alejados de lautoridá y la benedicta pública que castiga a los malvados”.

Y se subió el cueyo del saco y se zampó el sombrero en la mecapalera y ayí se quedó a la sombra de su escondite, un poco tembloroso de mieditis ispiador.

Y cuando ya nuaguantó el hambre fiambre y el chisporroteyo de tripas, salió atrevida, jeróica y valientemente y se dispuso a vender cara la muerte, que niera del.

Y eneso vido que había anochecido la noche y que la luna sestaba poniendo y dijo: “Estamos de suerte, exceptro por esa luna tonta que sólo sianda poniendo y su clarencia puede revelar mi presencia delincuente”.

Y eneso quiso la casualidad de la abería que por motivos tacuscalcos sonara ayí nomasito un pituecuilio. Y el cangrejo descarriado pegó aviada agarrándose los calzones para que no se le cayeran porque no tenía cinchito ni tirantes y se jué a dar en su atolondramiento contra un poste de alambrado que estaba ayí tristoso, coronado despinas y sin jlores y se liso un chindondo en la mecapalera y se paró de cairse sentado un poco domesticado del hocico y dijo: “Aura me pongo a recordar con la mera memoria del cerebelo que yo no tengo por qué andar huyendo y menos agarrándome los calzones, porque ni tengo; además aura recuerdo que por borrar las fueyas digitales de mis pasos ya ni maté al mar del pescozón que liba a dar, porque se me olvidó y además es muy barrigón y es el mero campeón de peso concreto, que le dicen, y a lo mejor me nocauteya a mi irreverentemente”.

Y se sacudió un chacuatete que se le bía parado en el entrecejo y se apretó el cincho con hebiya de ñudito y dijo que la vida era sueño, exceptro el hambre de puro apetito quiandaba y lera fiel y descupió buscando un basural suculento y siacabuche.

EL CUENTO DE MINCHITO CON EL MAR JEDENTINA

PUESIESQUE Minchito tenía cuatro años y un cepiyo en la frente que se lo peinaban con peinefino, y lo yevaron al mar para que lo conociera y cuando lo vio dijo: “¡Qué colchonote celeste y se le está saliendo el algodón!...” El muy tonto quera lespuma de los tumbos. Y le dijeron: “Siesa es agua, Minchito...” “¿Y onde está el chorro?” preguntó. Y se rieron sus mamaes y le dieron un beso, como siera una gran cosa lo que dijo. Y cuando lo yevaron a la playa para bañarse en calzoncito verde dijo que lo vaciaran y que se lo golvieran a yenar porque unos chuchos siabían estado bañando antes. Y eneso vio un canegüe quiba virado de lado y pegó un grito y se jué abrazar de las caniyas peludas de su mamá y le dijo: “¡Mamayita, mamayita; ai pasó una jabonera brincando!” “¡Queseso!” le dijo la mamá “¡Algún cangrejito que viste!”. Y entonces se jue caminando por la playona con un güacalito y eneso una olita sacó un pescado que se quedó en seco saltando y Minchito golvió pegar aviada onde su mamá y le dijo yorando e miedo: “¡Ai mamá, un cuchiyo salió tirándome patadas!” “¡Que-seso!” le dijo la mamá “¡Alguna hoja quiba en el viento!”. Y entonces vio Minchito quiba apareciendo un vapor ayá lejos y se le quedó mirando con los ojos pelados y le dijo a su mamá: “¡Mamayita, la cocina e la casa se vino detrás, miere!” “Siese es vapor” le dijo su mamá, entonces Minchito se jué a jugar y al rato regresó otragüelta corriendo onde su mamá y le dijo: “¡Mamayita, mamayita, viera, el mar mestaba haciendo así con la mano!” “¿Cómo?” le dijo la mamá “Así, y me queriya comer la caniya siguiéndome por la arena y como no pudo alcanzarme se regresó riéndose y diciendo: *Pero te vuá agarrar, pero te vuá agarrar*, y mejor los vamos porque también mucho jiede a sudor. Y la mamá le dijo que ya liba ir gustando y que no juera tonto y como eneso reventó un tumbo grandote, Minchito siasustó y dijo: “¡Oiga, mamayita, ya se quebró, ajaja!...” y lo chinieron por miedoso y siacabuche.

EL CUENTO DEL SEÑOR QUE PATIO LA BOLEJABON EN EL ANDEN

PUESIESQUE Cachíñirbe y Tortajiota dijeron: “¡Hagamos bombas de jabón por carrizo!” “¡Sí!” dijeron y jueron a la cocina y en un guacalito hicieron espumesapo con una bolejabón que siayaron en el lavadero. Y diay se jueron a la caye onde se viera la chulencia quiban a tirar y se sentaron en el andén y pusieron el guacalito en un hoyito y la bola en una laja y dijeron: “Ojalá que no vengan chuchitos y creyan questa bolejabón es coyol en miel, como en Corpus, y se la vuelen y luego salgan tirando patadas todos envenenados”. Y metieron los canutos de papaya en el espumal y ¡tas! soplaron y no salió nada, sólo unas escupidas de cuilio aburrido, y diay los volvieron a meter y les vieron el ojo a ver si tenían catarata de vidrio y tenían y los soplaron y entonces jueron saliendo primerito un tecomatío de vidrio; descués tres chirolitos se dejaron ir de deslissadas encima de la chirolita grande denmedio y se quedaron agarradas de la mano al yegar abajo, en lo colgando, y diay asaber onde sescondieron y como Tortajiota siguió soplando la grande se engordó y siba engordando, riéndose y se puso una camisa de seda color celeste con listones de marfir y diay se puso a dar güeltecitas como para que la viera bien el sastre, jumándose un cigarrito que el humo salía haciendo dibujos de palmeritas y se puso un chalequito conchanaquer de bolsas coloradas y en el hojal un prendedor de muñequito quera un pulicía y era uno de verdá questaba deveritas en la esquina de la caye, traficando los artomóviles y que se espejiaba en la bomba chiquirristito, que ni miedo daba dese tamaño. Y entonces vino un soplido de aigre y se soltó la chulidad de bomba y cuando se vio solita en el precipiso del viento encogió el estómago de puro mieditis currutaquis pronobis y miró paratodos lados y dando güeltas para desenredarse de los vestidos de seda, sin poder, con los pañuelitos multicotorros haciendo así en el sol y en

vez de bajar al suelo iba subiendo y pasó choyando una varanda de una ventana que ¡simás!... se destripa, ¡por un pelito!... y hizo: “¡ay!”, y pasó entre cinco alambres telegráfiqúes sin siquiera tocar uno solo y jué a dar con la frente en un papel gayardete festival, pero no se reventó, sólo siso un chindondo que niera hondo sino que al cóntraris fucilis, era puyudo como todos los chindondos quiuno siace. Y entonce salió la gran preciosura de la bombíta al campuabierto, onde estaba ya liberal y sin peligro de atropayos y sólo el cielo que ni era peligroso, porque ¡ish! taba bien alto. Pero quiso la casualidencia, desgraciada del destino de la suerte perra que le dicen, y la malestreya de la fatalidad del tuerce, que se atravesó un zope funesto que no mira ondianda poniendo las patas el grosero y le dio: ¡¡rán!! con lala piojosa y la pobre bomba reventó: ¡¡pon!! más duro quiuna bomba de carrozas de la fiesta, y ¡qué! siera que en el mismo irstante, un señor gordo quiba saludando con el sombrero a unas niñas, patió la bolejabón que tenían en el andén y se jué de culumbrón pegando un terrible nalgazo en el suelo y quebró el bastón, un reló, el sombrero de paja y un cuenterete que yevaba guardado por dentro y que dijeron quera un gomoplata de güeso y quiba costar que soldata. Y yegó un gentiyal de gente a pepenar al señor gordo y se lo yevaban y Cachiñirbe y Tortajiotá iban detrás rempujando la gente y bien ¡juriosos diciendo: “¡Ese señor se yeva la bola prendida en un zapato! ¡Queremos la bola, mañosos amontonados!” y les dieron unos coscorrones y jalones diorejas hasta que se quedaron y siacabuche.

EL CUENTO DE LOS DIABLOS COSTALUDOS, LA PELOTERA, LA MOJAZON Y LESTAMPIDA

PUESIESQUE taba yoviendo agua y entonce dijeron Canuto y Popoquite: “Juguemos de diablo enconstalado”; “¡Sí!”, dijeron y jueron a la tienda de su tía Monchita y se sacaron escondidas dos costalitos y con unas tijeras ¡tas! le abrieron un ojo a uno y ¡tas!, le abrieron el otro ojo y “¡tas!” al otro y “¡tas!”... y dijeron: “No liabramos boca, porque para qué, porque sioye bien. Y se chuloniaron todos y se metieron los sacos en la cabeza y miraron por los juracos y entonce miraron que miraban bien y dijeron: “¡Monós por la cayes del pueblo y vamos a la iglesia!” y se jueron debajo del aguacero por enmedio del empedrado haciendo así los charcos, con los pieses y como los sacos bían tenido azúcar iban bien pegajosos.

Entonce Popoquite iba detrás y vio por los juracos del saco que se le miraba a Canuto todo el sisiflite pelón y le dijo: “¡Tapate el jundío con las manos porque aistá la niña Carmen en la ventana de su casa y te va a ver!” Y Canuto le dijo: “No liace; como no se me mira la cara no me da vergüenza”. Entonce le dijo Popoquite: “Sí, pero puede creer que sos yo” y siguieron caminando y la niña Carmen se les quedó mirando y entonce les dio vergüenza debajo del costal y Canuto se tapó con una mano adelante y con otra mano atrás y pasó como quiba corriendo a cabayo, y entonce Popoquite se safó el costal para que lo viera la niña Carmen y le dijo: “Mire niña Carmen yo no soy aquel que se le va viendo el jundío!” y la niña Carmen se tapó la nariz y le dijo: “¡Tápate muchacho insolente!” y entonce salió corriendo Popoquite porque no siabía fijado que al quitarse el saco se bía quedado en pelota y siacabuche.

EL CUENTO DE PONCHE Y CHICUETE QUE SOÑABAN DE JUGUETE CON EL CHUCHO CICLISTA QUE SOÑABA DEVERITAS

PUESIESQUE “¡Durmamos!” dijeron y se acostaron con los ojos bien apretados y algo e risa en una punta de la boca, “y que vos hablabas tu sueño y yo el mío, y el chucho como es chucho, que no decía nada”. Y el chucho taba también conejos debajo de una mesa pero él sí taba bien dormido y unque no decía nada bien se miraba quiba en bicicleta soñando y daba unos pitidos de ladrido en las esquinas “¡guay, guay, guay!”. Y entonce Ponche habló su sueño primero y dijo: “Ando en un patín por un vientarrón azucarado color colochó, y meviene sandiniando un chucho con tamaña rabia en la boca caye”.

“Y a mí” dijo Chicuete, “miando subiendo en una torre rojita de puro chocolate como la torre de “no patiés” ques inclinada en las tarjetas postales de París, Roma y Retaluleyo”.

“¡Perate!”, le dijo Ponche: “Yo me saludé con un eskimo-pie que estaba pescando y bayenas en un hoyo del hielo y le dije: Saluten mea culpa al tutifrutí del paíse de manchucón que se guevió el Japón” y se sonrió y me dijo: «¡Ya te vuá yevar al colegio juepuerca quiandas capiando!» y miso así el ojo y apareció un letrero detrás de un témpane de minuta que decía “Agrora bo-rial” como siera un turco diciendo “ahora por un rial” y después apareció unos dos ratoncitos blancos desnudos con un letrerito que decía: «¡Viva Méjico!» y ¡tas! pasó volando un pájaro serrucho”. . . Y Chicuete le dijo: “Cayate tonto, que voy en gondole por una cluaquita y dende la oriya me saludan con sus boleros los termómetros del país de la jiebre y hay una olorazón a queso flandís con gusanos y un chino está sentado en un plato de china, y, y, y. . .” “¡Ya no hayás ni qué decir!” le dijo Ponche, “deja que te siga mi sueño”. “¡No!” dijo Chicuete, “¡ya miaburriste que ni se entiende lo que soñás!” “¡Pues ya!” le dijo Ponche “¡quizá soy como vos que sólo tonteras decís!” . . . Y se agarraron a la lucha y despertó el chucho y salió huyendo y pitando duro y siacabuche.

EL CUENTO DEL LOCO CUARTIYERO, MECHUDO DEL PELO, QUE
DECIA TONTERIAS Y SE MORDIA LOS DIENTES CON LA MANO

PUESIESQUE el loco Pujagua andaba buscando cises en el empedrado de la caye, con tamaña cabezota mechuda, y iba despacito pelando los ojos sin hayar. Entonces Metileno y Julio Julianito que bían salido de l'escuela se bajaron del andén y le preguntaron haciendo así los ojos por el sol: "¿Quianda buscando?" Y el loco se riyó color de melcocha y les dijo: "Los cuisés que se le cayeron a don Miguel". Y entonce Metileno y Julio Julianito se fueron buscando con él y no hayaban más que hormigas. Entonce le dijo Julianito al loco Pujagua: "¿Y cuándo se le cayeron?" Y el loco Pujagua se volvió a rir amariyo y le dijo: "Dende el Santuentierro cuando Regalado era el obispo". Entonce le dijo Metileno a Julio Julianito: "Nos ta tirando; jeso hace un pencazo diaños que jué! monós". "¡Peráte!" le dijo Julio Julianito, "a ver si sihaya algo". Entonces Metileno le dijo: "Ai quedate con ese loco prororoco, asoliándote, yo tengo hambre". Y se jué. Entonce al rato diandar por la caye le dijo Julio Julianito al loco Pujagua: "¡Ni sihaya nada, ya se los yevó el aguacero!" Entonce el loco se mordió la palmelamano y le dijo gritando y tirando patadas en el aigre: "¡Maldito, maldito, cabsa vos ya miorinó la luna toda mi sombría!" y bufaba contra las paredes y Julio Julianito peló los ojos y salió a la carrera bien amariyo y siacabuche.

EL CUENTO DEL LORO ANTIPARRAS QUE HABLABA POR LA BOCA

PUESIESQUE la señora Bonsiniata tenía una tiendita con chorizos, salporas, escobas, jarriyas, lazos, majonchos, cucarachas, unos gatos dormidos y un loro en una estaca (pero parado arriba, no ensartado). Y el loro no lo vendía sino que lo tenía para platicarle tonteras cuando no yegaban viejas a comprar. Y el loro se yamaba bien feyo porque le decían Eroses Antiparras, asaber por qué. Y se sonaba en un pilar porque no tenía pañuelo, y va de meniarse el hijuepuerca que no sestaba quieto y diciendo siempre: “¡Te corté la cabeza Juancho baboso, te corté la cabeza, bautísmame por ofeta maladito!” y otras tonteras como: “¡Qué achorcholado estás lorito! ¿Estás costtipado? Le gua pedir a San Danguero que miaga el milagro de que te cure; ¡ay sí! . . .” O sinó: “¡Gordo estoy de la barriga, de tanto mascar la miga!” O decía: “¡Este catarro luagarro, que no se me escurra, quiero la perra y la burra parirme para Igalaterra! ¿Qué ya comenzó la guerra, lorita? ¡Urra!” Y otras estupidencias más malcriadas que lenseñaba la señá Bonsiniata. Y un diya yegó un limosnero a comprar limosnas y dijo cantando: “El Señor poderoso alumine los corazones cristianos para socorrer al pobre desvalijado que peregrino por los senderos del mundo terereré, terererá, terererundo pando, que no sé qué, que no sé cuando. . .” Y el loro se guindó cabeza bajo y le dijo: “¿Qué dicen las olas rompiéndose asolas? En riesos peñascos, murmurran a Dios”. “¡Adiós señora!” le dijo el mendigo bien humirde creyendo que le decían adiós. Y ya se iba pero le dijo el loro: “¡Vuelva, vuelva cabayero y escoja la quiusté quiera!” Y bien contento se golvió el limosnero y sestaba yevando las carambadas de la tienda, cuandueneso yegó la señá Bonsiniata y le dio con una tranca en la manó y le dijo: “¡Agusivo, no te robés mis carajadas!” Y el pobre salió hu-yendo bien asustado con su trancazo, echando mardiciones con cruz y el loro sólo se riyó, se limpió el pilar en la nariz y dijo: “¡Mi tierra Jocotenango, José María se yamaba el jraile, le toco un tango para que baile!” Y como la señora Bonsiniata andaba brava le sampó una nalgada en la cabeza con toda su alma y el loro hizo: “¡Guach!” y se sisiflitió del susto y siacabuche.

EL CUENTO DE LA MULA MORIDA QUE CREYO QUESTABA VIVA Y ESTABA TONTA LA POGRE ALMITA MATERE

PUESIESQUE una pobre mula morida de una su herida que le dieron gratis en el occipucio y se ingangrenó todopoderosamente sin remedio ni curación posible, asigún aqueyas gentes pícaras que ni la curaron porque dijeron: "De todos modos ni aguanta ya con la carga y sólo come, se riye de noche desvelando, y ni tiene hijos porque es brigida del vientre.

Y cuando eran ayá como las tres de la mañana (ques cuando es más noche) la pobre se emboló de un su desmayo quera la hora de entregar a cada cual lo suyo: a Dios su alma ecuestre y a los zopes su cacastre pedestre, dicho seya sin ofensas ofensivas porque todo es deste mundo perro.

Pero como quizá Dios estaba distraído en sus meditaciones celestiales la alma de la mula se paró en cuatro patas (porque para pararse en dos patas taba muy anémica todavía) y se riyó contenta haciendo trepidar con su risa las árpas óleas, no como antes que trepidaban los tambores del ecochueco. Y cuando percató su triste calabre tendido largo a largo junto al cercuepiegras dijo compadecida con triste sonrisa de cuero: "¡Umm... que pobre bestia quiá venido a morir a mis plantas por asociación de ideyas. Pensar que hay seres rumiantes tan desajortunados que no tienen ni petate en qué cáir muertos!"...

Eneso voltió a ver a lizquierda (ques la derecha en esas regiones ultratúbicas) y vido primero con naturaliembre, después con asombro y después con verdadero espanto culinario, quiba pasando muy distraída una burra con ocho patas y cinco orejas (una deyas era nada menos y cuntimás quiauna oreja de jarriya). Y en su desconcertación inminente se dijo: "¿Cómo es posible que descurran con toda naturalidad burras de tanta pata y oreja y yo esté despierta de los ojos y en mis cinco sentidos y mis cuatro cascos?"

Y ya liba a palmotear a la burra para hacerle un interrogatorio pertinente, cuando vido que la burra liba voltiendo a ver con antiojos ahumados, sonrisa amariya y jumando puro:

“¡Esta nués conmigo!” gritó con el estómago.

Pero era con eya. Y cuando se quedó mirando su propio pecho vio quera trasparente y que su corazón era un gran sapo que se desinflaba y se inflaba con sonrisa inefable en los carriyos.

“¡¡Esta nués conmigo!!” golvió a decir. Pero era con eya.

Salió a la estampida cuando se reconoció en el tumulto de güesos questaba morido a sus plantas y porque ya jedía decorativamente y los zopes comenzaban a tirarse de las ramas de un guayabo para ir a averiguar quién anda dejando tonteras al descuido enmedio de la vía pública. Entonce al darse un trompezón en una macoya de lirios la mula continuó continuando por el espacio del aire al trote y sin patacán y dijo de súbito inesperadamente: “¡Chis, candiles, sinues tan mala la dejunción que se diga, cuando uno zarpa viento en popa a toda vela hacia las riquísimas praderas de los campos eliseyos, que les dicen!” Y se saludó eya sola sonriente y militar bien güeca, porque sólo era el julón del alma matere. . . y siacabuche.

EL CUENTO DEL DESPEJISMO TERMINO MEDIO CASI IMPOSIBLE
DE DESCRIBIR PERO QUE PERMANECE EN LA FOTOGRAFIYA DE
LA MEMORIA DE MODO INDELEBILE

PUESIESQUE Lolo y Chilo se vislumbraron deslumbrados de las cejas un despejismo en un playón y disque se miraba una lagunita diacufís haciendo así el peyejo de pura plata, onde lihacía cosquiyas el sol y diajuste una niña en pelota quiba a bañarse con guacalito, pashte, jundío y todo. Pero todo era puritita güáshquila porque no bía ni laguna ni la gotra, sólo un arenal con algo de mozotes y unas malcriadezas de boteya quebrada y kakevaka seca de vaca gorda. Y la niña andaba el pelo suelto, pero no se liva porque lo tenía enraizado en la moyera y daba pasitos tembeleques y metiya la pata en lagua para ver sistaba helada y como estaba, quizás, levantaba los brazos como alas de poyo, aletiendo desclumadas. Y el sol era la pura megambreya tonatiú, de juerte, quihasta chiporrotiaba respingando porque eran las meras doce ocloque del equinorsio, cuarentinueve grados, centrifugos farenjeta, como dice el maishtro Gabino.

Y Lolo y Chilo taban magiados de asombro mirando el jenómeno natural, que no era tanto el salvo las partes de la sirena tropical sinó el despejismo ilusorio producido por la refrigeración del vapor diagua en la transtuesfera caliente del arenal puramente giológico.

Y en un resoplido que pegó la brisa ya en las últimas boquiadas quizá menió los espejos invisibles porque, como en puro cine, parlante en colores, la bañista los voltio a ver y les gritó: “¡Cipotíos curiosos de la nuca, ya van a ver, ya le buir a decir a sus mamás que me están ispiando desafortadamente. Esta clase de despejismos no son artos para menores!”

Y ya liban a contestar apenados cuando les gritó haciendo así el guacal: “¡No contesten, cipotes tontos, siesto es pura aparición de mentiras, pelen las pepitas aura que pueden que si no ya nuai cuando!”

Y se riyeron bien contentos con dientes de pottío y se tiraron un puyón caduno en la barriga con la mano como daga maliciosamente pero felices porque ellos sólo merban una quiotra lavandera prieta restregándose con peine-mico y generalmente neishna del lomo y anciana por calcañadidura.

Pero quiso el tuerce de la suerte perra que una nube descarriada se viniera a zampar entre el sol y la laguna y todo se destiñó incontinenti y cuando jue-ron corriendo a ver, sólo hayaron un chiribiscal caliente, los jundíos de boteya y unas fueyas de paso, pero no de la niña, sino dialguna culebra de cuerpo entero. Y dijeron: “¡Qué vaina deste mundo rial!” y se jue-ron a beber agua a un ranchito zapito questaba currucado mirando para allá y siacabuche.

EL CUENTO DE LA NIÑA BAÑADA QUE LES TOCO LA TRAGUIATA POR ASUSTAR

PUESIESQUE una niña era bien bonita, catrincita, taconalto y regalaba dulces con los dientes pelados en una ventana de jierro, y diayí se miraban: un chuchón echado con orejas sin güeso (porque las tenía aguadas y colgando); una alfombra diun payís que tiene nombre cochino; un piano, pero no de tocarse con cigüeña de auto, sinó que de tocarse con las uñas y aniyos puestos, parecido a unos que tienen una ventanita enmedio por onde se ve questá yoviendo cuando suena y que suenan solos a veces; pero menos arrechito; un espejón qués de puerta entera y que da a un cuarto onde hay los mismos mebles y la misma niña con el mismo chuchó sólo quialrevés; unos siyones que al sentarse uno con las nalgas siapachan como cachetes de gente gorda y suspiran; unas cortinas de jlores, que ni son cortinas porque son bien largas delalto de las puertonas y que tienen cinchito la pura mar y sus cónchares nácares, y un racimo de luces colgado del techo que tiene jormas de jlores y electricidá bien cara. Y la niña andaba siempre bien olorosa y bañada, tapada con Kita-mona japonés de flores y mariposas de colores y cuando regalaba dulces decía: ¿Os gustan los dulces? No comáis mais demasiados que podéis entrapar un dolorico de estómago”, porque hablaba una lengua parecida al español y que le dicen casteyanos. Y liba dando un caramelo a caduno con los dedos tiesos y las uñas postizas de color colorado. Pero los dientes eran blancos y de verdá y los ojos también porque se reyíyan y le relampaguiaban y debe haber dado besitos, pero como había balcón de jierro... ¡asaber!... Y la Bimba le dijo un día: “¿Qué para tocar quiere el piano?” “¡Claro!” le dijo eya, “¿pues que te imaginabas que lo tenía para asustar las ratas?” “¿Y por qué no nos toca la cucaracha?” le dijo entonces la Domintila. “¿Os voy a tocar la Triagata”

dijo y destapó el labio diarriba del piano que peló tamaños dientes y se sentó a la ruedita diabajo del jundío y empezó a pegarle tarascadas al piano quiasta risa les dio a los mirones de la ventana y liacía como bicicleta con las patas y era un ruidal del diablo, y por estar viendo en su cuaderno de chimbolitos que tenía enfrente se liolvidó que estaban mirando y se zocó después a cantar como gayina quiacía! “Cocaquicacucaquicacó!” y jueron las risadas y la carrera que pegaron todos y siacabuche.

EL CUENTO DEL TAMBOR EMBRUJADO QUE SE SONABA SIN PAÑUELO

PUESIESQUE ño Nayo tenía un tambor de dos cachetes, que decía quera hecho de barriga de músico gordo y que unos manchones prietíos eran el umbligo que como yastaba estirado no se sentía con hoyito y el tambor decía de un lado: “¡Con, con, con!” y del otro “¡pec, pec, pec!” y tenía tirantes como los turcos, sólo que de cueruecuche, y le bían pintado en el lomo: primero un pato voltiando a ver con los ojos cerrados; más ayá unos indios hincados rezándole a una virgencita prieta unas palabras que decían: “Virgen de los Remedios, salvalos de tu reino te yenaste de grasa del resplandor de nuestro señor escontigo questá sentado gratis en la diestra miraculosa de dios padre, rodiado de uno quera ubín y un serafir, amén”. Y todo el letrado salía de las bocas de los jinchos, y daba la vuelta al rendedor del tambor. Y bía pintado una jlor sin olor, y un caracor, y una culebra chinchintor, y otras carambadas de difícil recordación auditiva. Y la Cuica con la Tulia lo jueron a sonar, sin pañuelo, sinó que con la rodiyita del dedo señalador, ques el que le sirve a la gente para puyar los gatos questán dormidos en las ventanas, al pasar. Y cuando el tambor habló lo alcanzó a oír ño Nayo y se vino a ver quera. Y entonces hayó a la Cuica leyendo el misterio y a la Tulia poniendo el oído, y les dijo: “¿Qué les encanta mi tambor?” “Sí”, le dijeron eyas con algo de pena y un poco de güergüenza risosa. “¿Y por qué les gusta?”, les dijo ño Nayo. “Porque es gordito, cachetinchado y suena al hacerle cariño”, le dijeron. “Es qués diondacorta” les dijo ño Nayo secándose las manos en un pedazo de tuaya shuca. “¿Y qué no le duele la muela? le preguntó la Cuica. “No porque es brujo mi tambor” les dijo ño Nayo y lo sonó con un palo cabezón y el tambor ladró duro. “¿Y para qué sirven los muñecos que tiene en el cincho?” le preguntó la Tulia. “¡Ah!” le dijo el viejito, ¡pues aishtá el fusible verigüel

con papas, y el secreto!". ¿Y qué son secretos de tocador, pué?" le preguntaron. "¡Porsupuesto que desdeluego comonó!" les dijo ño Nayo, "son secretos de tocador porque son al sacar son, y es tocador al tocarlo con el boliyo". "El boliyo es usté questá bolo!" le gritaron y salieron corriendo agarradas de la mano y siacabuche.

EL CUENTO DE LA LUCITA MISTERIOSA, EL TESORO, EL PIRATA Y EL TONTO DERROCHANTE

PUESIESQUE en el traspatio de Güirini salía de noche una lucita amariya en un rincón y un día que la miraron Güirini, Lengüeta, la Marilisa, la Rute, Colín, Pujugato, la Pirula y Neneto, salieron a la carrera y yegaron onde estaba Grumensindo, el criado y le dijeron: “¡Vieras Grumesindo, ayí en el traspatio en un rinconcito de la galera se ve una lucita que tastaseya y camina como trompo!” “¡A la barcaila somalilanda!” les dijo lavando una boteya. “¡Ese seguridá ques tesoro enterrado por algun diunto que se murió!” “¡Uy!” dijeron todos y golvieron ir a ispiar y al rato yegó Grumensindo a ispiar también y le dijeron bien ronco: “¡Ayastá, mirá!” y estaba haciendo así la lucita comucnano que siacurruca y se para, siacurruca y se para y les dijo Grumesindo: “De fijo que si nues un osorio de güesamenta, es guaca de puro pisto macaco, de los quenterraban los viejitos denantes cuando siban destiñendo y no querían gastar su pisto ni dárselo a sus parientes”. Y se jué a lavar más boteyas. Entonces Güirini yamó a su chuchó Pirata y lenseñó la lucita y el Pirata hizo: “¡Guán, guán!” y sin miedo a los espantos se jué a rascar en el suelo onde salía la claridá. “¡Es tesoro!” dijo Güirini, porque como Pirata es pirata sabe deso y ya lo vamos a sacar mañana con luz ayí onde hizo el hoyito y por lo menos son mil miyones de pesos que nos tocan a caduno. Y se jueron contentos hablando de lo quiban a comprar, y dijo Güirini: “Yo con mis mil miyones vuá comprar setentidós agrioplanos de todos colores y con zumba; una casita con sólo ventanas y sin puertas, enladriyado dioro y tres pares de zapatos”. “Yo no” dijo Lengüeta. “Yo vuá comprar con mis mil miyones: un rijlito e viento para cuanduaga calor, cuis de conserva blanca, una cadenechucho para cuando tenga uno que se yame *Chacuatete* y lo que me sobre lo vuá echar en una arcancia de librito”. “Y yo” dijo la Rute,

“con mis mil miyones vuá comprar un espejito, colorete cuete, tacones altos, un cinchito relámpago, un dientedioro, medias con pelitos rubios como los diuna gringuita turista y unas chachamas de seda para dormir vestida diombre y con perjúmene”. “¡Qué cochina!” le dijeron y la Marilisa dijo: “Yo, con mis mil miyones vuá comprar: una rueda de cabayitos cuadrada y con jirafas; unos antiojos onde se mire todo cerquita y nuesté; unas zapatiyas de cuerda para no dar pasos; un dulce que se chupe y se chupe y se chupe y no siacabuche nunca; una sombriya de cristal y un paragües de terciopelo con musiquita”. “Yo” dijo Colín “vuá comprar una tortuga que tenga caparacho de cabcho, relumbroso, con oriya dioro; una pistolita que tire serpentinas para asustar ladrones y rateros que no les anden quitando las ratas a los gatos; y además un gran telescopo para mirar todas las estreyas del cine sin pagar”. “Yo no” dijo la Pirula, “yo vuá comprar con mis mil miyones un montonis de nubes para dormir encima y para comer con cuchara; un espejo onde se mire uno, y salga un destornudo corriendo y un letterito que diga “No me mires, no me mires, cara de gato levudo, porque cuando pindo pando miras, me tiro un destornudo”. “¡Qué papa!” dijeron todos riéndose, y Neneto dijo: “Yo guá complal con los mil miones, un montonal de pisto pala cegalal a los limozneros el sábado, y vuá id yenal las cajitas de hoyito de las iglesias y vuá yamad un puñalal de ladlones shucos y los vuá vestid con fraque y bolearito pada que no les digan nada cuando anden jugando de lobar pisto y diay guá salid codiendo con un costalón de biyetes y los vuir pegando en las esquinas de las casas y me subo un aidoplano y tiro desde adiba los biyetes cuetes que caigan haciendo así”. “¡Qué derrochante!” dijeron y se jueron a dormir para ver si siquiera soñaban quera cierto y siacabuche.

EL CUENTO DE GORRO GORRITO Y GORRO GORRION CON LA TROMPETA Y EL CAJON

PUESIESQUE bía una tuaya colgada y ¡chas! pasaba uno y se limpiaba y ¡chas! pasaba otro y se limpiaba, y liban dejando toda chuca, la pobre tuaya, hasta que eneso yegó la señora Cirila que tenía un lunar de pelotía en la quijada y otro en el mero lomo de la petaca y un gato, ¡ah!, y unos periquitos verdes comiendo masa desa que le sacan a las piedras de tanto restregarlas. Puesí:... y yegó y dijo: “¡Jm, estos desgraciados que se limpeyan en la tuaya de don Evenor!” y diún jalón se le yevó. Entonces Moncho y Lolo la siguieron y eya tiró la tuaya en la ropasucia y se metió al común. Entonces eyos yegaron al cajón y caduno agarró su trapo y salió en virasón y Moncho yevaba uno quera una media y Lolo uno quera un calzón de vieja y se jueron al patio y hicieron un gorro de media y un gorro de calzón para jugar de día e los reyes; se aliniaron todos en jila los dos y Moncho con una trompeta del embudo e la leche y Lolo con un cajón iban marchando y tocando un valse ligerito por el corredor hasta que los vio la señora Cirila y les gritó: “¡Avemariapurísima, queso, la media entera de su mamá lan partido por la mitá estos indesuelos del diablo y los calzones de la niña Pacita; bandidos, insurretos, groseros, con esos trapos en la cabeza, ¿qué no ven que están bien puercos y jediondos de puro desaseyo?” y se jaló el pelo de contenta y siacabuche.

EL CUENTO DE LA TITILA Y LA CAMUCHA QUE ANDABAN MIRANDO EL PULICIA DE LESQUINA

PUESIESQUE la Titila y la Camucha dijeron quiban a ver al pulicía y se jue-ron, y el pulicía estaba parado en lesquina y eyas agarradas de la mano se pusieron a mirarlo y a dar güeltas alrededor. Y dijo la Camucha: “¡Ve, qué bonito el pulicía!”, y la Titila dijo: “¡Qué chula la lapidita de hierro que lián punido en la chaquetía que dice 49!”. “¡Tonta!” le dijo la Camucha “siés un corazoncito de plata para adorno”. Y siguieron dándole la güelta agarradas diun dedo, y el pulicía taba bien azorrado haciendo como que miraba para todos lados. Y le dijo la Camucha: “¡Uy, qué feyo el garrote, parece chorizo!” Y la Titila le dijo: “Pero a mí me gusta el cinchito porque tiene un descudo en leviya y porque anda una pistolita colgada con tubos y todo”.

“¡Eeee!” le dijo la Camucha, “pero el calzón no me gusta, porque ta todo remendado del jundío con hilera diotro color”.

“Ni a mí me gusta el bigote”, dijo la Titila “porque parece cepiyo e zapatos”. Entonce el pulicía se les quedó mirando bien jurioso y les dijo:

“¡Vaya, muchachitas, sigan su camino si no quieren que me las yeve; sólo andan irrespetando lautoridá!”. Y les sonó el zapato en el andén y eyas se fueron iyendo despacito, voltiándolo a ver y cuando iban lejitos le dijeron: “¡Cuilio vestido!” y salieron a la carrera y siacabuche.

EL CUENTO DE LA LUNA DE MIEL Y EL BESOTE

PUESIESQUE Moflete y Masiluanga pasaron por una ventana de unos recién casados y se pusieron a ispiar por el balcón detrás de las cortinas de encajes y le dijo Mofe: “¿Onde bran dejado la lunemiel?”, y le dijo Masi: “Ya se la han de haber comido las moscas”. “¡No sias bruto, la lunemiel se la comen eyos!” Entonces salió una carota por el vidrio y hizo la boca como hablando en cine mudo, pero bien jurioso y Mofe y Masi le hicieron una mueca bien feya con saliva y salieron corriendo. Entonces se abrieron las ventanas y salió una cara con bigote y una cara con achote, de mujer. Y miraron para la esquina y se hablaron y volvieron a mirar y se hablaron, y ¡pan! cerraron. Entonces se regresaron Mofe y Masi y ¡tas” ispiaron lijerito y se estaban dando un besote junto a un camastrón y les gritaron: “¡Cochinos, con miel!” y salieron a lestampida a cair en los brazos de un cuilio que venía descruzando y que les dijo: “¿Por qué van corriendo?”. “Es que está muy caliente el suelo”, le dijeron, y los soltó, y siacabuche.

EL CUENTO DEL MISTERIOSO BARRIGANTE QUIASABER QUERA Y QUE SE SUPO POR FREGAR

PUESIESQUE Cususapo tenía un precioso barrigante farolero que se abría como naipe barajado, se enchutaba en la invisibilidad o se desperezaba gatiado como vosteando con grito. Y un diya dijo: "Yo soy un pobrecito descamisado diambre y lo vuá empeñar al barrigante para poder comer". Y se jué con él y le dijo a un don Braulio que tenía un mesonsito bien chiquito, que quizá ni mesón era sino mesita: "Don Braulio: ¿en cuánto me empeña un barrigante que aquí traigo envolvido?". "Yo no sé ni nadie sabe qués eso de barrigante" le dijo el viejito. "Pue es" le dijo Cususapo, "un barrigante farolero que siabre naipiado, siacurruca y se culumpia, suspira diamores, eruta sin malcriadesa, se enchuta en la invisibilidad y se despereza gatiado". "¡A la gran flauta!", le dijo el viejito rascándose el homoplato de la nalga. "¿Y qué carambada es, pués?". . . "Si la quiere ver se la mostro", le dijo Cususapo. "Enseña" le dijo don Braulio, y entonce Cususapo sacó el paquete y lo desperiodicó en un dos por tres, y entonces el viejito entendió y le dijo: "Ya sé: es un acordeón". "¡Seguris!", le dijo Cususapo "un acordeón que también le dicen bandomión: pero como es mismamente una barriga respirando como cuando los bolos están dormidos y la panza pelada, por eso le dicen barrigante. Farolero es porque parece farol chino desos de papel con colores; que siabre naipiado porque al abrirlo así, se barajeya chiyón: ¡tororerí! . . .; siacurruca y se culumpia así: ¡tororeró! . . .; suspira diamores: ¡uriratiú! . . . eruta; ¡foc! . . . sin malcriadesa; se enchuta en la invisibilidad porque al afrentarse se hace chiquitiyo; y se despereza gatiado, porque arqueya el lomo y sestira". "¡A la gran flauta, con el acordeón!" le dijo don Braulio "¿y cuánto querés por él?". "Nuestamos diacuerdo" le dijo Cususapo "y ya no luempañé porque ya miarrepentí al decir sus graciosiencias del pobrecito, y además que va yorar mi barrigante encantador" y dio la güelta y siacabuche.

EL CUENTO DEL TREN DIVIERTA QUE ASUSTABA POR LA PUERTA

PUESIESQUE Cuilio Terciopelo y Tuntunito se hayaron una carterita con tres colones, de pura suerte en la bolsa de un saco que estaba colgado en un comedor de porayá y dijeron: “¡Gastémolo en ir en el tren!” Y se jueron a una estación y compraron pasaje para la otra estación de más ayá. Y entonce les dieron unos tiquetes bien chulos con una banda colorada terciada en el pecho y un hoyito para colgárselo del ojal. Y dijeron: “¡Qué chulencia de tiquetes!” y Cuilio Terciopelo le dijo a Tuntunito: “¡Están bien nuevitos, y eso que dicen que son de segunda!” “Sí” le dijo Tuntunito, “si fueran de segunda mano tarían chucos de la camisa”. Y salió el tren con un pitido y tocando campana. Y Cuilio Terciopelo iba muertuerisa juntua una ventanita y Tuntunito asustado con los ojos porque vio que las cosas iban patinando como si las bían puesto en un suelo enjabonado. Y diay oyeron que el tren iba diciendo: “¡Choco flojo, choco flojo!” y descués “¡Sitiapacho te machuco, sitiapacho te machucho!” Y ya más allá que alijeró sólo decía: “¡Monós, monós, monós!”. Y se miraba por el balconcito un montón de casitas nadando y unos cerritos que estaban jugando carrucel en un gran discote de fológrafo. Y le dijo Tuntunito a Terciopelo: “¡Yo creyo queste tren yeva güaro, porque mestoy embolando!”. “No siás animal” le dijo Cuilio, “lo que yeva es virasón!” Y se rieron y siacabuche.

EL CUENTO ESPANTOSO QUE NISIACABO

PUESIESQUE la Martía les dijo a la Lucha y a la Chifanía: “Contemos caduna un cuento de miedo” “¡Sí!” dijeron, “contá primero vos” le dijeron. “Güeno” dijo: “Puesiesque en un cuarterón oscuro tenía una señora un cofrón con yaves quiacían: “¡tilín!” y que cuando se levantaba la tapadera hacía: “¡cuij!” y un día quera de noche dentro un loco sin mirada con ojos así y las manos como cuicas, vestido e negro, pelo pacho, labio sin visagra y caniyepalo ¡uy!, y yegó quedito al cofre y como tenía las yaves, ¡tililín! lo abrió y ¡cuij!, levantó la tapa y comuera grande se metió en él hasta las rodiyas y miró para todos lados y diay se riyó “¡ejum!” como mueca y era tuerto diun ojo y siacurrucó, y cerró ¡cuij!, el cofre y se quedó adentro”.

Y la Chifanía le dijo: “¡Uy, ya no sigás que se me levantan toditos los pelitos del peyejo! ¿Y qué hizo la señora?”. Entonce la Martía siguió diciendo: “Eneso, por una ventana entró un cuchiyó (¡no me peyisqués!), y hizo así, fíjate, la aldaba ¡tás! y la destrabó (¡soltame, sinó no sigo!) y siabrió la ventana y salió paradentro la cabeza diun ladrón”. . . ¿“Y en qué se conocía quera un ladrón, pué?”, dijo la Lucha. “En que sí”, le dijo la Martía, “en que tenía el pelo peludo, los dientes salidos parabajo ashí, y una cachucha soplada con cuadritos y todo”. “¿Y qué hizo el loco?” preguntó la Chifanía. “Perate”, le dijo la Martía. “El ladrón metió una caniya negra y diay otra caniya negra y dentro al cuarto. Y como la dueña del cofrón dormía en la mediagua oyó ruidito y se jué sentando debajo del mosquitero qués un cuentón así, de panalito para que no se salgan los mosquitos y para lunamiel que no se mire que los que se casan no se duermen sino que sestán besando”. “Seguí del loco, pué”, le dijo la Chifanía. “Y del ladrón”, le dijo la Lucha. Y la Martía dijo: “¡Cués si les estoy desplicando cómo se sentó la vieja!”. “¿Y no dicistes que era señora cué?” “¡Lo mismo da! . . .” les dijo y siguió

diciendo: "Se sentó la señora y entonce como el ladrón oyó que tentaba la cajaejójoros se jué acercandito, acercandito, con las manos así... Y ¡tas! la apercoyó del pezcuezo, duro, y la vieja peló los ojos zarcos y dió un quejido: ¡jujujú!... como violón y se desmayó. Entonce el ladrón le puso un trapo en la boca y lamarró con las sábanas. Desqües se jué directo al cofre para ver qué hayaba"... "¡Uy!" gritó la Chifanía. "¡Ya no contés, ya no contés porque ya sé lo que sigue y me da miedo!". "¡Y a mi también!" dijo la Lucha. "¡Puesiaquí viene lo más mejor!"... les dijo la Martía "porque entonce"... ¡¡"Ber, ber, ber ber, ber!!" le hicieron con el dedo en el labío y no la dejaron seguir porque se corrieron y siacabuche.

EL CUENTO DE LAS ESPANTADAS INVENTADAS Y EL PREMIO ARRONJADO

PUESIESQUE se juntaron en la casona de Jedepor: Bujuyaso, Manos más Grandes, la Pinpirina, Colioteo y la Cuncunita y dijieron: "Juguemos de espanto y el que saque el espanto más arrecho, ese le damos un premio". Y dijieron todos: "¡Sí!" y juntaron entre todos seis centavos y se sentaron en el corredor y el espantador iba a esconderse en un cuartito que estaba yeno de calaches viejos. Y el primero fue Colioteo que se estuvo un ratito y todos esperando hasta que se abrió la puerta y venía con una tumbía vieja metida en la cabeza haciendo así las manos y diciendo: "¡Ancanganaca, ancanganaca!", y lo aplaudieron y se metió riéndose y se salió a sentarse y entonces jué Jedepor y sestuvo un gran rato y cuando ya lo empezaban a chiflar apareció en la puerta oscura de culumbrón, y en el jundío del calzón chele siabía pintado una carota con carbón y venía reculando y diciendo: "no" con las nalgas y le tiraron tetuntas y lo aplaudieron, y entonces jué la Cuncunita y al rato salió con una escoba y se bía echado una sabana shuca encima con todi y escoba y parecía una mujer altota cara chele y venía andando con las patas abiertas y diciendo: "Churchi, churchi" y la aplaudieron y entonces se metió la Pinpirina y salió con una sombriya vieja y un bolero viejo metido hasta el pescuezo y diciendo: "Grug grug" y dando saltitos y la aplaudieron, y después se jué por último Bujuyaso y al ratito abrió la puerta, bien amariyo y con el pelo bien parado y daba miedo y lo aplaudieron y dijieron que era el premiado y le dieron los centavos pero él los tiró al suelo y se jué yorando porque dijo quel no había hecho nada sino que se había salido porque le bían agarrado la caniya en la oscurana y siacabuche.

EL CUENTO DE MELICO Y CAITIO, QUE SE BAÑARON DEBAJO DEL PARAGÜE MURCIEGALO

PUESIESQUE venía una gran tormenta haciendo, “¡buuu!”... y “¡chisca, chisca!”... con los relámpagos y el paragües no se quería abrir quizá por no mojarse el irfeliz y el viento bien fuerte los repujaba contra los cercos de piña, y va de pujar queriendo abrirlo y le dijo Melico a Caitío: “¡Este cuento tiene yave quizá!” y Caitío le dijo: “¡Asaber si siabre con un secreto como la cueva de Alí Babá!”. Y le gritaron: “Sésame abrite” dando con el pie en el suelo y ¡nada! Y la gran tormentona negra, negra, iba ya tapando todo el cielo y “¡chisca, chisca!” los relampagotes calzón roto pasaban encima y ya las nubes tenían tamaña barba encímelcerro, y los palos salían corriendo en el mismo puesto. Eneso “¡rabrakatán!” se desguindó un rayo como espejo quebrado y el paragües se abrió del susto, diun solo bejigazo, y el viento lo yevaba diarrastrada contodi Melico y como Melico tenía agarrado del brazo a Caitío, los dos iban arando por el camino, porque se los quería encumbrar el irfeliz y el aguaje cayó todito y los bañó y el paragües los jaló a loriya del barranco y cuando ya los iba a tirar, ¡flup! se volvió patasarriba y salió volando el peyejo y sólo les quedó los huesos de paragüe. Entonces le dijo Caitío a Melico: “¡Jajajay: hoy te va a dar riata mi mama porque se rompió el paragües!” Y Melico le dijo: “¡Achís, como que yo tengo la culpa de quel paragües se güelva murciégalo en la tormenta!” Y Caitío le dijo: “Entonces aventá ese cuenterete” y Melico le dijo: “¡No siás bruto! ¿no ves que vamos a decir que de tanto yover se gastó el trapo!” y Caitío le dijo: “¡Crés que mi mama es tonta!... ¡Entonce nos va a preguntar que por qué entonces no vegamos desnudos!” y siacabuche.

EL CUENTO DEL TAMBORITO BOMBISTICO QUE QUERIA SER CULTIS

PUESIESQUE a un pobre tamborito le pegaban en el cachete quiasta postemía se le bía hecho, y un parche cherche onde le daban con todas sus ganas. Y vino un día y le dijo en un rinconcito a un saxófone con uniforme nuevito de botones dioro y cachucha de marfir: “A uno de pogrecito le golpeyan que da gusto sólo porque es gordo y no sabe chiflar medolías de arrabal, y a vos que sos rico y te vestís catrín, sólo besos te dan, con la boca”. Y el saxófone se riyó: “¡Jo, je, ji, ja, jo!” y diay le dijo: “Es que a vos te tienen de merito-rio musical, para que vayas aprendiendo el ojicio de tocatis cantis yasbán, que le dicen, y como sólo sabés la O por lo redondo y sólo decís: “¡O, o, o!” por eso te dan palo, porque dicen que la letra con sangre dentra, cuntimás las notas que son inanitos prietos del payís de Miopía”. Entonces le dijo el tamborito: “Yo quiero que a mí me soplen como a vos”. Y el saxófone le dijo: “Decile a esa bicicleta que te preste su bomba para que te sople”. “Decile vos, haceme ese cachete”, le dijo el tamborito. Y el saxófone sintió un cuiés de lástima y le dijo a la bicicleta: “Bicicleta de dos ruedas, cachuda en la nalga, cintura dioro y plata, dice este bombito que si le prestás la bomba para que lo sople”. Y la bicicleta le respunió filantropófaga: “¡Seguretes cuetes y el gustuesmío! como dicen las gentes culatas del casino”. Y le prestó la bomba que se puso a soplar y soplar al bombo, sin que lograra sonar nadita hasta que derrepente ¡pum! reventó como una bomba. Y como el bombo reventó como bomba cabsa la bomba, dijo la bicivaina dirigiéndose malirnamente al saxófone: “¡Aisthá, lo quisistes vos, que por hacerle un cachete al tamborito le deshiciste el cachete; yo ya me lo suponiya, por eso te dije seguretes cuetes, porque de cuetes a bombas sólo hay un paso de polca”. Y se riyó con su timbrito y siacabuche.

EL CUENTO DE TEMBLORETE, LOS CON NUDO Y EL CUETE BURLA BURLA

PUESIESQUE Temblorote se hayó un cuete de vara detrás de una puerta de una tiendita, que quizás ni servía ya y se lo yevó quedito, pero por si lualcanzaban se montó en él como cabayo y salió parejiando y yegó onde estaban jugando de metrayadora de dos asientos:

“¡Oyó: miren mi cuete!” “¿Cuánto querés por él?” le dijeron. “Nada” le dijo. “Entonces revéntemolo” le dijeron. “Güeno” les dijo. “Vayan a aquel ranchito que les presten un tizón”. Y salieron corriendo Tortemico y Caterpulta, rempujándose a tacalazos por trer el tizón; y yegaron a un tiempo y ledijeron a la señora que estaba bien brava aplaudiendo una tortiya: “Préstenos un tizón, señora” y la señora les dijo: “Pérense, un tantito, babosos ya les vua dar un tizón”. Y guardó la tortiya encima díu comal calinete y agarró un tizón y se los quería pegar en el jundío y eyos regularon asustados y salieron corriendo y diciendo: “¡Y, pero no nos quemó!”... Y la vieja en la puerta del ranchito les dijo con tamaña cara de ratonera de resorte: “¡Babosos quiandan criando quiuno vastar gastando la leña, como sistuviera tan barata conesta cris quihay hoy!”. Y se metió dándole una patada a un gato que le estaba tacaliando la caniya.

Y entonces llegaron onde Temblorote que tenía el cuete y le dijeron que nuavía leña y él les dijo: “¿Y entonces díonde sale esa humazón que está saliendo del tejado del rancho?”. Y eyos le dijeron: “¡Ah!, es que hay ñeblina adentro”. Y Temblorote les dijo que eran unos irfelices que no sianimaban a prestar nada y dijo que él iba a ir, y se jué. Y aqueyos se quedaron riendo con el cuete. Y entonces yegó Temblorote y siasomó y vio a la vieja cara e trampa questaba soplando una gran yamarada y le dijo “Señora: préstenos un tizón para tirar un cuete”. Y entonces la señora se le quedó mirando y le

dijo: “¿Qué para un cuete lo quieren pue?” “Sí” le dijo Temblorete. “¡Ah pues se los presto!” le dijo la vieja ya riéndose. “¡Conque tanto que adoro yo los cuetes, porque míacuerdan un mijo que tuve quera pulicia”. Y se lo dio y yegó contento, y aqueyos se quedaron mudos y Temblorete le dio viaje al cuate que les hizo “¡¡juish!” chiflándolos por burla y para que no lo alcanzaran se tiró de cabeza en el cielo y siacabuche.

EL CUENTO DE LA PONENCIA TRAGICA, LA VIGILANCIA
FRUCTIFERA Y LA SORPRESA CANCEROSA QUE NUERA
NINGUNA MONJA MAREÑA SINO LA PURITITA MUERTE
REPENTINA

PUESIESQUE una tortuga iba solita despacio y repujándose desde adentro con toda sus fuerzas mareñas. Y el playón quera diarena según lo acostumbrado de la mareya, iba quedando pintado con el choyón lenticular de la tortuga caminante, quiba bien despacio debido a su juertísima debilidad retardatoria. Eneso salió de un juraco ocasional el cangrejo Jlor azul, quera de los que tienen los güesos en la epidermis y el esqueleto de sangre negroide. Y cuando la tortuga iba pasando filarmónicamente, le preguntó: “¿Onde vas con ese tu güacal cuadrulado?” “Voy onde voy, araña de carey”, le dijo la tortu, “no te metás en lo que no timporta”. “Ya sé...” le dijo el cangre, algo de ladito, “vas a poner güevos de tortuga en salvo sea la parte”. Entonce la tortuga se puso sus antiojos de juria y le dijo: “¡Isonlente gente; si no cerrás el hocico bigotudo que tenés, podés acabar finado!” Y le tiró arena con las uñas y con las otras, choquiándolo momentáneamente para que no viera onde iba a poner sus ponencia. Pero como la tortu iba tan despacio, el cangre la magió dende lejos y se quedó esperando que pusiera y se dentrara al mar. Cuando la tortuga enterró su tesoro y se metió en la tumbazón colocha, el cangre dijo feliz con los ojos enarbolados dialegriya: “¡Esos güevos me los güeveyo en un tres por dos ocho!” Y, caminando sesgado, yegó onde la tortu bía ponido y comenzó diligentemente a desarenar el nido nuccial de aqueya tonta tortuga maternal que tenía la barriga nel lomo (como toda tortuga) y la cabeza de culebra saliéndole a discrefir de su ventana delantera. Pero él no carculaba (en su irnorancia cetácea) que no todo lo que relumbra

es orinoco, ni torta el pan de la calandria aigrosa; ni chicharra es todo lo que chirra; ni cortina todo lo que se corre. Que la burra en rebuznos da las horas pero tira patadas adesoras y quiay más aigre en la tétrica tormenta que en las velas izadas por el mástil. Por lotanto, ¡cual no sería su sorpresa trepidante! cuando el nido siabrió en aquel irstante y descubrió, palideciendo aigrado, un coral en los güevos enroscado, el muy taimado. Y entonces el cangrejo apenas tuvo tiempo de fenecer de una picada y güarecerse en los patéticos playones de ultratumbra y siacabuche.

EL CUENTO DEL PLATIO VOLANTE, LOS INTRUSOS PICHICHES DE ULTRAMUNDO, EL VIGILANTE RUBICUNDO Y EL FRACASO HISTORICO

PUESIESQUE de un platío-volador interestelífero salieron ispiando unos como habitantes algo estratosféricos y un poco estrafalarios, parecidos a zorriyos y con algo de pichiches sonrosados y dijeron: “Esta debe ser la Tierra; en primer lugar porque contiene algunos continentes y en segundo porque ¡aistá la polvazón!...” Y se pararon en una nube casual para echar sus cálculos, no muy seguros todavía de si la Tierra era “el planeta que habitamos” o si sería la Venus del Nilo que bía de tener los brazos quebrados a cabsa de unos tontos cometas que (jugando, jugando) cometieron ese desguisado hacía ya unos oncemilmilyones de siglos, cuando esta Era nuera todavía; ¡ish... hace un pencazal de tiempo cuaternario!... Y convencidos al fin de que quizá pudiera ser que fuera la Tierra, tiraron una su escalerita de vidrio y tres de los pichiches azorriyados arribaron abajo, unque suene tonto y acurdo, pues lo natural biera sido que arribaran arriba o bajaran abajo, pero estas son cosas de la vívera casteyana que tiene la lengua de dos puntas como cualesquier sierpe reptilínea de la Academia Española gramatical. Y el primer pichiche sideral que puso su planta en el suelo, dijo solernemente histórico: “¡Piso este piso planetario en nombre de Pichichanda la estreya que manda en la nebularia de ayende yanda!” Y los otros dos pichiches se persinaron en carburo, pasándose las uñas por la nuca y lanzaron tres pitidos puntiagudos que ha de ver sido el irno-nacional de su planeta oriundo pando gediondo. Y a continuación patieron todo el terreno agrícola, diaquí parayá y diayá paracá como cualesquier pichiche pateya un lodazal buscando cabezones alimenticios. Entonce pareció detrás diun matocho nada menos y cuntimás quiun

pobre chucho con rabia, que por mala suerte de los foragidos y forasteros, taba casualmente asesando agazapado ayí con el hocico yeno de mordidas en botón y un poco baboso de las quijadas. Ver a los visitantes cosméticos y tirarse sobre ojos con toda su güesamenta y rabia, jue, no sólo unun-etidem sino también tidem-etunun, haciéndolos chirajos en un dos por cuatro, con tal rabia canina que más pareciya puritita jidrofobia de subidos quilites. Y este jué el finar del fin de una gloriosa expedición sideria, por andar en islas tan antropófagas de misioneros sin permiso ni pasaporte temporal. Y el platío volante logró escaparse de puro milagro altruístico por estar en lualto de la nube ¡qué sinó! lobiera masticado el mastín rabioso. Y todo quedó en el silencio de usanza y costumbres y siacabuche.

EL CUENTO DE LA CODORNICE QUE ESTABA SOLITA EN LA SOLERNE SOLITUD DE LA ASOLIADA SOLEDA

PUESIESQUE una codornice color de ñeblina pasajera, taba echada triste en su nidito, sumida solita y melarcólica en la solerne solitud de la asoliada soledá y pensando juerte, quiasta le titilaban los sentidos: "Ish... Dios miyo, asaber onde andarán todititos los pájaros, mariposas, chorchingales y así sursesivamente! Esta cayason me arfixia el comiarroz porque asaber si toditito el mundo sia muerto menos yo". Pero en ese irstante oyó una voz de jincho mantadril que deciya con sorpresa suavcita: "¡Oyó, Quincho, qué nues mango aqueya como codornice que miro sostenida en un juraco del ramaje?" "¡Sí Juancho!" le contestó otra voz casi tan sorprendebunda como la dantes: "¡Es un manguito algo sazón que ha destar de rechupete cuete!" Y Juancho dijo: "Los mangos codorniz son los que más apestese mi nari. Le vuá tirar este gancho de guayabo perulero para desguindármelo sin repetir manganeta". Entonce la codorniz cerró apretado los ojitos yorones y se dispuso a entregarse en olorcausto a la suerte milenaria de la fatalidá. Y se oyó el zumbo de la manganeta del gancho asesino que pegó en el mero güacal del nido como puro balazo de ondiya cachamblaca, decuchumbándolo incontinenti. Y la codornice se derumbó al jondo de la espesura solitaria y dio con cuerpo y alma en un tunte despertando así de dormir y diaquel sueño pesadiya tan ingrato. Y entonce se paró algo renca; se sacudió unos mozotes cariñosos y dijo: "Siempre que me duermo me suceden aventuras, muy específicamente cuando he comido casampulgues jundío azul. Esto me queda de ixperiencia para otra güelta, tener más cuidado, tino y precausión mesurada". Y cogió con el pico el nidito algo pandiado y lo jué a poner en la más cumbre de un palo que le dicen "volador" y que ni vuela el pobre, sino que se yama así porque quizá le gusta andar diciendo sus volados, y siacabuche.

EL CUENTO DE TALNIQUE Y LA PELUCINGA QUE CASI JUGARON DIAMORES EN UNA VEREDA EN JLOR

PUESIESQUE Talnique y la Peluncia se encontraron en una veredita algo ix-traviada con guayabos, gramalitos y jlor de ilusión. Y entonce se saludaron con sonrisa timidecente y se sentaron a comerse unos sus racimos de tiguilote que se bían incontrado maduritos. Y Talnique le dijo meniando el rabuelojo como meneyan los chuchos el susodicho del jundío: “¡Juguemos diamores!”. Y la Peluncia le dijo: “Güeno, pero sin peliscar”. . . . Entonce Talnique liapercoyó el galiyo y le estaba queriendo morder una oreja con los labios. Entonce la Pelucina se jaló afligida y le dijo: “¡Si, pero no miandes hablando en secreto!”. “Si yo no testoy hablando” le dijo Talnique. “Sólo te quiero dar un besito-abispa, de los que paran los pelitos de la nuca. “¡Pues no!” le dijo la Peluncia “porque me escarabajeya la epidermis y no me gusta, porque además me ataranta y me puedo mareyar”. Entonce Talnique le dijo: “¡Es que vos bis visto pocas pelirculas de cine y stás algo irnorante tuvía! Echame un abrazo socado, cerrás las pepitas y ponés trompecuche para que te bese sonoramente”. Entonce la Peluncia cogió miedo y de dos guñones se le escurió gramal abajo y agarró aviada para el rancho. Y Talnique se enjuagó la mecapalera sudorífica y dijo desilucionado dialtiro “¡¡Innorante diamores, que ni saben el esjuerzo que uno tiene quiacer para contenerse de suspiros, quejidos y otras carambadas diadoración eterna!!”. . . . Y tiró un tetunte de kakevaka parayá y se limpió la pegazón del tiguilote en las mangas del calzón y siacabuche.

EL CUENTO DEL SENTADO EN EL ZACATE, PANDURO CARBURO Y TINTIKAKA

PUESIESQUE Panduro Carbuero y Tintikaka miraron por la ventanita y vieron a Sentado en el Zacate ayá lejos sentado y le dijo Panduro Carbuero a Tintikaka: “¡Démole un puyón!”. Y Tintikaka le dijo a Panduro Carbuero: “¡Démole un puyón, pué!”. Y salieron quedito y a una gayina quizá: “¡cuoo!” le dijeron: “¡sh! . . .” y Sentado en el Zacate taba de lomo mirando para unos zopes negros quiandaban volando, y yegaron y yevaban una puya de carteta que se bían ido a sacar diun horno y ¡¡Chán!! . . . puyaron duro al Sentado en el Zacate y el Sentado en el Zacate sólo se volvió y les dijo: “¡¡Jufo!!” . . . se fregaron, porque soy despantaño e milpa y ni me dolio” y siacabucho.

LA ESPADA Y OTRAS NARRACIONES

EL VENADO

(1960)

“Se oyó voz que decía: Tú, venado, échate a la maleza.
Vosotros, pájaros, volad a las altas y verdes copas”

(*El Popol-Vub*)

ATARDECÍA. Llovía cernido sobre la montaña ese polvillo de oro de sol triturado en una avalancha de acantilados grises de nubes. La tormenta reciente había dejado las altas copas de los cedros, voladores y conacastes, de las zorras, bálsamos y copinoles, escurriendo la pedrería luminosa de las gotas. En los claros de bosque el césped era aterciopelado. Junto al charco grande de “El Embudo” los pajonales habían quedado revueltos, despeinados por el huracanado viento que precedió al aguaje. La sombra verde iba lentamente llenándolo todo, del fondo arriba y por contraste, el cielo era ya una cúpula de oro. Aún cantaban algunos pájaros agradecidos. Antes de agonizar el día, la vespertina marea de la luz hizo un *paro de aguas*, un cambio de marea y se sostuvo por más de media hora quizá, en esa aura-pálida que llaman las gentes: *luz de los muertos*, una luz que no se atina de dónde viene, si de arriba o del fondo, o si brota de las cosas opacas que parecen contenerla en forma infusa y emanarla en cansina radiación.

Fue durante este lapso que el venado surgió lento de entre los matorrales y vino paso a paso, ligeramente alerta, a beber el agua ambarina del charco.

Así, alzada la cabeza, con la cornamenta enhiesta y el cuello ligeramente torcido en un intento de escuchar lo menos silente del silencio, la silueta cobriza del venado tenía la clásica hermosura de una bestia del cortejo de Artemisa, la fina línea y grácil compostura de una pieza escultórica vaciada en metal.

Tanta gracia encendida en la vitalidad eléctrica que transmite la virtual agilidad en leves estremecimientos y el temor latente y presto, tenía el fondo maravilloso que debió tener: hierba sombría, altos troncos iluminados de soslayo y claros de cielo desleídos en oro y en platino.

Resultaba tan fácil, tan casual y bella aquella aparición cinegética, que el cazador apartó la mirilla para verla con los ojos abiertos, admirado y desviado de su intento por esa misma admiración. El arcaico sentimiento nemrodiano daba lugar, ahora, apurado por la belleza, a ese sentimiento nuevo revelador del artista que apunta en cada explorador moderno, aducido a base de cultura. Hay entonces el instante de un ligero rubor *numinoso* y el brusco despertar a un nuevo concepto del deporte, el mismo que está trocando la escopeta o el rifle en la cámara fotográfica o cinemática. "Cazar sin matar" es la consigna del nuevo cazador. Cobrar la pieza dejando incólume la vida. La crueldad se va destiñendo lentamente y dando lugar al interés por la vida más que por la muerte, a la satisfacción del corazón más que a la del estómago; a la del logro estético más que a la vanidad del ojo certero.

El cazador estuvo así en su rincón, ligeramente apoyado en el arma, viendo al venado beber con el belfo encendido en la fresca llama de agua crepuscular, mientras el estanque se rizaba en los círculos concéntricos impulsados por la trompa y en los círculos menores, secantes, producidos por cada gota que caía cuando la cabeza se alzaba de la linfa.

Lentamente, como había llegado, el venado se apartó del charco; probó aquí y allá alguna hierba; escuchó con ojos y orejas a uno y otro rumbo; peinó la tabla de su cuello en el tronco delgado de un arbusto y caminando ya en plena sombra como una sombra entre sombras, se perdió de vista y de oído.

El cazador respiró con cierto desahogo no exento de alegría y recibió como un premio, como una condecoración, la primera estrella, por encima del bosque. Premio era, al parecer, por aquella decisión que parecía haber llenado tan naturalmente su alma, en el instante en que el hombre entra en un nuevo círculo de nobleza y se vuelve un ser de compasión, un hombre mejor.

La casa de "La Sierra" era rústica pero con intención. Colonial en su textura y sencilla pero no faltaban en ellas las comodidades indispensables en esta región. Un portón enchapado de hierro daba al patio murado, empedrado, donde había una gran pila octogonal. En el extremo sur estaba la caballeriza. Cuatro gradas daban acceso a la puerta lateral del caserón. A ambos lados de esta puerta había balcones enrejados de hierro forjado, de sencilla ornamentación. En el cuarto principal (sitio central, a la vez comedor y sala) se hallaba la chimenea al estilo castellano, aquí donde la altura modificaba el clima tropical y donde, en ciertas madrugadas, se decía que el césped se llenaba de escarcha y que alguna vez se habían congelado en el empedrado los pocitos del rebalse junto a la pila.

Era la hora de la sobremesa, la noche temprana; por las ventanas, luminarias desperdigadas de estrellas y de hogueras y el apagado lamento del *batute*, el cuerno sonoro que guía los trenes de carretas.

Sentados en rueda: el patrón joven Federico Galeano; Julia, su esposa; Ernestina (por otro nombre Mrs. Davis); Charles Davis, el ingeniero; el anciano Galeano, padre de Federico y propietario de "La Sierra" y el doctor Mateo Berna, un médico antillano que acompañaba al ingeniero y a su esposa en esta visita a la vez deportiva y agrícola.

Julia era un poco ligera de cascos, sin poder remediarlo y cada vez que el vino abundaba en la mesa comenzaba a volverse locuaz y atrevida y flirteaba con el hombre (o los hombres) más de su agrado entre los comensales. Federico no parecía darle importancia y hasta se hubiera dicho que se complacía en estas liviandades que iban surgiendo poco a poco en la plática y en los gestos de su mujer.

Habían llegado todos a "La Sierra" el sábado anterior. El domingo por la noche Julia, después de la cena, estaba verdaderamente borracha y Federico tuvo que llevarla del brazo, primero a dar un paseo un poco obligado, al aire libre, por los patios de secar el café y luego al dormitorio en donde insistió tercamente hasta que ella se metió en cama y se quedó dormida.

Charles Davis no sabía qué pensar. Julia había llegado hasta el grado de peinarle con sus delgadas manos enjoradas, cuando él tocaba el piano. Mrs. Davis barajando todo con gran tino, tomándolo humorosamente y mostrando de una manera y de otra cuán natural, sencillo y excusable era todo aquello.

El ingeniero supo también guardar la debida compostura y Federico vino más tarde a excusarse con ambos y a tratar de excusar a Julia por la falta de control con el licor. El viejo, simplemente dijo:

—¿Quién da importancia a las locuras de esa mocosilla? . . . Sobre ser medio lunática es de familia de excéntricos. No me extrañaría verla un día salir por esos caminos montando a lo Lady Godiva.

Federico, lejos de ofenderse con las observaciones de su padre, se echó a reír a carcajadas. No obstante, el Dr. Berna distinguió tras el arpegio jovial de aquella risa, cierta leve desafinación nerviosa que bien podría denotar un sentimiento medular de ira o de vergüenza.

Los días corrían más o menos gratos, sin mayores disturbios. El ingeniero, después del incidente en "El Embudo", no había ocurrido ya más a las ocasionales partidas de caza. Salía con frecuencia de paseo, a pie o a caballo, dedicando gran atención y mucho tiempo al montaje del nuevo beneficio que, después de todo, era el motivo principal de su presencia en "La Sierra".

Una mañana Federico recibió una carta de Monseñor. Era la respuesta a una invitación que su padre y él le hicieran para que visitara "La Sierra" y bendijera el beneficio. Monseñor creía que era ahora posible su visita. Rogaba a Federico avisarle desde el pueblo por teléfono si estaba todo en orden y si él esperaría con bestias en la estación el viernes por la tarde.

Federico dijo que haría más; iría él mismo hasta la ciudad el jueves, tomando el tren de la mañana y le acompañaría hasta el pueblo en donde todo estaría ya listo en la casa que los Galeano mantenían allí.

Por lo tanto, el jueves, madrugando, el patroncito montó en su mula y con dos mozos que arreaban otras dos bestias ensilladas para Monseñor y su acólito, salió para el pueblo a tomar el tren que pasaba a las 7 para la ciudad.

Pero en el pueblo y al llamar por teléfono a Monseñor, uno de los curas que atendían la oficina puso excusa del prelado, diciendo que había éste caído enfermo la noche antes con una gripe muy fuerte y que pospondría su visita para una fecha no determinada. Ya le daría el debido informe a su hora, por correo.

Por lo tanto, Federico, después de algunas compras, dispuso regresar a "La Sierra", llegando, aún muy temprano, al sitio donde bifurcaba el camino que sube al cráter. Desde este punto en cierto modo dominante, pudo ver cómo, por el pedregoso sendero que sube zigzagueando a la verdadera montaña que estaba en la cumbre rodeando "El Embudo", iban a caballo el ingeniero y una mujer que bien pudo ser Enriqueta pero que se parecía a ratos, por cierta gesticulación exagerada, a Julia, su propia mujer.

Sin vacilación ninguna, sabiendo que su ausencia era considerada como segura, Federico cortó por entre el cafetal apurando la mula y llegó a la cumbre acaso al mismo tiempo que los otros en el lado opuesto. Dejó la bestia atada en sitio seguro y a pie, empezó a bajar por la montaña, no sin grandes dificultades pues el cafetal se tornaba allí en una verdadera floresta. Cuando llegó a la vista del charco, vio a la orilla, no lejos del agua, las cabalgaduras de sus perseguidos, ramoneando plácidamente.

Pero . . . ¿en dónde estaban el ingeniero y la mujer?

Fue rodeando con grandes precauciones "El Embudo" hasta colocarse en sitio relativamente cercano y a cubierto. Un muro natural de rocas le ocultaba y desde allí podía observar sin ser observado.

El ingeniero Davis y Julia (pues era ella) estaban arrellanados sobre el césped al pie de una enorme hornacina natural. Tenían las manos enlazadas y parecían decirse palabras amorosas a juzgar por cada uno de sus movimientos.

De golpe cayó sembrada de punta en el ánimo de Federico, una como espada de celos, espada que se quedó vibrando trágicamente. Su mano cayó lenta, instintivamente, sobre la culata de su pistola automática. No obstante, de allí no se movió: "Por fin me ha puesto los cuernos" pensó con cierta amargura.

Pasada la primera oleada roja parecía invadir su ánimo un nuevo sentimiento, un sentimiento no exento de auto-piedad, que emujaba una lágrima en las ardidas pupilas fijas en los enamorados. Este sentimiento fue pronto tiñéndose de una vaga alegría: alegría del cambio, del control evidente de sus impulsos pasionales. Había una solución, sin duda. La vida era así; algo nuevo sucedió siempre. Ya era tiempo de que la locura frívola de Julia se decidiera en un pecado franco, al menos franco con ella misma. El ingeniero (¿qué duda cabía!) había sido seducido. Tendría el pobre que cargar con aquella chica sin fijeza en el carácter. Erlinda parecía fuerte y un divorcio no iba a alterar mayor cosa su existencia contenida, estaba seguro pues los conocía ya lo suficiente.

Iba a retirarse, casi complacido, cuando vio a Julia empezar a desnudarse sin hacer caso alguno del ingeniero que trataba sin duda de convencerla para que no lo hiciera. Se quitó una y otra prenda; se arrancó las medias con violentos tirones; la ropa interior ligera y el "brassier". . . El quiso abrazarla ya sin intentar detenerla en su intento, pero Julia se escurrió de entre sus manos y se arrojó al agua.

Vio Federico con gran serenidad, cómo se partía la esmeralda en mil pedazos con el cuerpo ebúrneo de Julia. La vio nadar alocadamente, feliz de su atrevimiento, segura de su conquista, despreocupada en la idea de su adulterio. Era un sitio romántico y propicio a la aventura amorosa. Así lo pensó Federico con la más asombrosa con la más increíble lógica. Sin desear estropearles el momento de dicha con su espionaje, por pudor tal vez, se arrastró en retirada, poco a poco, procurando no hacer el menor ruido. Pronto los perdió de vista. Aun oyó la risa argentina de la hembra cuando acaso caía humeda y delirante en brazos de su amante. Llegó a la mula y montando en ella, regresó calmosamente, sin prisa alguna, al pueblo para pasar allí la noche. En el tren mañanero saldría hacia la ciudad para hablar con su abogado e iniciar los trámites del divorcio.

LA VIRGEN DESNUDA

I

SUBIMOS y subimos por las cumbres a paso de tolerancia de nuestras cabalgaduras. No había prisa. El sendero ríspido y pedregoso; el aire frígido y las nubes sobre el suelo, haciéndose jirones en los troncos y las rocas, en las razaciones deshojadas y allá a lo lejos en los picachos de la sierra, lapizlazulinos, corcovados unos de cerrado bosque y otros calvos o huesudos.

Aquí está a nuestros pies ahora "La Barranca de la Virgen Desnuda" que yo quería ver con mis propios ojos después de oír la leyenda y dar crédito a la pretendida impenetrabilidad del paraje.

De primeras oídas yo había dicho a Máximo Rojas, quien me hospedaba y ahora me acompañaba:

—Esta virgen será sin duda la india Xochiteyoyo ("La Flor del Corazón") que es una de las vírgenes de la mitología nahual, o Jilonén la guardiana y conservadora del maíz. O tal vez Ixpapalotl ("La Mariposa de Obsidiana"), Madre del Cielo y aún quedan Atsihuantzin, la náyade o ninfa juvenil, una de las supremas hijas de Tláloc y también Metzihuat ("La Virgen Sonámbula"), confundida a veces con Sihuanahual ("La Sigua") la de dos caras, que enamora y luego espanta.

Máximo Rojas era de opiniones crudas. En su simplicidad, su mirada de soslayo era la de una crítica terrible de alguna inaudita Academia. Hombre ladino, aindiado de tanto vivir donde, sin esforzarse, se había hecho cacique por su mediana cultura y por su "pisto". Moreno y algo calvo, alto y agachado, parecía más un marino vasco que otra cosa. Era calzado y al montar se ponía botas azafranadas. Parecía un señor hacendado venido muy a menos pero sin ceder en el orgullo.

—Usted sabe mucho del culto indiano, ya se ve —dijo—, pero esta virgen desnuda *nues* ninguna *divinidad* india ni “venus del Nilo”, *desas* que se retratan como estatuas, medio envueltas en una sábana, sin manos, sin cabeza o con alitas de mariposa. Esta de la leyenda que dio nombre a la barranca es la puritita Virgen María, la Madre del Señor.

—¿Y por qué vinieron a entenderla desnuda?

—¡Ah *pué!* . . . *aistá*, mi amigo, el pueblo hace las leyendas y no don fulano o don zutano. Lo que pasó allí, *asigún* dice el decir, que ya le he contado, es sin duda motivo de sobra. La desvestida es cosa de irreverencia que se puso quizá para hacer más pecaminosa la tendencia de bajar a *curiosiar*. El indio es creyente, y si la Virgen está allí en esa *julunera* tal y como Santa Ana *lechó* al mundo, no se atreverán a andarla sabaniando, por respeto. Si ella está allí desnuda, porque así le dio la gana, está como en la *intimasia* de su propia alcoba, como dicen, no se puede *dentrar* sin llamada de permiso. Al que viola esta *consignia* el Infierno Eterno le *platica*.

—¿Será posible que nadie haya bajado al fondo en tanto años?

—Es positivo. Para bajar *bía* que trozar el bosque cerrado de *huxcoyoles*, *ques* cosa brava. Nadie pasa así *nomás*, a menos que seya el “Hojarasquín del Monte”.

—¿Qué es eso?

—Es un llamarle así, por generalizar, a los *alimales* monteses que *rastreyan* por ahí. Se dice también que al fondo, en la quebrada, anida la serpiente cachuda, que es el Diablo tal y como se presenta *diarrastradas onde* se la manda.

Miraba yo, casi parado en los estribos, por entender entre la bruma rastrera, dónde estaba el agua. Aquello no era, en realidad, la barranca al estilo usual. Era, casi seguramente, un cráter antiguo o el impacto hecho en la sien del monte por algún enorme bólido hacía acaso miles de años. El bosque cobraba, así sin sol, un tono profundo de pedernal. El color gris oscuro era monótono pero aquí y allá surgía una grieta imprevista, en tono rosa o amarillo, debidos a las copas de *guarumos*, *palisandros* y *guachipilines* que sobresalían del palmar. Únicamente allá muy al fondo, donde las ramazones eran ya un solo coágulo prieto aparecían ligeras peladuras moradas o azules que denotaban la presencia del agua allí estancada por las lluvias o acaso retenidas aguas de una quebrada con salida subterránea. Nada se movía allí a no ser unas alas de repente, blanquecinas y vagarosas que inspeccionaban de un extremo al otro la hondonada. ¿Sería el gavilán, el *querque*, alguna lechuza crepuscular? . . . También vagos flecos de bruma se desplazaban desde el noroeste.

Aquel silencio, tan perfecto como una mano cerrada, sabía uno que cubría con penosa dificultad la boca ansiosa del eco. El oído percibía un aullar fantástico, lejanísimo, que era el viento entrando en la concha enorme o tal vez el agua rodando en indivisible escala de *talpetate*. Daban grandes ganas de gritar estentóreamente o de tirar una piedra o un palo en el abismo. Se sentía uno como ante un gran espejo del oído.

II

Treinta años hacía ya, de acuerdo con la memoria de algunos. En el lugar donde hoy se halla el poblado había, antiguamente, sólo una casa de adobe. Era un caserón de gruesos muros, zaguán empedrado con mosaicos de botella y loza y una ermita anexa. También caballeriza, pues se construyó en miras de cabeza de hacienda, ello era evidente. No lejos estaba el puente de mampostería de dos arcos y medio, angosto como un acueducto (pues lo era además) y que unía la vertiente derecha del río *Achiote*, mera falda de colina, con la explanada donde estaba la casa y donde, andando el tiempo, se alzó el caserío de El Morral del Carmen. El puente debió pasar tremendas pruebas pero al final, hacía apenas diez años una *repunta de tapón*, un verdadero cañonazo lo dejó maltrecho y con añadidos de tronco de coco. Grandes amates de nutrida raigambre apuntalaban los extremos con vigor invencible. La india, ayer como hoy, vivía al desperdigo en míseros ranchos de palma y caña brava. Distancias de un kilómetro, más o menos, entre casa y casa, a través de breñales y derrumbaderos, pues la vereda era prácticamente inexistente, excepto en sitio de mucha frecuencia, como el aguadero, donde el pasaje persistía lo suficiente para contener el crecimiento, casi perceptible al ojo, del "monte" y la escobilla. Se andaba a veces con las hojas hasta el cuello, más con los brazos que con las piernas, apartando los bejucos y las "guías", donde, lo mismo podría uno topar la vida con una calabaza abermellonada y dulce, tirada en el suelo mientras se hinchaba el alimento, como la Muerte con el rollo desdibujado de una mazacuata gigantesca o con el leño envenenado del *tamagás*, *enjaquimado* de amarillo y con un "aite" en la cola, más afilado y más letal que el del alacrán mareño.

Pachano era el extraño nombre que las gentes daban al indio gordo. Pachano tenía sus cuatro gotas de sangre española, pues, no obstante ser tan indio como el que más en su apariencia, aún cuidaba de su madre, una ladina de "nagua" y rebozo, con la cabeza blanca y el color de la piel muy despintado.

Rodando los acuerdos de trueques y compraventa vino Pachano a hacerse dueño de varios terrenos del lugar. La madre tenía panadería y del hornazo en la mediagua sacaba una flor de oro y aroma caliente que dispersaba por todo el valle y le dejaba buena ganancia. Mientras, Pachano auxiliaba de catador y engordaba entre sonrisas. Las tierras compradas, lo pusieron al fin en el camino de su propio quehacer. Sembraba maíz y frijoles, camotes, ayotes, y "güixquiles" a más de lo que se daba espontáneamente como el "*pashte*", los *tarros*, la "*chiltuicuma*" y el higo de *amate* blanco, estas dos últimas cosas eran puro forraje de sus yuntas. También crecía generosamente "*el morro*". Entre sus posesiones llegó a contar la hondonada que es hoy la ya legendaria Barranca de la Virgen, donde puso sus sueños de agricultor y trabajó incesantemente hasta lograr una buena limpia destroncando y desempedrando a fuerza de palanca y hombro.

Lejos de enflaquecer, con el ejercicio constante, parecía engordar más. Como el acceso a este paraje apartado era difícil se consiguió una mula *colocha* y en ella subía las sierras y con ella arrastraba los troncos caídos, las ramas del desmonte, las pelotas de liana reseca y *chirivisco* y algún pedrenco que debía cambiar de sitio para facilitar la siembra.

Cercano mayo, ponía Pachano los últimos toques al sitio que soñaba ver mecándose en ondas de esmeralda en no lejano día. Había vertido en aquel enorme embudo todo su esfuerzo, su vitalidad, sus esperanzas y emociones. No pensó nunca en trasegar aquellos, que podía llamarse la sangre de su corazón, en algo que no fuera celestial y encantador. Andando el tiempo sabemos que el embudo que sorbió sus anhelos, buenos o malos, conectaba con la boca del Infierno.

¿Qué sucedió? Que la cosecha fue pobre, mala, efímera. Sólo pérdidas este primer intento. Pachano estaba tan gordo del alma como del cuerpo y no era hombre para hacer, así como así, un segundo esfuerzo sin tener la certidumbre del éxito. Indio al fin y desconsolado, no vaciló en buscar la solución de su problema, no por el camino del Bien acudiendo a la ermita y pidiendo a Dios ayuda. Fue directamente en busca del Diablo, quien no se quedaba en silencio nunca, pidiendo sólo fe y esperanza sino que aseguraba algo aunque demandara algo al mismo tiempo.

Sabía Pachano de "La Neshna", una india bruja consejera que se decía tener pacto con Satán. El no quería influencia tan honda y peligrosa, sólo quería un consejo para granjearse la amistad de "Los Managuas". La bruja se puso en trance, sentada en un yagual de cenizas; trabó los ojos y movió varias veces las manos y los brazos descarnados como alas de murciélago. Cuando volvió en sí, dijo a Pachano:

—Estás en la mera *talniquera*, *hijó*... *Desa* tierra no se saca más que miel.

Pachano no entendía.

La bruja dijo que el sitio era casi totalmente una colmena subterránea y que sólo ella lo podría poner en camino de darle algo de fertilidad.

—Por una parte es un *taltuzal* —le dijo— y por otra es la avispa *chumelera* que *sian* cogido el puesto. Las *taltuzas* ayudan a las avispas en la *talniquera*. Se entienden *entrellas*. Vos has llegado a romper la paz en que trabajan en lo *qués* suyo.

Ahora comprendía Pachano por qué había tanta avispa en los breñales cuando deshietbaba y salían de debajo de las raíces cuando destroncaba. ¿Por qué no pensó más cuidadosamente entonces? En cuanto a la *taltuza* ya calculaba él que estaba allí, como en todas partes. El sabía cómo deshacerse poco a poco de ellas con un camotillo envenenado que su *tata* le enseñó dónde hallar y cómo usar. En pocas semanas dejaría limpio el sitio.

—¿Qué debo hacer?

La Neshna le pidió algunas monedas de plata y le dijo que si quería buena cosecha en la próxima estación debía conseguir una india doncella que fuera con él en la luna llena, el propio día; que debía quitarse el refajo o la *nagua*

que tuviera y debía orinarse en cada uno de los rumbos a la orilla del terreno y por último se daría un baño de tierra al propio centro, con un guacal de morro: tres guacaladas en el hombro izquierdo, tres en el derecho, una en el bajo vientre. Atrajo hacia ella al indio y le dijo al oído qué haría entonces la niña. Terminada la ceremonia debía sacarla en peso del terreno y regresar. No debía tocarla en otro instante; no debía ver cuando ella hiciera todo aquello, pero si no estaba ella cumpliendo lo indicado sentiría él un agujón de avispa detrás de la oreja y la castigaría con un chirrion de membrillo.

—La virgen *nues* difícil de conseguir si hay la plata para el arreglo —terminó diciendo—. Yo sabré hallarla y sabré que es de verdad virgen.

El indio quedó satisfecho y prometió entregarle lo que ella pidió al cálculo.

—¿Seguís anuante, María?

La María contestó con la cabeza en forma nerviosa pero decidida.

La bajó de la mula y empezaron a descender la pendiente con cierto cuidado pues la inclinación era grande.

La María se apartaba lo más posible de Pachano, no por otra cosa sino por temor a que perdiera pie aquel corpachón tremendo y la arrastrara al barranco. El indio, con los brazos en alto, no paraba de lamentarse y de decirle:

—¡*Perame tantito, perame tantito!*

—Todo me gusta, señor Chano, menos la tontera de *miarme* cuatro veces—. Se reía y su risa subía en el aire con el eco, como el grito de un pájaro mareño—. Que me contenga es *el volado*...

—*Tenés quiacerlo, mi alma*, te vas ganando con tu tía tanta plata como para una yunta.

—Como *siuno juera* ansina como un porrón, *pué!*...

—Llegaron pronto al tronco del *tecomasuche* donde Pachano había fijado el primer mojón. De casualidad era el del poniente, porque por allí debía comenzar; luego pasar al Norte, después al Sur y por último al Oriente. La bruja había dicho que era “un balanceyo a contrasol”, que asaber qué quería decir.

Descansaron el rato que el indio creyó conveniente. Luego miró fijo a la María.

—*Desnudate.*

—*Dese güelta, pué!*...

El indio frunció el ceño. Ordenó:

—*Desnudate*, aquí *nuas* venido a retozar.

La india vaciló todavía algún tiempo; después, lenta, tímidamente, con pudor sincero se quitó el refajo y lo dejó sobre una mata de *escobilla*. El indio no había visto cuerpo tan lindo. Se cruzó su respeto a Satán con su amor al Diablo y olvidado un instante de que todo debía hacerse en *serio*, demandó que se quitara el *güipil*.

Se quitó el *güipil* y quedó desnuda bajo la luna llena; menuda y llenita sin barriga, sin *tuche*, sin arruga; el pecho apenas levantado y el pezón erguido.

Pachano tragó saliva. Estaba “perdiendo la cabeza”. Ya no sabía claramente a qué había llegado allí con esta niña. Algo en ella apunta el abrirse de la mujer, como el capullo del *clavelón* que se desenrolla imperceptiblemente: la línea de las piernas, la prominencia del pezón, el grosor del brazo, cierta gravedad leve de la nalga y el movimiento serpentino del cuello que se vuelve para mirar a otro lado, por timidez. Luego, el pudor que la atarantaba era ya conciencia de la desnudez y percepción del zumo acre del pecado. “Parece una mujer”... pensó.

—Oí, vos, María la Neshna juró queras virgen. ¿Sos virgen, verdá?...

—¿Virgen?... —Agachó la frente.

—Sí... ¿Sos virgen, *verdá*?

—Yo no...

El indio perdió todo control. Dijo un gran insulto y la agarró por la muñeca.

—*Tenés* que ser virgen para esto, gran *babosa*. ¿Por qué no dijiste antes?

—Yo no entiendo...

El indio echó mano del chirrión de mimbre y empezó, ya fuera de sí, a golpear a la niña quien gritaba y se retorció en el suelo entre los terrones de la arada.

—¡*Asuélteme, asuélteme!*

Habiéndose ceñido con furia el chirrión en las nalgas, la vio surcada. La piel, antes tersa y mate, ahora aparecía estriada y jugosa, magullada. La María sollozaba *bocabajo*. El indio derivó pronto hacia el lado de la lujuria y se arrodilló a hacerle cariño. La tocaba por todas partes. La quería voltear de cara a la luna para besarla, para hundir sus manazas en el pelo pajizo.

—No *liace*, no *liace* —decía con voz temblona—. Ni qué *mimporta* de la carajada. *Alzate mialma*; si no sos virgen, mejor, vas a ser mi entenada, *te vua* dar pisto en *puerca*, te vua dar *trapos*, una casita...

La María se resistía, gimiendo siempre.

—¡*Asuélteme* le dijo; quite *diay*, viejo *shuco!*...

Pachano entendió todo el desprecio. Su plata “nueva” nada; la tierra “nueva” nada: “Estás en la mera talniquera”... La miel se le había hecho un veneno violento. Se echó encima de la india con todo su peso. Con las manos le alcanzó el cuello y la apretaba y la zarandeaba insultándola con ronca y rajada voz.

Cuando la india dejó de moverse, relajados todos los músculos, parado el aliento y entreabierta la boca donde la lengua era un grumo de sangre, Pachano trató de ponerse en pie. Una nube espesa cerraba la luna y el campo estaba a oscuras. Volvía a caer de bruces sobre la niña muerta. Se limpiaba en la tierra las manos ensangrentadas. Un zumbido extraño le taladraba el oído, de por dentro. Pronto sintió el aguijón de una avispa detrás de la oreja; y otro, y otro... Se daba con las palmas abiertas, con furia. El zumbido llenó su cabeza y luego el aire todo. El enjambre entero estaba allí castigándolo. Lo picaban por todas partes con enconada premura. Trató de escapar por la ladera, dando traspiés y manotadas. Después empezó a dar gritos y

por último corrió pendiente abajo, lanzando alaridos. Pronto, la gran masa de carne, rodaba rebotando de un punto a otro con estrépito, despertando los ecos en el silencio de la noche. No paró hasta el puro fondo, donde el cráneo se le hizo trizas contra el muro de *talpetate*. La luna corrió entonces el velo de nubes y brilló de nuevo espléndida y el silencio se fue congelando de aguja en aguja hasta formarse de nuevo un solo bloque frío.

III

Esto hacía treinta años. El bosque de espinosos *güixcoyoles* había prosperado al punto de no dar paso. La maldición lo guardaba cerrado e inviolado. Nadie, sino la luna y el intérprete, sabía nada de lo ocurrido. Se hallaron los cuerpos entre la *xopilotada* y se les dio sepultura allí mismo, como es de rigor; la india bajo una cruz-brotona (que es la cruz más linda, porque resucita en árbol muy pronto) y Pachano debajo de un peñasco que fue lentamente hundiéndose en la tierra removida hasta formar una losa de maldición. El sitio fue definitivamente abandonado y evitado. Se decía del tigre y de la boa y nadie entró al fondo. Ahora la tramazón lo hacía acaso impenetrable.

Como yo no era un indio aquel "tabú" me tenía sin cuidado. Mi calidad de poeta y artista me excusaba de explorar a hurtadillas. Con el sol en la cumbre penetré un día la mañana. El machete era insuficiente. Trepé a una eminencia peñascosa y traté de entender el sitio que más prometía. El lado sur era más un muro que una pendiente. Este fue el sitio elegido. Haciendo un amplio semicírculo llegué al punto. Empecé a bajar de rama en rama, con mucho cuidado; de raíz en raíz, de roca en roca. Peñascos que no veían el sol sino un instante en el día, estaban verdes de musgo y resbaladizos. Las lianas, a veces, se soltaban y me arrastraban largos trechos. Bajar era cosa ardua y expuesta; ¿podría después subir?... Luego, llegando al medio de la hoya (donde un relleno de arboleda rala se adentraba en el bosque tupido del *güixcoyol*) ¿qué haría? La intuición me decía que alguna alimaña tal vez dejara una brecha que hiciera posible el descenso al fondo del abismo.

Penosamente alcancé la entrada a la espesura. Anduve merodeando hasta hallar una grieta encañonada hacia el fondo. Hacía frío allí y estaba goteando todo el tiempo. Sin las lianas y bejucos providenciales me habría despeñado en aquel pozo de piedras azulinas. Vine a quedar en un repecho infranqueable desde donde una concha de agua fría se lanzaba en lluvia de menudas gotas sobre copas de altísimos helechos, *guarumos*, *jiotes* y *amates*. Bebí arrojado en la arena rojiza. Estaba despellejado de brazos y piernas y picado de hormigas y de tábanos. Enjuagué mis miembros sudorosos con aquella agua de hielo, deliciosa.

Pasar de allí parecía materialmente imposible. Sólo teniendo alas... No era éste el sitio mejor acaso, pero desde el repecho de roca pelada podía dis-

cernir el fondo y los estanques esmeraldinos entre *camalote* y lirios. Los verederos eran esmirriados, escuetos, pero el ruido del agua que caía, en aquella oquedad, era enorme, era como de una cascada o *chorrentera*. Apartando el ramazal de *platanillo* y *chichicaste* se veía cómo una caña de sol se hacía polvo de diamantes contra los troncos de los *jiotes* de plata y cobre que se entreveraban allá al fondo. Todavía más hondo, la luz destacaba una hoja de lirio como una placa de esmeralda chisporroteante y al lado, en la media luz, el bermellón de unos tallos de *chufle* y una enorme flor de alcatraz que fingiendo un ave blanca, de regia cola rizada, parecía suspendida en el vuelo por arte de magia o anidada en el aire.

No había medio de pasar de allí. En el sitio mismo había que estarse cogido a una rama o a un tronco, por la tendencia al derrumbe de aquel cascajo pardo y barrioso.

Iba a cambiar de sitio cuando, en forma súbita, la planta a que me cogía se desgajó del muro, arrastrándome varios metros. Algunas raíces más fuertes no se reventaron y la detuvieron. Agarrado con ambas manos y sintiendo la rozadura y el lijamiento de la roca en las rodillas, logré al fin alcanzar con la punta de los pies el extremo de una rama de *amate* que, por suerte, resistió el peso de mi cuerpo. Solté entonces el arbusto y agarrando mogotes de hierba en la pared de roca y apretando los salientes y depresiones de la superficie. Con todos los dedos, vine a cogirme con las piernas y luego con los brazos a la rama del árbol.

No quedaba sino bajar y buscar una salida. Con peccencia y haciendo valor en cada esfuerzo me escurrí hasta los ganchos cimeros y poco a poco a los inferiores. Las lianas abundaban alrededor del tronco que envolvían como en una red propicia al descenso. Al fin puse los pies sobre el suelo. Entre el pedregal afilado seguí bajando todavía y me hallé de pronto al puro fondo, junto a una semigruta emboscada, pisando arena fina y clara como verdadero polvo de plata.

Estaba, pues, al fondo del barranco de manera casi involuntaria. Alcé la cabeza para ver la cúpula extraña de aquella nave de temple gótico. Armónicas columnas cubiertas de musgo y líquenes; arcos atrevidos, entrecruzándose en una desordenada arquitectura, lámparas pendientes, moviéndose apenas en el aire frío surcado de gotas de fuego. Entre hojarasca de ramajes grávidos las enredaderas dibujaban grecas, las flores colgaban en dorados racimos o eran rojas y blancas, abules y lilas en combinaciones que hacían de vitrales. Desde allí veía, pendiente en su majestuoso atavío, la flor de *alcatraz* que antes viera desde arriba. Los rayos del sol meridiano, como espadas o barras de cristal y de oro entraban en ciertos sitios hasta besar el agua donde lirios violáceos y masuchos de berros se gozaban en la luz. Los insectos ponían un velo inquieto en el aire y tocados por el sol resplandecían como polvo de joyas. Tocaba la luz del muro mojado donde coruscaba como un mosaico de brasas que se apagaban y encendían fantásticamente; destacaba en toda su finura algunas palmas de helecho tierno y las conchas cristalinas de agua que

se vertían saltando con sonoridades prestadas al eco. La madeja de chorros cayendo perennemente sobre el pozo encajonado y el pedregal sonaba a un distante e impreciso canto gregoriano. Era un templo este lugar increíble. Un aroma de clorofila y de tanino, olor frío y caliente a la vez, sustituían el del incienso y de la esperma.

De las alturas del muro, enmarañado de plantas, llegaban, cayendo de vez en cuando, piedras que se soltaban allá, por razones indefinidas. Venían respingando en todo sentido; rasgando las hojas, como balas y caían escandalosamente estremeciendo el gongo del aire acústico, por largo rato.

Traté de hallar salida pues el frío aumentaba calando hasta el tuétano. Las manos me sangraban; tenía la camisa hecha trizas y cojeaba por el golpe en la rótula.

Una súbita avalancha que llenó de estruendo la cuenca sonora, me hizo correr a ocultarme en el risco más cercano. No bien se hubo restablecido la calma cuando llegó a mis oídos un rumor antes vago, ahora distinto, que impresionaba con el fantasmagórico zumbido de un rezo colectivo. El templo estaba, pues, habitado. Invisible turba fervorosa dejaba oír, no obstante, el burbujeo de sus preces de ultratumba.

Lleno de verdadero asombro busqué el origen del extraño murmullo y siguiendo su venero me hallé por fin en lo que pudiera tenerse como el "santum sanctorum" de aquella catedral de maravilla. La gran grieta era como una hornacina. Había dado con la verdadera *talniquera*. La cueva truncada mostraba cientos de perforaciones. Era una verdadera criba, una gigantesca colmena donde miríadas de avispas pululaban por el aire y en la roca, zumbando de manera incesante. Nunca hubiera creído que existiera un avispero igual. Al centro, la arena argentada y seca mostraba aquí y allá lamparones de cera y de miel y entre piedras afiladas, al centro, en forma inexplicable, un trozo de puro granito, fino y alisado como un *metate* o muela de piedra, como dejada allí por alguien. Pudo ser o pudo no ser labrada por el hombre. Para mí ésta fue la tercera respuesta a la pregunta que en silencio me había estado haciendo: ¿Completaré la extraña leyenda de la Virgen Desnuda? . . . Pensé en los símbolos profícuos: el Agua Virgen dormida y desnuda al fondo: la paloma "alas blancas" que hallé anidada al apartar unas ramas de helecho. No había volado. Era grande y delicada como cosa virgen; era, además, el símbolo del Dios Madre, el Espíritu Santo. Ahora, mi mano ávida de escultor se apoderaba de este trozo de piedra, rodeado en el centro de aquel cráter, por una oración fantasmal y continua. Yo había encontrado la Virgen Desnuda, la había rescatado del fondo del embudo prohibido. Podía verla sin esfuerzo allí mismo, tal como aparece ahora en mi estudio: una Virgen Desnuda, con sus pies sobre la cabeza de una serpiente, cubierta sí, con un manto como de seda, que acusa ligeramente las formas finas, una delicada y purísima desnudez de azucena entre la niebla de la aurora.

EL ANGEL DEL ESPEJO

IXPAPALOTA es nuestra madre, Señora del Mundo, "La Mariposa de Cristal" esto es: La Noche Estrellada. Así vio el indio sus dioses con ojos de esteta refinado, ojos de soñador, de poeta, de artista, de sacerdote. Ixpapalota: por lo tanto, representa la noche profunda, la "alta noche" en la que se escucha el aire, esa enorme campana de silencio, levemente mecida de Norte a Sur por una legión de grillos y gusanos.

Ixpapalota... ¡Oh Mariposa de Obsidiana, vela por nosotros! El monte sueña con la distancia, envuelto en una manta gris-azul de niebla invisible; sueña allí a lo lejos, *cujti*, remoto y su sueño es ahora de zafiro y no de rubí, como suele serlo, por lo que algunos indios le llamamos *Tepezonte* (el de la roja melena) y también *Tzunchiche* (el de cabeza colorada).

El sueño de Izalco no es ya de fuego, es un pesado sueño de lava, de *techcal*, entre gris y azul, ya lo dijimos antes, sueños de zafiro o de lapizlázuli.

Las mariposas en quietud, palpitan como corazones agónicos, levemente, con un palpitir que es más un estremecimiento, un escalofrío casi imperceptible. El gran reptil, Nuestro Señor Culebra Tornadiza, el Viento, duerme también, enroscado en *yagual*: "*Tepelishpan nemi tutecuyo Quetzalcohuat-Ebecate*", sobre la montaña en descanso.

Más allá de la luna, el viento languidece en luz y cruza el vacío, identificándose entonces con el verdadero y único Quetzalcohuatl", "La Serpiente Emplumada", quien a su vez se funde con "La Mariposa de Cristal", su femenino aspecto.

¿Quién que piense, hoy día, con alta sien, no entenderá al Cosmos espiral como la Sierpe Divina que se muerde la cola y las galaxias, las constelaciones, las vías-lácteas, como las plumas de luz con que se cubre el cuerpo oscuro el reptil *numinoso* del Tiempo y el Espacio? Nosotros los indios así lo entendi-

mos y Quetzalcohual ha sido siempre el símbolo —en su viril aspecto— de la Noche Temprana, la vencedora del Sol, la noche hirviente en llama y luz, enardecida y jadeante después de la lucha con el Día. Se siente potente y exaltada cuando toma posesión de sus dominios infinitos, antes de echarse a descansar en el sagrado lecho de piedra del Silencio, con los pies hundidos entre pliegues de mar: *Tunantzinat-pétat*.

Miguel Tizat y Pedro Munti alias “Cuich” (Gavilancillo) acompañaban al *gringo Jarris* y a Don Rogerio, el contratista, como guías en aquellas fantásticas excursiones. Don Rogerio hablaba su *chilguete de nahuatl* y además se entendía con el *gringo* de la barba. La barba en hacha era el *distingo* del Profesor Harris e imponía a los indios admiración y respeto, igual que la sotana del clérigo: *tituluat ishpan*, “nos inclinamos reverentes”...

El señor de *otras potencias* venía por pura curiosidad. Don Rogerio le había informado por cordillera, por estafetas (por decirlo así) del portentoso hallazgo, del increíble descubrimiento zoológico: el “Mistricuco del Cueverón”, así aludido en castizo: *Tepalteculot*, “El Tecolote de Seda” según la versión etimológica. El Mistricuco del Cueverón se decía ser un extraordinario espécimen, un ejemplar nunca antes conocido, que moraba en el Cueverón, sitio no lejano al volcán y tal vez unido a él por el subsuelo, unido con las infernales chimeneas del *Izalco*.

Lo que el Señor Harris había sacado en limpio, de los dudosos informes de algunos campesinos indios, era que un búho de fantasmagórico aspecto aparecía esporádicamente en la región inmediata al volcán, a veces en el “tashcal”, a veces en la montaña o en alguna barranca aledaña. Dos indios decían ser aquello “el espireto del volcán, el *nagual* del *Izalco*”. Esto es, un ser de carácter más bien etéreo, una aparición, un *dianchi* en forma de ave. Miguel Tizat, en cambio, aseguraba que “el *bía* tenido el animal tan cerca, sobre un tronco derrumbado de copinol, que bien pudo oír el *tastaseyo* del pico cuando rezaba”. Según Tizat, el tecolote (o lo que fuera) era luminoso como un gusano de luz, particularmente en la pechuga que más parecía translúcida, como de vidrio opaco y rojizo, al modelo de esas lámparas votivas que cuelgan en los templos. “Es mero bonito, *siñor*; le tiembla el barba, encendido *toduel común* farolito de la feria”.

Don Rogerio había dicho que todo era como cosa de cuento, pero que los dos indios guías lo habían visto en noches diferentes y otros dos, cuando ambos preparaban los *pantes* antes de encender la carbonera de Merino que está cerca de la boca de la cueva.

Las gentes de ciencia, informadas por carta, habían pesado cuidadosamente las posibilidades y habían dudado todo lo que la ciencia misma manda, que es bastante, pero en la casilla de la hipótesis, se estableció que un ave pudo muy bien habitar por largos años el fondo de una cueva, alguna extensa y desconocida región del subsuelo, “el mundo de la eterna noche sin estrellas”. No resultaba del todo imposible que, así como en las profundidades submarinas existen peces luminosos, en el fondo de la tierra, los búhos, los mur-

ciélagos, los reptiles e insectos o cualquiera otra alímaña ciega se hubiera tornado luminescente. El Profesor Harris estaba aquí para saber a qué atenerse en este caso particular.

Antes de salir de excursión la quinta noche para un nuevo reconocimiento, los dos blancos, a horas del crepúsculo y durante la sobremesa, recibieron la visita de una india vieja: la Chalía Tzunte.

Se había regado el *hijio* de la cosa legendaria y la razón de la búsqueda por la montaña y el volcán. La vieja venía para saber si lo que causaba el *escurco* de la región era el hallazgo de "El Angel del Espejo".

Le dio este término extraño a la supuesta aparición y contó que viniendo la madrugada del domingo desde "El Cerro Verde", había visto al entrar en la Barranca del Teju, sentadito al gancho de un papaturro pelón un *cipotio rodiado* de *ajuate* de luz, sentadito, viendo para allá y como rezando. Cuando la Chalía se santiguó, el ángel se le vino encima, cegándola con su espejo colorado, le echó la bendición por la cabeza, tocándole apenas la *frente* sin quemarla y se perdió "volando al *descojer* entre los palos y dejando una *fueya ayaguitiada* de niebla rojiza".

"Yo *minqué*, mi *Siñor*, cruzando las manos sobre el pecho y sintiendo, veyá! . . . como un *hormigüeyo* más bien *güeno* que *feyo* que me corría de la colita hasta la mera *coroniya!* ¡y de *güelta*, mire! . . ."

La Chalía Tzunte se ponía agitada relatando su encuentro. No le cabía la menor duda de que la aparición era benigna y la había fijado con la poética expresión antes citada: "El Angel del Espejo".

Mr. Harris se detuvo para tomar aliento. Descansó la escopeta en el suelo, con la culata entre las botas y se apoyó con ambas manos en el cañón frío.

"¡Darn-it! . . . —murmuró con gesto un sí es no es enojadizo—. "Darn-it, caramba, esta cosa se está poniendo un tanto ridícula". Siguió pensando: "Esta noche doblaremos la hoja, nos encogeremos científicamente de hombros. La cosa no es, no está, no aparece. . . Todo es una pura leyenda. Esta gente con esa imaginación fantástica lo ve todo, lo cree todo. . ."

Estaba casi al borde del aserradero. Una gran troza de bálsamo, solemne y oblonga cruzaba el zanjón como un puentecito y recibía la triste claridad de las estrellas en los fillos de la izquierda. Diagonalmente a los durmientes de palo delgado, estaban recostadas dos o tres tablas ya aserradas, aromando dulcemente con el incienso criollo de los balsamares, inconfundible en su místico aliento vegetal.

Los compañeros habían ido por rumbos distintos, todos con la esperanza de ver el búho misterioso o de cazarlo a ser posible. Pero "tepalteculot" no aparecía por ningún lado; posiblemente había vuelto a la entraña oscura de su mundo subterráneo.

Se enjugó la barba con el pañuelo. Tomó asiento en un tronco, espantando con golpes de pañuelo el serrín que había quedado sobre el corte circular. La noche estaba cada instante más fría. Bebió destapando la *pacha* de *whiskey*

forrada de metal. Volvió la *pacha* al bolsillo trasero y golpeó la cabeza del trago con el martillito de una leve tos.

Algo llamó la atención de Mr. Harris súbitamente, una gran luminaria celeste que cruzó en curva descendente entre las altas ramas de los árboles. ¿Sería alguna exhalación, un bólido; sería, al fin, el ave luminosa, el tecolote tan buscado, "El Angel del Espejo"?

La luminaria entró intempestivamente en la oscura oquedad de la montaña y sin tocar las ramas ni los troncos, cayó sin ruido al suelo, allí a pocos metros del sitio donde el Profesor estaba y se posó en un montículo de hojas marchitas, como una hoguera fría que iluminaba un pequeño círculo de arbustos y *mumuja de palo*.

¿Qué era? . . . El hombre de ciencia se sintió doblemente cegado por unos instantes: en las retinas por la aparición luminescente, en la razón por el cortocircuito de aquel acontecimiento inusitado.

Como había dicho Don Rogerio, aludiendo anteriormente al mismo fenómeno y antes de regresar a Sonsonate para atender sus asuntos personales: "No es lo mismo mandarla llamar que verla venir" . . . ¡Darn-it!, darn-it!, esta vez no murmurado en decepción, sino en asombro.

La pequeña llama dio algunos brincos más hacia el perplejo explorador y luego, en vuelo fantasmagórico, se alzó, pasando sobre su hombro derecho sin quemarle y se perdió a sus espaldas dejando la montaña en una oscuridad mayor.

Deslumbrado y cegatón, el *gringo* se puso de pie, siempre apoyado en la escopeta y dando traspies trató en vano de descubrir el sitio donde la fugitiva luminaria se había escondido.

Después de un mes de inútil búsqueda en un escueto informe quedó por fin zanjada la misteriosa cuestión:

Clasificación:

Carbúnculo (del Lat. Carbunculus): Fuego fatuo rubicundo. Aquí en Centro América se cree que el *carbúnculo* es una piedra viva de gran luminosidad, que deambula por los sitios solitarios y en las montañas. Algunos hombres de ciencia creen que es producido por emanaciones de fósforo de hidrógeno, espontáneamente inflamable desprendido de terrenos pantanosos y de sitios donde hay osamentas soterradas o cuerpos en estado de putrefacción. Otros aseguran que se trata de un fenómeno eléctrico atmosférico, como el *Fuego de San Telmo*, penacho luminoso que aparece en las puntas de los mástiles.

El fuego fatuo de Izalco es producido sin duda por las fosas comunes de indios fusilados en masa durante la revuelta de 1932 que diezmó la población de los Izalcos y toda la costa de Tunalá. Aquí en Izalco se ha hecho popular la aparición nocturna del dios Tescatlípoca ("El del Espejo Humeante", divinidad lunar trágica y lúgubre, hermano del dios de la Guerra y (según se asegura en esta región) dios mantenedor del no menos humeante volcán local.

EL MUERTO

UNA VEZ MÁS, el sol metía su mano de oro por entre los barrotes del balcón oriental y saludaba a Don Cándido con un “¡buenos días!” que era además un reproche sonriente, por la demora del anciano entre las sábanas tibias. A una hora tan avanzada como esta de las 7 y 30, ya Cándido Villalta había dormido demasiado. Antes, madrugaba a recibir el día desde el jardín enclaustrado donde crecían tres naranjos y un helecho enorme. La casona colonial era grande y modesta y los corredores estaban sólo amueblados con las sombras alineaditas de los pilares de tronco de palmera, sombras que fingían personas convalecientes de hospitales, sentadas en los ladrillos de barro quemado y recostadas contra los muros encalados o contra las cerradas puertas verdes.

Por aquellos claustros paseaba el viento su cola de pavo, llevando de aquí para allá algunas hojas secas de las parras o espantando el pasito rosado de las palomas de Castilla.

Cuando cesaban los repiques en la iglesia cercana, se escuchaba a la Macaria en la cocina (tres gradas abajo, en el ángulo sur-oeste) en su afán por batir los dos huevos de la tortilla que Don Cándido demandaba en el centro de su desayuno.

Estas eran mañanas tiernas, las de Casa-Villalta. La familia se había reducido en extremo, pues la matrona había muerto con un angina de pecho, ahora hacía casi tres años. Como sólo eran hijas y se habían casado todas, el personal de la casa vino a menos, hasta no entenderse sino: el hacendado, la Macaria, el viejito Tomás, el gato “Cuto” y “La Diana”, la perra gris que dormía a la puerta de la alcoba del anciano. Hacía ya tres años casi, desde la partida de quien ponía guerra en la paz hogareña; todo se había ido asentando hasta quedar el agua de la felicidad, clarita, clarita y todos los ruidos,

grandes y chicos, asinfonados en una música de gratos recuerdos, y gratos olvidos. La pila rebalsaba siempre con pájaros bañistas y se respiraba de modo vago, intermitente pero constante, el grato aroma de los azahares.

Aquella mañana el viejo abrió sus ojos fijándolos en la luz que untaba marfilina la pared frente a la cama y no quiso moverse, tal era el sentimiento agudo de confort, el grato descanso de sus miembros entre las mantas tibias y aquella inusitada sensación de salud irradiante, de calor solar en el corazón rejuvenecido como por un reposo eficaz y por aquellas extraordinarias ganas de pensar, de meditar, de recordar en la dicha del instante, la dicha de los días idos, con sus variados incidentes y sus personajes, en lo general, de simpatía, de cariño y de amor.

Con las manos unidas en gesto a la vez dulce y enérgico; ya rodando la una en la otra o engrapadas con grapa apretadísima de puro vigor y entusiasmo. Don Cándido permanecía largo rato mirando por la ventana del recuerdo, abierta de par en par, cuán bella había sido su niñez, su juventud de colegial alborotado, su madurez un tanto romántica y heroica y sus prolicuas ocupaciones de hombre asentado, sensato y sano, mientras el gris blanqueaba en las sienas y las coyunturas comenzaban a perder lubricante y a pedir más prolongado y más frecuente reposo. Doña Enriqueta había dejado poco a poco de ser la *gracia* de la casa para tornarse en la *fuerza* de la misma. Esto le restaba a él bastante autoridad y algo de paz, pero también le aligeraba de muchas responsabilidades y trabajos rutinarios. La hacienda había ido quedando prácticamente en manos de Enriqueta; ella disponía de labores y cosechas a su antojo y por ella la plata entraba periódica y seguramente a las gavetas de los armarios: el café, la leche, la leña, el maíz, el arroz, los huevos. . .

—¡Entiéndase con la Queta! . . .

En esta forma desviaba las inquisiciones en la línea de los negocios, cuando llamaban a su puerta.

Por ello, aun estos detalles aparecían nítidamente en la memoria como hechos de carácter providencial para la posesión (ahora completa) de aquella tranquilidad de pequeño rico, generoso por naturaleza y sin ambiciones mayores. Su recreo personal, al margen casi de las labores agrícolas cotidianas, era el mejoramiento constante y progresivo del ganado y de las aves de corral. Continuamente estaba en consulta sobre revistas y libros alusivos, que recibía con regularidad y sólo la lectura de los diarios locales absorbía más su atención intrascendente.

¡Qué solo, pero qué bien, qué gratamente solo había venido a quedar andando el tiempo! “Cándido y solitario” se apodaba a sí mismo en voz alta y con orgullo cada vez que alguien inquiría sobre su estado de salud sico-física y su vida casera.

—Aquí me tiene: ¡Cándido y solitario! . . .

“A Dios gracias”, añadía por lo bajo, como con un poco de miedo y pena de que doña Enriqueta pudiera estar oyéndole todavía.

Uno de los incidentes que en esta gratisíma mañana aparecía en su memoria con relieves de muy importante, de incidente capital en su vida de cuarentón,

era aquel de la aventura amorosa con Anita Fuentes. La Queta acaba de dar a luz a Marianita. Era la segunda de sus hijas y el parto no había sido del todo afortunado, obligando a la madre a permanecer en cama por más de un mes, en cuyo lapso hubo mucho temor y mucho dolor físico: raspados, recaídas y luego un período de reconstitución indispensable. La Macaria había entrado entonces en familia, en calidad de enfermera; una enfermera puramente vocacional, improvisada, con más paciencia que ciencia, exageradamente alerta y un poco terca en su expresión maternal hacia su esposa.

Anita Fuentes "estaba loca por él", según el decir de algunas gentes. Porque don Cándido, no era cándido, ni mucho menos, y sí hombre bien parecido y mejor empacado, que sabía llevar el mostacho y montaba bien, en bestias de mucho brío. "¡Adoraba a su esposa!" según la expresión un tanto gratuita de las damas comentadoras que charlaban de ventana a ventana y de banco a banco en las retretas. Pero, así y todo, Anita parecía muy confiada en sus poderes de seducción. Cuando la luz se apagaba en el cine y el cono radiante cruzaba el espacio por encima de los asistentes, los ojos de don Cándido siempre viraban hacia un palco y se encontraban con los ojos, igualmente virados, de Anita, quien los avivaba con el abanico, como se avivan las brasas en la hornilla con el soplador de petate.

—¡Rica chica! . . . —decía don Cándido, a *sotto voce* a Pancho Rúa, el amigo que le acompañaba por todos lados como una sombra.

—¡Te come con los ojos! —le respondía Pancho adulatoriamente—. Si no la cortas se marchita en la rama.

Pero don Cándido andaba ya hacía rato con las podaderas en el bolsillo. Los consejos salían sobrando. La carta la entregó un chiquillo alcahuete en lo oscuro del cinema. Le tocaba Anita Fuentes *por derecho*; se lo decía así mentalmente, convencido sin razón. No habría en la aventura mayor perjuicio; era ella de familia *ligera* y tolerante y la única perjudicada, cuando mucho, podía ser Enriqueta, dado el caso de que las cosas no pudieran mantenerse en el debido secreto.

El incidente, ahora vivísimo en la memoria del rejuvenecido setentón, era, desde luego, el instante de cortar la rosa; ¡romántico momento juvenil, momento inolvidable! . . . Se puso a Anita en la solapa, ¡con qué primor! . . . y volando los días-golondrinas vino al mundo Luisito, murió la amada cuando permanecían ya definitivamente separados por un opaco muro de conveniencia-inconveniente. El hijo es ahora un médico de tantos y a su nombre se ha hecho el testamento de casi todos los bienes del pensador solitario y feliz.

Pero sigamos viendo atrás. La luna llena, el puente sombrío, con los dos arcos de medio-punto, tocados por la lunaria en corte diagonal. El primer arco estaba sobre arena limpia; bajo el segundo se deslizaba musical, cantando en gorgoritos ternezuelos, el río, amigo de la frescura en una noche tan caliente.

Llegó ella con la criada joven, quien la dejó en sus manos con cierta sonrisa de complicidad y se fue a esperarla a sitio discreto y seguro. El llevó a la "rica-chica" por la cintura hasta el tronco seco que estaba tirado debajo del puente. La arena era negra a zonas y plata a zonas; muelle y caliente como esta

cama gratísima en que hoy pensaba recostado. La fue despeinando entre besos atolondrados y palabras de amor; la fue desabotonando de beso en beso; la suspiró con mil promesas vagas; apagaba sus leves temores, la convencía sin esfuerzo, más de lo que ya ella parecía estarlo; la puso, así, aquí, allá . . . , contra su pecho al fin de mocetón triunfante, en donde poco a poco, ella se fue durmiendo con ojos entreabiertos para no perder ni los detalles del sueño ni los de la realidad. Quedó al fin tan totalmente en su poder que, embriagado, perdió noción de tiempo y responsabilidad.

Esta escena se repitió allí por varias noches, con poca diferencia de incidentes y palabras y se repitió en otros sitios no menos románticos. Después, en paseos de campo y bailes, siempre hubo un rincón propicio al enlace de cuerpos, las palabras dulces y las caricias deliciosas.

El tiempo suele borrar todas estas cosas; cambia las situaciones; altera los convenios; aguza los deberes. Caen otoños con palabras un tanto secas, como hojas marchitas que el viento arrastra entre ráfagas frías. Lluve poco a poco indiferencia y luego viene el invierno de un olvido convencional.

Así, estaba ahora don Cándido en esta cama deliciosa, estaba ahora sabiendo no obstante, que era estúpido haber olvidado un sitio tan bello y significativo, tan importante, con el arco aquel del puente de sus suspiros, donde aún, sin duda, pasaría el no-río de arena junto al manantial vivo, allí no más a unas cuantas cuadras de su casa.

Con gran firmeza se propuso ir ese mismo día al rincón de su aventura deliciosa a pagar una visita que debía, como muchas gentes deben visitar a un santo milagroso. Como exvoto llevaría él una rosa, para dejarla (románticamente todavía) tirada como al descuido sobre el sitio de su pecado encantador.

Aun pensando en variadísimos detalles, como si viviera en verdad de nuevo y su amor y su alegría, apartando las mantas saltó casi ágilmente y se puso al lavabo y al espejo. Una vez peinado, se roció la cara con agua de Colonia, atomizada y clavando con asombro los ojos en su rizada melena, la notó de un gris tirando a ámbar asentada y brillante, casi dorada, como en los días de transición entre la juventud avanzada y el temprano otoño, todavía jugosa a pesar del vago reflejo brocíneo indicador de la marchitez que despunta.

—¡Pero, qué me pasa, qué me pasa, qué me pasa! . . . —se dijo, casi cantando las palabras.

Por dos veces la cocinera había golpeado la puerta con los nudillos, anunciándole ásperamente que la tortilla de huevos se iba endurecer si no salía a tomar el desayuno. La perra había rascado la puerta con insistencia, hambrienta sin duda e impaciente. ¡Cómo tardaba esta mañana don Cándido Villalta! . . .

Por fin estuvo a su gusto el nudo de la corbata azul. Entró en su americana liviana mientras canturreaba entre dientes y abrió la puerta con tal premura y agilidad que el impacto de "La Diana" sobre su pecho, estuvo a punto de hacerlo rodar por el umbral.

—¡Perra endemoniada! . . .

Se reía y trataba de evitar la cariñosa acogida.

—¡En juicio, condenada, en juicio! . . .

De tres zancadas rítmicas cruzó el patio recién regado por ño Tomás y se sentó a la mesa en su sitio habitual. Cuando la Macaria le puso el plato, le cogió ambas manos y se las besó chusco y gentil.

—¡Avermaría... , perdió el juicio el hombre!...

—¡Estoy contento, esto es todo, estoy feliz!

Comió distraídamente, mientras oía cantar los canarios, mientras veía pasar las nubes por encima del entejado, mientras contaba las naranjas maduras, sólo por el placer de hacerlo y se decía en sordina:

—¡Qué fruta bella, Cándido Villalta, qué perfecta redondez!

Del comedor salió por la puerta lateral y empezó a subir el parque por el andén de lasajas. La perra lo seguía de cerca, como siempre que tomaba un paseito digestivo. Esta vez don Cándido Villalta no tenía sino una idea fija: subir hasta el templo, cruzar la barriada tomando la calle de las Perdomo, salir a la carretera empedrada y bajar por ella hasta El Molino, la tienda de Olmedo, el *tiangué* y luego el pedregal que termina en los obrajes y en el puente viejo.

Volvió a hojear la memoria y se detuvo en la página de aquellos arcos anti-quísimos que el musgo había cubierto piadosamente de terciopelo verde. En aquel instante, después de haber cruzado el parque, iba a bajar la cuesta en la calle torcida de El Sauce. El andén servía, además, de contrafuerte al ábside de El Calvario y en vez de apearse al empedrado y hundirse en la calleja, don Cándido pensó de manera indiferente que sería mejor cortar en atajo subiendo al tapial de la Iglesia, de un brinco, pasando al lado de la cúpula mayor y bajando en rápida diagonal directamente al río.

Como lo pensó lo hizo, extrañándole un poco que la perra gris no pudiera seguirle sino con los ojos afligidos, en canina perplejidad. Aunque la oía gemir, le mandó, así, un saludo militar y continuó por el techo de la iglesia hasta un tejado aledaño donde se detuvo sorprendido al ver a una mujer que aporcaba unas plantas enanas. Todo fue volver ella el rostro de perfil y darse cuenta don Cándido de quién era.

—¡Pero, qué haces allí, Enriqueta?...

—Cuidando estas *pitahayas*, Cándido; los gatos no las dejan madurar, las orinan siempre, las orinan...

—¿Los gatos?...

La claridad de aquel estado de conciencia, lo vívido de aquel sueño, le causaba inmenso asombro. ¿Por qué estaba y no estaba soñando?

—¡Quiero despertar, Señor!... —pensó.

Doña Queta le puso amistosamente la cuchara de aporcar en la pechera de la camisa, sobre la corbata azul.

—Se te ha olvidado algo, Cándido.

—Sí, que estoy dormido, que todo esto es un sueño...

—La rosa estúpido, la rosa.

—¿Qué rosa?...

—¿No ibas al puente a dejar una rosa en la tumba de tu pecado?

—No hables así, Enriqueta... ¡Quiero despertar!

—Será mejor que sigas soñando.
—Le alargó una hermosísima rosa. El la tomó entre el índice y el pulgar. Olfía deliciosamente.
—¿De dónde? . . .
—De mi jardín. Aquí en este tejado cuido yo mis flores. Anda, lleva la rosa a tu amante.

Don Cándido bajó sesgado, en un solo impulso hasta el césped de un verde intensísimo que alfombraba el *tiangué*. Como una sombra leve entró por la doble fila de cactus-órganos de la que se elevaba un ingrato hedor a estiércol de cerdo y casi sin sentirlo, se halló debajo del arco del puente, allí mismo en donde, en ya lejana noche, sucedió lo sucedido.

Sin saber por qué, sin entenderlo por completo, arrojó la rosa en la arena, no sin cierto ademán sutil y romántico, murmurando a la vez entre dientes:
—¡Por ella! . . .

Una mano leve se posó sobre su hombro. Al volverse estaba allí Anita Fuentes con su sonrisa picante y sus ojos encendidos:

—Estás muerto, Cándido Villalta, desde esta madrugada. Estamos aquí, de este lado de la vida. Ya irás entendiendo poco a poco.

EL PERRAJE

CATINO está sentado y es ciego. La cabeza un poco alzada por aquello de *devisar* con el *oído*. Una sonrisa tímida ha caído en la trampa de cerdas del bigote, como una paloma sin fortuna, estremecida y a la vez conforme.

—Catino.

—Mande, niña. . .

—Tome.

El ciego apronta las manos con las palmas hacia arriba, sin atinar de qué se trata.

—Tome.

Las manos de Catino son suaves, renegridas, húmedas, brillantes en las palmas, con algo de lomo de pescado o pecho de culebra. Son, no obstante, manos largas y sensitivas y parecen estar llenas de ojos en botón. Miran un poco esas manos meditativas, quietas casi siempre, oyendo y moviéndose con la parsimonia de las alas en los nidos. Sobre ellas deja la niña el perraje. Lo pone con cuidado, como sabedora de lo precioso que será en poder de Catino. Las noches son ahora claras pero frías y a veces húmedas. El relente es copioso.

Es el perraje. Lo manda Doña Toyita. Que lo guarde. Que lo use hoy que hace tanto frío.

La Candita marca las frases con cuidado. El regalo no es de la Candita quien sólo cumple el mandado, pero ella pone tal dulzura, cariño y gusto en entregarlo que el perraje va envuelto en aquella como funda de seda sutil. La Candita hubiera querido ser ella la donadora. Con la encomienda parece como si entregara una flor.

El ciego no dice nada pero sabe sentir estas cosas. Recibe el perraje y lo que con él llega (que es de menor utilidad pero de mejor calidad, de más pre-

ciado tejido) y sonrío tímidamente. Da las gracias atolondradamente Catino. Más atolondradamente, la Candita parece que no halla por donde cogerlas; se le escurren por entre los dedos nerviosos del alma. Suspira con carita apenada.

—Que Dios se lo pague, *mialma*.

—Se lo diré a Doña Toyita...

El ciego va a decir algo pero se queda en suspenso, entreabierta la boca. Acaricia el perraje pasándole una mano encima como si fuera el lomo de un gato de querencia. Catino sabe que *la niña* se ha ido, se ha retirado a pasito incierto. Está el ciego sentado en la grada. La grada, como todo asiento, mira hacia la sombra. El ciego siente moverse allí cerca las *pollas berecas* que rascan a patadas el reguero salido de la cocina y algo *jediondo a podre*. El perraje huele francamente a tinte de añil. Debe ser enteramente nuevo y no sólo nuevo, recién tejido... Le pasa la mano, le pasa la mano...

Doña Toyita es la maestra vieja. Le ha ofrecido algo (sin que él lo pidiera) y lo ha cumplido. "Esto no es caridá, casi" piensa Catino "esto es puro cariño. Yo conozco a Doña Toyita... ¡Hay gente buena en el mundo!"... Hay gente buena sí, la vieja maestra es una de ellas.

Se levanta el ciego y va con el palo tanteando hacia su rincón casero. Tiene un cuarto donde bien cabe; un *petate* sobre manojos de paja de arroz. Hay una mesita, un porrón con guacalito, su tombilla. Hay cerca un ventanuco con reja de bambú; dicen que por él se ve el llano y los cerros... Catino sólo sabe que el viento entra de fuera trayéndole al olfato, bien un aroma, bien un *tufo* cualquiera o el simple olor del suelo y la maleza; al *oído* el lejano traqueteo del tren que va hacia oriente o el espeso zumbido de algún avión que viene o va.

El olor del perraje incita a meter las narices en él, a oler con fuerza, repetidamente, a morderlo, aunque él no lo hace... "¡Qué limpio huele!..."

Sentado en la cuca, después de cerrar la puerta, piensa en que pronto anochecerá. Llegará, acaso, la tormenta; hará un poco de frío... Su colchita deshilachada puede todavía servir muchos días... tal vez meses... acaso hasta un año. El perraje es un verdadero lujo. Con las yemas del índice y el pulgar aprecia lo recio del tejido. "¡Es fuerte, resistente...!, debe calentar bien!" Lo va desenvolviendo, desdoblando... "¡Qué ancho es!"... Lo mide a la media braza: "¡Qué largo!"... Es un perraje doble, en verdad... parece que fueran dos perrajes en uno. Se podría poner doblado en dos y daría el servicio de una verdadera frazada *chapina*. No puede contener una sonrisa de satisfacción. "Si tengo un perro", piensa, "le pondré la colchita, para que duerma a gusto". Doña Toyita le ha dicho: "De los *chuchitos* de la Diana del doctor García tengo prometido un varón, para usted. Es perra de raza grande y fina". Doña Toyita no se olvida, lo sabe Catino. El *chuchito* no tardará... "Es un alma celestial, esta mujer; que Dios la premie"... Su mano se detiene en el extremo del perraje. Allí, en esa esquina halla una bordadura inesperada. Con el ojo, un poco miope, de sus dedos temblorosos logra leer después de vago esfuerzo "*Catino Melara*" y más abajo: "1955". Se le enciende una vez más la sonrisa: "Y, de ajuste, me le ha puesto el *jierro*".

NEBULA NOVA

ANGEL 140

ERA EL VOLATÍN; abajo un mar de cráneos vivos, con ojos de chispa, que se movían como el péndulo múltiple y sincrónico de un extraño reloj, siguiendo siempre la trayectoria del trapecio. El redondel era como uno de los grandes cráteres de la Luna y allí parecía desplazarse penosamente el ovillo blanquirrojo de Put-te, el payaso calvo en zancos de 6 pies y medio. Aquí era, a lo mejor, la estratosfera. Por encima, la carpa era un Universo desteñido y sucio, sin astros casi, a no ser los 4 ó 5 soles de las candilejas en las jambas de los trinquetes, las cuales se tornaban en cometas cogidos por el telar de tiempo y altura en su vaivén; absurdos cometas de lanzadera.

Esto era cuando el trapecio se lanzaba y él, Gervasio, enganchado por las corvas en la barra, con la cabeza ya no se sabía dónde y los brazos estirados (donde el pensamiento del cerebro se escurría, como líquido en canales, para poner toda la inteligencia en las manos) cruzaba meteóricamente el circo. Tenía que soltarse de la barra y volar un rato con sus 140 libras de carne y huesos y su media onza de alma.

En los primeros días de aprendizaje Gervasio añadía a todo ese peso un "iceberg" de terror que si se hubiera pesado en el mundo de lo tangible, hubiera pesado lo que una caja de hierro, o poco menos; tal vez lo que un ataúd de fina ebanistería. Pero el terror entonces y el valor (ahora que ya lo hacía automáticamente) se pesaban en un mundo dinamizado, donde el más es menos y esto lo aligeraba enormemente porque descargaba por inducción en el público, cuya ansiedad se estiraba hacia arriba, hasta él, como un brazo protector invisible que le ayudaba en su elíptica un veinte por ciento, por lo menos.

Gervasio había leído algo sobre los monos voladores y el proceso de siglos que los llevara, por recapitulación instintiva, de quintumanos a volátiles des-

plumados, supervampiros de la selva, que no vacilaban en cruzar claros del bosque de cien pies de ancho a cincuenta de altura. De cimera en cimera de la floresta, se decía que viajaban con la premura de los papagayos; si alguno perdía el sentido del cálculo, sólo era para cogerse a la punta de una rama veinte pies más abajo. Eso no hubiera podido hacer Gervasio; en primer lugar, porque no había ramas en el circo y... ¿para qué segundos lugares...?

Tampoco había red en las "performances", sólo en los ensayos y... ¡mejor que no hubiera! Había cobrado demasiada confianza ya y tendía a exagerar, en parte por contribución altruista a su descendencia de un lejanísimo futuro, a la que, por atavismo, soñaba con legar estas embrionarias alas iniciadas aquí por él y remitidas por cordillera a bellísimos ángeles ápteros de futuros circos y, ¿quién sabe...? tal vez en actividades de la vida que estarían ya alejadas del entretenimiento de las masas, siempre sedientas ahora, como ayer, de emociones fuertes, compradas despiadadamente en las taquillas de los circos y salas de espectáculos sui-generis. Para ponerlo más concisamente: soñábase la raíz de una raza de hombres-voladores, así... al natural, sin el uso de globillos o aparatos mecánicos, quienes irían poco a poco (de "record" en "record") llegando a volar distancias increíbles, hasta que se quedaran en el aire, definitivamente, con la mayor simplicidad y seguridad, en legiones de ángeles tridimensionales, o poco menos.

Por de pronto él era el volatín y abajo, una marea de ojos fugitivos, como mancha de pececillos de ansiedad, se arremolinaba en increíbles giros. Por instantes llegó a pensar (¡ah, qué intensamente se pensaba en el aire!) si al caer por desdicha al agua humana, los ojos no lo devorarían con la voracidad de los piranhas que infectan los sub-ríos amazónicos.

Pero... ¡ah, qué intensamente se pensaba en el vuelo! Era increíble que en tanto y tan claro, tan sin prisa. Se decía él para sí en esos momentos "Er-linda está de corvas en el otro trapecio, vestida de rojo, con medias color salmón, colgando alerta para coger con sus manos las mías. Es fuerte. ¿Cómo puede fallarme? Entre ella y yo no hay sino el eslabón de esas cuatro manos" Y había también el de aquel cartel que recordaba un poco un dibujo tomado de un vaso griego que se supone ser Las Gorgonas, las hijas de Horco, dos especies de volatincitos liliputienses alados y puestos el uno al lado del otro, como en todo friso de vasija griega. Era un ornamento gráfico que recordaba "paz de deux" de los programas de "ballet dance". Este cartel los presentaba como "Los Pájaros Humanos" y como "Los Hermanos Gaudel". En realidad no eran sino amigos; asociados saltimbanquis más bien, con un pacto de unión que florecía en buena suma de dinero, pues ellos eran considerados el acto estrella del circo. El era Gervasio Gaudel y ella no era Gaudel, ¡qué va...! ella era López, una de las nietas de Serapio López, el payaso, hombre-fuerte y empresario mexicano de gran memoria, farandulero pintoresco de primicias de siglo.

Prefería no pensar durante el vuelo así como prefería volar sin red. Cuando pensaba le daban ganas de alterar la rutina, de permitirse arriesgadas liber-

tades, como la de dar una vuelta de campana más o hacer un saludo militar antes de coger las manos aquellas (tan delgadas pero tan nerviosas y fuertes) de la López, que resultaban para el pájaro humano la última rama donde posarse a cantar, cimbrando en ella, un triunfo más, con canto sin sonido, corazón adentro, mientras subía hasta él la marea atronadora de los aplausos.

Todo esto lo absorbía el volatín, así colgado un instante, meciéndose de menos a más para llegar al momento de volver a soltarse de ella y, dando media vuelta de perfil, coger al lado opuesto el trapecio vacío que le llegaba siempre en el instante preciso, empujado por un ujier de librea allí en la plataforma aérea donde el vuelo terminaba y donde él recogía la segunda cosecha de los aplausos. Después le tocaba a Erlinda el turno de hacer algo y lo hacía (no tan arriesgado por cierto), y él la recibía y se la sabía poner, de dos brinco, sobre los hombros. Uno en el otro, saludaban con ese saludo de usanza en los volatines, que es medio beso, medio adiós. Se deslizaban ágilmente por una larga cuerda desde el trapecio y al saltar al redondel aún saludaban inclinándose cogidos de la mano, entre aplausos estrepitosos, mientras Put-te (el payaso en zancos) pasaba a verdaderas zancadas por encima de sus cabezas. Después, todavía sonrientes y dando elásticas pataditas acompasadas, desaparecían detrás de la cortina de "troupe". Un impertinente ataque de música de la banda apagaba el incendio de aplausos y el acto se daba casi siempre por cancelado.

Esto era todo y hubiera continuado así, intrascendente y proficuo al mismo tiempo, a no ser por esas ideas fijas de los que, después de todo, son hombres y no pájaros, hombres y no monos voladores o ángeles de 140 libras de peso neto, restando la libra de la trusa, el cinto, las sandalias y las medias.

Y la idea que se había fijado en Gervasio no era sino la que antes apuntamos: la de una generación de futuros volatines en serio, sin cartel; volatines del Círculo del Mundo, bajo la carpa azul del cielo. Para eso, para poder transmitir su adquirido don en germen de instinto, de vocación o de aptitud, tenía que unirse a una mujer en forma más directa que hasta ahora, formar una familia y ver surgir los nietos, si posible fuere, y si fuere posible también, amaestrarlos él, emplumarlos (por decirlo así) para que volaran de miedo en miedo, de audacia en audacia, "nonchalant" después, como quien se quita un insecto de la solapa con un golpe de uña: ¡¡ptá!!... allá van, haciendo gruñir de horror al público, orgullosos todos (hombres y mujeres) de ser Gaudeles y de ser volatines.

¿Quién entonces mejor que Erlinda para iniciar esta acción misionera? Le habló primero, con mucho rodeo, de las excelencias de una vida ordenada, más cuidada. Le sonrió con más frecuencia, dividiendo entre el público y ella su sonrisa demasiado fotostática, sonrisa improvisada (no espontánea) con algo de diafragmática precisión, esa sonrisa blanquirosada, pulida en nácar, linda pero fría.

Erlinda, al fin, se sintió modelo y empezó a posar para la sonrisa de Gaudel. Sonreía ella y ¡chas! Gaudel le sonreía. Este amor transmitido a antena, al final fue cuajando en algo. Era lo mismo que el trapecio: tanto vas a él que al

fin, obediente, te recibe en todos los ángulos exactos de la geometría del valor y del miedo. Se amansa y docilita como los cimarrones, de espolazo en espolazo.

Un día (sombrió día en el horóscopo gaudeliano) la sonrisa (que había arraigado lo justo) floreció en una cándida gardenia. Fue como un leve relámpago entre dos nubes, todo se iluminó. El rayo llegó tardío, como llega en ciertas tormentas que parpadeaban mucho antes, de abrirse en trueno, en rayo y en torrente.

Se casaron los "Hermanos Gaudel" ante el asombro de propios y extraños. En los carteles, de aquí en adelante, serían sin duda: "Los Esposos Gaudel" y esto, por lo menos, sería la verdad, se le diera o no importancia a tales presentaciones en la moral profesional del circo y de lo que al circo circunda.

Ya desposados los volatines, comenzaron a notarse ciertas irregularidades profesionales. Las manos nerviosas y fuertes de Erlinda Gaudel no sólo cogían las suyas con fuerza, transmitían extrañas vibraciones de un amor vital acendrado en las noches frías, entre caricias tan sutiles, tan adamantinas en el anhelo y en el goce, que iban limando irremediamente el acero de la exactitud técnica trapecista, hasta hacerles (secretamente al principio) sentir miedo de un error por exceso u omisión. Ella suspiraba cogiendo *juelgo* de valor para poner alerta sus nervios y músculos, su sentido rítmico y visual. El tragaba gordo (como se dice vulgarmente) y temía darle a entender su desconfianza, por no descontrolarla más de lo que la sabía descontrolada.

—Debes estar encinta ---le decía.

Ella decía que no. El médico dijo también que no. Habían transcurrido cuatro meses y nada... ¿sí sería estéril?

Pero no, al quinto mes ¡allá está...!; no cabía ya la menor duda. Ella lo sabía de cierto; él dudaba todavía, por pose... el médico, al fin, confirmó la preñez.

Corrieron días dichosos, de alegría casi constante y esperanzas vacilantes. Un hijo era un hijo... ¿quién podría decir si heredaría el gusto del vuelo? Tanto lo preconcebieron ambos, al hijo, que acabaron por amarlo con amor demasiado exclusivo, cuidadoso y celoso. Fue creciendo al mismo tiempo la ansiedad por el destino del niño futuro. ¡Qué perspectiva era ésta tan llena de peligros para una criatura tan importante! Empezaron a desear que fuera otra cosa en vez de ser esta voltereta horrenda en el cielo-raso de la carpa, sostenida en ella la vida apenas por el redoble matemático y torrencial al mismo tiempo del tamboril o redoblante allá abajo.

Erlinda se afirmó⁴ más en la idea de hacer bifurcar la vida de su hijo o de su hija hacia más halagüeños campos. Le educaría en buenas escuelas y colegios; sería acaso un gran músico, tal vez un doctor en medicina, algo digno y sereno, alejado de la angustia.

Pero en él, en Gervasio, había un proceso mental reactivo ¿a qué había quedado reducido su sueño de formar una casta volatina? Era cierto que su amor paternal anticipado en exceso, le movía a desear para el hijo ya presente, aunque no develado, una existencia sin aflicciones, pero pensándolo cada

vez con más pasión se daba cuenta de que esa angustia no existía en realidad; era sólo la de ella y la de él por el destino del hijo. ¿Acaso no sabía por experiencia que había en el aprendizaje un tanto por ciento de esa angustia, pero que pronto se trocaba en cierto sentimiento de complacencia ante la habilidad y el valor, hasta que se hacía rutina y paz en el cuerpo y en la mente? Era el público el angustiado, no ellos. ¿Quién piensa en los choques después de haber aprendido el manejo de la bicicleta?: camina uno ya con las manos en la cintura, silbando un aire, despreocupadamente. Los choques se quedan allá en los preludios del aprendizaje. ¡Nadie choca contra nada...! y, sin embargo... un choque puede aún acontecer al más diestro. La más pequeña distracción...

Aquí se terminaban los pros en favor de la enseñanza a su hijo, de este maravilloso vuelo corto a gran altura. El hombre hacía en el espacio, arqueando el espinazo en curva natatoria; soltaba; ¡estaba libre! (Este era el momento) abajo el mar (en tempestad de emociones) del conglomerado humano. Un instante después cogía; estaba de nuevo seguro en la orilla opuesta. Seguro como en un banco de arena del ribazo. Esto era un hecho comprobado cientos de veces.

Para él sí... para la señora de la butaca 13, el solo efecto de estar allí mecándose, cogido de las manos vibrantes de Erlinda la había desmayado. Ahora daba un viraje de perfil y sus manos alzadas paralelamente y guardando una forma de gancho, caían montadas exactamente en la barra del trapecio vacío que venía a su encuentro como diciéndole con sencillez y contento: "¡Hola, qué tal, aquí estoy...!" Un instante, no más, y estaba en la plataforma, cogiendo talco en las suelas de las sandalias y limpiándose la frente con el pañuelo que llevaba en la manga de la camiseta gris, más por puro "tic" y pose que porque la frente le sudara de tensión o de lo que fuera.

La idea fija volvió a fijarse de nuevo y esto era sólo lo lógico, lo sano y lo honorable. Eran ellos una familia de volatines, ¿por qué no habrían sus descendientes de continuar el *glamoroso* camino del trapecio, vestirse de lentejuelas y abalorios y saludar al mundo con un beso que dice adiós?

Esta decisión firme de Gervasio Gaudel produjo una fisura en el cristal que contenía el ramo de rosas de la dicha conyugal. Por aquella fisura escurría, casi sin notarse, la lágrima de la futura madre, contrariada ya y contrita a ojos vista. En breve debía ella dejar de acompañarle en el acto.

Y vino lo inesperado. Aquella fisura era la emoción, el sentimiento, la inseguridad de una verdadera felicidad maternal. Esta falta había roto el mecanismo de un ritmo exacto creado por la labor empírica de volar noche tras noche con o sin red, con o sin luz de candilejas, con o sin público, en la butaquería multianular del circo.

Una noche de domingo, con lleno completo, Gaudel, contra lo acostumbrado, falló las manos de Erlinda ¡Ah...! pero sólo fue una fracción de milímetro, poquísimo y excusable hasta cierto grado, desde el punto de vista de la técnica del trapecio. Falló las manos o las manos le fallaron a él. Si hubiera habido red la cosa no hubiera tenido mayor trascendencia, fuera del natural

despecho de sentirse mandrio, aunque fuera por primera vez, al menos en público.

Pero los públicos de ogaño no son realmente crueles como en “illo tempore” y en vez de deleitarse morbosamente con un planazo de muerte como aquél, ponen una tupida red de angustia allí donde debió estar la de jarcia, red que no por invisible es menos red y aminora el golpe en gran manera, aunque parezca increíble. ¿Quién ha visto esta red vital estirada entre gritos estridentes? Los que pueden ver la ven, los videntes o clarividentes (que los hay) y dicen que es roja y verde y chisporrotea con la aparatosidad de un corto circuito en malla de fino alambre.

Pero... entendamos, desde el virtuoso hombre del aire, lo sucedido en el fatal instante. Gaudel se lanzó en el trapecio llevando en su vuelo la usual cauda de seguridad, de tranquilidad, de pericia, de exactitud respiratoria y muscular. Entró en el ángulo de espacio libre, entre los reflejos de las usuales luminarias y, contra lo acostumbrado, dio rienda suelta a sus ideas. ¡Y qué bien y cuánto se piensa en el espacio; qué intensamente y con qué acuciosidad!

Estaba él sabiendo lo que eran allí mismo varias cosas: la Trasposición, la Elegancia, la Conversión, el Atrevimiento, la Gravitación y el Magnetismo polarizados, la Gracia, la Transmutación del peso por la Curva Dinámica del arbotante, la Triangulación entre la Longitud, la Latitud y el Valor. Se daba cuenta del silencioso henderse de la Luz y de la Sombra; del perfume de ozono que transmiten las estrellas de la noche por la abertura de la carpa en la cúspide del circo. En un instante había pasado por la fase del bólico esférico, por las fases de las figuras acrobáticas que se llaman: el puente y la plancha, y en esta última figura libre ponía él las banderillas en las manos que venían por el espacio ilímite, desde remotas nebulosas, a su encuentro. Este era el agudo instante en que Gaudel sabía lo que era ser un ángel de 140, reducidas por la Traslación y la Relatividad a 16 libras, a los más... aun muy grave para un ser sin alas.

Iba a picar sus banderillas con tal seguridad perisinocrónica que se permitió la levísima distracción de una meditación relámpago: “Los ángeles son, sin duda, ápteros seres que se sostienen indefinidamente por Exactitud, Valor y Fe. Desgravitados a causa del ritmo perfecto y la gracia de su fuerza en alma y línea, vuelan, nadan, hienden el espacio de luz, sin esfuerzo. No podrían caer aunque quisieran. ¿Querrán...? ¡Nunca...! Es demasiado grande el júbilo, la dicha del medio, para que la cambien por nada. ¡Con qué voluptuosidad...!” ...Se estiran... iba a pensar y se tomó aquí la libertad de distender un poco más el arpa de sus músculos con la que acompañaba siempre la dicha rítmica del vuelo. Fue un levísimo desplace de líneas, más del lado del mundo de los ángeles que del mundo del circo. Sintió antes de que sucediera. Supo sin temor que sus dedos apenas rozarían los dedos de Erlinda y que la grapa de nervios se rompería en el impacto. No obstante, puso las manos en las manos. Sintió tras la piel de los dedos toda la marejada tempestuosa de la

sangre. Perdió asidero; vio caer un objeto como un trapo y solo volvió a pensar al darse cuenta de que todavía estaba en el espacio y avanzaba, avanzaba en la misma curva de inercia sobre el grito de asombro de la multitud, que debió verle cruzar el circo, cortar con la proa de sus brazos la carpa y salir al otro lado, a la noche estrellada y sobre la ciudad cuajada de luces.

Esto era lo que él había dicho siempre: el vuelo perfecto del hombre. ¿Había ensayado tanto que supo al fin cruzar el vértice del ángulo entre el hombre grávido y el nefelibata? Esto era un hecho. No podía negarse que él volaba libre al fin, en el espacio, sin pesar apenas, cortando (con sólo así quererlo) la cortina del viento, más denso ahora que su cuerpo. ¡Volaba...! el primero en el mundo, dominando la noche en forma grandiosa. ¿Era éste un sueño extraño? ¿Era él realmente o era, allá en lejanísimo futuro, uno de sus descendientes que ahora ascendía en la noche constelada?

Se detuvo un instante en el vuelo ambicioso para mirar abajo. A sus pies, allá muy hondo, estaba la carpa del circo como una lámpara extraña, como una luna desinflada. Sintió entonces que empezaba a pesar y a caer y que no podía detenerse. Cerró los ojos y no oyó nada sino cómo crecía el rodar del redoblante hasta llenar con su trágico ruido su cerebro entero, todo su ser, intolerablemente. Se detuvo al chocar con una red de dolor insoportable en la cual su cuerpo rebotaba en todas direcciones. Era como caer en una hoguera elástica. Se quemaba, ¡se quemaba...! Abrió los ojos y quiso abrir los labios para pedir auxilio. Put-te pasó sobre él dando zancadas. Una muralla circular de caras con ojos encendidos lo rodeaba en su lecho de brasas. Pudo aún ver a Erlinda en brazos de dos ujieres con librea quienes hacían esfuerzos por sostenerla en pie. Estaba ella como traspasada de dolor y querían evitar que se acercara. Las candilejas todas se apagaron de golpe. También se apagó su lecho de brasas, su angustia... y Gervasio se hundió levemente, lentamente en el agua fría de la inconsciencia.

LA MONA Y OTROS MOTIVOS LITERARIOS

LA MONA

EL RELOJ de la iglesia daba las horas con una campana opaca, siempre la misma. Era como si alguien atenuara las vibraciones con la mano después de cada golpe. ¿O estaría rajada la campana? No... seguramente se trataba de una mala aleación. La campana del reloj era aldeana; estaba en su sitio; vestía de percal, no de lino o de seda como las campanas de los relojes citadinos. Su vibración, en vez de quedarse danzando en el aire, parecía dar dos o tres volteretas torpes y se hundía en la tierra como pedrada, es decir, su punta vibratoria era roma: ¡tan!... tak; ¡tan!... tak. El tan debió ser un tan así: ¡tannnn!... aguzado y de una pieza.

—¡Está roma esa campana!...

Ernesto tiró el libro sobre la mesita; bajó un poco la mecha del quinqué y abrió la puerta que daba a la calle destrabando la aldaba. La calle se volcaba entrando al pueblo en la lunaria, con un empedrado parejo de un gris azulado que parecía tener la premura de un arrollo. En la soledad lunada, llevaba bogando las oscuras sombras de los naranjos que se movían urgidos por la brisa, sobre las piedras y sobre las lajas de los andenes, como grandes cangrejos negros.

—¡Está roma esa campana!...

Por asociación de ideas pensó en la volatina quinceañera que había visto en el circo esa misma noche. Los contorsionistas eran tres: un hombre ya avejentado (tal vez padre) y dos jóvenes, hembra y varón. El niño andaría por los doce o trece años. Hacían muchas piruetas y daban vueltas no muy seguras, particularmente la niña, quien casi siempre terminaba perdiendo el equilibrio y pegándose un batanazo en la nalga. Ernesto se había reído francamente cada vez. La niña lo había mirado con furia primero y con una media sonrisa después. Esto había sucedido varias veces durante el acto. Al final, la chica le sacó la lengua aunque oía y veía sus aplausos entusiastas.

—¡¡Qué mona tan sonsa y tan bonita!!...

Ernesto encendió un cigarrillo. Alguien descruzó de la esquina. Cuando se

volvió para ver, estaba frente a él sonriente la mona de sus recuerdos y asociaciones. La acompañaba el hermanito saltimbanqui.

—¿Qué aquí vive?...

Entre sorprendido y contento Ernesto le sonrió.

—Aquí me hospedo.

—Hoy lo vi...

—Sí.

—Sestaba riendo de mis chambonadas.

—¡No!... Te aplaudí mucho ¿no es verdad?

—¡Hmm!

—¿A dónde van tan noche?

—Fuimos a buscar maíz para la mula. Todas las pulperías están cerradas ya.

—Aquí cierran muy temprano, a las ocho...

—Y... ¿no es tiempo e fiesta pué?

—Sí... pero así acostumbran...

El niño se decide a hablar:

—¿Usté es diaquí?

—No preguntés babosadas —dice ella—. Présteme un peine.

La mona entra con naturalidad y se queda viendo el cuarto. El quinqué medio ahogado la ilumina muy mal, pero su crencha es entre blonda y castaña. Hay un espejo pero no se ve el peine. Ernesto piensa en su peine en la bolsa trasera del pantalón. Es un adminículo demasiado individual.

—No hay peine. Yo me peino con los dedos.

—Péineme con los dedos...

Ernesto titubea un poco, pero acercándola al espejo la peina hacia atrás. Todo es muy sencillo pero también muy extraño y misterioso. Cada vez que sus manos suben lentamente hasta lo alto de la cabeza, siente él una dulcísima sensualidad invadirle embriagándolo un poco. El chico ha recogido el cigarrillo del andén y cuando Ernesto se asoma ya no está; se ha ido.

¡Qué apuro tan agradable! ¡Qué hará con esta mona loca metida a las once y media de la noche?: ¡tan!... tak... La media.

—Tu hermano ya se fue...

—¡Que se vaya!...

—Mejor te vas a buscar el maíz.

—No hay maíz. Todo está trancado. —Se peina con sus propias manos.

—¿Sabes que eres muy bonita?

—¡Salamero!... —dice mirándolo fijo.

—¡De verdá!...

—¡Salamero!... —Y vuelta al espejo.

—¿Qué edad tienes?

—¡Salamero!...

Ernesto no puede resistir. Le pone de nuevo las manos en la cabeza. Llega por la espalda y la atrae suavemente sobre el pecho. Ambos enfrentan el espejo: ella delante, chiquitita, y él detrás, alto y delgado. La chica le mira en el

espejo; casi sonrío. El le pone las manos sobre los pechos. ¡Qué dulce sensación!

—Salamamero! . . .

—Dame un beso . . .

—¿Para qué?

—Dámelo.

Le toma la barbilla con la mano e inclina la cabeza para besarla.

Desde la puerta el chico:

—¡¡Amonós Regina!!

—¡¡Tchá!! . . . ¡Andate vos!! . . .

—¡Te va golver a joder mi tata!

—¡Perame en la pizona!

—¡Mucho yelo!

—¡Perame en la pizona!

El umbral queda otra vez vacío.

—¿Qué me va a dar?

—Un beso.

—¿Y qué más . . . ?

—Un regalo.

—¿De qué?

Encogida de hombros. Ernesto hurga en el bolsillo del pantalón y saca un billete. Son cinco colones. Se los da.

—Para un peine . . .

Tomándolos:

—Gracias . . . ¿Qué va cerrar? . . .

—¿Qué? . . .

—¿La puerta?

—¿Quieres que la cierre?

—Bueno, pero antes deme un beso.

La mona lo besa, apretadamente cogiéndole con ambas manos la cara. Lo muerde. Lo suelta; da un colazo tremendo poniendo las manos sobre el suelo y cae de pie en el andén. Le tira un beso con los dedos y sale a la estampida. Ernesto va a la puerta. Está un tanto febril, descontrolado. Parece como si alguien le hubiera dado un fuerte golpe en la nuca. Mira intensamente a la calle, para un lado y otro. La luna está velada. El reloj va a sonar las doce muy pronto. La sonrisa se le amarga.

—¡¡Qué mona endiablada!!

Su risilla nerviosa le salta como cáscaras de un palo labrado con navaja sin filo.

—¡¡Mona babosa!! . . .

Enciende un cigarrillo. A la luz del fósforo su rostro aparece con pringas de sudor. Pasa un golpe de brisa apremiando los cangrejos negros de las sombras.

¡¡Tan!! . . . tak . . . Las doce.

—¡¡Mona jodida!! . . .

LA DANZA SERPENTINA

EN ALGUNOS sitios lejanos de Cuscatlán la noche no se llega de puntillas, no se va convirtiendo en noche desde el véspero, como en las ciudades grandes; no se va descorriendo como una cortina que pasa de azules a rosas y oros y llega al índigo antes de entrar en la negrura cerrada, cuando es invierno; azulosa y claveteada de diamantes, cuando es verano. En ciertos sitios, como allá a orillas de Honduras, la noche cae de golpe, como un inmenso paraguas que se abriera con resorte de botón: ¡¡rumm!!... , o como derrumbe de tierra blanca y negra que en avalancha cubre un crepúsculo breve y brumoso: ¡¡po-longón!!...

La noche cae y ya es "alta noche", carcomida de grillos, rasgada por el grito de las lechuzas, estremecida por el torrente que va tumultuoso en una dirección incierta: se oye allá...; se oye aquí se oye por todas partes, arrollador y atamborado, dejando en las almas que se preparan a dormir junto a vacilantes candiles, un vago terror-pánico que viene de muy lejos de cuando éramos salvajes; de cuando aún éramos monos, en remotas edades.

En un pueblecito cerca de la frontera, esa noche súbita de que hablamos, llovía, primero fuertemente, con aleteos de agonía en los tejados; después amenguada la lluvia en "chis, chis", con goteras innumerables y el torrente atronador que afuera parecía pasar por las calles paseando en su cauda la iglesia desprendida de sus cimientos o el cabildo o algún cerro montaraz afligido de charrales y pedreros.

Las gallinas y las gentes estaban por la estancia agachadas y como envueltas en un cierto hielito-barroso que iba lentamente hacia un poco o mucho taztaceo de los picos o los dientes. Los perros se estiraban de panza, debajo de las bancas y las camas, peinados por la misma empapazón y queriendo ab-

sorber su ración de calor, del fuego de la hornilla y de las dos lámparas colgadas aquí y allá en los clavos de los horcones.

Huéspedes del pueblo, estábamos en la hamaca de lona el gringo y yo, en espera del día lento, para explorar una región de minas. Era ya la fiesta del pueblo: ahora las visperas y mañana el propio día. Nos despertarían los cohetes y las campanas a las meras seis.

Hacia yo el intérprete y tenía, a mi vez, mi propio intérprete: el maestrescuela Don Julián, quien, conociendo íntimamente a cada pueblerino, sabía darme a entender a qué atenerme con lo que ellos entendían de nosotros y con lo que ellos, a su vez, decían como información o como pregunta.

—Son simples, señor, son sumamente sencillas: supersticiosas, desconfiadas pero también generosas por temor a no cumplir bien Los Mandamientos. Todo lo ofrecen y cuando llega la hora de quitar, quitan lo que pueden.

Hubo un murmullo de voces y de risas en el portalito empedrado. Dedos huesudos llamaron a la puerta, con cierta insistencia. Don Julián hizo señas a ña Ruperta de que podía abrir.

—Es la Cofradía —dijo—. Con seguridad que les pedirán la limosna.

—¿Cuánto es lo mínimo, compadre —le dije—, cuánto podríamos dar sin que se ofendieran?

—Pues... ¡unos tres pesos!... o cuatro... a lo más...

Había que prevenir al Ingeniero. Le expliqué en breves palabras el asunto. Me dijo que podía contribuir con diez colones.

—¡Se van ir de espaldas!... —apuntó el maestrescuela— ¡Es mucho... pero... en fin, allá sus voluntades de los señores!

Abrió la ña Ruperta apartándose discretamente cuán gordá era y al instante entraron por el aire dos faroles grandes que se quedaron entre las vigas, enarbolados en varas delgadas y altas. Entró a la casa un arrollo de caras sonrientes de hombres y mujeres con infantiles ojos prietos.

Todos daban las buenas noches y con el índice, a tirones, se quitaban la lluvia de la frente.

—¡Ta jodido el aguaje señor!

—Aquí, señor, año con año se nos agua la fiesta. ¡Bíamos de cambeyar de fecha, ¿verdá?!...

Del Santo no recuerdo el nombre, pero si estaba allí, por la invisibilidad húmeda, debió poner muy mala cara.

Las mujeres se sentaron en el suelo. La más agraciada era (como es lógico) la más atrevida. Sacó una media de guaro y empezó a llenar un guacalito que el Ingeniero aceptó gustoso, bebiéndolo con la acostumbrada facilidad. Tanta naturalidad inesperada provocó una carajada general y dos dedos le alargaron el jocote de la boca. La misma muchacha le puso la cara de luna llena a un palmo de la suya y con toda la malicia que pudo recoger en el humor triste de su sangre silvestre, le pidió la limosna para la fiesta del pueblo. Yo alargué los diez colones y a la vista de tanta generosidad, se escuchó un ¡¡ah!!... total, con jolgorio, lo cual era el "irse de espaldas" de que hablara antes Don Julián.

A seguidas hubo un entrecruce de guacales y botellas y cuando ya no se oía el torrente afuera, sino adentro, deshilachándose en espumarajos de gritos y de risas, entraron de un bodegón contiguo dos monstruos danzarines en forma de culebra y se pusieron a danzar con las palmadas rítmicas y cierto cántico monótono de los circunstantes.

Los cuerpos de las serpientes estaban hechos como para meterse un hombre adentro y eran: el uno de color rojo brillante, tirando a naranja, coloreado a lentejuela y el otro azul claro, con muchos flecos de papel. Danzaban persiguiéndose el uno al otro en rueda y dando ligeros brincos que provocaban las carcajadas de los poblanos.

El maestrescuela explicó:

—Esta es la Danza de las Sierpes, señor: la serpe de fuego (que es la roja con espejuelos) y la serpe de aigre (que es la azul con flecos volantes). El coral y la zumbadora. El coral está agonizante y la zumbadora está tratando de revivirla. Es el aigre soplando el fuego, despertando el brío en las brasas que yacen casi apagadas entre la ceniza.

Al día siguiente abandonamos la región.

¿Sobre esta Danza de las Sierpes —inquirí a Don Julián— ¿tiene usted alguna idea de su origen y de su significado místico?

—Señor —me dijo— de esta danza tengo yo la verdad en mi corazón. Esto es todo lo que puedo yo decirle. En realidad, el misterio de la danza me sostiene y mantiene en el pueblo, en la región y en el mundo.

La confesión era sorprendente. Habíamos almorzado junto al río, entre peñascos enormes. Las bestias descansaban adormiladas al pie de un altísimo muro de piedra por la superficie del cual corría desde media legua al Sur hasta media legua al Norte, una veta negra como una serpiente de carbón. Era aquella, sin lugar a dudas, una región de minas. La ilusión del petróleo que allí nos había traído se había trocado en decepción, después del análisis que el Ingeniero había hecho en el sitio crítico. Lo que había allí era “mica” y no valía la pena de abrir 20 kilómetros de camino para explotar un mineral cuyo rendimiento no sería mayor.

—¿Quiere hacerse usted más explícito? —dije al maestrescuela con cierto retintín provocador.

El gringo dormía allá lejos a la sombra de un tamarindo. Los mozos estaban componiendo un aparejo.

—Le explicaré en breves palabras. Señor, yo tenía ya cincuenta años cuando una mala mujer me arrojó a Honduras. Por celos, le di de tiros y aunque pudo conservar la vida yo tuve que huir. De esto hace ya nueve años. Se me hizo jurado en ausencia y fui absuelto, pero no volví al país sino mucho después y para aceptar la escuela de este pueblo. La cabeza ya blanca y una triste paz en el corazón. En mi juventud yo tuve, más que muchos, un corazón de fuego, una verdadera serpiente de fuego, créame usted. Todo se había reducido a brasas entre ceniza y así habría continuado hasta apagarse si no hubiera aparecido derrepente La Manquita.

—¿Quién es La Manquita? . . .

—La Manquita, señor, es La Manquita, una chiquilla de 13 años que se encariñó conmigo y yo con ella. Yo traté de ser su padre, o algo así. . . honestamente. . . pero no pude. Porque La Manquita (su nombre es Tina Salamanca) era, sin saberlo ella, la zumbadora, la culebra de aigre que sopló en el brasero de mi corazón hasta que la llama se alzó otra güelta.

El viejo se enjugó una lágrima límpida con su pañuelo shuco.

—La Manquita no podía del todo verme como a su padrino. Lo que yo le contaba le fascinaba, tenía un oído de oidora de cuentos, con algo de sed. Lo que yo le daba lo guardaba como tesoro y a veces lo sacaba y le daba besos. Me hacía sentir juventud y las caricias que de vez en vez le hacía, degeneraban de tiernas en ardorosas. Si señor. . . , se me hacía mujer entre los brazos del cariño puro; se me iba madurando extrañamente y ella ya no podía vivir sino cerca de mí y tomándome como yo era, “chucán”, según su decir, con el corazón de fuego y la mano de llama que había levantado de nuevo en mí con el soplo alocado de su juventud arisca, traviesa y en veces asustada pero con curiosidá.

—Y. . . ¿qué pasó?

—¡Señor. . . , no me pregunte más. . . La Manquita está muerta y enterrada. Tal vez fue lo mejor; la tifoidea se la llevó hace ya medio año. Su recuerdo no deja de ser la zumbadora de viento que siempre fue ella misma y el brasero de mi corazón llamea a ratos, llamea, mientras la muerte llega.

VOCABULARIO GENERAL*

* Tomado de las OBRAS ESCOGIDAS, tomo II - Ed. Universitaria de El Salvador. San Salvador 1970.

A

ACAPETATE: Lienzo de fibra de caña, áspero, y rígido, usado en algunas casas como cobertura interior del tejado.

ACÁYESE: Cállese.

ACUCHUYADOS: Desganado, triste, agazapados, apelonado.

ACHARRALADO: Enmontado, lleno de maleza o *charrales*.

¡ACHÍS!: Exclamación equivalente a "¡Qué te crees tú!", "¡Qué me importa!", "¡Anda!", o cosa análoga. A veces expresa asombro, y también asco, o desprecio.

ACEFTELOROCO: Aceite de loroco. Véase *loroco*.

ACHORCHOLADO: Decaído, triste.

ADISTANCIAN: Alejan.

¡ADIÓ!: ¡Vamos!

AFLEGÍA: Afligía.

AGUILADO: Desfallecido.

AGUAJES: Aguacero.

AGUAZALO. AGUAJAL: Lluvia fuerte.

AGÜGÜECHO: Pelicano, pájaro marino.

¡AGÜÉN!: ¡Pero cómo!

AGARRAR: Capturar, aprehender.

AI: Ahí.

ÁIDO: Ido.

ÁIGRE: Aire.

AIJA: La hija.

ÁISHTÁ: Ahí está.

¡AJÚ!: Exclamación equivalente a "Desde luego" (Entonación ascendente).

AJUATE: Polvillo que dan ciertas plantas y que produce escozor. Pelusada de las gramíneas.

ÁLABÁ: Exclamación de asombro.

AL DECIR: El decir.

ÁLELORA: Ala de lora.

ÁLESTAMPIDA: Muy de prisa, repentinamente.

ÁLETEYO: Aleteo.

ÁLGUARRIBA: Algo arriba.

ÁLINEYAN: Alinean.

ÁLMIRADO: Admirado.

ÁLOYE: Lo oye.

ÁLVERTIR: Advertir.

ÁLMÁGANA: Almádana.

ÁMARIYOS: Amarillos.

ÁMATÓN: Aumentativo de Amate. Arbol tropical, especie de higuera. Adquiere a veces, con su tupido follaje, la forma de un parasol de grandes dimensiones.

ÁMEREÍA: Merecía.

ÁMELARCHIARSE: Entristecerse, desesperarse. (De *melarchia*).

ÁMBULETO: Por amuleto o talismán.

ÁMBIR: Medicina que se emplea para acelerar el parto.

ÁMONACO: Amoníaco.

ÁMONÓ: Vámonos.

ÁNDATIYENDO: Vete yendo.

ÁNJABONARSE: Enjabonarse.

ÁNSINA: Así.

ÁNTIOJOS: Anteojos, lentes.

ÁÑUDADAS: Anudada.

ÁOÍLO: Oído.

ÁPACHAR: Aplastar.

ÁPALIABAN: Apalcaban.

ÁPEYA: Apea, baja.

ÁPERCOYAR: Abrazar, agarrar o sujetar con fuerza.

ÁPRIENDER: Aprender.

ÁPRIETADO: Prieto, muy moreno.

ÁPUÑASCADO: Cerrado con fuerza.

ÁPURARSE: Apresurarse.

ÁPALABRARSE: Comprometerse para matrimonio.

ÁREOR: Arbol.

ARCIDENTE: Accidente.
ARRECORDAR: Recordar.
ARRECHITO: Bonito, bueno.
ARRESTO: Esfuerzo.
ARRIADOR: Arreador.
ARRISCADO: Listo, atrevido, desembarazado, y elegante.
ARRONJAR: Arrojar. Dar un tirón.
ARRUIJAR: Desflorar, estuprar.
ASIESQUE: Así es que.
ASIGÚN: Según.
ATECOMATADO: Sonido hueco y profundo, como dentro de un tecomate.
ATORZONAR: Atragantar.
ATRINQUETEAR: Apalancar, abrazar.
ATRISTADO: Triste.
ATROMPEZARSE: Tropezar.
ATLACÁTIDAS: Descendientes de Atlacatl, último jefe de las tribus pipiles —según dice la tradición—.
AURA-AURITA: Ahora mismo.
AVENTAR: Arrojar al viento.
AYAGUITIADA: (Expresión nahuatl) de apariencia líquida.
AZAR: Por *azabar*.
AZARSE: Azararse.
AZORRAR: Azorar.

B

BABOSADA: Tontería.
BABOSO-BABIECO: Tonto, idiota, estúpido.
BAJERO: Bajo.
BAJUELMAR: Bajo el mar.
BAMBA: Moneda grande de plata u oro.
BAMBA PIRUJA: Tela con dibujos o círculos, del tamaño de monedas.
BAMBÚJES: Bambúes.
BANGUÉ: Campamento de trabajadores en la selva...
BAÑADA: Además de su significado corriente, significa regañada.
BARAJIAR: Resolver, cambiar.
BARQUINAZO: Golpe.
BARZONIAR: (Barzonear): Sacudir, estremecer, imprimir un vaivén a.
BARRANCONES: Habitaciones toscas de madera.
BATIDOR: Pequeña vasija de barro.
BARRILETE: Cometa, juego de niños.
BEBEDERO: Paraje a donde acuden a beber las aves y otros animales.
BEJUCO: Liana, enredadera flexible y fuerte.
BERECAS: Acalambradas.
BERGAZAL: Montón de diversos objetos.
BÍA: Había.
BICHO: Niño, niña.
BIENTEVEO: Dícese de una enfermedad que produce manchas blancas en la piel.
BIS: (Vos te vis) Tú te has.

BLANQUIYO: Blanquillo.
BLASFEMA: Blasfemia.
BOCA: Bocadillos, tapas.
BOLO: Borracho, ebrio.
BOLETA DE EMPEÑO: Recibo que se entrega en los montepíos.
BONGÓ: Tambor usado por los negros en el culto religioso.
BONGOCEROS: Los que tocan el bongó.
BOTIJA: Cántara de barro alargada, fuera de uso en esta época, utilizada por las generaciones pasadas para ocultar tesoros bajo tierra o en los muros de las casas.
BOLIADO: (Boleado o Voleado). Roto del vuelo o borde. Astillado.
BRAVO: Enojado (hablando de una persona).
BRIEMOS: Habremos.
BROTÓN: Poste de alambrada, que se siembra verde y que luego echa brotes.
BUCHE: Bocio.
BRUJA: Por *brújula*.
BURRO: Especie de andamio portátil, que se ocupa en carpintería, o como soporte de la tabla típica ("Violín") para el aplanchado de ropa.
BURROS: (Zapatos). Zapatos muy toscos.
BRUSCA: (*Brusquita*). (Sust.). Término suave, casi cordial para designar a una ramera.
BUTUTE: Caracol, cuerno o botella defonada que al soplar produce un sonido oscuro y melancólico. Se ocupa para anunciar el paso de los "trenes" de carretas en los transportes nocturnos o para anunciar la presencia de las barcas de pesca durante la bruma.
BURLETA: Burla, engaño que según la creencia indígena producen genios malignos.
BAJADA: Se refiere a la procesión principal de las fiestas patronales de San Salvador.

C

CABCHO: Caucho.
CAUSA: Causa.
CABUYA o CABELLA: cabo o colilla del cigarró (puro).
CACAXTE, CACASTE o CACAXTLE: Armazón de varas que sirve al indio para llevar frutas, granos, alfarería. El cacaxte va forrado por dentro como una caja y se carga a la espalda, sosteniéndolo con un cincho (mecapal) sobre la frente.
CACAXTERO: Cargador de Cacaxte.
CACHARPA: Trebejos, o trastos de mala calidad o viejos.

- CACHAR, CACHARSE: Conseguir, conseguirse.
- CACHETE: Mejilla, carrillo.
- CACHIMBAZO: Golpe, en sentido concreto o figurado: gran cantidad de, como en "golpe de gente".
- CACHO: 1. Cuerno. 2. Mango de cuerno. 3. Punta en forma de cuerno.
- CADEJO: Idem; ojo de agua.
- CAEDIZO: Tejadillo, casucha.
- CAIBA: Caña.
- CAIDIZO: Tejadillo, alero.
- CAÍDO: Caído.
- CAIRÍA: Caería.
- CAJMITO: Fruta lechosa, blanca o rosada, del árbol sapotáceo del mismo nombre.
- CAITES: Sandalias de cuero crudo. Único calzado que usan los indios.
- CAITAZO: Golpe dado con el *caite*.
- CAITUDO: Con *caite*, o apalanado como con *caite*.
- CAJEHIERRO: Caja de hierro.
- CAJITEMUERTO: Cajita de muerto.
- CALIBRE: Fusil.
- CAMALOTE: Hierba acuática, muy verde y crecida.
- CAMBRAY: Tela de algodón muy fina, pero áspera y casi transparente. *Cambray Pirujo*: la misma, con dibujos a círculos como monedas.
- CAMINUABAJA: Camino abajo.
- CAMOTIYO: Planta de raíz venenosa.
- CAMPANILLA: Campánula, flor.
- CANCHE: (Adj. invariable), rubio.
- CANALETE: Especie de remo corto, y de pala muy ancha.
- CANIYAS O CANILLA: Pierna.
- CANTONARSE: Por contonearse, caderear.
- CAOBA: Nombre de un árbol de madera fina.
- CAOBARES: Bosques de caobas.
- CAPIRUCHO: Juguete de madera.
- CARAGO: Carao o caragüe. Árbol leguminoso, de hermosas flores, que produce unas vainas largas y oscuras, con semillas planas de fuerte olor y dulces al paladar.
- CARÁUTERS: Carácter.
- CARBURO: 1. Mechón de acetileno. 2. Palabrería vacua.
- CARCAJIARON: Rieron.
- CARCULAR: Calcular.
- CARAMBADAS: "Cosas", cuatro *carambadas*, "Cuatro frescas" *No se anda con carambadas*, "No se para en chiquitas", *No me venga con carambadas*, "No me venga con cosas".
- CARGANTES: Cargadores.
- CAREYO: De cara sucia o manchada. (Dícese originalmente de ciertos caballos).
- CARPA: Tienda de campaña, toldo o tendal, especialmente de circo o feria.
- CARRETÍA: (Por carretilla). Serpiente venenosa de Honduras.
- CARRO: Automóvil.
- CASAR: "Encajar", y por extensión "gustarle a uno".
- CATIZUMBADA: (De catizumba). Un montón, un gran número de.
- CAULOTE: Árbol, cuyo tronco a menudo se emplea en los cercos de alambre.
- CAYUCO: Bote rústico, de pesca, labrado en un tronco de árbol.
- CAZAR: Descubrir.
- CENEFIADO: Ondulado como cenefa.
- CEBADERA: Bolsa de fibra de cáñamo.
- CINCHACIADA: Tunda proporcionada con un cincho o cinturón.
- CINCHOECULEBRA: Cincho de cuero de culebra.
- CINQUITO: Serie de cinco semillas o bolitas para el juego que lleva el mismo nombre.
- CIPOTE(A): Niño, muchacho. *Cipotada*, grupo de *cipotes*.
- CIPITIBO O CIPE: (Mit.) Hombre pequeño que sale a los caminos y enamora a las jóvenes.
- CLARENCIA: Claridad.
- CLAREYOS: Clareos, clatones.
- CLARIABA: Clareaba.
- CLARÍNERO: Sanate clarinero, pájaro de color negro acerado.
- CLAVELONES: Claveles grandes, que tienen muy poco olor.
- CLUACA: Cloaca.
- COBIJA: 1. Miedoso. 2. Manta o frazada.
- COCALES: Grupo de cocoteros.
- COCOS: Cocoteros.
- COGUYO: Variedad de luciérnagas.
- COISHCO: Golpe dado en la cabeza con la punta de los dedos.
- COJÓN: Arbusto cuyo fruto, doble, recuerda los testículos de cerdo.
- COJOYO: Cohollo.
- COLASERO: Que da coletazos (colasear).
- COLEMACHO: Cola de macho.
- COLIAR: Colear.
- COLIABA: Coleaba.
- COLÓN: Peso, unidad monetaria del país, que tiene en relieve el retrato de Cristóbal Colón.
- COMPÁ: Compadre, compañero.
- COMOLOYE: Como lo oye.
- COMUESTE: Como esté.
- CONACASTE: Árbol acaciáceo, cuyas semillas se hallan contenidas en vainas de color oscuro, en forma de oreja.
- CONOCENCIA: Conocimiento.
- CONTAGIO: Entidad mítica, probablemente símbolo fálico, análogo al *Cipitillo*.
- CONTODIACEITE: Con todo y aceite.
- CONTRIELCEO: Contra el cielo.
- COPINOL: Curbaril, algarroba.

CORAJERO: Que tiene mucho valor.
 CORDER: Cordel.
 CORVO: Machete.
 CORVAZO: Machetazo.
 COSÍACAS: Cosas.
 COSITA: Cualquier objeto pequeño que llama la atención.
 COTÓN o COTONA: Especie de camisa o chaqueta de algodón.
 COYOLAR: Conjunto de árboles de coyol.
 CRECIYA: Crecía.
 CREIBA: Creía.
 CRÉS: Crees.
 CREYAS: Crea.
 GUAJARÓN: Porción de líquido que se ha solidificado.
 CUANDUNO: Cuando uno.
 CUANTUANES: Cuanto antes.
 CUCA(:): 1—Insec. Cucarachas; 2 Banquito rústico cuyo asiento está formado con dos tablas en ángulo obtuso.
 CUCHES: Cerdos; *cuches secos*, cerdos flacos.
 CUCHUYRES: ACUCHUYARSE. Apelotonarse, hacer un ovillo.
 CUETE: 1 Cohete; 2 Pistola.
 CUENTO y CUENTERETE: Un objeto sin importancia. Cosa indefinible.
 CUIS: Cuartillo; moneda de un cuarto de real (este último vale 12½ centavos).
 CUJTI: (Expresión nahuatl) remoto, lejano.
 CULATEYAN: Culatean.
 CULUMBRÓN: De *culumbón*, de trasero.
 CULUAZUL: Véase *zancudos*.
 CULATIAR: Golpear con la culata de un fusil.
 CULECA: Clueca.
 CUMBISTA: Adulador.
 CUMA: Especie de machete corto, curvado hacia adelante en forma de pico de pájaro.
 CURAR: Hacer un maleficio a alguien.
 CUSHTA: Fruta de olor capitoso.
 CUSCO: Sucio.
 CUTACHA: Machete pequeño o pedazo de machete.
 CUTO: Que le falta algo.

CH

CHACALELE: Reloj barato.
 CHACALÍN: Camaroncillo, quisquilla.
 CHACO y CHACHADO: Contiguo, pegado, gemelo.
 CHAJACIADO: Cortado.
 CHACAR: Juntar.
 CHAMPA: Tienda de palmas.
 CHAN: Semilla parecida al ajonjolí.
 CHAPARRITO: Aguardiente clandestino.

CHAPARRO: 1. Arbusto o matojo espeso.
 2. Aguardiente clandestino.
 CHAPINA: De Guatemala.
 CHAPUDO(A): (Con chapas). Persona de muy buen color.
 CHARRAL: Sitio donde abunda la maleza.
 CHARACUACO: Ave marina de canto estridente.
 CHASCAR: Sonar.
 CHEJE: Pájaro carpintero.
 CHELE: (*Adj.* invariable en el femenino). Blanco, claro, dícese de la persona de piel o cabello claro. Por extensión, se aplica a los extranjeros del Norte, Derivados Cheloso, Cheleante, Chelón.
 CHELIEANDO: Cheleando, blanqueando.
 CHERNAS: Piernas.
 CHERCHE: Muy pálido, demacrado.
 CHERO: Compañero.
 CHICHICASTAL: Grupo de *Chichicastes*.
 CHICHICASTE: Hoja cáustica muy grande.
 CHICHA: Bebida alcohólica, hecha de maíz fermentado.
 CHICHERA: 1. Patrulla encargada de perseguir el contrabando de aguardiente.
 2. Lugar donde se fabrica la chicha.
 CHICHERO: 1. Miembro de la patrulla chichera. 2. Fabricante de *Chicha*.
 CHICHIGUA:
 CHICHITAS: Diminutivo de chiches, senos.
 CHIFLAR: Silbar.
 CHIFURNIA o CHIJURNIA: Lo más bajo y lo más abandonado de un lugar.
 CHIPE: Descrido, desmedrado.
 CHILAMATE: Cierta especie de *amate*.
 CHILGUETE: Porción menuda de alguna cosa.
 CHILE: *Ají*. Pimiento americano muy picante.
 CHILILLO: Látigo.
 CHILOSO(A): Picante, ardiente. Por extensión, duro, difícil.
 CHILTOTA: Pájaro de color anaranjado, con patas, pico y alas negras. (Oropéndola).
 CHILTUCUMA: Calabacín amargo.
 CHIMBERA: Cierta clase de peces pequeños, empleados en la pesca como cebo.
 CHIMBOLOS: 1. Pecesillos pequeños, 2. Renacuajos.
 CHIMBOLERO: Cierta clase de peces pequeños, empleados en la pesca como cebo.
 CHIMBOLOS: 1 Pecesillos pequeños, 2. Renacuajos.
 CHIMBOLERO: Mancha de chimbolos. 2. Infierno.
 CHIMENEYA: Chimenea.
 CHINAMO: Rancho de palma que abriga una venta de feria.

CHINA: 1. Persona que no tiene vello. 2. Niñera. 3. Planta silvestre, de flores rosadas.

CHINCHÍN: Cascabel, sonajero o cosa análoga.

CHINGADO: Importuno, molesto. (Véase *jodido*).

CHINGAR: Fastidiar, importunar. (Véase *joder*).

CHINGASTES: Pedazos, trizas. *Cringastiar*.

CHIQUEYA: Del verbo *chiquearse*, cantonearse, cimbrear el cuerpo.

CHIQUIRÍN: Especie de cigarra (onomatopeya).

CHIQUITILLO: Pequeñito.

CHIRA: Llaga, herida, rozadura o matadura.

CHIRAJOS: Andrajos.

CHIRIBISCO: Tallo de la maleza.

CHIROLAS: Chibolas. Bolitas.

CHIRRIÓN: Tallo muy flexible y fuerte, usado como látigo.

CHIVO: 1. Ternero. 2. Juego de dados.

CHIRIVISCAL: Juncal, escobillal.

CHOCO: 1. Ciego o tuerto; 2. Moneda falsa.

CHOLCO(A). CHOLCOS: Desdentado. Con agujeros se refiere a quien le falta uno o más dientes.

CHOLOTONA: Hermosa.

CHOMPIPE: Pavo, jolote.

CHORCHINGALO: Especie de iguana de color pardo y cresta larga. (Tenguerechón).

CHOREJAZO: Orejazo.

CHORIZO: Cerrar chorizo, terminar la fila.

CHORREADO: Sucio.

CHORRETEADOR: (Por confusión con *chorro*) *Torrentera*.

CHOYA: Calma excesiva, pereza.

CHOYEO: Frotamiento, rozamiento. (Del verbo *chollar*).

CHOYÓN: (Por *chollón*) Del verbo *chollar*. *Lastimadura*, rozadura.

CHOYUDO: Perezoso.

CHÚCARA: Cimarrona, salvaje, áspera y revuelta.

CHUCHITOS-CHUCHO: Perrito, perro.

CHUCUZ: Onomatopeya: ruido de un objeto que se sumerge bruscamente.

CHUECO(A): Flojo, torcido.

CHULADA: Precosidad.

CHULO(A): Bonito(a). Muy bonito, precioso.

CHULIAR: (Chulear). Cortejar, llamar chulo o chula a una persona. Piropear.

CHUMAZO: Puñado de.

CHUMELERA-CHUMELO: Avispa pequeña que hace su colmena generalmente en los muros o en el suelo.

CHUMELITO: Miel de abejas.

CHUMPE, CHUMPIPE: Véase *chompipe*. Pavo.

CHUNGUIAR: Provocar en forma burlesca.

CHUNCHE: Objeto inservible.

CHUÑAS: Descalzos.

CHUNCHUCUYO: Trasero de las aves.

CHUPINGOS: Ebrios, borrachos.

D

DECfs: Dices.

DEGÜÉLVASE: Devuélvase.

DE JURO: De fiijo. Seguramente.

DELANTAR: Delantal.

DÉMEN: Dénme.

DEMIOTRO: Deme otro.

DENANTE: De antes.

DENDE: Desde.

DENFRENTE: De enfrente.

DENTRAR: Entrar.

DESAFIYO: Desafío.

DESASOGAR: Desasosegar.

DESCANTILARSE: Ladearse, torcerse.

DESEMBUCHAR: Decir.

DESCONDELERO: Por *De escondelero*: véase esta palabra.

DESCUPIR: Escupir.

DESCURÓ: Desembrujo.

DESGUINDARSE: Descolgarse.

DESGOMARSE: (Desengomarse) quitarse la goma.

DESEYO: Deseo.

DESHOGO: Desahogo.

DESMANDADO: Desmán, demasía, atrevimiento.

DESMELCHADA: Desmelenada.

DESMOSTOLADO: Deshecho en trozos.

DESPENICOS: De despenicar: regar, dispersar, despetalar. Aplícase comúnmente a las flores o ramas que se deshojan.

DESPERDIGO: Desperdicio.

DESPOSOLAR: Hacer *posol*, hacer polvo o harina. Reducir a polvo una cosa blanda y de poca consistencia.

DEVISAR: Divisar.

DIADENTRO: ("De adentro"). (Sust.). De servicio interior. Criada o sirvienta.

DIADOBE: De adobe.

DIAGONÍA: De agonía.

DIAGUA: De agua.

DIALGUNO: De alguno.

DIALTIRO: (De al tiro). De una sola vez por completo.

DIALITRO: De a litro.

DIALJILER: De afilar.

DIAMBRE: De hambre.

DIAMOLAR: De molestar.

DIANCHI: (Expresión nahual) demonio indígena.

DIÁNIMAS: De ánimas.
 DIAQUÍ: De aquí.
 DIARRIBA: De arriba.
 DIAY: De ahí, es decir luego, enseguida, después.
 DIAYÁ: De allá.
 DICHOSOFUF: Pájaro de canto onomatópéyico.
 DIJUNTA: Difunta.
 DIR: Ir.
 DISESO: Dice eso.
 DIONDE: De donde, o simplemente, donde.
 DIORA: De hora.
 DIORO: De oro.
 DIOTROS: De otros.
 DISGRACIADO: Desgraciado.
 DORISCA: Casi dorada.
 DIÚN: De un.
 DIYA: Día.
 DUNDO: Tonto, bobo.

E

E: Por de.
 "EEEE": Exclamación en tono descendente, que implica asombro, pero que no se pronuncia en el tono interrogativo del ¿"eh"? castellano.
 EGÓISHTA(O): Egoísta.
 EJUAGAR: Enjuagar.
 ELOTE: Maíz tierno en mazorca.
 ELUMINAR: Iluminar.
 EMBITES: Embestidas, intentos.
 EMBOLADO: Beodo, ebrio.
 EMBOLAR: Emborrachar. *Embolón*. Embriagante.
 EMBRUECAR, EMBROCADO: Embrocar, embrocado.
 EMPUERCAR: En gran cantidad.
 ENCAJE: Ingle, empeine del muslo.
 ENCACHIMBADO: Furioso.
 ECINCHAR: Cinchar.
 ENCUMBRAR: Levantar, alzar.
 ENCUMBRARSE: 1. Beber, hasta las heces.
 2. Llevar a alguien preso.
 ENCHUTAR: Acertar a meter en un agujero una cosa, tirándola.
 ENDE: Desde.
 ENDIZUELO: (Indizuelo, indiecillo). Personilla, en forma despectiva. Se aplica por lo general a los niños.
 ENESO: En eso.
 ENFRESCAR: Enfriar.
 ENFUSILAR: Fusilar.
 ENLOCA: Enloquece.
 ENSUCUNO: (v. Ensucunar). Meterse en la cuna, esconderse.
 ENTRIABRIDO: Entreabrido.
 ENTREL: Entre el.

ENVARADO: Entorpecido. Dícese también de un miembro impedido.
 ENVITE: Embestida.
 ESCANDALERA: Escándalo.
 ESCONDOLERO: Escondite, juego de niños.
 ESCURANA: Oscurana.
 ESCURCO: (v. Escurcar) registran.
 ESPANTAJUEMILPA: Espantajo de milpa.
 "ESPÍRETOS DE PALOS": *"Espectros de árboles"*.
 ESPORTE: Deporte.
 ESPUMESAPO: "Espuma de sapo".
 ESTESORA: Esta es hora.
 ESTÉS: Este es.
 ESTREYAS: Estrellas.
 ESTUVIER: Estuviera.
 ESUÉS: Eso es.
 EYA: Ella.

F

FEYO: Feo.
 FIANZA: (en). Fiado.
 FLUS: 1. Interjección. 2. Racha de viento. 3. Una mancha de peces en movimiento.
 FLOR DE FUEGO: Arbol acaciáclo, que en cierta época del año se cubre de flores rojas.
 "FONDO": Objeto pesado que hace las veces de ancla.
 FREGAR: Molestar.
 FREGADOS: Pícaro, malicioso, de malas costumbres.
 FRESQUERÍA: Refresquería.
 FRIYO: Frío.
 FUEYA: (Fuella). Huella.
 FOSTRÓ: Fox-trox.

G

GANCHADA: Bofetada.
 GATO: (De la canilla). Bíceps, músculo de la pantorrilla.
 GARABATOS: Letros o rasgos deformes.
 GASE: Enamorado.
 GENGENAL: Nube de mosquitos.
 GEMELA: Planta de jardín, especie de jazmín de Arabia.
 GENÍZARO o GENÍZERO: Arbol corpulento, de fuerte ramaje horizontal, muy usado en carpintería.
 GOLVÍA: Volvía.
 GOYO: Diminutivo de Gregorio.
 GUÁ: Voy a.
 GUACAL o HUACAL: Vasija cóncava y hemisférica, de jícaro de arcilla o de metal.
 GUACALADA: Contenido (en agua) de un guacal.

GUACALITO: (Guacal) cuenco hemisférico de medio fruto de jícaro.
GUACHI: (De *Guachimán*, corrupción del inglés *Watchman*, vigilante o sereno). Criado uniformado.
GUACHIPILÍN: Arbol grande, de flor y de madera amarillas.
GUARERA: Patrulla encargada de perseguir el contrabando de *Guaro*.
GUARO: Aguardiente de caña (sometido a estanco en El Salvador).
GUARUMAL: Grupo de *guarumos*.
GUARUMO: Arbol euforbiáceo de savia láctea, de hojas grandes y lobuladas, y de una coloración general grisácea o plateada.
GUAS. GUAUCE: Ave vespertina de canta profundo y melacólico.
GUASIAR: (De guasa). Hacer burla.
GUAYABO: Arbol mirtáceo, de flores blancas y madera muy dura, y cuyo fruto es la guayaba.
GÜELDOR: Oloroso y oledor.
GÜELER: Oler.
GÜELÍA: Olfía.
GÜELIENDO: OLIENDO.
GÜELIONDO: Hediondo.
GÜELTA: Por vuelta.
GÜELTERETA: Por voltereta.
GÜELTEGATOS: Vueltas de gato. (Vueltas de carnero, saltos mortales).
GÜEVAZO: 1. Golpe o contusión. 2. Golpe, en el sentido de hacinamiento o multitud.
GÜENO: Bueno.
GÜERGÜERO: Garganta.
GÜERO: Huero, vacío.
GÜESUDO: Huesudo.
GÜEVO: Huevo.
GÜEY: Buey.
GÜYFS: Brujos de la selva afro-antillana.
GUINDAJOS: Colgajos, harapos.
GUINDOABAJO: Colgado cabeza abajo.
GUINEOS: (Casi siempre pronunciado *guineyos*). Bananos.
GUÑO: Guñada, en el sentido de tirón.
GUÑONES: Tirones.
GÜPIL: Blusa liviana de las mujeres indígenas.
GÜIRLE: Huirle.
GÜISCOYOL: Véase *Huiscoyo*.
GÜISHQUIL: *Huishquil*. Fruto acuoso de la planta enredadera del mismo nombre. Tiene forma alargada y está cubierto de espinas.

H

HABRIYA: Habría.
HACIYA: Hacia.
HASTELTOPE: Hasta el tope.
HEI: He.

HELADO: Frío, aunque no se trate —ni mucho menos— de hielo.
HIJÍO: Fluido o aura de un cuerpo que se descompone por putrefacción.
HIJUEPUERCA: Expresión de enojo o desprecio; insulto.
HINCARSE: Arrodillarse.
HOJARASQUÍN: Rancho de hoja de palma.
HORQUETIARSE: (Horquetearse), ponerse en forma de horqueta u horquilla.
HORCADO: Ahorcado.
HORCÓN: Palo que sostiene las vigas del techo.
HORITA: Ahorita, hace un momento, ahora mismo.
HORNEYO: Horneo.
HORRAR: Ahorrar.
HUACA: (O *guaca*). Tesoro enterrado en un cántaro o botija.
HUACAL: Véase *guacal*.
HUATE o GUATE: Zacate de hojas anchas. (El huate es un buen forraje para el ganado. Se le almacena para el verano).
HUESITO-E-RANA: Huesito de rana.
HULE: Caucho en bruto.
HUMADAS: Ahumadas.
HUISCOYOLAR o GÜISCOYOLAR: Grupo de *hiscoyoles*.
HUISCOYOL: Palma delgada de largas y afiladas espinas.
HUIPIL: Camisa típica de las indias.
HUISHTE o GÜISHTE: Fragmento de vidrio, cortante y menudo.
HUISHTOSA o GÜISTOSA: Cortante, menuda.
HUIZAYOTE: *Güisquil*, fruto acuoso de la planta enredadera del mismo nombre. Tiene forma alargada, y está cubierto de espinas.
HUIXQUILES: Ayotes espinosos.

I

ICACO: Arbusto rosáceo de flores blancas y fruto parecido a la ciruela claudia.
IDEYA: Idea.
IDO: Distráido, ensoñador.
ILUSIONES: Flores.
INAMORADO: Enamorado.
INANO: Enano. Dedito inano, dedo meñique.
INDISUELUEMIERDA: Expresión que significa desprecio, insulto.
INDIZUELO(A): Véase *endizuelo*.
INGRIMO: Completamente solo.
INÚTIL: Inútil.
INVITE: Embiste.
ISCANAL, IXCANAL o ISHCANA: Arbusto espinoso, de grandes espinas cónicas, en cuya base viven ciertas enormes hormigas negras.

ISOTE o IZOTE: Planta cactácea que da una flor alimenticia.
 ISPIAR: Espiar, o simplemente echar un vistazo.
 ISCABUYÓ: Escabulló.
 ISPERIENCIA: Experiencia.
 IRFELIZ: Infeliz.
 IVERNO: Invierno.
 IYENDO: Yendo.
 IXCANAL: Vid. Ishcanal.
 IXTEMISTA: Extremista.

J

JABILLO: Arbol euforbiáceo.
 JACHA: Dentadura, quijada.
 JACHA: Dientes.
 JACHUDA: Dentadura.
 JAIBA: Crustáceo acuático *fluvial*.
 JALAR: Tirar de. (*Halar*).
 JALÓN: Tirón. (*Halón*).
 JAYÁN: Vulgar, grosero. (Al jaz), al haz a la orilla.
 JESENTINA: Hedentina.
 JEDER: Heder.
 JEJÉN o JEGÉN: Mosquito fino.
 JLECHA: Flecha.
 JLOR: Flor.
 JÍCARA: Vasija pequeña, hecha con el fruto de cierta clase de jícaro o morro. La jícara tiene forma oval y se usa con mayor frecuencia para batir y beber el chocolate o el tiste.
 JÍCARO: Arbol que produce una especie de calabaza muy dura, que labrada y vaciada se usa como recipiente.
 JÍCAMA: Tubérculo grande, muy blanco y azucarado.
 JILA: (Xila). Arbol que produce flores en forma de borlas, blancas o rojas.
 JIOTE: Arbol de tronco bronceado.
 JOCOTE: Fruta amarilla o roja del cojote —árbol terebintáceo parecido al jobo, cuya forma y tamaño recuerdan la ciuella.
 JODER: Molestar, importunar.
 JONDO: Hondo, fondo.
 JÓJORO: Fósforo.
 JOYADA: Cañada, quebrada o valle profundo.
 JUÉ: Fue.
 JUEGO: Fuego.
 JUELGO o JUERGO: Huelgo.
 JUERA: Fuera.
 JUERTE: Fuerte.
 JUERZA: Fuerza.
 JUGADO: Atontado.
 JUÍ, juí: Onomatopeya: ruido producido por el vaivén de una hamaca, al frotar las argollas de hierro contra los garfios de que está suspendida.

JULINES: Cierta clase de pececillos.
 JULÓN: 1º Recipiente vacío; 2º hoyo.
 JULUNERA o JURUNERA: Rincón.
 JUMAR: Fumar.
 JUMAZÓN: Humareda.
 JUMO: Humo.
 JUNDIYAZO: Hondazo.
 JURACO: Agujero. (Portugués buraco).
 JRÍO: Frío.
 JURO (DE JURO): De seguro, de fijo.
 JUSILEYO: Fusileo.
 JUVENECIERA: (v. Juvenecer, creado por el autor y aún no aceptado por la Academia de la Lengua). *Ir* de viejo a joven, de la indigencia al vigor: "El alma juvenece a la inversa del cuerpo: Sallarrué "Juvenecer".

K

KAKASECA: Estiércol seco.
 KAKEMOSCA: Idem. de mosca.
 KAKEVACA: Estiércol del ganado.
 KINKÉ: Quinqué, lámpara.

L

LAGOR: Labor.
 LAGUA: El agua.
 LAÍJA: La hija.
 LAJA DE DULCE: Tapa de panela, o azúcar de caña sin refinar.
 LALBA: El alba.
 LALA: ("La ala"). El ala.
 LAMBER: Por lamer.
 LANCA: El anca.
 LATA: Hojalata.
 LAURA: Por *la hora*.
 LAZO: Cuerda larga.
 LECABA: Le acaba.
 LECHABA: Le echaba.
 LEI: Le he.
 LEJOSO: Lejos.
 LENGUA: (Hablar lengua), hablar un dialecto indígena.
 LERENCIA: La herencia.
 LERMANA: La hermana.
 LESTOCADA: La estocada.
 LEUCIÓN: Lección.
 L'HIJA: La hija.
 LIACEN: Le hacen.
 LIALCANZÓ: Le alcanzó.
 LICIERA: Le hiciera.
 LICIMOS: Le hicimos.
 LIGÍTIMA: Legítima.
 LIMPIEDAD: Limpieza.
 LOGA: Reprimenda.
 LONRA: Por la honra.
 LOROCO: Planta empleada como condimento, y de la que se extrae un aceite medicinal.

LOSTABA: Lo estaba.
 LUABRÁ: Lo habrá.
 LUAMARRAMOS: Lo amarramos.
 LUARTÓ: Lo comió.
 LUATRANCAN: Lo atracan.
 LUECHAMOS: Lo echamos.
 LUEGO: Pronto (y no después).
 LUEJECUTAN: Lo ejecutan.
 LUEY: Lo he.
 LUIBA: Lo iba.
 LUMONÍA: Pulmonía.

LL

LLANAZÓN: Llanura muy extensa.

M

MÁ: Toma.
 MACOYA: Macolla.
 MACHETIADO: Macheteado.
 MADRECACAO: Arbol leguminoso, especie de guamo, que da flores rosadas y se planta para dar sombra a los cafetos.
 MAGAYA: Trozo de puro.
 MAQUEYAL: Pita, planta marilídea.
 MAICIYO: Maicillo.
 MAISHTRO: Maestro.
 MAJONCHO(A): (guineo(s) majoncho(s), especie de plátano de forma prismática más bien que cilíndrica).
 MALDIAGÜERO: Mal de agüero.
 MALIRNO: Maligno.
 MALÍA: Carta extra del naipe español corriente (el 8, el 9, el 10).
 MAMA: Mamá.
 MAMAZO: 1. Amasijo. 2. Véase *guaro*.
 MANAGUAS: Entidades de la mitología indígena, especie de silfos o espíritus de las nubes.
 MANGA: Manta, cobertor de lana con dibujos indígenas, generalmente tejido en Guatemala (Manga chapina).
 MANGUELCAMISA: Manga de la camisa.
 MANGUERO: Adj. derivado de mango.
 MANIJO: Manejo.
 MANO: Apóc. de hermano, significa compañero. Echar una mano. Prestar ayuda.
 MANTA y MANTABRIL: Tela ordinaria de algodón, de que se visten los indios.
 MANUELIÓN: (Por *Mano de León*). Arbol de madera blanda y blanca y de hojas lobuladas.
 MARAÑÓN: (Japonés). Una de las seis especies del marañón, fruto tropical comestible, jugoso y azucarado.
 MARDÁ: Maldad.
 MAREÑO: Marino.
 MAREYA: Marca.

MAQUILIHUE: Arbol tropical, de la familia de las bignoniáceas, de flores rosadas, en racimos cortos. Su madera, amarillo mate, se emplea en ebanistería.
 MÁRMOR: Mármol.
 MASACUATA: Cierta clase de culebra que come ratones y puede ser domesticada (Boa).
 MASHTRESCUELA: Maestro de escuela.
 MASON: Amazona.
 MATADO: Muerto.
 MATATA: Bolsa de fibra.
 MATATE: Red de fibra de maguey.
 MATAPALO: Amate Matapalo. Cierta clase de amate, que se enrosca en su juventud alrededor de otros árboles, y acaba por ahogarlos.
 MATEPLÁTANO: Mata de plátano.
 MATOCHO: Matojo, matorral.
 MECATE: Fibra de la corteza del banano.
 MECATEPLÁTANO: Penca que se saca de la hoja del plátano.
 MECATIADA: Paliza.
 MECHUDO: Mechoso, que tiene pelos o hebras.
 MEDIA: Medida equivalente a media botella de aguardiente.
 MEDIAGUA: Casa con tejado de una sola vertiente.
 MELARCHÍA: Melancolía, decaimiento.
 MELITAR: Militar.
 MENIÉS: Menéas.
 MERA, MERO: Justa, verdaderamente. Casi. Bastante. En este último sentido, es adjetivo y concuerda en género y número con el sustantivo: Mera buena, bastante buena. En el primer sentido es adverbio y como tal invariable, aunque admite el diminutivo: Ya merito se cae, ya casi, casi se cae.
 MERCAR: Comprar en el mercado o en las tiendas.
 MERMADO: Calmado.
 MERO: Pez muy grande, de carne delicada.
 MERO-PERRO: Muy duro, muy fuerte.
 MESMAMENTE: Así mismo, al mismo tiempo. Completamente. Igual a.
 MESMO: Mismo.
 METATE: Piedra indígena que sirve para moler.
 METIÓ: Dio.
 MIAMOR: Mi amor.
 MIAMUELA: Me molesta.
 MIARDE: Me arde.
 MIATURUYA: (Me aturulla), aturullarse, confundirse.
 MICE: Me hice.
 MICIERON: Me hicieron.
 MIGUELERO: Galanteador. (De Miguelear, galantear).
 MINUTA: Hielo raspado que se toma con jarabe.

MIQUERO: Hombre que poda subiéndose a los árboles.
 MISESINCO: Misa de cinco.
 MISTRIGUCO: Especie de tecolote o buho pichón.
 MOCUECHUMPE: Moco de *Chompipe*.
 MOJISCO: Húmedo, mojado, en sentido activo y no pasivo.
 MOLAR: Amolar.
 MONGOYANO: Arbusto que crece en las costas.
 MONTARRASCAL: Maleza.
 MONTE: Hierba.
 MONTURA: Silla de montar.
 MORRAL: Plantación de morros.
 MORRO: Arbol de jícara o fruto del mismo, especie de calabaza, con el cual se preparan refrescos de horchata.
 MOSQUERO: Enjambre de moscas.
 MOTA DE ÁNGEL: Vilano, flor del cardo; apéndice de filamentos que sirve a ciertas semillas para ser transportadas por el viento.
 MOZO: Hombre que hace trabajos duros.
 "MULATO": Arbol de grandes dimensiones, que da una flor rosada.
 MUMUJA: Migajas, desperdicios de pan, eccétera.
 MURUSHO: De cabello muy rizado (como en la raza negra).

N

NADO E CHUCHO: Nadado de perro.
 NAGUA: Falda, saya (sin duda por "enagua").
 NAGUAL: Animal simbólico o alusivo; signatura de una persona o lugar.
 NAHUAL: Lengua indígena de Centro América.
 NAIDE: Nadie.
 NANA: Madre.
 NANCE: Arbol que produce frutas amarillas, muy olorosas y azucaradas, del tamaño de cerezas.
 NESHNO(A): Renegrido.
 NIAL: Ni al.
 NIÑA: Virgen. (Adj.), tratamiento familiar que se da a las mujeres.
 NISHTAMALERO: El lucero del alba.
 NORTE: Viento muy fuerte, cualquiera que sea.
 NORTIAR: Hacer viento.
 NUA: No ha.
 NUAGUANTO: No aguanto.
 NUAI: No hay.
 NUAY: No hay.
 NUBAZÓN: Grupo de nubes que amenazan lluvia.
 NUEI: No he.
 NUERA: No era.
 NUÉS: No es.

N

ÑATA: Naríz remangada o aplastada. *Ñata(a)* (Adj.) Chato *ñatia*, por *ñatilla*, diminutivo de *ñata*.
 ÑEBLA, ÑEBLINA: Niebla, neblina.
 NERVOSERA: Nerviosidad.
 NO, NA: (De niño, niña, o quizá de ñor, seña) Señor, señora.
 NOR: Señor.
 NUDO: Nudo. Forma arcaica, usada aún en El Salvador.
 NUBLAR: Por nublar.

O

"O": Expresión campesina, equivalente a "tú", ¿"Vamos, o"? —¿Vamos, tú? Véase "Oyó".
 OCOTE: Leña de pino resinoso, que se usa a veces como antorcha.
 OIBA: Oía.
 OIDO: Oído.
 OISHTÉ: Ofste.
 OJICIO: Oficio.
 OJO DE AGUA: Manantial en forma de pileta o cuenca natural.
 OJO DE VENADO: Semilla grande, de color marrón pero rodeada de un círculo negro, que recuerda un ojo de res.
 OLISCO u OLISCO: Que tiene tufito desagradable.
 OJUEMONO: Ojo de mono.
 OLISQUIAR: Olfatear.
 OLOTE: Corazón o deshecho de la mazorca de maíz.
 ONDE: Donde.
 ONDEYO: Ondeo, ondulación.
 ONDIUNO: Donde uno.
 OREYAN: Orean.
 ORITO: ("Tráiban orito"). Un poquito de oro. El dimisentido figurado: "Donde se hace polvito el sol".
 OTRAGÜELTA: Otra vez, otra vez.
 OTUBRE: Octubre.
 OYÓ: Expresión campesina equivalente a Tú.

P

PÁ: Por, para.
 PACHO(A): Poco profundo.
 PACAYAS: 1º Arbusto cuyas hojas de palma sirven para alfombrar las calles en las festividades religiosas o públicas, y cuyos cogollos se toman como legumbre.
 2º Travesaño de madera.
 PADERÓN: Por paredón.
 PACHITO: De poco fondo, aplastado
 PAILA: Platito.
 JAJUIL: Especie de gallinácea salvaje, entre el faisán y el pavo.

- PAL:** Para el.
PALANQUERA: Puerta de palos verticales fijos a una cerca de alambre.
PALANCONA: Alta. Dícese de la cama de patas altas.
PALAZÓN: Grupo de ramas o árboles.
PALO: 1º Arbol. 2º Madera.
PALÓN: (Aumentativo de *palo*). Arbolón.
PALOMFAS: Insectos voladores que anuncian temporal.
PALOS DE PAN: Árboles de pan.
PALUDÍS: Paludismo.
PANALITO: Dibujo exagonal, en forma de panal.
PANCITINGA: Panzoncilla.
PANTE: Hacinaamiento de leña.
PANTIÓN: Panteón.
PAPA: Papá.
PAPAYO: Arbol lechoso, de madera fofa, que produce la *papaya*, especie de melón muy dulce.
PAPELIABAN: Papeleaban.
PAPO(A): Tonto. *Papada*, tontería.
PARAGÜE: Paraguas.
PARADA DE AGUA: Punto culminante de la marea.
PARÁISO: Arbol.
PARATRÁS: Para atrás.
PARVO: "Barbo", cierto pez.
PARÉ: Pared.
PÁRPARO: Párpado.
PARRIBA: Para arriba.
PARTO: Pacto.
PASCUA: Flor en forma de estrella, de grandes pétalos foliáceos de un bermellón intenso, muy usada en la América entera, como símbolo de Nochebuena.
PASAJE: El pasar, el tránsito de gentes, bestias y vehículos.
PASANTE: Paseante.
PASTE, PAISHTE o PAXTE: Fruto de una planta trepadora, cuya aspereza y resistencia lo hacen muy a propósito para su uso de estropajo. Esponja vegetal.
PATENTE: Claro, evidente, cercano.
PATIR: Patear, dar pisotones.
PATOJO(A): Cojo.
PAYÁ o PARAYÁ: Para allá.
PECHE: Flaco, delgado.
PECHITO: Flaco, pequeño.
PEJE: Pez.
PELONA: Con el cabello corto.
PELOTERO: Alegre.
PELIADO: Enojado.
PELISCO: Pellizco.
PELEO: Pelea.
PELÓN: (Adj.) 1º de cabello corto; 2º hijo de casa que hace servicios domésticos sin sueldo.
"PENÍNSULA": Penitenciaría, presidio.
PENQUIADA: Azotaina, tunda.
PEPENAR: Recoger, rebuscar.
- PEPESCA:** Pececillo menudo.
PERANDO: Esperando.
PERITIVO: Aperitivo.
PERJUMA: Perfumar.
PERSOGA: Soga, cuerda o lazo corredizo.
PERUÉS: Pero es.
PERRAJE: Manta de hilo de colores vivos, tejida en el país y de uso corriente como cobertor.
PERRO(A): Rebelde, cimarrón, bravío.
PESCADO: Por pez.
PETACA: Joroba.
PETATE: Éstera india de palma o de paja, generalmente de vivos colores.
PEZCOCEYE: Pescosé.
PIAL: Cuerda de cuero retorcido.
PIEDRENA: Aumentativo de piedra.
PIEGRÁ: Piedra.
PIJUYO: Ave de canto muy dulce.
PILADERA: Especie de mortero grande, labrado en un tronco de árbol, que se utiliza para descascarar el arroz.
PINGANILLAS: De puntillas.
PIÑATA: Tinaja cubierta con papelillos de colores y rellena de dulces, que se suspende para ser quebrada a golpes en un juego de niños.
PIOJÍO: Piojillo.
PIOR: Peor.
PIRO: Desperdicio en la fabricación del alcohol.
PIRUJO: Véase *cambray* y *bamba*.
PISIISHES: Aves marinas.
PISPILLAR: Parpadear. *Pispileyo*, parpadeo.
PISTO: Dinero.
PITAR: Soplar, delatar.
PITA: Cordel.
PITEMATATE: Pita de matate: véase estas palabras.
PITERO: Flautista.
PTITYO: Pito muy agudo.
PLATANILLO: Planta cannácea, de flores irregulares, de vivos y muy diversos colores, y de fruto capsular cuyas semillas contienen un albumen harinoso y casi córneo, crece en lugares húmedos.
PLAN: Llano.
POBREDÁ: Pobreza.
POCUYO: Pájaro nocturno, de canto triste.
PODÉS: Puedes.
PODRE: Podredumbre.
PORÁI: "Por ahí"...
PORRÓN: Vasija de barro cocido para el agua de beber.
POSOL: Sedimento.
POSESA: Poseedora.
POZA: Remanso de un río.
POTENTE: Grado de madurez de un fruto.
PRENDER: Encender.
PRIESA: Prisa.
PRIETO(A): Negro, oscuro, moreno.

“PRINGAR”: Lloviznar. Llover muy vagamente.
 PRINGAS: Gotas de lluvia muy tenue.
 PROJUNDO: Profundo.
 PUDRIEMBRE: Podredumbre.
 PUÉ: Pues.
 PUERCAS(EN): En gran cantidad.
 PUJAGUA: Aplícase a cierta variedad de maíz, de granos arrugados. Por extensión está empleado refiriéndose al tiempo húmedo que produce corrugación en los dedos.
 PUNTIADO: Que tiene puntos.
 PUNTUEMEDIA: Punto de media.
 PUPUSA: La que hace *pupusas*.
 PURARRIATA: Magnífico, valiente. (“Pura reata” en el sentido de “látigo”).
 PURO: Cigarrillo puro.
 PUESIESQUE: Pues sí es que.
 PUSICO: Sucio.
 PUSPO: Ceniciento, grisáceo.
 PUYAR: Punzar como con una puya.
 PUYUDO: Puntudo.

Q

QUEBRÓN: Quebradizo.
 QUEDÁS: Quedas.
 QUEL: Que el.
 QUEI: Que he.
 QUEQUEISHQUE: Planta de grandes hojas acorazonadas, que crece a orillas de los ríos, en sitios oscuros y húmedos.
 QUERQUE: Cierta clase de *xopilote* de cabeza calva.
 QUER: Caer.
 QUERA: Que era.
 QUÉS: Que es.
 QUESESTO: Qué es esto.
 QUEYA: Que ella.
 QUIACER: Qué hacer.
 QUTASIÉS: Que así es.
 QUIAY: Que hay.
 QUIAZUL: Qué azul.
 QUIBA: Que iba.
 QUINZONA: De “a quince”.
 QUIR: Que ir.
 QUTOJALÁ: Que ojalá.
 QUIOTRO: Que otro.
 QUIUNO: Que uno.

R

RABADIYA: Rabadilla.
 RACIÓN: Moneda teórica, en realidad inexistente, que vale la mitad del “*cuís*” o *cuartillo* (1/4 de real); o sea 1/8 de real.
 RÁIZ: Raíz.
 RAJAR(SE): Acobardarse.

RAMALADA: Balsa o almadía natural, formada por un hacinamiento o entrecruce de ramas.
 RAMAZAL: Conjunto de troncos y ramas arrastradas por la corriente y que encallan en los bancos de arena.
 RANCHO: Chozas de ramas y paja.
 RAYÓN: Herida superficial.
 RECUESTO: *Al recuesto*, a favor.
 REFAJO: Falda típica de las indias, que consiste en un lienzo —tejido generalmente por ellas mismas—, enrollado alrededor de las caderas, y que baja hasta los pies. El refajo es siempre de vistoso color: en ciertos pueblos está sostenido por un simple nudo —que forma sobre la pierna pliegues decorativos y hieráticos— y en otros, por una faja hecha de lana con dibujos policromos.
 REGOLOTIÓ: Revoloteó.
 REÍBAN: Reían.
 REJO: Soga que sirve para atar el ternero a la vaca.
 RELÓ: Reloj.
 REMENDERO: Remendador.
 REMIRABA: Miraba con atención.
 REMPujABA: Empujado.
 RENCO: Cojo.
 REPEYU: Repello.
 REPUNTA: Vanguardia de una crecida súbita en un río.
 REQUINTA: (v. Requintar), exceder, superpar, estirar.
 REUMA: Reumatismo.
 REUTO: Recto.
 RIAL: Real, equivalente a doce centavos y medio.
 RICIÉN: Recientemente.
 RIGIO(SO): Rijo. Rigioso.
 RIR: Refir.
 RIUMA: Reuma, reumatismo.
 RIYÓN: Río grande.
 “ROGACIÓN”: Procesión *religiosa*.
 ROGANTE: Miembro de una *rogación*.
 ROMPIDA: Rota.
 RUMIENTE: Rumeante, rumoroso.
 RONCA: (“A la Ronca”). Exclamación muy fuerte, por el estilo de “A la Puerca”: eufemismo por “A la p...”

S

“SACADERA”: Fábrica clandestina de aguardiente.
 “SACADOR”: Fabricante clandestino de aguardiente.
 SHASHAGA: Comida de viruela, llena de alvéolos.
 SAITES O ZAITES: Púa.
 SALPOROSA: Quebradiza.
 SALTADOS: A saltos.

"SALVADOR": El campesino llama a veces "El Salvador" a San Salvador, ciudad capital de El Salvador.
 SANATE: Aves pequeñas, de color pardo o negro. Véase *Clarinero*.
 SANTÍO: Diminutivo de Santos (nombre femenino).
 SAPO, SAPITO, SAPURRUCO: Bajo de estatura.
 SAZÓN, SAZONA: (Adj). Dícese de la fruta verde.
 SECO: Flaco.
 SECOR: Sequedad.
 SEGURIDÁ: Seguridad.
 SEINUMERAN: Se enumeran.
 SE-LE-BÍA: Se le había.
 SEMBOLÓ: (Se emboló), embolarse, emborracharse (frase que indica que se hundió o quebró de golpe).
 SENEFIADO: "Cenefeado", ondulado como cenefa (término de costura).
 SEÑÁ: Señora.
 SE-OIBA: Se oía.
 SERENACA: Expresión onomatopéyica.
 SESTABA: Se estaba.
 SE RAJÓ DIALTIRO: (Frase que indica que se hundió o quebró de golpe).
 SESTEYO: Sesteo (*De sestear*).
 SEYA: Sea.
 SHASHAGO: Comido de viruelas. Carcomido.
 "¡SHE!": Expresión usada para espantar animales.
 SHOLCO: Véase *cholco*.
 SHUCO: 1. Sucio. 2. Agrio, rancio.
 SHUCUATOL o SHUCOATOL: (En Méjico, *jocoatole*). Bebida de *atol* o *atole ácido*.
 SHUQUÍA o SHUQUÍ: Acidez, agrura, fermentación natural.
 SHUSHUSHAR: Onomatopeya; susurrar.
 SIA: Se ha.
 SIABRÁ: Se habrá.
 SIACE: Se hace.
 SIANUNCIABA: Se anunciaba.
 SIASUSTÓ: Se asustó.
 SIAVERIGUA: Se averigua.
 SIEMPREVIVAS: Especie de flor silvestre.
 SINAPIARSE: Sin apearse.
 SIERA: Sí era.
 SINUÉS: Sí no es.
 SIOYBA: Se oía.
 SIRÁ: Se irá.
 SISO: Se hizo.
 SONRISOSO: Sonriente.
 SORRIYO: Zorrillo.
 SÓS: Eres.
 SUNSA o SUNZA: Fruta del árbol sapotáceo del mismo nombre.

T

TÁ: Está.

TABA: Estaba.
 TABURETE: Silla de vaqueta, sin respaldo.
 TALEPATE: (Masc.). Chinche, insecto hemíptero, nocturno y fétido.
 TALENTE: Por Talante.
 TALNIQUERA: Terreno encolmenado.
 TALPETATE: Piedra caliza estratificada.
 TALPETATAL: Estratificación de Talpetates.
 TALTUZAL: (Lugar de taltuzas), roedores parecidos a los conejos.
 TAMAGÁS: Serpiente muy venenosa.
 TAMOS: Estamos.
 TANTITO: Un poco, un tanto.
 "TANTO": Cantidad.
 TANTEYO: Tanteo.
 TAPADO: Chal, reboso.
 TAPEXCO: Lecho de varas.
 TAPAJE: Cubierta, refugio.
 TARRAYA: Atarraya, red grande para pescar.
 TARRO: Calabazo grande. Recipiente hecho con media calabaza.
 TASAJO: Carne seca. Retazo de algo que sugiera carne seca.
 TASHCAL: (Término nahual), pedregal, lava.
 TASTACEYA: Da diente con diente.
 TASTASEYO: (Onomatopeya), ruido producido por el abrir y cerrar del pico de una ave cualquiera.
 TASTASIAR: Hacer "tas-tas", castañetear. De donde tastaseyo.
 TASTAZO: Golpe seco, dado con el índice y el pulgar.
 TATA: Padre, papá.
 TATITEMIALMA: Tatita de mi alma.
 TAZABOLA: Taza grande, muy ancha de boca y angosta en el asiento, sin asas.
 TECOLOTE: Especie de buho o lechuza.
 TECOMATE: Calabaza doble, de dos bolas superpuestas, usada para llevar el agua al trabajo.
 TEJENDERO: Tejedor.
 TELENGUE: Trastos, herramientas, utensilios; especialmente, los empleados en la extracción de aguardiente.
 TELEPATE: Véase *Talepate*.
 TEMBELEQUE: Tembeque, tembloroso, vacilante.
 TEMPISQUE: Arbol de la familia de las sapotáceas, de frutos ovoides, glutinosos, comestibles.
 TENCINTA: Está en cinta.
 TENÉS: Tienes.
 TENAMASTE: Piedra grande.
 TENGUERECHÓN: Véase *chorchingalo*.
 TENTRA: Te entra.
 TETELQUE: (Adj). De gusto desabrido y astringente, como la fruta verde.
 TETUNTE: Piedra o terrón. Tetuntal, agrupación de tetuntes.
 TIABRÁ: Te habrás.

TIÁS: Te has.
TIABERGONZÁS: Te avergüenzas.
TIBORONCITO: Tiburoncito.
TIESO: Fuerte.
TILINTE: Templado, tenso.
"TINTO": Rojo.
"TIRAR": Engañar.
TISGUACAL: Tísico. Deriva del nombre de cierto cangrejo.
TISTE: Bebida refrescante que se prepara con harina de maíz tostado, cacao, achíote y azúcar.
TITILEYAN: Titílean.
TIÑA: Color desvaído.
TIRAZÓN: Tiroteo.
TODOPARAMÍ: Todo para mí.
TOMBILLA: (Tumbilla), armazón de caña o tule para guardar la ropa, el pan, etc.
"TOPAR": Aceptar, querer.
TORTILLAS: Tortilla o pan de maíz, circular y plano.
TORZÁS: Tuerzas.
TOTORECO: Atolondrado, aturdido.
TRABARON: Pusieron.
TRAIBA: Traía.
TRAMPA: Tramposo.
TRAMAZÓN: (*De Tramar*). Entrecruzamiento, trabazón.
TRANCAZÓN: Obstrucción.
TRANQUERA: Puerta de corral, hecha con trancas.
TRANQUIAR: Crujir, traquetear.
TRANQUIL: Tranquilidad.
TREER: Traer.
TRINCAR: Echar y sujetar sobre el suelo o sobre algo.
TRISTURA: Tristeza.
TROMPEZÓN: Tropezón.
TRONCHIDO: Trazquido.
TUAYA: Toalla.
TUJO, TUJITO: Por tufito, de tufo.
TUCO: Trozo, pedazo.
TUMBAZÓN: Se dice de las olas fuertes.
TUMBLIMBLE: Cajita de música.
TUMBO: Ola, onda, vaivén muy fuerte.
TUMECIENTE: Entumecido.
TUNALMIL: Campo sembrado de maíz temprano.
TUNCO: Cerdo.
TUSA o TUZA: Envoltorio natural de la mazorca de maíz.

U

¡UFA!: Interjección.
ULTRAMÁTICAS: Automáticas.
UMBLIGO: Ombligo.
UNTÁTE: Untate.
USTÉTRICA: Comadrona.
UTUALITO: Ahora mismo.
UYASÓN: "Aullazón".

V

"VAGANCIA: Vaguedad.
"VAINA": Dificultad, preocupación, molestia: "lata".
VARRASTRANDO: Va arrastrando
VACEYA: Vacía.
VENADIANTE: Cazador de venados.
VERSAINA: Un verso, una canción cualquiera.
VESITA: Visita.
VEYA: Vea.
VIDE, VIDO: Vi, vio. Forma arcaica, corriente en El Salvador.
VIRAZÓN: Carrera rápida, vuelta repentina.
"VOLAR CUMBA": Sonsacar. Imagen derivada del juego de la cometa o barrilete.
"VOLADOR": Arbol lauráceo, muy alto y delgado, cuya madera se emplea en construcciones navales.
"VOLTAR": Volver.
"VOLAR": Quitar.
VOLTIOVER: Volvió a ver.
VUÁ: Voy a.
"VUELA-CUMBÁ": Sonsacador, cortejador.
VUELUDO(A): De mucha orla o vuelo.

Y

YAGUAL: Rollo de tela que usan las mujeres indias sobre la cabeza para llevar el cántaro o el canasto.
"YELASÓN": "Huelazón".
"YELO": (Hielo). "Frio" (sin más, aunque se trate de un frío muy moderado).
Y DIAY: Y de ahí.
YOME: Yo me he.
YOVISA: Por *Lloviza*. De lluvia.
YUÉ: Yo he.

Z

ZACATE: Planta gramínea, alimento del ganado. Hierba.
ZACATELIMÓN: Clase especial de *Zacate*, cultivado en los jardines por su fuerte aroma a limón, y empleado también como infusión.
ZACATÓN: Persona de alta estatura.
ZACATIABA: Zacateaba, cortaba hierba.
ZAMPAR: Dar.
ZANCUDOS: Mosquitos, especialmente los del paludismo y los de la fiebre amarilla.
ZANCUDOS: *culuazul*: (Culo azul). Clase especial de estos mosquitos.
ZARCEAR: Hacer ruido de zarza o de guitarra floja.

- ZARCEYO: Zarceo, temblor.
 ZARCIANTE: Cortante, tajante.
 ZARPIAR: Rociar.
 ZIGUA: Véase *Ziguanaba*.
 ZIGUANABA o SIGUANABA: De la mitología cuzcatleca. La Ziguanaba o siguanaba es una mujer que vive errante en las orillas de los ríos y manantiales. Simboliza, casi seguramente, el espíritu del río.
 ZINZONTE o CENZONTLE: Pájaro de color pardo, pero de canto dulcísimo: el ruiseñor de la América.
 ZIPOTE: Véase *Cipote*.
 ZOCOLLAR: Atarugar.
- ZOGUILLAS: Soguillas.
 ZOMPOPERA: Hormiguero o nidal de *Zompopos*.
 ZOMPOPOS: Hormigas rojas de gran tamaño, que se alimentan únicamente de hojas y ramillas.
 ZONTO(A): (*O Sonto*). Desorejado.
 ZOPE o ZOPILOTE: Buitre. Aura. Ave carnívora, del tamaño de una gallina.
 ZOPILOTADA: Bandada de zopilotes.
 "ZORRO"(A): (Masc.). Arbol cuya madera se emplea para muebles y construcciones.
 ZUNZA o ZUNZAPOTE: Arbol y fruta de las sapotáceas, parecido al zapote.



CRONOLOGIA

1899

Nace el 22 de octubre en Sonsonate, El Salvador, Salvador Salazar Arrué. Sus padres son Joaquín Salazar, empleado de aduana, y María Teresa Arrué, hija de un profesor de liceo.

"Yo recuerdo de repente... que estaba sentado en una cama que se movía... y era una cuna... es el primer recuerdo que tengo. Se me acercó una figura. Era un primo mío, hijo de Rafael Arrué... se llamaba Alejandro...". (*Introducción a Obras Escogidas*).

1900

ES: Gobierno del general Tomás Regalado.

AL: Protectorado norteamericano sobre Cuba. Nuevas insurrecciones yaquis en México. C. Castro entra a Caracas, presidente. Fallo Comisión de Límites de París entre Venezuela y G. Bretaña. Peste bubónica en Santos, Brasil. Presidente dominicano Heureaux asesinado y jefe revolucionario Jiménez presidente. Rebelión caucheros brasileños en Acre. Consolidación de la dictadura de Estrada Cabrera en Guatemala.

C. Zumeta: *El continente enfermo*. G. Valencia: *Anarkos*. F. Turcios: *Renglones*.

ES: El Ministro de Guerra acaba con una insurrección contra el gobierno.

AL: Doheny & Co. organiza Mexican Petroleum Co. con una primera extracción en Ebano. Francia exige con su flota indemnización dominicana. Nicaragua firma tratado con E.E.U.U. para construcción de canal interoceánico. Castro presidente constitucional de Venezuela. Marroquín presidente de Colombia.

J. Sierra: *Evolución política del pueblo mexicano*. Rodó: *Ariel*. Machado de Assis: *Don Casmurro*. J. J. Tablada en el Japón. A. Ambroggi: *Cuentos y fantasías*.

Conferencia de la Paz en La Haya. Acuerdo anglo-ruso para dividirse China y principio norteamericano de "puerta abierta" en China. Convención franco-inglesa sobre el Sudán. Los boers derrotan a los ingleses. Revuelta en Filipinas contra los norteamericanos. Segundo proceso Dreyfus.

V. Guimard: entradas al Metro de París. Veblen: *Teoría de la clase ociosa*. Haeckel: *Enigmas del Universo*. Maurras: *Tres ideas políticas*. Zola: *Fecundidad*. Ravel: *Pavana para una infanta difunta*. Sibelius: *Sinfonía N.º 5*.

Fundación del Labour-Party y de la Federación General de Trade-Unions en Inglaterra. Fundación de la Unión general de sindicatos cristianos en Alemania. V Congreso internacional socialista en París. Fund. de su *Bureau* permanente (moción Kautsky). Ley Millerand sobre duración jornada de trabajo. Fundación Asociación Internacional para la protección legal de los obreros. Asesinato de Humberto I y ascensión de Víctor Manuel III. Expedición internacional contra Pekín. Los franceses en el Tchad. Los ingleses en Pretoria y Transvaal.

Max Planck: teoría de los *quanta*. Zepelin: su primer dirigible. Evans: la civilización minoica. Freud: *La interpretación de los sueños*. Husserl: *Investigaciones lógicas*. Croce: *Materialismo histórico y economía marxista*. Ellen Key: *El siglo de los niños*. Spitteler: *Primavera olímpica*. Harnack: *Naturaleza del cristianismo*. Dreiser: *Sister Carrie*. Chejov: *Tío Vania*. Puccini: *Tosca*. A. Gaudí: *Parque Güell*. Mueren Ruskin, Nietzsche, Wilde.

Vida y obra de Salarrué

1901

1902

1903

ES: Convenio comercial con Francia y EE.UU.

AL: Revuelta maya en Yucatán. Constitución de Cuba, enmienda Platt y presidencia de Tomás Estrada Palma. Batalla de San Cristóbal, fuerzas colombianas del Gral. Rangel Garbiras. Segundo Congreso Panamericano (México).

Díaz Mirón: *Lasca*. M. Díaz Rodríguez: *Idolos rotos*. González Prada: *Minúsculas*. H. Quiroga: *Los arrecifes de coral*.

AL: Ultimátum de G. Bretaña y Alemania: bloqueo de puertos venezolanos, bombardeo de P. Cabello, Roosevelt árbitro. Ley de arbitraje obligatorio de Nicaragua, Salvador, Honduras, C. Rica y Guatemala y Corte de Arbitraje obligatorio con países latinoamericanos. Tercera pres. de Zelaya en Nicaragua. Convención dominicana con EE.UU. por reclamaciones económicas. Pres. de F. Paula Rodríguez en Brasil. Doctrina Drago y ley de residencia en Argentina.

Graça Aranha: *Canaan*. Da Cunha: *Los sertones*. D'Halmar: *Juana Lucero*. Othon: *Poemas místicos*. M. Díaz Rodríguez: *Sangre Patricia*. Fundación de la Universidad de La Plata.

ES: Presidencia de Pedro José Escalon.
AL: Senado colombiano rehúsa ratificar tratado Hay-Herran con EE.UU. sobre el Canal. Insurrección en Panamá y declaración de independencia reconocida por EE.UU. que impide envío tropas colombianas. Tratado cediendo zona del Canal. Tratado de Petrópolis: Bolivia cede Acre a Brasil. Cuba cede bases a EE.UU. que ocupa Guantánamo. Protocolos de pagos de Venezuela con EE.UU., México, Francia, Holanda y Bélgica. Debates en el Tri-

A la muerte de Victoria es coronado Eduardo VII en Inglaterra. Asesinado el presidente MacKinley en EE.UU. Le sucede Theodore Roosevelt. Tratado Hay-Pauncefote sobre el canal de Panamá. Formación de la United States Steel Corp.

Freud: *Psicopatología de la vida cotidiana*. Maeterlinck: *La vida de las abejas*. Th. Mann: *Los Buddenbrook*. B. Shaw: *Tres piezas para puritanos*. Strindberg: *Danza macabra*. Primer Premio Nobel de Literatura: Sully-Prudhomme.

Paz entre Inglaterra y los boers. Fin de la resistencia filipina a EE. UU. Alianza anglo-japonesa. Estados Unidos adquiere las acciones francesas del canal de Panamá. Se concluye la construcción del Transiberiano.

Rutherford: estudios sobre la radiactividad. Fundación del Carnegie Institution. Loisy: *El Evangelio y la Iglesia*. Gide: *El inmoralista*. C. Doyle: *El sabueso de los Baskerville*. Croce: *Estética*. Meliès: *Viaje a la luna*. Debussy: *Pelléas y Melisande*.

Muere León XIII ascendiendo Pío X al Pontificado. Condena de la obra de Loisy. Tratado Bunau-Varilla para construir el canal de Panamá. Escisión entre bolcheviques y mencheviques en el Congreso de los socialistas rusos en Londres.

Ford: construcción de fábrica de automóviles. Hnos. Wright: vuelo en aeroplano. Gorki: *Los bajos fondos*. R. Rolland: *El teatro del pueblo*. Conrad: *Typhon*. S. Butler: *El camino de toda carne*. O. Wei-

Vida y obra de Salarrué

1904

1905

1906

bunal de La Haya por las reclamaciones. Primera presidencia de Batlle y Ordóñez en Uruguay.

Darío Herrera: *Horas lejanas*. Bunge: *Nuestra América*. Julio Ruelas en la *Revista Moderna* (México). Portinari: *Cargadores de café*.

AL: Bolivia: tratado de paz con Perú y tratado con Chile cediendo las provincias marítimas a cambio del ferrocarril Arica-La Paz. Resolución Tribunal de La Haya sobre reclamaciones europeas contra Venezuela. Asamblea de Puerto Rico vota por la "estadidad". Rafael Reyes pres. de Colombia y M. Quintana de Argentina.

F. García Calderón: *De Litteris*. B. Lillo: *Sub Terra*. A. Santa María expone en Bogotá: debate sobre el impresionismo (Sanín Cano, Grillo).

AL: La Aduana dominicana en manos de EE.UU. R. Reyes dictador de Colombia, extiende su período hasta 1914. Estrada Cabrera pres. Guatemala. E. Palma reelecto en Cuba. Acuerdo de pagos venezolanos con Gran Bretaña y Alemania. Reclamaciones francesa y norteamericana contra Venezuela. Castro reelecto. Motines de protesta en Chile por carestía. Construcción del Canal de Panamá.

F. Sánchez: *Barranca abajo* y *En familia*. Lugones: *La guerra gaucha*. Darío: *Cantos de vida y esperanza*. Henríquez Ureña: *Ensayos críticos*. Echeverría: *Concherías*. J. Clausell: *Paisajes mexicanos*.

ES: Fuerzas de El Salvador invaden Guatemala. Se descubre un complot contra el gobierno. Estado de sitio. Tratado de paz con Guatemala.

AL: Eloy Alfaro depone a L. García. Constitución liberal ecuatoriana. Terremo-

ninger: *Sexo y Carácter*. Hofmannsthal: *Electra*. Se constituye la Academia Goncourt.

Los japoneses hunden la flota rusa en Port Arthur y destruyen la flota rusa en Vladivostok. Sun Yat-sen funda el Kuo Min-Tang. Ruptura entre Francia y el Papado. Congreso Socialista en Amsterdam. Sublevación de los boers en Transvaal.

Teoría de las hormonas. London: *El lobo de mar*. Pirandello: *El difunto Matías Pascal*. Reymont: *Los campesinos*. Puccini: *Madame Butterfly*. Palamas: *La vida eterna*. R. Rolland: *Juan Cristóbal* (-12). Picasso se instala en el Bateau-Lavoir.

Los japoneses ocupan Port Arthur. Batallas de Mukden y Tsushima. Segunda presidencia de Th. Roosevelt. Constitución de la Central obrera socialista. "Domingo rojo" en San Petersburgo. Ley de 9 horas en Francia.

Lorentz, Einstein, Minkowski: la relatividad restringida. Freud: *Teoría de la sexualidad*. Unamuno: *Vida de Don Quijote y Sancho*. Rilke: *Libro de horas*. Dilthey: *Experiencia y poesía*. Falla: *La vida breve*. Los *fauves* en Francia; *Die Brücke* en Alemania. Matisse: *La alegría de vivir*. Max Linder en la Pathé.

Encíclica *Vehementer nos* y condena por Pío X de Murri y Tyrell. Rehabilitación de Dreyfus. Huelgas en Moscú, reunión y disolución de la Duma.

Nerust: tercer principio de la termodinámica. Vuelos en aeroplano de S. Dumont. Eijkman: sobre las vitaminas. Montesso-

1907

1908

to en Valparaíso y Pedro Montt pres. Figueroa Alcorta pres. Argentina. Tercera pres. Zelaya en Nicaragua. Th. Roosevelt visita P. Rico. Insurrección liberal en Cuba: desembarco de "marines" y control americano sobre la isla con Ch. Ma-goon gobernador.

Chocano: *Alma América*. Payró: *El casamiento de Laucha*. F. Ortiz: *Los negros brujos*.

ES: Fernando Figueroa, presidente. Tratado de paz con Nicaragua. Decreto de amnistía política y suspensión de ley marcial. El presidente asegura la vigencia de la Constitución.

AL: Tribunal de La Haya fija deudas venezolanas en 691.160 libras. Perú firma tratado de amistad con Chile. Jornada de 8 horas para menores y mujeres en Argentina. Nicaragua ocupa capital de Honduras, Bonilla renuncia. Nueva pres. de Alfaro en Ecuador. Conferencia Centro Americana en Washington: Tratado de paz y amistad, Corte de Justicia, Inst. Pedagógico, Oficina Internacional.

D. Agustini: *El libro blanco*. Blanco Fombona: *El hombre de hierro*. Ramos Mejía: *Rosas y su tiempo*. R. Darfo: *El canto errante*. E. Larreta: *La gloria de don Ramiro*. Buenos Aires: revista *Nosotros*. Panamá: revista *Nuevos ritos*.

ES: Tratado de naturalización con EE.UU.

AL: Entrevista Creelman a P. Díaz en *Pearson's Magazine*. F. Madero candidato del anti-reeleccionismo. En Cuba J. M. Gómez pres., A. Zayas vice. A. Leguía pres. Perú. Castro anula concesiones americanas, conflicto con Holanda y bloqueo holandés. Gómez se proclama pres. de Venezuela; lo será hasta 1935. Primera Cor-

ri: la "Casa de los Niños". Inauguración del túnel del Simplon. Descubrimiento de la reacción de Wasserman. Keyserling: *Sistema del mundo*. Sinclair: *La Jungla*. Galsworthy: *La saga de los Forsyte* (-28). Bierce: *Diccionario del diablo*.

Encíclica *Pascendi* contra el modernismo. Segunda Conferencia de La Haya. Acuerdo anglo-ruso sobre Asia: la triple Entente. Gustavo V rey de Suecia. Fundación de la Compañía Shell, Annie Besant (1847-1933) pasa a dirigir la Sociedad Teosófica en la India.

Willstatter: estudios sobre la clorofila. Lumière: la fotografía en colores. Bergson: *La evolución creadora*. S. George: *El séptimo anillo*. Gorki: *La Madre*. W. James: *Pragmatismo*. Rousseau: *La encantadora de serpientes*. Albéniz: *Iberia*. Teatro Matyinski: presentación de Nijinski, Karsavina, Pavlova y Dreobrajenskaya en *Don Giovanni*.

Bélgica se anexa el Congo. Creta se une a Grecia. Austria se anexa la Bosnia-Herzegovina. Asesinato de Carlos en Portugal y coronación de Manuel. La jornada de 8 horas es instituida en las minas británicas. Revolución de los "jóvenes turcos".

Blériot atraviesa la Mancha en avión. Sorel: *Reflexiones sobre la violencia*. Wasserman: *Gaspar Hauser*. Chesterton:

Vida y obra de Salarrué

1909

1910

1911

Publica su primer relato infantil en la página literaria de *Diario del Salvador*, que dirigía Román Mayorga Rivas, nicaragüense.
Estudia la primaria en el Liceo Salvadoreño. Sus padres se separan.

te Centroamericana de Justicia en Costa Rica.

Jorge Chávez cruza en avión los Alpes. C. Vaz Ferreira: *Moral para intelectuales*. Laferrère: *Las de Barranco*. González Prada: *Horas de lucha*. Orrego Luco: *Casa grande*. F. Braga: Sociedad de Concursos Sinfónicos del Brasil.

AL: Entrevista Taft-Díaz en México. Tratado de paz con los yaquis. Conflictos laborales encabezados por anarquistas en Argentina, y asesinato del Cnel. Falcón. Revolución contra Zelaya en Nicaragua con intervención de "marines" norteamericanos. Retiro de tropas americanas de Cuba. Colombia reconoce la soberanía de Panamá en tratado Root-Cortez con EE.UU.

Blest Gana: *El loco Estero*. A. Arguedas: *Pueblo enfermo*. Villa-Lobos: *Cánticos sertanejos*. Ateneo de la juventud en México: A. Caso, P. Henríquez Ureña, A. Reyes, J. Vasconcelos.

AL: Plan San Luis de Potosí de Madero. Díaz pres. por octava vez. Revuelta en Puebla, Guerrero y Chihuahua. Hermes da Fonseca vence a Ruy Barbosa en Brasil. Colombia confiere la educación superior a los jesuitas. R. Sáenz Peña pres. Argentina y Estrada Cabrera nuevamente en Guatemala. Ferrocarril trasandino Valparaíso-Mendoza. Conferencia Panamericana en Buenos Aires.

Herrera y Reissig: *Los peregrinos de piedra*. M. Ugarte: *El porvenir de América Latina*. C. Torres: *Idola fori*. Barret: *Lo que son los yerbales*. Gerchunoff: *Los gauchos judíos*. Dr. Atl: Centro Artístico.

ES: Presidencia de Manuel Enrique Araújo.

AL: P. Díaz sale de México. Madero

El hombre que fue jueves. France: *La isla de los pingüinos*. Pound: *A lame spento*. J. Romains: *La vida unánime*. Ravel: *Mi madre la oca*. Picasso: *Las muchachas de Avignon*. Galeria Kahnweiler: exposición cubista.

Taft presidente de EE. UU. Semana trágica en Barcelona y fusilamiento de Ferrer. Acuerdo franco-alemán sobre Marruecos, austro-italiano sobre los Balcanes, ultimátum austríaco a Servia. Mohamed V, sultán de Turquía.

Peary en el Polo Norte. Ford fabrica tractores. Lenin: *Materialismo y empiriocriticismo*. Maeterlinck: *El pájaro azul*. Bourdelle: *Herakles arquero*. Gide: *La puerta estrecha*. F. L. Wright: *Robie House* (Chicago). F. T. Marinetti: *Manifiesto futurista*. Ballets rusos de Diaghilev en París.

El Japón se anexa Corea. La Unión Sudafricana entra al Commonwealth. Jorge V asciende al trono a la muerte de Eduardo VII. Venizelos preside el Consejo en Creta. Caída de la monarquía en Portugal. Francia: huelga de ferroviarios y ley de pensiones a la vejez.

Pavlov: reflejos condicionados. Rostand: *Chantecler*. N. Angell: *La gran ilusión*. Rilke: *Cuadernos de Malte Laurids Brigg*. Mack Sennet: *la Splastick comedy*. B. Russel-Whitehead: *Principia Mathematica*. R. Tagore: *Gitanjali*. Claudel: *Cinco grandes odas*. Stravinski: *El pájaro de fuego*. Muere Tolstoi.

Taft disuelve la Standard Oil y la Tobacco Co. Sun Yat-sen proclama la República de Nankin. Golpe de Agadir. Guerra

Vida y obra de Salarrué

Su infancia transcurre en medio de privaciones. Su madre se gana la vida con la costura. Constantes cambios de casa. "A cada rato nos mudábamos de un lado para otro, lo cual tenía para mí mucho interés, desde luego...". (*I a OE*).

1912

Estudios de secundaria en el Instituto Nacional, único centro de segunda enseñanza del país. Estudia también comercio en una escuela mercantil.

Primeros estudios de pintura en San Salvador, en la academia de un ruso, Spiro Rosolimo, junto con su primo Toño Salazar, más tarde famoso caricaturista.

1913

pres. Zapata presenta Plan de Ayala. Colombia invade Perú y ocupa Dederera. Sam Zemurray inaugura su imperio bananero. Segunda presidencia de Batlle en Uruguay: amplía legislación social.

Rubén Darío: revista *Mundial* y artículos sobre los sueños.

Eguren: *Simbólicas*. González Martínez: *Los senderos ocultos*. Barret: *El dolor paraguayo*. Reyes: *Cuestiones estéticas*. E. Banchs: *La urna*. M. Azuela: *Andrés Pérez, maderista*. H. Bingham descubre la ciudad incaica de Macchu Picchu.

ES: Población: 1.161.426 habitantes.

AL: Insurrección negra en Cuba, desembarco de "marines", Gral. M. Menocal pres. Muere el barón de Río Branco en Brasil. Informe cónsul Roger Casement sobre explotación de indios en Putumayo. Reacción papal y arresto del director de la British Rubber Co. Inaugurado ferrocarril Santiago-Puerto Montt. Conflicto argentino-paraguayo. Knox, secretario de Estado de EE.UU., visita Centro América. Desembarco de "marines" en Honduras y Nicaragua.

París: revista *De América* (Hnos. García Calderón). F. García Calderón: *Les démocraties latines de l'Amérique*.

ES: Asesinato de M. E. Araújo. Lo sucede Carlos Meléndez, que inicia la era de la dictadura de los Meléndez.

AL: "Trágicos diez días" de Huerta. Asesinato de Madero y Suárez. Acciones de Carranza, Villa, Obregón. Wilson pide renuncia de Huerta. Inauguración ferrocarril Arica-La Paz. Colonización japonesa en Brasil. Concesiones ecuatorianas a Pearson & Son para explotación petrolera. Leyes de naturalización en Vene-

italo-turca; Italia se anexa la Tripolitania. Amundsen en el Polo Sur. Seguros sociales en Inglaterra. A. Besant proclama a Jiddu Krishnamurti.

Rutheford: teoría atómica nuclear. Havelock Ellis: *El mundo de los sueños*.

H. Lawrence: *El pavo real blanco*. K. Mansfield: *Una pensión alemana*. Claudel: *El rebén*. Strauss: *El caballero de la rosa*. Maillol: *Flora*. Debussy: *El martirio de San Sebastián*. Kandinski y P. Klee fundan *El jinete azul*. M. Duchamp: *Desnudo bajando una escalera* N° 1.

Comienzos de la primera guerra balcánica. Triunfos serbios, búlgaros y griegos. Protectorado francés sobre Marruecos. Convención horaria internacional. Trabajo en cadena en las fábricas Ford.

Hopkins: las vitaminas. E. Schuré: *La evolución divina: de la Esfinge a Cristo*. Claudel: *La anunciación a María*. Shaw: *Pigmalión*. Ravel: *Dafnis y Cloe*. Barrès: *Greco o el secreto de Toledo*. A. Schoenberg: *Pierrot lunar*.

Turquía reinicia las hostilidades y nueva guerra balcánica. Poincaré presidente de Francia y Wilson, de EE. UU. Tratado de Bucarest y acuerdo anglo-alemán sobre colonias portuguesas.

Bohr: teoría de las circunstancias. Haber: síntesis rayos X. Freud: *Totem y Tabú*. Husserl: *Filosofía fenomenológica de la vida*. Proust: *En busca del tiempo perdido* (-27). Stravinski: *La consagración de la primavera*. Apollinaire: *Alcoholes* y *Los pintores cubistas*. Malevich: *Mani-*

1914

1915

zuela. Argentina recibe en el año 364.878 inmigrantes.

J. Ingenieros: *El hombre mediocre*. Carriego: *El alma del suburbio*. México: *La Adelita*, *La Cucaracha*. Buenos Aires: *El apache argentino* (Arostegui). Torres García: *La Catalunya Eterna*.

ES: Se crea el Colegio de Varones de El Salvador.

AL: Los "marines" en Veracruz. Conferencia mediadora en Niágara Falls. Renuncia Huerta, Carranza pres. Zapata y Villa contra Carranza. Conferencia Aguascalientes. Explotación comercial del petróleo en Venezuela (El Barroso). Desembarco "marines" en Port-au-Prince. Tratado Thompson-Urrutia donde Colombia reconoce independencia de Panamá. Censo argentino da para la capital 1.575.814. Desembarco de "marines" en Nicaragua y tratado Bryan-Chamorro para canal interoceánico por Nicaragua. Apertura del canal de Panamá.

M. Gálvez: *La maestra normal*. R. Arévalo Martínez: *El hombre que parecía un caballo*. M. Ponce: *Estrellita*. Muere Darío Herrera.

AL: Tratado ABC (Argentina-Brasil-Chile) de arbitraje obligatorio. Asesinato en Haití del pres. O. Zamor y G. Sam, desembarco de "marines" al mando del Alte. Caperton, elección del presidente Dartiguenave y protectorado sobre Haití. Códigos Penal y de Procedimiento en Venezuela bajo Gómez. Desembarco de "marines" en S. Domingo. Derrota de rebeldes y muerte de Maximito Cabral.

Victorica: *Impresiones sobre mi madre*. E. Barrios: *El niño que enloqueció de amor*. A. Ambroggi: *El libro del Trópico*.

fiesto del Suprematismo. M. Duchamp: *Rueda de bicicleta* (ready made). Chirico: *Plaza de Italia*. Exposición en la *Armory Show* de N. York.

Primera Guerra Mundial. Francia, Inglaterra, Rusia, Bélgica, Servia, Montenegro y Japón contra Austria, Hungría, Alemania y Turquía. Asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo. Austria declara la guerra a Servia; Alemania a Rusia y a Francia. Declaración de guerra de Inglaterra a Alemania. Asesinato de Jaurés. Muerte de Pío X. Benito XV Papa. Ley anti-trusts en EE. UU. Invasión de Bélgica. Batalla del Marne.

Watson: primeros estudios sobre el comportamiento. Joyce: *Dublineses*. Kafka: *En la colonia penitenciaria*. Ortega y Gasset: *Meditaciones del Quijote*. Alban Berg asiste a la representación de *Wozzeck*. Chaplin: *Carlitos periodista*.

Empleo de gases asfixiantes por los alemanes. El *Lusitania* torpedeado. Italia declara la guerra a Austria. Declaración de guerra aliada a Bulgaria. Alemania declara la guerra submarina y los aliados deciden el bloqueo marítimo. Triunfos alemanes en el frente ruso.

Einstein: Teoría de la relatividad generalizada. Kafka: *La metamorfosis*. Maicovski: *La nube en pantalones*. R. Rolland: *Por encima de la contienda*. Falla: *El amor brujo*. D. W. Griffith: *El nacimiento de una nación*.

1916

1917

Viaja a EE. UU. a realizar estudios de pintura. Se inscribe en la Academia Corvoran de Washington, becado por el régimen de los Meléndez. Abre su primera exposición en la galería Hisad, de la Avenida Connecticut.

Por lo exíguo de la beca, se ve obligado a regresar a El Salvador, ya marcado por la lectura de *El Libro del Trópico* de Arturo Ambrogí, que encuentra en la Librería Brentano de Nueva York, y que influiría mucho en la concepción de *Cuentos de Barro*.

ES: Se crea el Colegio de Señoritas en Chalchupa. Nueva ley impositiva.

AL: H. Yrigoyen pres. Argentina. Menocal reelecto en Cuba. Construcción de carreteras en Venezuela. Jornada de 8 horas en Ecuador.

H. Quiroga: *Cuentos de amor, de locura y de muerte*. López Velarde: *La sangre devota*. Azuela: *Los de abajo*. M. Brull: *La casa del silencio*. Urbaneja Achelpohl: *En este país*. B. Lynch: *Los caranchos de la Florida*. Lugones: *El payador*. V. Huidobro: *Adán*. F. Ortiz: *Los negros esclavos*. Muere R. Darío.

ES: La Corte Centroamericana de Justicia declara infringidos los derechos de El Salvador por el Tratado entre Nicaragua y EE.UU. El Salvador autoriza a EE.UU. a hacer uso de sus puertos. Un terremoto destruye la ciudad de San Salvador. Se forma la Liga Roja.

AL: Revolución de Gómez en Cuba y desembarco de "marines". Ley Jones transforma P. Rico en territorio de EE.UU. y a sus ciudadanos en norteamericanos. El tratado de Haití con EE.UU. es extendido hasta 1936. Chile establece descanso dominical al comercio y la industria. Brasil en guerra con Alemania. Terremoto arrasa ciudad de Guatemala. Comienza la dictadura de los Tinoco en Costa Rica.

Rojas: *La literatura argentina*. A. Reyes: *Visión de Anáhuac*. Ingenieros: *La simulación en la lucha por la vida*. E. Batríos: *Un perdido*. Anita Malfatti: *Exposición de arte moderno*. García Monge: *La Mala Sombra*. Triunfo del "son" en Cuba.

Batalla de Verdún y del Somme. Batalla de Jutlandia. Rumania entra en guerra. Ofensivas rusa e italiana. Segunda conferencia socialista internacional. Congreso socialista francés. Formación del Spartakusbund en Alemania.

Barbusse: *El juego*. (Premio Goncourt). Freud: *Introducción al psicoanálisis*. Joyce: *Retrato del artista adolescente*. Dewey: *Democracia y educación*. F. de Saussure: *Curso de lingüística general*.

Estados Unidos declara la guerra a Alemania. Declaración Balfour sobre el sionismo. Abdicación de Nicolás II, Lenin en Rusia. El Soviet toma el poder en Petrogrado. Negociaciones de Brest-Litovsk. Finlandia proclama su independencia.

P. Valéry: *La joven Parca*. Ramuz: *La gran primavera*. A. Machado: *Poemas completas*. Lenin: *El estado y la revolución*. Mary Pickford: *Pobre niña rica*. Original-Dixieland Jazz Band: *Dixie Jazz Band One Step*. Mondrian: *De Stijl*.

1918

1919

Comienza a colaborar como escritor e ilustrador en las revistas *Espiral* de Enrique Lardé y Miguel Chacón y *Germinal* de Raúl Andino. Aparecen su primeros cuentos regionales, ilustrados con sus propios dibujos. Establece su estudio de pintura en San Marcos donde lo visitan Claudia Lars, Serafín Quiteño, Alberto Guerra Trigueros, Julia y Tula Van Severen, escritores ya iniciados con él, en el esoterismo.

1920

ES: Ley de propiedad estatal sobre depósitos minerales.

AL: Suspensión de relaciones Perú-Chile. Argentina, gran exportador de carne en el mundo. Primera exportación petrolera venezolana. Protesta norteamericana e inglesa contra México por las concesiones de petróleo. Confederación Regional Obrera. Nueva Constitución en Uruguay. Rodrigues Alves, presidente de Brasil.

Monteiro Lobato: *Urupês*. Vallejo: *Los heraldos negros*. Huidobro: *Poemas árticos y Ecuatorial*. Hudson: *Allá lejos y hace tiempo*. Gallegos: *El último Solar*. R. Miró: *Segundos preludios*. S. de la Selva: *Tropical town and other poems*.

ES: Jorge Meléndez sucede en la presidencia a su hermano Carlos. Primer destierro de Farabundo Martí.

AL: Asesinato de Zapata en México. Leguía presidente de Perú hasta 1930, Gutiérrez derrocado en Bolivia, Snowden gobernador militar en S. Domingo. Huelga portuaria en Argentina, ley marcial y represión.

A. Arguedas: *Raza de bronce*. Lima Barreto: *Vida y muerte de M. J. Gonzaga de Sá*. López Portillo y Rojas: *Fuertes y débiles*. M. Gálvez: *Nacha Regules*.

ES: Ferrocarril entre San Vicente y Cojutepeque. El Congreso aprueba resolución en favor de la unidad política de

Fin de la Primera Guerra Mundial. Retirada de los alemanes en la posición Hindenburg. Conferencia de Versalles. Los "catorce puntos" de Wilson. Ruptura entre los aliados y los Soviets. Lenin establece el gobierno en Moscú. Asesinato de Nicolás II. Se vota la constitución soviética. Creación de la Tchecha. Derecho de voto a las mujeres en Inglaterra. Italia y Austria se reparten Yugoslavia. Guerra de liberación de la ocupación rusa y alemana por parte de los países bálticos.

Spengler: *La decadencia de Occidente*. Kautsky: *La dictadura del proletariado*. Luxemburgo: *Programa de la Liga Espartaco*. Gómez de la Serna: *Pombo*. Apollinaire: *Caligramas*. Ozenfat y Le Corbusier: *Después del cubismo*. Modigliani: *Retrato de mujer*.

Saldo de la Primera Guerra Mundial: 10 millones de muertos. Desintegración del imperio austro-húngaro por el tratado de Saint-Germain en Laye. Tratado de Paz de Versalles, que quita colonias a Alemania. Fundación de la III Internacional Comunista en Moscú. Italia: aparición de los "fascios". Se crea la "Sociedad de Naciones". Proclamación de la República de Baviera. Rosa Luxemburgo, Liebknecht y otros militantes, asesinados. Entrada de Gandhi en la lucha por la independencia de la India. Frustrada revolución en Egipto.

Rutherford: desintegración del átomo. Hunt Morgan: teoría cromosómica de la herencia. Ganiwet: *Epistolario*. Gide: *Sinfonía pastoral*. Jakobson: *La nueva poesía rusa*. Ungaretti: *La alegría*. Hesse: *Demian*. Pound: *Cantos* (-57). Gropius crea la *Bauhaus*. Primer periódico tabloide en EE. UU.

Disolución del Imperio Turco. Comienza a sesionar la "Sociedad de Naciones". En Alemania se funda el Partido Obrero Na-

1921

1922

Se casa con Zeli Lardé, pintora primitivista, hermana de tres conocidos intelectuales: Alice Lardé de Venturino, Jorge Lardé y Enrique Lardé.

Vive sus primeros años de casado en un galerón de la Cruz Roja, para la que trabaja como Oficial Mayor. Son días muy duros, de extrema pobreza.

"Empecé a tener espontáneamente ciertas experiencias astrales, des-

las cinco repúblicas centroamericanas.

AL: Asesinato de Carranza en México. Alessandri presidente de Chile; Obregón de México, Tamayo de Ecuador. Servicio militar obligatorio en Venezuela.

J. Edwards Bello: *El roto*. Tablada: *Li Po y otros poemas*. M. L. Guzmán: *A orillas del Hudson*. C. Lyra: *Cuentos de mi tía Panchita*. A. Ambrogio: *Crónicas marchitas*. J. García Monge funda en Costa Rica el *Repertorio Americano* (-58).

AL: Grave crisis salitrera en Chile. Vasconcelos Ministro de Educación en México. IV Conferencia Panamericana de La Habana. Creación de los partidos comunistas argentino y boliviano. Renuncia del presidente Suárez en Colombia. En Brasil, ley de represión al anarquismo.

López Velarde: *Suave patria*. J. E. Rivera: *Tierra de promisión*. En México, Orozco, Rivera y Siqueiros fundan el Sindicato de Pintores.

ES: Revuelta de cadetes de la Academia Militar contra el presidente Meléndez. En diciembre, masacre de mujeres por la Guardia Nacional a raíz de una manifestación. Primer tren internacional (San Salvador-Zacatecoluca).

AL: Borno, presidente de Haití. Fin de

cionasocialista (nazi). Ley Seca en EE.UU. Huelgas en Francia e Italia. II Congreso de la III Internacional en Leningrado y Moscú: se adoptan los 21 puntos de Lenin. "Domingo de sangre" en Dublín.

Wittgenstein: *Tractatus logico philosophicus*. Sh. Anderson: *Pobre blanco*. S. Lewis: *Calle principal*. O'Neill: *Emperador Jones*. Maiakovski: *150.000.000*. Valle Inclán: *Divinas palabras*. Fitzgerald: *De este lado del paraíso*. Cavafis: *Poemas* (publicados en 1935). Primer film expresionista: *El gabinete del doctor Caligari*, de R. Wiene.

Fundación de los partidos comunistas italiano y chino. Se funda el Partido Nacional Fascista en Italia. Irlanda se convierte en parte del Imperio Británico. Huelga minera en G. Bretaña. Hitler preside el Partido Nacionalista en Alemania. Lenin pone en práctica la nueva política económica. En EE. UU. repercusión del caso Sacco-Vanzetti.

Einstein Premio Nobel de Física. Rorschach: psico-diagnóstico. E. Sapir: *Lenguaje*. Scheler: *De lo eterno en el hombre*. Giraudoux: *Susana y el Pacífico*. Pirandello: *Seis personajes en busca de autor*. Ivanov: *El tren blindado*. Jung: *Tipos psicológicos*. Lang: *El doctor Mabuse*. Chaplin: *El chico*. Von Stroheim: *Mujeres insensatas*. Revista *Ultra* en España. M. Maeterlinck: *El gran secreto*.

Mussolini marcha sobre Roma: la dictadura fascista en Italia. Constitución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Se escinde el Partido Socialista Italiano. IV Congreso de la III Internacional; Stalin, Secretario General del Partido Comunista soviético. Fin del domi-

Vida y obra de Salarrué

conociendo por completo la razón de ellas y asustándome un poco. Incluso consulté médicos para saber qué pasaba. Los médicos no sabían decir nada sobre el asunto. Creían que se trataba de una debilidad nerviosa..." (I a OE).

1923

1924

la ocupación norteamericana en S. Domingo; presidencia de J. Vicini. Primera Corte Internacional de La Haya. Iniciación del movimiento tenientista en Brasil y fundación del Partido Comunista.

Mistral: *Desolación*. Vallejo: *Trilce*. Pocaterra: *Cuentos grotescos*. S. de la Selva: *El soldado desconocido*. Movimiento estridentista en México. Semana de Arte Moderno en San Pablo.

ES: Llega a la presidencia Alfonso Quiñones Molina, de la familia de los Meléndez. Decreto que regula la administración telefónica y telegráfica.

J. Valdés: *Poesía pura*.

AL: Auge de la acción del Estado contra la Iglesia, en México. Asesinato de Pancho Villa. Intensa industrialización en Colombia. Protesta de los Trece en Cuba.

Borges: *Fervor de Buenos Aires*. O. de Andrade: *Memorias sentimentales de João Miramar*. H. Frías: *¿Aguila o Sol?*

ES: Revuelta del gral. Carías en El Paraíso. El Salvador, miembro de la Liga de Naciones.

AL: Calles, presidente de México, Machado de Cuba, Córdoba de Ecuador, Ayala de Paraguay. Intervención de las fuerzas armadas en Chile, disolución del Congreso y renuncia de Alessandri. Segundo movimiento tenientista en Brasil.

Neruda: *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Arráiz: *Aspero*. J. E. Rivera: *La vorágine*. M. Bandeira: *Poesías*. B. Lynch: *El inglés de los guesos*.

nio naval británico, con el tratado de desarme de Washington. Pío XI, Papa. Egipto, reino independiente.

Descubrimiento de la insulina. Lévy-Bruhl: *La mentalidad primitiva*. Joyce: *Ulises*. Valery: *El cementerio marino*. T. S. Eliot: *Tierra baldía*. Martín du Gard: *Los Thibault*. Colette: *La casa de Claudine*. e.e cummings: *La sala enorme*. Milhaud: *La creación del mundo*. Muere Proust.

Golpe frustrado de Hitler en Alemania. Primo de Rivera impone dictadura en España. República de Turquía: régimen de Kemal Ataturk. Victoria laborista en Inglaterra. Francia y Bélgica ocupan la cuenca de Rhur. El Fascista, único partido en Italia.

Primer empleo del BCG contra la tuberculosis. Svevo: *La conciencia de Zeno*. Rilke: *Elegías de Duino*. Lukács: *Historia y conciencia de clase*. Cassirer: *Filosofía de las formas simbólicas*. Essenin: *El Moscú de las tabernas*. Ortega y Gasset funda la *Revista de Occidente*. H. P. Lovecraft inicia sus cuentos en *Weird Tales*.

Muerte de Lenin. Stalin y Trotski se disputan el poder en la URSS. Se proclama la República de Grecia. Asesinato del diputado socialista Matteotti en Roma. Inglaterra y Francia reconocen a la URSS. Caso Loeb-Leopold en EE. UU.

Descubrimiento del Australopithecus en Taung. Breton: *Manifiesto surrealista y La revolución Surrealista* (—29, con Vitrac, Péret, Eluard, Aragon, Leiris). Stalin: *Los principios del leninismo*. Mann: *La montaña mágica*. Eluard: *Morir de no morir*. Hitler: *Mi lucha* (—25) Saint-John Perse: *Anabase*. Gershwin: *Rapsodia en azul*. Eisenstein: *La huelga*. Muere Kafka.

1925

1926

Publicación de su primera obra *El Cristo Negro* en la Biblioteca Cuscatlania.

Carlos Bauer Avilés funda el periódico *Queremos*; jefe de redacción Miguel Angel Chacón. Salarrué publica allí una serie de prosas con motivos urbanos, detalles de la ciudad, estampas provincianas.

Para entonces ha trabajado en algunas esculturas, sigue pintando, compone canciones, escribe alguna poesía, hace algunos estudios de teatro. En la representación de *¿Quo Vadis?* hace el papel de Petronio, bajo la dirección de Gerardo de Nievas.

AL: "Marines" en Honduras durante la guerra civil. Siles presidente de Bolivia. Alessandri reasume el poder en Chile y renuncia una vez más. Huelga en Colombia. Agitación y manifestaciones en Cuba.

Ramos Sucre: *La torre de Timón*. Vasconcelos: *La raza cósmica*. Sanín Cano: *La civilización manual*. J. de Lima: *El mundo del niño imposible*. Revista *Los Nuevos* en Bogotá.

ES: Leyes laborales e inmigratorias

AL: A. Díaz presidente de Nicaragua. Se inicia oposición armada de Sandino. A. Aroya en Ecuador, tras derrocamiento de Córdova. Gran influencia del coronel Ibáñez en Chile. Guerra cristera en México. Formación de la Confederación Obrera Argentina.

M. Rojas: *Hombres del sur*. Güiraldes: *Don Segundo Sombra*. Arlt: *El juguete rabioso*. Quiroga: *Los desterrados*. R. Boti: *La torre del silencio*. T. Carrasquilla: *Ligia Cruz y Rogelio*. J. C. Mariátegui: revista *Amauta* (-30).

Pacto de Locarno (Alemania y los Aliados). Albania se transforma en República. Virulencia racista en EE.UU.: el Ku-Klux-Klan. Muerte de Sun Yat-sen en China. Fundación de la Liga revolucionaria de la juventud vietnamita. Hindenburg presidente de Alemania. Trotski destituido de sus funciones.

Dos Passos: *Manhattan Transfer*. Ortega y Gasset: *La deshumanización del arte*. Dreiser: *Una tragedia americana*. Kafka: *El proceso*. Babel: *Caballería roja*. Fitzgerald: *El gran Gatsby*. Montale: *Huesos de sepia*. G. Diego: *Versos humanos*. Exposición de pintores surrealistas en París. Eisenstein: *El acorazado Potiomkin*. Chaplin: *La quimera de oro*. Vidor: *El gran desfile*. Nacimiento del "charleston". Fundación del *New Yorker*.

Huelga general en Gran Bretaña. Comienza la dictadura de Salazar en Portugal. Alemania ingresa a la "Sociedad de Naciones". Hirohito emperador de Japón. Dictadura de Pilsudski en Polonia. Rebelión del PKI abortada en Indonesia.

La Convención Internacional de París adopta señales internacionales para la circulación. Creación del Círculo Lingüístico de Praga. Valle Inclán: *Tirano Banderas*. R. Alberti: *Cal y canto*. M. Pidal: *Orígenes del español*. Mao-Tse-tung: *Sobre las clases sociales en la sociedad china*. T. E. Lawrence: *Los siete pilares de la sabiduría*. Hemingway: *El sol también sale*. F. Lang: *Metrópolis*. Renoir: *Nana*. Murnau: *Fausto*: "Edad de oro" de los comics. (-30). Apogeo del star-system: Valentino, Garbo.

1927

Escribe algunas piezas de teatro infantil, para ser representadas en escuelas: entre ellas *La resurrección del Mínimo*, sobre el grano de maíz y otras pequeñas obras, inspiradas por García Lorca. Don Gerardo de Nieva sube a escena otra obra suya, *La Cadena*. La representación, por la pobreza del medio teatral, lo decepcionó al grado de tirar al olvido el manuscrito.

Publicación de *El Señor de la Burbuja*. El personaje está inspirado en su propio abuelo, don Alejandro de Arrué y Jiménez Vasco, que llegó a Centroamérica desde Cuba, radicándose en Guatemala, de donde se trasladó a San Salvador, ya casado con doña Lucía Gómez, salvadoreña de Sensontepeque.

1928

Colabora en el diario *Patria*, que comienza a publicarse bajo la dirección de Alberto Masferrer. Allí se publican algunos de sus *Cuentos de Barro*, por primera vez, lo mismo que sus *Cuentos de Cipotes*. También escribe artículos filosóficos y alguna poesía.

ES: Fundación de escuelas marxistas en el seno del movimiento obrero y campesino. Pío Romero Bosque, presidente de la república. Se funda la Asociación General de Estudiantes Universitarios Salvadoreños (AGEUS).

AL: Ibáñez presidente de Chile. Intervención norteamericana en Nicaragua; Sandino en lucha contra la Guardia Nacional y el invasor. Segunda huelga petrolera en Colombia. Se funda en Guatemala la Liga Anti-imperialista y el movimiento *Vanguardia* en Nicaragua (Coronel Urtecho).

J. Garmendia: *La tienda de muñecos*. F. Chávez: *Plata y bronce*. Alcántara Machado: *Brás, Bexiga e Barra Funda*. Revista *Avance* en Cuba. Arévalo Martínez: *Noches en el Palacio de la Nunciatura*.

ES: El coronel Ch. A. Lindbergh, volando desde Belize llega hasta El Salvador. El presidente electo de EE. UU. H. Hoover envía en su discurso "buen augurio" para la Unión. Farabundo Martí se incorpora al ejército de Sandino en Las Segovias.

AL: Obregón reelecto y asesinado en México. Machado reelegido en Cuba. Yrigoyen presidente de Argentina. Plebiscito de Tacna y Arica por viejas cuestiones de la guerra del Pacífico. Huelga bananera contra la United Fruit en Colombia: represión y masacre. En Tegucigalpa, Froylán Turcios edita la revista *Ariel*, vocero de la causa sandinista.

Mariátegui: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. P. Henríquez Ureña: *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. M. L. Guzmán: *El águila y la serpiente*. M. Fernández: *No toda es vigilia la de los ojos abiertos*. M. Brull: *Poemas en menguante*. Price-Mars: *Así habló el tío*. M. de Andrade: *Macunaima*. O. de Andrade: *Manifiesto antropológico*. C. Loveira: *Juan Criollo*. Revista *Válvula* en Venezuela y *Contemporáneos* en México. C. McKay: *Home to Harlem*.

Chang-Kai-shek rompe con el Partido Comunista chino e instala su gobierno en Nankin. En Italia, fortalecimiento del fascismo y disolución de sindicatos. Ejecución de Sacco y Vanzetti en EE. UU. Se inaugura en Bruselas el Congreso de pueblos oprimidos.

Lindbergh: primer vuelo transatlántico sin escalas. Santayana: *Los reinos del ser* (—40). Mauriac: *Thérèse Desqueyroux*. Heidegger: *El ser y el tiempo*. Hesse: *El lobo estepario*. Crosland: *El cantante de jazz* (primer film musical sonoro) Eisentein: *Octubre*. Gropius: el teatro total. García Lorca: *Canciones*.

Primer Plan Quinquenal de la URSS. Trotski enviado a Siberia. Pacto Briand-Kellog de no agresión. En Italia, nueva ley electoral con lista única. Hoover electo presidente de EE.UU. Krishnamurti reniega de su proclamada condición de Buda reencarnado.

Fleming descubre la penicilina. M. Mead: *Adolescencia en Samoa*. D. H. Lawrence: *El amante de Lady Chatterley*. A. Huxley: *Contrapunto*. Woolf: *Orlando*. Sholojov: *El Don apacible*. Breton: *Nadja*. Propp: *Morfología del cuento*. J. Guillén: *Cántico*. Malraux: *Los conquistadores*. Autobiografía de S. Schurè: *El sueño de una vida*. Brecht: *La ópera de tres centavos*. Ravel: *Bolero*. Braque: *La mesa redonda*. Buñuel: *Un perro andaluz*. Primer Congreso Internacional de lingüistas en La Haya. Walt Disney y el primer dibujo animado: *Micky Mouse*.

Vida y obra de Salarrué

1929

Publicación de *O'Yarkandal*. "Historias, cuentos y leyendas de un remoto imperio", con un prólogo sumamente convencional de Alberto Masferrer, en forma de carta. La edición se hace en la Tipografía Patria, donde se editaba el diario.

1930

ES: Sandino y F. Martí viajan a México, donde se separan. Crisis económica nacional por bajos precios del café.

AL: Período de "Maximato" en México, bajo la influencia de Calles. Muere Batlle y Ordóñez en Uruguay. Primera Conferencia de los partidos comunistas latinoamericanos. Mella asesinado en México. Moncada presidente de Nicaragua. Fuerte impacto sobre los países de AL de la crisis económica norteamericana.

Gallegos: *Doña Bárbara*. E. Amorim: *La carreta*. Guzmán: *La sombra del caudillo*. T. de la Parra: *Memorias de Mamá Blanca*. Wyld Ospina: *El autócrata*. Mariátegui: *Defensa del marxismo*. M. A. Asturias: *Rayito de estrella*.

ES: Levantamientos obreros en Santa Tecla y Sonsonate.

AL: Yrigoyen depuesto por Uriburu en Argentina; disolución del Congreso y Ley Marcial. Agudización de la crisis económica mexicana bajo presidencia de Ortiz Rubio. Leguía destituido por golpe militar en Perú. Creación del APRA. Trujillo gana elecciones en S. Domingo. Siles derrocado en Bolivia. Revolución de octubre en Brasil y ascenso al poder de Getulio Vargas, hasta 1945.

Asturias: *Leyendas de Guatemala*. Drummond de Andrade: *Alguna poesía*. F. Turiós: *Cuentos del amor y de la muerte*. En Santiago de Chile, primera Facultad de Bellas Artes de América.

Crack bursátil en N. York, con vastas repercusiones mundiales. Victoria electoral del laborismo en G. Bretaña. Creación del estado del Vaticano, por el Concordato de Letrán. Comunistas y nacionalsocialistas se fortalecen en Alemania; otro golpe frustrado de Hitler. Trotski desterrado a Constantinopla. Propagación del gangsterismo en EE. UU. favorecido por la prohibición.

Butenandt: hormona folicular pura. Byrd sobrevuela el Polo. Ortega y Gasset: *La rebelión de las masas*. Reich: *Materialismo dialéctico y psicoanálisis*. Faulkner: *El sonido y la furia*. Hemingway: *Adiós a las armas*. Moravia: *Los indiferentes*. Cocteau: *Los niños terribles*. Remarque: *Sin novedad en el frente*. Von Sternberg: *El ángel azul*. Museo de Arte Moderno inaugurado en N. York.

Tras el putsch de Munich, intentos de Hitler por vía legal: cien diputados nacionalsocialistas electos. Cae Primo de Rivera en España. Fundación en Portugal del partido único "Unión Nacional". Gandhi inicia en la India el segundo gran movimiento de desobediencia civil.

Haldane y Fischer: teoría de la evolución. Descubrimiento del planeta Plutón. Musil: *El hombre sin atributos* (—43). Dos Passos: *Paralelo 42*. Auden: *Poemas*. Quasimodo: *Agua y tierra*. Hammett: *El halcón maltés*. Buñuel: *La edad de oro*. El "burlesque" en cine: H. Lloyd, B. Keaton, Laurel y Hardy, Hnos. Marx. Klee: *En el espacio*. Premio Carnegie para Picasso. Rouault ilustra *La Pasión y El Circo* de Suárez. Fotografías de Cartier-Bresson. Suicidio de Maiakovski.

1931

1932

Es nombrado Jefe de Redacción del diario *Patria*, siendo ya director Alberto Guerra Trigueros.

Tiene un choque con Arturo Ambrogi, que actuaba como censor oficial de la dictadura de Maximiliano Hernández Martínez, por asuntos de censura impuesta a *Patria*.

Aparece *Remotando el Uluán*.

En *Repertorio Americano* (Núm. 7, febrero de 1932), escribe en *Mi Respuesta a los Patriotas*: "Yo que paso en la tierra del ensueño, según vosotros, yo estoy más en el corazón de la tierra, arraigado de verdad, con raíces abajo y queriendo florear para arriba..."

Sobre la muerte de Masferrer: "Allí estaba el enfermo maravilloso, el sembrador de amor y de belleza. Allí estaba en medio de la populosa ciudad, rodeado de sus árboles, de sus pájaros, de sus niños. Allí estaba como el enfermo de aquella prosa suya: mirando e interrogando la nube viajera de acariciadora sombra" (*Sueño Profético*, set. de 1932, RA).

1933'

Se publica selección de sus cuentos regionales en la revista *Cactus*, en la que Salarrué también colabora como ilustrador.

Aparición de la primera edición de *Cuentos de Barro* con ilustraciones de José Mejía Vides, dedicada a Alice Lardé de Venturino, "en fraternal afán por devolverle el terruño perdido".

ES: Bajo la presidencia de Romero Bosque, primeras elecciones "genuinas". Resulta electo. A Araújo, pero tras un golpe de Estado militar, en diciembre, asume el poder el gral. Maximiliano Hernández Martínez.

AL: En Guatemala y por 13 años, el Gral. Ubico en el poder. Estallido popular en Chile, renuncia de Ibáñez. Sánchez Cerro derrota a Haya de la Torre en elecciones presidenciales de Perú. Terra presidente de Uruguay. Amplias reformas educativas en Brasil.

Huidobro: *Altazor*. Vallejo: *Tungsteno*. Carpentier: *Ecué Yamba-O*. Usler Pietri: *Las lanzas coloradas*. Revista *Sur* en Buenos Aires.

ES: Levantamiento comunista en Izalco. Más de 30.000 campesinos masacrados por el gobierno del Gral. Maximiliano Hernández Martínez. Muere Masferrer.

AL: Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay. Alessandri, por segunda vez en Chile. "Año de la barbarie" en Perú; represión a la rebelión montañesa. Impulso a la reforma agraria en México, bajo el gobierno del Gral. Rodríguez.

J. de la Cuadra: *Horno*. Rojas: *Lanchas en la bahía*. Lins do Rego: *Niño de ingenio*. F. Herrera: *El tigre*. López y Fuentes: *Tierra*.

ES: Consolidación, por el terror, de la dictadura de Hernández Martínez, teósofo vegetariano: "es un crimen más grande matar a una hormiga que a un hombre, porque el hombre al morir reencarna, mientras que la hormiga muere defi-

Republicanos ganan elecciones municipales en España. Alfonso XIII renuncia, proclamación de la República. Japón ocupa Manchuria. Conferencia de la India en Londres con presencia de Gandhi. Ossiezky encarcelado por denunciar el rearme de Alemania. Inglaterra abandona el respaldo oro de la libra. Crisis generalizada en EE.UU. Vasta agitación iniciada por el Partido comunista indochino.

Trotsky: *La revolución permanente* H. Miller: *Trópico de Cáncer*. V. Woolf: *Las olas*. Esculturas de Giacometti. Ola terrorífica en cine: *Frankenstein* de Whale, *M el Vampiro* de Lang, *Drácula* de Browning.

Hindenburg derrota a Hitler en elecciones presidenciales de Alemania, y F. D. Roosevelt a Hoover en EE.UU. Se frustra proyecto de Mussolini de crear bloque de cuatro potencias (Italia, Francia, Alemania e Inglaterra). Manchuria, estado independiente. Aumenta agresividad de Japón. Constitución del reino de Arabia Saudita. Siam, monarquía constitucional.

A. Huxley: *Un mundo feliz*. Céline: *Viaje al fin de la noche*. Caldwell: *El camino del tabaco*. Sholoyov: *Campos roturados*. Romain: *Los hombres de buena voluntad* (-47). Artaud: *Manifiesto del teatro de la crueldad*. Aleixandre: *La destrucción o el amor*. Calder expone en París.

Moratoria y devaluación del dólar. Roosevelt impone la política del "New Deal". Economía alemana en quiebra: 5 millones de obreros sin trabajo. Incendio del Reichstag. Hitler nombrado Canciller. Iniciación de la campaña antisemita.

1934

Publicación de *Conjeturas en la Penumbra*.

Amistad con otros escritores y artistas centroamericanos: Yolanda Oreamuno, Salomón de la Selva, Francisco Amighetti, Max Jiménez, que le visitan en San Salvador. Viajes por Centroamérica.

Se publican en Costa Rica "Cuatro cuentos de Salarrué" en *Repertorio Americano*, sacados de *Cuentos de Barro* (julio de 1934).

1935

nitivamente"

AL: Huelga general y caída de Machado en Cuba. Lo sucede Grau San Martín. Revuelta de los suboficiales de F. Batista. Terra da golpe de Estado en Uruguay. Asesinato de Sánchez Cerro en Perú; elección de O. Benavides. "Plan Sexenal" en México. Avance de las tropas paraguayas en Bolivia. Se inicia la dictadura de Tiburcio Carías en Honduras. Los "marines" se van de Nicaragua; fugaz triunfo de Sandino.

Martínez Estrada: *Radiografía de la pampa*. Neruda: *Residencia en la tierra*. F. Espínola: *Sombras sobre la tierra*. G. Freyre: *Casa-grande y Senzala*.

ES: El Gral. Hernández Martínez es reelecto sin la participación de ningún candidato opositor.

AL: L. Cárdenas presidente de México (-40): política nacionalista con apoyo obrero y campesino. Sandino fusilado por la Guardia Nacional en Nicaragua. Evacuación de tropas yanquis del territorio haitiano. Supresión enmienda Platt en Cuba. Represión en Perú contra el APRA que pasa a la clandestinidad. Nueva Constitución en Brasil.

Gallegos: *Cantaclaro*. Icaza: *Huasipungo*. Guillén: *West Indies Ltd*. G. Ramos: *San Bernardo*. P. A. Cuadra: *Poemas nicaragüenses*.

AL: Fin de la guerra del Chaco con la derrota de Bolivia. Creciente oposición a Cárdenas, en México, por Calles. Muere

Creación de los campos de concentración. Pacto de las cuatro potencias (Italia, Francia, Inglaterra, Alemania). Se crea la "Falange" en España.

Joliot-Curie: radiactividad artificial. Malraux: *La condición humana*. García Lorca: *Bodas de sangre*. Stein: *Autobiografía de Alice B. Toklas*. Salinas: *La voz a ti debida*. Cooper-Schoedsacks: *King Kong*. El nazismo clausura la *Bauhaus*. Se levanta la censura contra J. Joyce en EE. UU.

Muerte de Hindenburg y ascenso de Hitler en Alemania: el "fuhrer". Mussolini funda el Estado Corporativo. Los comunistas chinos, enfrentados a Chang-Kai-shek, inician la retirada: "la larga marcha". El canciller Dollfuss asesinado en Viena. Disturbios políticos en París por el caso Staviski. La URSS ingresa a la Sociedad de Naciones. EE.UU. asegura independencia a Filipinas. "Política del buen vecino" de Roosevelt respecto a A. Latina; se crea el Banco de Importación y Exportación.

Fisión del uranio. Reich: *Psicología de masas del fascismo*. Guérin: *Fascismo y gran capital*. Giono: *El canto del mundo*. Cernuda: *Donde habite el olvido*. F. de Onís: *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)*. Pessoa: *Mensaje*. Dalí ilustra los *Cantos de Maldoror*. Congreso de escritores soviéticos en Moscú: el "realismo socialista".

Plebiscito del Sarre y devolución a Alemania. Hitler implanta el servicio militar obligatorio. Leyes racistas de Nuremberg.

1936

Reedición de *El Cristo Negro* en El Salvador.

"El Salvador da sus sorpresas", escribe Gabriela Mistral: "a mí me ha dado la de un fermento intelectual admirable, la de la levadura que pone un grupo selecto... No todos están en formación, algunos se hallan formados; son dueños ya de su lengua y aun maestros en algún género. Así este Salarrué, prosista de originalidad y persona fascinante en la vida interior que confiesa sin confesar y que labra la obra del buen modo: de adentro hacia afuera. Antes de ser un escritor ha querido ser un hombre depurado y rematado, artesano lento y seguro de sus apetencias..."

Gómez en Venezuela y con él 27 años de dictadura. Represión a comunistas en Brasil.

J. M. Arguedas: *Agua*. E. A. Westphalen: *Insulas extrañas*. G. López y Fuentes: *El indio*. Gallegos: *Canaima*. Borges: *Historia universal de la infamia*. Chávez: *Sinfonía india*. J. Marín Cañas: *El infierno verde*.

ES: Hernández Martínez fusila al oficial del ejército, Bolaños Ramírez, acusado de haber recibido propuestas de conspiración.

AL: Patriotas puertorriqueños ejecutan al coronel norteamericano Riggs. Golpe de estado de Somoza en Nicaragua, contra su tío Juan B. Sacasa. Régimen liberal del Gral. Franco en Paraguay. Confederación de Trabajadores en México y Chile, y Confederación General del Trabajo en Argentina. Huelga petrolera en Venezuela y formación de la C.T.V. Conferencia de Consolidación de la Paz en Buenos Aires, con asistencia de Roosevelt. Triunfa el aprismo en elecciones peruanas, luego anuladas. Contratos de Guatemala con la United Fruit Co. Gómez sustituido por Laredo Bru en Cuba.

J. L. Romero: *Mi caballo, mi perro y mi rifle*. J. Duke: *La Estrella Roja*. J. A. Ramos: *Caniquí*. Morosoli: *Los Albañiles de Los Tapas*. Ponce: *Educación y lucha de clases*. A. Ambrogí: *El Jetón*.

Campaña militar de Mussolini en África; invasión a Etiopía. La Sociedad de Naciones aplica sanciones contra Italia. Chang-Kai-shek, presidente de China. Conflicto entre Roosevelt y la Suprema Corte de EE.UU. por la aplicación del "New Deal". Disturbios anti-católicos en Belfast. En Grecia se vuelve a la monarquía.

Gallup crea el Instituto Americano de Opinión Pública. Avanzan experiencias en radar y televisión. Hazard: *La crisis de la conciencia europea*. T. Wolfe: *Del tiempo y del río*. Makarenko: *Poema pedagógico*. Eliot: *Asesinato en la Catedral*. Ford: *El delator*. Hitchcock: *Treinta y nueve escalones*.

Derogación de sanciones contra Italia. Mussolini proclama el Imperio Italiano; anexión de Etiopía. Rearme alemán. Constitución del Eje Roma-Berlín. Elecciones del Frente Popular en España. Azaña pres. Levantamiento de Franco. Se inicia la guerra civil española. Apoyo de Mussolini: 50.000 soldados. Frente Popular en Francia encabezado por Leon Blum. Roosevelt reelegido en EE.UU. En Moscú se inician los Procesos. Abdicación de Eduardo VII de Inglaterra. Lo sucede Jorge VI. Primer Congreso Musulmán en Argelia.

Investigaciones de Florey y Chain sobre la penicilina. Faulkner: *Absalón, Absalón*. Bernanos: *Diario de un cura de campo*. Ramuz: *Derboranza*. Pavese: *Trabajar cansa*. Gide: *Regreso de la URSS*. Machado: *Juan de Mairena*. Chagall: *Arlequinada*. Wright: *Casa Kaufmann* (Pennsylvania). Feyder: *La kermesse heroica*. Chaplin: *Tiempos modernos*. Mueren Unamuno, Pirandello y Gorki. García Lorca es fusilado.

1937

1938

1939

Salarrué escribe sobre la muerte de Ambrogio:
"En medio del rastrojo caliente brotará con las primeras lluvias de cada año su espada de frescura. El arado del tiempo no logrará suprimirle y ha de burlarse de la quema del olvido" (dic. de 1939, RA).

ES: Muere Arturo Ambrogí, maestro de Salarrué.

AL: Régimen del coronel Busch en Bolivia. Ortiz, presidente de Argentina. Cárdenas nacionaliza ferrocarriles en México. Genocidio en la frontera Haití-Santo Domingo, por orden de Trujillo. Ubico se reelige en Guatemala. Trotski llega a México. El *Estado Novo* en Brasil: disolución del Congreso y los partidos políticos.

O. Paz: *Raíz de hombre y Bajo tu clara sombra*. Palés Matos: *Tun tun de pasa y grifería*. Neruda y Vallejo fundan en París el Grupo Hispanoamericano de Ayuda a España. Se suicida Horacio Quiroga.

AL: Cárdenas nacionaliza petróleos mexicanos. Aguirre Cerda (del Frente Popular) gana elecciones en Chile. Conferencia Panamericana en Lima. Estatización del gas y el petróleo en Brasil.

G. Ramos: *Vidas secas*. Gálvez: *Hombre en soledad*. Mistral: *Tala*. J. Vasconcelos: *Ulises criollo*. Torres García: *La tradición del hombre abstracto*. Muere César Vallejo en París.

ES: El Gral. Hernández Martínez expulsa a una veintena de oficiales y se reelige para un nuevo período presidencial.

AL: Conflicto fronterizo entre Perú y Ecuador. Bush asesinado en Bolivia. Es-

Franco es proclamado Caudillo. Aviación alemana bombardea Almería y destruye Guernica; Franco en Málaga, Bilbao, Santander y Gijón. En Francia se desintegra el Frente Popular. Japón interviene militarmente en China. Alemania e Italia se retiran del Comité de no-intervención. Primeras elecciones generales en URSS desde la revolución. Candidato único; triunfo del Partido Comunista. En la India, triunfa en las elecciones el Partido del Congreso.

Exposición internacional de Artes y Técnicas de la Vida Moderna, en París. Steinbeck: *La fuerza bruta*. Gramsci: *Cuadernos de la prisión*. W. Benjamin: *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Picasso: *Guernica*. Ivens: *Tierra de España*. Renoir: *La gran ilusión*. Se reabre la *Bauhaus* en Chicago. Langlois y Franju: la Cinemateca Francesa.

Hitler ocupa Austria. Ultimátum alemán a Praga. Pacto de Munich entre Inglaterra, Francia, Alemania e Italia por la situación checoslovaca. Leyes antisemitas en Italia. Batalla del Ebro en España. Se retiran las Brigadas Internacionales. Los japoneses en Cantón. Campaña anti-trust en EEUU. Disturbios en Túnez contra la administración francesa.

Sartre: *La náusea*. Th. Wilder: *Nuestro pueblo*. M. Hernández: *Cancionero y romancero de ausencias* (—41). Mumford: *La cultura de las ciudades*. D. Trumbo: *Johnny fue a la guerra*. Moore: *Figura inclinada*. Siegel y Shuster: *Superman*. O. Welles: *Macbeth*. Carné: *El muelle de las brumas*.

Caen Barcelona y Madrid; fin de la guerra civil española con el triunfo del franquismo. Mussolini, jefe de la Cámara de Fascios. Invasión de Albania. Hitler invade Checoslovaquia. Comienzo de la II

1940

Publicación de *Eso y Más*, en la Editorial "T".
Publica su *Retrato a Lápiz de Serafín Quiteño*:

El ojo redondo y asombrado
ancha la frente de comprensión,
sonrisa de labio amargado
y en el labio la canción.

El alma francamente abierta
hacia el jardín de la belleza,
de par en par como una puerta,
rincón de alegre tristeza.

Serafín de un cielo brumoso
en tornasol de bien y mal
y un dulce amor saudoso
por la virgen de Taxumal.

Príncipe desheredado
de un reino de islas doradas,
espantas tu dolor encabritado
con sonoras carcajadas.

Llegará tu día hermoso
tu día hermoso llegará
predestinado fabuloso,
rico de amor y de verdad.

1941

Colaboraciones en la revista *Brújula*. (Redactores: José Mejía Vides, Francisco Ulloa y Alberto Quinteros).

Sobre sus compañeros de generación, y otros intelectuales salvadoreños, dirá: "Ya no hay Miranda Ruanos que escriban *Las voces del Terruño*, libro que ya nadie lee... Bustamante es empleado de juz-

tigarribia en el poder en Paraguay, auge económico y reformas sociales. Prado presidente de Perú y Baldomir de Uruguay. Terremoto en Chile.

Villaurrutia: *Nostalgia de la muerte*. Onetti: *El pozo*. Vallejo: *Poemas humanos*. C. Meireles: *Viaje*. Césaire: *Cuaderno de un retorno al país natal*. C. Alegría: *Los perros hambrientos*. Se funda el semanario *Marcha* en Montevideo (-74).

ES: Universidad sin autonomía y Constitución reformada, prolongando período presidencial sin elecciones.

AL: Batista presidente de Cuba; apoyo sistemático de EE. UU. Avila Camacho en México: gobierno de retroceso. Trujillo reelegido por tercera vez en Dominicana. Gobierno dictatorial de Peñaranda en Bolivia. Morón en Paraguay. Contingentes de refugiados españoles llegan a México y Chile.

Bioy Casares: *La invención de Morel*. Yáñez: *Espejismo de Juchitán*. Drummond de Andrade: *Sentimiento del mundo*. Abreu Gómez: *Canek*. Carrera Andrade: *Registro del mundo*. Labrador Ruiz: *Anteo*. Mallea: *La bahía del silencio*. Orozco: *Frescos de Jiquilpan*.

AL: Medina Angarita sucede a López Contreras en Venezuela. Creación de Acción Democrática, liderada por R. Betancourt. Bolivia ocupa primer lugar en el mundo en producción de estaño. Ejército

Guerra Mundial. Inglaterra y Francia declaran la guerra a Alemania. Alianza militar italo-alemana. Pacto germano-soviético. Hitler invade Polonia. División de Polonia entre Alemania y URSS y acuerdo sobre Estonia, Letonia y Lituania. Abolición de la ley seca en EE.UU. Pío XII, Papa.

Comienzos de la electrónica. Televisión en EE. UU. Gibbons: corazón artificial. Joyce: *Finnegans Wake*. Saint Exupéry: *Tierra de hombres*. Steinbeck: *Vías de ira*. Sarrate: *Retrato de un desconocido*. Huizinga: *Homo ludens*. Muerte de Freud.

Paz ruso-finlandesa. Invasiones de Alemania: Dinamarca, Noruega, Luxemburgo, Holanda, Bélgica, Francia. Se suma Italia en apoyo a Alemania, e interviene Japón: Eje Berlín-Roma-Tokio. Batalla de Dunkerke. Pétain al frente del gobierno francés de colaboración se instala en Vichy. De Gaulle organiza Comité Nacional de Francia Libre. Italia invade Grecia. Ataques aéreos a Inglaterra; Churchill, jefe del gobierno inglés. Los alemanes en Rumanía, los rusos en Besarabia y Bucovina. Leyes antisemitas en Francia. Comienza la guerra en el norte de África. Servicio militar obligatorio en EE.UU. Nueva reelección de Roosevelt. Asesinan a Trotsky en México.

Primeros ensayos de radar, por los ingleses. Hemingway: *Por quien doblan las campanas*. Mac Cullers: *El corazón es un cazador solitario*. Wright: *Sangre negra*. Greene: *El poder y la gloria*. G. Lorca: *Poeta en Nueva York* (de 1929-30). O'Neill: *Viaje de un largo día hacia la noche*. Chaplin: *El gran dictador*.

Japón invade Indochina francesa. Ocupación de Bulgaria, Yugoslavia y Grecia por los alemanes. Hitler invade la URSS. Sitio de Leningrado; ocupación de Kiev; batalla por Moscú. Fin de la

Vida y obra de Salarrué

gado; Castellanos Rivas se hace Secretario Particular; Guerra Trigueros no oye más caer las estrellas en la fuente inmemorial; Julio Avila se dedica al comercio; Llerena enmudece; Gómez Campos tiene tienda... Chacón hace seguros de vida; Rochac habla de finanzas... y en fin, me veo solo en la tierra de la irrealidad..." (RA).

1942

1943

Reedición de *Cuentos de Barro* por Editorial Nascimento de Santiago de Chile.

"Como el alfarero de Ilobasco modela sus muñecos de barro: sus viejos de cabeza temblona, sus jarritos, sus molenderas, sus gallos de *pitiyo*, sus chivos patas de clavo, sus indios *cacaxteros* y en fin, sus batidores panzudos; así, con las manos untadas de realismo; con toscas manotadas y uno que otro sobón rítmico, he modelado mis *Cuentos de Barro*..." (Tranquera).

peruano invade Ecuador. Arias retrocedo en Panamá. Declaración argentina de neutralidad en la guerra mundial.

C. Alegría: *El mundo es ancho y ajeno*. Borges: *El jardín de senderos que se bifurcan*. Arguedas: *Yavar Fiesta*. C. L. Fallas: *Mamita Yunai*. F. Coloane: *El último grumete de la Baquedana*. L. E. Déllano: *Viejos retratos*. A. Augieri: *Canciones para tu historia*. Amotim: *El caballo y su sombra*. Azuela: *Nueva burguesía*.

AL: Creación de la Junta Interamericana de Defensa. Conferencia de Cancilleres en Río de Janeiro y ruptura de los países latinoamericanos con el Eje. Deuda mexicana con EE.UU. por expropiación petrolera y ruptura de relaciones con gobierno de Vichy. Castillo sustituye a Ortiz en Argentina. Tratado de límites entre Ecuador y Perú.

J. Amado: *Tierras del Sin Fin*. Caio Prado Junior: *La formación del Brasil contemporáneo: la Colonia*. A. Reyes: *La experiencia literaria*. P. de Rokha: *Morfología del espanto*. F. Dobles: *Ese que llaman pueblo*. J. Marín Cañas: *Pedro Arnaez*. P. A. Cuadra: *Cuadernos del taller San Lucas (-45)*. M. Cuadra: *Contra Sardino en la montaña*.

ES: Comienzan los movimientos para derrocar a Hernández Martínez, los que culminan a fin de año con el fusilamiento de los implicados; Ernesto Interiano, uno de ellos.

AL: "Movimiento de los coroneles" derroca a Castillo en Argentina. Rawson, y luego Ramírez, J. D. Perón secretario de Trabajo y Paz Social. Bolivia: declara-

resistencia italiana en Etiopía. La "Carta del Atlántico". Ataque japonés a Pearl Harbor y entrada de EE.UU. en la guerra. Resistencia clandestina en Europa. Formación del Vietminh en Vietnam.

Descubrimiento del neptunio y fisión del plutonio. Brecht: *Madre coraje*. Vittorini: *Conversaciones en Sicilia*. Fitzgerald: *El último magnate* (póstumo). Broch: *La muerte de Virgilio*. E. Wilson: *La herida y el arco*. O. Welles: *El ciudadano Kane*. Muere Joyce.

Ofensiva del Eje pone en peligro a los Aliados. Conferencia en Washington: bloque de 26 países comprometidos a luchar hasta el final. En EE.UU., presupuesto de guerra sin precedentes. Montgomery derrota a Rommel en El Alamein. Ingleses y norteamericanos desembarcan en Africa del Norte. Los japoneses ocupan Filipinas, Java y Birmania. Batallas de Stalingrado y del Cáucaso, levantamiento del sitio de Leningrado. Plan Beveridge. Nehru afirma su hostilidad hacia Japón. Nueva campaña de desobediencia civil en India; arresto de líderes.

Camus: *El extranjero*. Ehrenburg: *La caída de París*. Cela: *La familia de Pascual Duarte*. Eluard: *Poesía y verdad*. Sjöberg: *El camino del cielo*. Curtiz: *Casablanca*.

Movilización civil de todos los hombres y mujeres de Alemania. Capitulación alemana en Stalingrado. Los Aliados derrotan al nazi-fascismo en Africa del Norte. Las fuerzas anglonorteamericanas llegan a Nápoles. Mussolini apresado por el Gran Consejo Fascista y luego liberado. Levantamiento del ghetto de Varsovia. Ofensiva americana en el Pacífico. Tito

1944

1945

Publicación de *Cuentos de Cipotes*, en su primera versión.
“¿Cómo nació la idea de *Cuentos de Cipotes*? En un lejano atardecer en el cruce de tres caminos nos hallábamos esperando algo el adulto, el niño y yo. ¿Qué esperábamos? Ya hoy, no se sabe qué esperábamos, tal vez el *Cuento de Cipotes*. Era el adulto un polizone del tráfico; estaba allí para saber los números de los vehículos que entraban y salían de la ciudad; estaba además, para decir requiebros a las muchachas de la servidumbre que acertaban a cruzar por allí. El niño era un cipote, era el *cipote desconocido*, sobre todo en aquel —para mí, memorable— momento. No pasaban ya los carros; no pasaban ya las hembras; la calle estaba oscura y casi desierta; el hombre se

ción de guerra al Eje, creación del MNR y Villarroel al poder. Muere Froylán Turcios.

Dobles: *Aguas turbias*. Revueltas: *El luto humano*. F. Hernández: *El caballo perdido*. Revista *La Poesía Sorprendida* (-48) en Santo Domingo.

ES: Cae Hernández Martínez por medio de un golpe de Estado que lleva al poder a otro dictador, Osmín Aguirre. Estudiantes y obreros, desde Guatemala, intentan una invasión armada, que fracasa.

AL: Cae Ubico en Guatemala y en octubre asume el poder una Junta democrática de gobierno. Grau San Martín presidente de Cuba. Organización de la Federación de Mineros, en Bolivia. Creación del Frente Democrático Nacional en Perú, con participación del APRA. Farrell reemplaza a Ramírez en Argentina, con Perón de vice.

Lispector: *Cerca del corazón salvaje*. Carpentier: *Viaje a la semilla*. Roumain: *Gobernadores del rocío*. Borges: *Ficciones*. Picón Salas: *De la conquista a la independencia*. A. Reyes: *El deslinde*. V. Piñera: *Poesía y prosa*. P. A. Cuadra y Coronel Urtecho: periódico *La Reacción* (-45). J. Lezama Lima: revista *Orígenes* (-56).

ES: Salvador Castañeda "gana" elecciones.

AL: G. Vargas depuesto por movimiento en Brasil. Medina Angarita derrocado en Venezuela por Junta Revolucionaria presidida por R. Betancourt. Arévalo presidente de Guatemala. Creación del GOU en la Argentina: Perón inicia su campaña presidencial después de abandonar la cárcel. Allende, senador por el P. Socialista, en Chile. Cuba vende azúcar a

en Yugoslavia. Conferencias de Moscú, de El Cairo, de Teherán. De Gaulle, único presidente del C.F.L.N. *Manifiesto* argelino. Proyecto de creación de la FAO (Conf. de Hotsprings).

Sartre: *El ser y la nada* y *Las moscas*. Bataille: *La experiencia interior*. Hesse: *El juego de abalorios*. Saint-Exupéry: *El principito*.

Los aliados entran en Roma. Desembarco aliado en Normandía ("Día D") y en Provenza. Liberación de París y de Bélgica. Ofensiva rusa contra los alemanes a lo largo del Frente Oriental. Islandia proclama la República. Ofensiva norteamericana en el Pacífico llega hasta Filipinas. Víctor Manuel III abandona el trono. Roosevelt, presidente de EE. UU. por cuarta vez. atentado frustrado contra Hitler, y violenta represión. Organización de Cortes de Justicia contra los "colaboradores" en Francia. Llamamiento de Pío XII en favor de la democracia.

Descubrimiento de la estreptomocina. Anouilh: *Antígona*. Malaparte: *Kaputt*. Cary: *La boca del caballo*. Saint-John Perse: *Lluvias*. Lagërkvist: *El enano*. Bartok: *Concierto para violín y orquesta*. Film colectivo: *La liberación de París*. Bresson: *Las damas del bosque de Bolonia*.

Ofensiva final de los Aliados: los franceses llegan al Danubio, los anglocanadienses a Bremen, los norteamericanos al Elba. Hitler, Goebbels y otros jerarcas nazis se suicidan: rendición de Alemania. Ejecución de Mussolini en Italia. Bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki: destrucción de las ciudades y muerte en masa de civiles. Japón se rinde. Fusión de las tropas rusas y norteamericanas. Los rusos en Berlín. Conferencias de Yalta,

aburría visiblemente. Yo esperaba el bus y ponía atención al paisaje y a los dos personajes. El niño hablaba incesantemente dirigiéndose al polizonte; parecía interesado en su aburrimiento; como que se trataba de entenderle con su charla alocada. El hombre tenía sueño y miraba a otra parte sin escuchar. El niño, contaba su cuento con todas las interrupciones propias del cuento del niño, que es un cuento que se da sus propias alas, se atiza y se ríe de sí mismo. Entre cada dos párrafos hay un puentecito de chacota risueña, una dulce mala-palabrita o un silbidito incongruente..." (*Cuentos de Cipotes*).

1946

Agregado Cultural de la Embajada de El Salvador, reside en Nueva York, por autorización especial.

"Tenía por entonces seiscientos dólares de sueldo. Ha sido el más alto que alcancé a devengar. De manera que estaba relativamente bien. Mis libros no me han dado dinero; pero mis cuadros sí me han dado lo suficiente para adquirir ciertas cosas que no son de lujo, pero sí tan necesarias como los libros, y uno que otro viajecito que era imprescindible hacer".

EE.UU. a mitad de precio.

I. Vilatiño: *La suplicante*. Arciniegas: *Biografía del Caribe*. P. Henríquez Ureña: *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. F. Coloane: *Golfo de penas*. R. Lomboy: *Ventarrón*. O. J. Cardoso: *Taita, diga usted cómo*. V. Barbieri: *El río distante*. G. Reynolds: *Illimani*. G. Mistral Premio Nobel de Literatura.

ES: El 15 de setiembre es ametrallada una manifestación obrera que pide un código de trabajo. Gustavo Guerrero, salvadoreño, preside el Tribunal de Justicia de La Haya.

AL: Nueva Constitución federalista en Brasil. Asesinato de Villarroel en Bolivia, Herzog en el poder. Perón presidente de Argentina: el "Justicialismo". Presidencia de M. Alemán en México: recuperación económica y represión política. Ospina Pérez en Colombia. Estime sustituye a Lescot en Haití. González Videla presidente de Chile (coalición de radicales y comunistas). En Cuba, E. Chibás crea el Partido del Pueblo Cubano (ortodoxo).

Asturias: *El Señor Presidente*. Céspedes: *Metal del diablo*. Guimaraes Rosa: *Sagarana*. J. de Castro: *Geografía del hambre*. J. M. Sánchez: *Tres cuentos*. Sinán: *A la orilla de las estatuas maduras*. Salazar Bondy: *Cuadernos de la persona oscura*.

San Francisco y Potsdam. Yugoslavia se convierte en República. Formación de la Liga Árabe. Creación de la República Democrática de Vietnam. Oposición comunista a los proyectos constitucionales de De Gaulle en Francia. Primeras medidas de soviétización en Alemania oriental. Triunfo laborista en Inglaterra. Muerte de Roosevelt; lo sucede Truman. Procesos de Nuremberg. Formación de la ONU. Creación del Fondo Monetario Internacional y del Banco Internacional para la Reconstrucción y Desarrollo (Conf. de Bretton-Woods, en USA).

Síntesis de la cortisona. Sartre: *Los caminos de la libertad*. Vittorini: *Hombres y no*. Prevert: *Palabras*. Rossellini: *Roma, ciudad abierta*. Sartre funda *Los Tiempos Modernos*.

Conferencia de Paz en París. Árabes y judíos no participan en Conferencia de Londres sobre Palestina. Veredicto del tribunal de Nuremberg sobre crímenes de guerra. Avance comunista en las elecciones vietnamitas. Constitución del gobierno Ho-Chi-Minh, quien llama a la guerra de guerrillas. Proclamación de la República en Italia. En Grecia, plebiscito confirmando la monarquía; guerra civil. Acuerdo anglo-americano sobre fusión de zonas de ocupación en Alemania occidental. Mayoría republicana en elecciones norteamericanas. Dimitrov derrota al rey de Bulgaria con apoyo de la URSS. Abdica el rey de Rumania bajo presión comunista. Muere Goering. Ensayos atómicos de EE.UU. en Bikini. Formación del M.T.L.D. en Argelia.

Primer Congreso de Cibernética, en N. York. Kazantakis: *Hechos y gestos de Alexis Zorba*. Pavese: *Feria de agosto*.

1947

Reparte su tiempo entre la pintura y la escritura, y se asoma a la vida cultural de Nueva York, teatros, exposiciones. Su experiencia de la ciudad comienza a nutrir sus narraciones cosmopolitas de *Nébula Nova* (incluidas en *La Espada y otras narraciones*).

1948

Sus cuadros se definen cada vez más como parte de su mundo teosófico y esotérico: protoplasmas coloridos, espectros siderales, pintor de apariciones.

“En mi familia ha habido muchos pintores... alguno de apellido Arrué o Arrúe que figuró en la corte de Alfonso XIII, en Madrid, y otro del mismo apellido, vasco, que realizó un mural en la ciudad de Nueva York para el tiempo en que yo vivía allá...”. (I a OE, tomo I).

AL: En Nicaragua, Anastasio Somoza derroca al presidente Leonardo Argüello, a los 26 días de su toma de posesión. Berreta presidente de Uruguay, Gallegos de Venezuela. Entrevista Alemán-Truman. Tratado de asistencia recíproca entre los gobiernos de A. Latina, en Río de Janeiro. Chile y Brasil rompen relaciones con la URSS. Guerra civil en Paraguay. Estado de sitio en Perú. Ilegalización del Partido Comunista en Brasil.

Yáñez: *Al filo del agua*. F. Hernández: *Nadie encendía las lámparas*. Bosch: *Ocho cuentos*. N. Guillén: *El son entero*. R. Sinán: *Plenilunio*. E. Mejía Sánchez: *Ensalmas y conjuros*. J. Pasos: *Breve suma* (póstumo).

ES: Un pronunciamiento militar derroca al presidente Castañeda; Consejo de Gobierno Revolucionario y programa de reformas liberales.

AL: Sofocada revuelta en el Callao apoyada por el APRA. Destitución de Bustamante y presidencia de Odría; se inicia el Ochenio de fuerte dictadura. Carta de Bogotá; creación de la OEA. "Bogotazo" a consecuencia del asesinato de Gaitán. Gallegos derrocado por militares en Venezuela. Abolición de la Armada y revolución de Figueres en Costa Rica. A. Arias en Panamá. Vuelve Grau San Martín a Cuba.

Marechal: *Adán Buenosayres*. Sábado: *El túnel*. G. Rojas: *La miseria del hombre*.

Independencia de las colonias luego de la Segunda Guerra: India, Birmania, Ceilán, Pakistán. Guerra de Indochina. La ONU aprueba plan de reparto de Palestina. Sangrientos encuentros entre árabes y judíos. De Gaulle crea la R.P.F. Plan Marshall de ayuda al restablecimiento económico europeo. Franco restablece la monarquía. Ley Taft Hartley contra sindicatos. Doctrina Truman sobre la Guerra Fría.

Determinación de la edad de la Tierra, por el inglés Arthur Holmes. Descubrimiento de los Manuscritos del Mar Muerto. Sartre: *Situaciones I*. Lowry: *Bajo el volcán*. Beauvoir: *Todos los hombres son mortales*. Pratolini: *Crónica de los pobres amantes y Crónica familiar*. Moravia: *La romana*. Mann: *Doctor Fausto*. Trilling: *A mitad de camino*. T. Williams: *Un tranvía llamado deseo*. León Felipe: *Antología rota*. Visconti: *La tierra tiembla*. Tati: *Día de fiesta*.

Aumenta la violencia en Palestina. Entrada de tropas árabes y egipcias. El Consejo de Seguridad ordena el cese de las hostilidades. Fin del mandato británico; se funda el Estado de Israel. Comienza el bloqueo de Berlín. Checoslovaquia, país socialista; Masaryk se suicida. El presidente Tito, de Yugoslavia, resiste presiones para su sustitución. En Italia, mayoría absoluta de la democracia cristiana en el Parlamento. atentado contra el líder comunista Togliatti; huelga general, escisión de la CGT. En Grecia, vasta ofensiva del gobierno contra los rebeldes; deportación de niños hacia las democracias populares. Conferencia ecuménica protestante en Amsterdam. Asesinato de Gandhi en la India. Reección de Truman en EE.UU. Los comunistas chinos atraviesan la Gran Muralla.

Mailer: *Los desnudos y los muertos*. Ca-

Vida y obra de Salarrué

1949

1950

Su cuadro *La Monja Blanca*, que conservaría en su casa de Los Planes de Renderos hasta su muerte, como su pintura preferida, da pie al relato *Pintor de Apariciones*, que forma parte de *Nébula Nova*.

AL: Violencia en Colombia: 300.000 muertos en una década. Gran influencia de Eva Perón y nueva Constitución en Argentina. Presidencia de Chaves en Paraguay y de Batlle Berres en Uruguay. Secuestro de norteamericanos por mineros en Bolivia. Vasta represión en Perú.

Carpentier: *El reino de este mundo*. O. Paz: *Libertad bajo palabra*. Arteola: *Varía invención*. A. Otero: *Colorritmos*. Y. Oreamuno: *La ruta de su evasión*. M. A. Asturias: *Hombres de maíz*, *Viento fuerte* y *Poesía (Sien de alondra)*.

ES: Presidencia de Oscar Osorio, (del PRUD) quien es jefe de la Junta Militar desde 1949. Creación del Instituto de Vivienda Urbana. Total de inmigrantes residentes: 19.291.

AL: Getulio Vargas reelegido en Brasil por voto popular. Asesinato del coronel Delgado Chalbaud en Venezuela; Junta

pote: *Otras voces, otros ámbitos*. Waugh: *Los seres queridos*. Genet: *Las criadas*. Sartre: *Las manos sucias*. Brecht: *El círculo de tiza caucasiano*. Primera exposición de Picasso en Italia. El neorrealismo italiano: De Sica: *Ladrones de bicicletas*. Olivier: *Hamlet*.

Tratado del Atlántico Norte. Fin del bloqueo de Berlín. El Papa excomulga a católicos comunistas y comunizantes. Misión americana en Saigón. Triunfo conservador en elecciones locales inglesas. Adenauer, canciller de Alemania occidental. Dimisión del Gral. Marshall en EE.UU. Comienza la "caza de brujas". Los comunistas chinos penetran en Tientsin; dimisión de Chang Kai-shek y ocupación de Pekín. Proclamación de la República Popular China. En Hungría, proceso y condena del cardenal Mindszenty. Vychinski reemplaza a Molotov en los asuntos exteriores soviéticos. Huelgas y manifestaciones en Berlín oriental. Se forma la República Democrática Alemana. Conferencia afro-asiática en Nueva Delhi. Ben Gurión, primer ministro de Israel.

Lévi-Strauss: *Las estructuras elementales del parentesco*. Eliade: *El mito del eterno retorno*. A. Miller: *La muerte de un viajante*. Orwell: 1984. J. R. Jiménez: *Animal de fondo*. Char: *Furia y misterio*. Dubuffet: *Arte bruto*. Trnka: *El ruiseñor del emperador*. Wyler: *La heredera*. Premio Nobel de Literatura a Faulkner.

EE.UU.: 150 millones de americanos. Comienza la guerra de Corea; Norcorea sorprende a los norteamericanos, ocupando el sur; éstos mantienen una base en Pusan. Truman da la orden de fabricar la bomba H. China anuncia su intervención en Corea; depasa el paralelo 38. Agitación agraria gana el valle del Po en Italia.

1951

Después de visitar varias ciudades de los Estados Unidos, regresa a San Salvador para radicarse definitivamente en su país, en lo que sería ya una especie de retiro definitivo del mundo.

1952

Su vida discurre tranquilamente entre sus pinturas y su escritura: "Escribo generalmente de noche, con bolígrafo, y en una hamaca donde me encuentro más cómodo. Casi todo lo mío está escrito así... tengo en la mano una tabla, o un libro grande, algo en que apoyar el papel. Fumar, me resulta de indispensable ayuda".

Militar de Gobierno (Suárez Flamerich y Pérez Jiménez). Ilegalización del Partido Comunista. Patriotas puertorriqueños intentan matar al presidente Truman. Expulsión del embajador norteamericano en Guatemala; elección de Arbenz a la presidencia. Descenso de las exportaciones, y créditos norteamericanos en Argentina por 125 millones de dólares. Plebiscito en Perú prolongando período presidencial. Laureano Gómez, conservador, en Colombia.

Onetti: *La vida breve*. Neruda: *Canto General*. Césaire: *Discurso sobre el colonialismo*. E. Labrador Ruiz: *La sangre hambrienta*. R. Castellanos: *De la vigilia estéril*. J. Gutiérrez: *Puerto Limón*.

ES: Legalización de sindicatos. Organización de Estados Centroamericanos, para reunificar A. Central.

AL: Gobierno de Paz Estensoro (MNR) en Bolivia; acercamiento al gobierno peronista argentino y a EE.UU. Gobierno colegiado en Uruguay. Organización Regional Interamericana del Trabajo, con sede en México. Ley contra discriminación racial en Brasil.

Cortázar: *Bestiario*. J. Garmendia: *La tuna de oro*. Rojas: *Hijo de ladrón*. Valcárcel: *La prisión*.

AL: Reforma agraria en Guatemala; nacionalización de minas de estaño en Bolivia. Golpe de estado de Batista en Cuba. Ruiz Cortines presidente de México: inflación y devaluación de la moneda. Nuevo triunfo electoral de Perón en Argentina. Muere Eva Perón. Ibáñez nuevamente en Chile y Velasco Ibarra en Ecuador. Reanudación de conflictos fronterizos con Perú. H. Trujillo

Jordania anexa toda la Palestina árabe. Jerusalem, capital de Israel. Marshall, secretario de Defensa de EE.UU. Eisenhower Comandante Supremo del Atlántico. Avance republicano en las elecciones. Un general ruso, jefe del Estado Mayor en Checoslovaquia y en Hungría.

Bradbury: *Crónicas marcianas*. Pavese: *La luna y las fogatas*. Gide y Barrault adaptan *El proceso* de Kafka para teatro. Boulez: *El sol de las aguas*. F. Bacon: *Retratos*. Kurosawa: *Rashomon*. Primer festival de cine de Berlín y Karlovy-Vary.

La ONU condena la agresión de Corea del Norte; se forma un ejército internacional comandado por Mac Arthur. Tratado de defensa mutua entre EE.UU. y Japón. En Irán, nacionalización del petróleo. Independencia de Libia. Faruk proclamado rey de Sudán. Ministerio Churchill en Inglaterra. McCarthysmo en EE.UU.: condena a muerte de los esposos Rosenberg. Primera central atómica experimental en EE.UU.

Aragón: *Los comunistas*. Cela: *La colmena*. Salinger: *El cazador oculto*. Ionesco: *La lección*. Beckett: *Molloy*. Clément: *Juegos prohibidos*.

Convenio de Paz entre Alemania Occidental, EE.UU., Francia e Inglaterra. Tratado de la Comunidad Europea de Defensa: se autoriza el rearme alemán y la integración en un ejército europeo. Aumenta tensión entre Irán e Inglaterra; Irán rompe relaciones diplomáticas. Nuevas manifestaciones en Egipto, en la zona del canal, y represión inglesa. Muerte de Jorge VI: lo sucede Isabel. Eisenho-

1953

Trabaja en diversos manuscritos que más tarde se incorporarían a los trabajos inéditos incluidos en sus *Obras Escogidas*: relatos, reflexiones teológicas y filosóficas, máximas morales.

"...He tenido dificultad para pasar los trabajos en limpio, por lo cual no es poco lo que conservo inédito. A máquina, escribo con mucha lentitud. Para copiar una novela, por ejemplo, necesito demasiado tiempo...". (I a OE).

en Dominicana, y en Venezuela, consolidación de la dictadura de Pérez Jiménez.

G. Meneses: *El falso cuaderno de Narciso Espejo*. J. Zalamea: *El gran Burundún-Burundá ha muerto*. Icaza: *Seis veces la muerte*. Antología Preconcreta: *Noígrandes I*.

ES: Población: 2 millones de habitantes.

Claribel Alegría: *Vigilias*.

AL: Ataque revolucionario de Fidel Castro al Cuartel Moncada, en Cuba, que fracasa. Rojas Pinilla gobierna en Colombia con ayuda del ejército y la burguesía financiera. Arbenz interviene empresas norteamericanas ferrocarrileras y eléctricas en Guatemala. Campaña anticomunista de A. Somoza en América Central. Figueres, electo presidente de Costa Rica.

Carpentier: *Los pasos perdidos*. Lezama Lima: *Analecta del reloj*. Rulfo: *El llano en llamas*. C. Vitiér: *Visperas*. C. Martínez Rivas: *La insurrección solitaria*. E. Mejía Sánchez: *Antología*.

wer electo presidente de EE.UU. Huelgas y revueltas en Túnez. El Consejo de Seguridad se niega a examinar la cuestión de Túnez. Violentas manifestaciones comunistas en París. XIX Congreso del Partido Comunista en la URSS; se abandona el término "bolchevique". Hussein, rey de Jordania.

D. Thomas: *Poemas (1934-52)*. Mac Cullers: *La balada del café triste*. Robbe-Grillet: *La doble muerte del profesor Dupont*. Dürrenmatt: *El matrimonio del señor Mississippi*. A. Miller: *Las brujas de Salem*.

Muerte de Stalin en la URSS: lo suceden Malenkov como presidente del Consejo y Kruschov como Secretario General del Partido. Ejecución de Beria. Nagy al poder en Hungría. Nasser, premier en Egipto y proclamación de la República. Armisticio de Corea. La ONU rechaza la admisión de China comunista. De Gaulle se separa del grupo parlamentario R.P.F. Desnacionalización de industrias siderúrgicas y de transportes en Inglaterra. EE.UU.: explosión del primer obús atómico. Malenkov anuncia que la URSS posee la bomba H. Congreso nacional del Vietnam. Ocupación de Dien-Bien-Phu. Ho-Chi-Minh expone condiciones para el armisticio. Política de *Apartheid* en la Unión Sud-Africana. Primera ascensión al Everest.

Barthes: *El grado cero de la escritura*. Bellow: *Las aventuras de Augie March*. Beckett: *Esperando a Godot*. Vian: *El arranca-corazón*. H. Müller: *Plexus*. Chandler: *El largo adiós*. Bergman: *Noche de circo*. Astruc: *La cortina carmesí*. Primeros films en cinemascope. La *Bauhaus* reabre en Munich. Apogeo del expresionismo abstracto: Newman, Pollock, Rothko, De Kooning.

Vida y obra de Salarrué

1954

Publicación de *Trasmallo* en El Salvador.

Colaboración con la revista *Síntesis*.

"Corinto. Allí estaba el padre Pallais. Pasé allí cuando iba a Costa Rica, nada más. Hombre, fíjate que me invitaron los Somoza ¡imagínate! Me invitaron y ni siquiera contesté... ¿Y para qué responderles? Yo tenía presente a Sandino como lo fregaron, esos no tienen armonía, son malos..." (*La Prensa Literaria Centroamericana* N° 2, Vol. 1, marzo 1976).

1955

Reedición de *El Cristo Negro*, por el Departamento de Publicaciones del Ministerio de Cultura de El Salvador.

ES: El café alcanza su máxima cotización en el mercado mundial.

AL: Suicidio del presidente Vargas en Brasil; lo sucede Cafe Filho. Huelga de la United Fruit, en Honduras. Arbenz derrocado en Guatemala por Castillo Armas, con apoyo de EE.UU. Rebelión de abril contra Somoza, en Nicaragua. Stroessner llega al poder en Paraguay donde aún permanece. Confederación Latinoamericana de Sindicatos Cristianos, con sede en Caracas. "Boom" petrolero en Venezuela.

Asturias: *El papa verde*. Cepeda Samudio: *Todos estábamos a la espera*. Ferreira Gullar: *Lucha corporal*. Anderson Imbert: *Historia de la literatura hispanoamericana*.

ES: Se crea el Instituto Salvadoreño de Fomento de la Producción. Incendio en la Universidad.

Muere Francisco Gavidia.

AL: Kubistchek presidente de Brasil y consolidación de la democracia. Derrocamiento de Perón en Argentina por la "Revolución Libertadora". Fidel Castro y sus compañeros amnistiados en Cuba. Concesiones a monopolios norteamericanos en Paraguay. Acciones guerrilleras contra el gobierno de Rojas Pinillas en Colombia. Huelga general en Chile y línea dura del gobierno. Fracasa golpe de estado en Perú; continúa la agitación laboral contra la Ley de Seguridad Interior. Vasto mo-

Apoyo de EE.UU. a Alemania y "Milagro económico" alemán. Triunfo de Vietnam sobre Francia en la batalla de Dien-Bien Phu. Armisticio de Ginebra pone fin a la guerra. Acuerdo angloegipcio sobre el canal de Suez. Irán: acuerdo internacional sobre el petróleo. Ola de atentados en Argelia: comienza la guerra de liberación. En EE.UU. ilegalización del Partido Comunista. Pacto de Manila (constitución de la SEATO) entre ocho países para frenar expansión comunista en el sudeste de Asia. Comienza la desestalinización en la URSS. Mao, presidente de China Popular.

Fanon: *Los condenados de la tierra*. Moravia: *Cuentos romanos*. Böll: *Casa sin amo*. Frish: *No soy Stiller*. Duras: *Días enteros en las ramas*. Golding: *Señor de las moscas*. Ehrenburg: *El deshielo*. Sagan: *Buenos días, tristeza*. A. Nin: *El espía en la casa del amor*. Ernst, premio de la bienal de Venecia. Fellini: *La strada*. Canciones de G. Brassens. Primer festival de jazz en Newport.

Oposición Egipto-Israel: Israel invade la península de Sinaí. Organización del Tratado de Medio Oriente. Conferencia de Bandung, con países de Asia y Africa, decide el neutralismo. En la URSS cae Malenkov, Kruschov asume jefatura. Pacto de Varsovia. Caída de Nagy en Hungría. Se declara la República de Sudán. Churchill se retira de la vida pública. Conferencia cumbre en Ginebra. Entrada de Ho-Chi-Minh a Saigón.

G. Balandier: *Sociología actual del Africa negra*. Marcuse: *Eros y civilización*. F. O'Connor: *Un hombre bueno es difícil de encontrar*. Pratolini: *Metello*. Celaya:

1956

Reedición de *El Señor de la Burbuja*.

Como él, sus hijas Maya, Olga y Aída también se dedican a la pintura; todos en la familia pintan, incluyendo a Zelié Lardé, su esposa. Sobre la permanencia de sus creencias teosóficas dirá: "Los fenómenos de esa naturaleza se me presentan sólo de un modo esporádico, espontáneamente, ya no tan frecuentemente como en mi juventud. No hago esfuerzo alguno; antes sí, y lograba lo que deseaba, mas de repente tuve algunas experiencias desagradables y eso me indicó que no debía forzarme en excitar semejantes facultades. Desde entonces dejé de realizar ese tipo de empeños, a manera de que ese orden de fenómenos se me presentase solo..." (*I a OE*).

vimiento nacionalista en Panamá; asesinato del presidente Remón.

J. S. Alexis: *Compadre General Sol*. Caradoza y Aragón: *Guatemala, las líneas de su mano*. García Márquez: *La hojarasca*.

J. R. Ribeyro: *Los gallinazos sin plumas*. Rulfo: *Pedro Páramo*. O. Lessa: *Rua de sol*. M. Monteforte Toledo: *Una manera de morir*. J. Gaitán Durán, H. Valencia Goelkel: revista *Mito* (-62). Cinema novo: *Río 40°*

ES: Presidencia de J. María Lemus: rigida política que continúa tareas de obras públicas (trabajos del Lago Guija, nuevos puertos y puentes sobre el Pacífico).

Se funda la Revista *Cultura*.

AL: Asesinato de A. Somoza en Nicaragua, y su hijo como sucesor. Desembarco desde el "Granma" de Fidel Castro y su grupo, penetración de la guerrilla en Sierra Maestra. Camilo Enríquez gobierna en Ecuador. Presidencia de M. Prado en Perú: autorización del APRA y liberación de Haya de la Torre. Formación del FRAP en Chile. En Argentina, derogación de la Constitución peronista por el gobierno de Aramburu. Construcción de Brasilia, la nueva capital de Brasil.

Asturias: *Week-end en Guatemala*. Guimaraes Rosa: *Cuerpo de baile y Gran Sertón: Veredas*. O. Paz: *El arco y la lira*. Vargas Llosa: *Los Jefes*. N. Parra: *Poemas y antipoemas*. Benedetti: *Poemas de la oficina*. Cortázar: *Final de juego*. Alexis: "Manifiesto del realismo maravilloso" en el Primer Congreso de escritores y artistas negros en París.

Cantos iberos. S. Ray: *Patber Panchali*. Antonioni: *Las amigas*. Rouch: *Yo, un negro*. Exposición "Documenta" en Kassel. Museo Arte Moderno, Nueva York: exposición fotográfica "La familia humana".

Retiro de las tropas británicas de Suez; expropiación de la compañía del canal por el gobierno egipcio; ataque de fuerzas aéreas franco-británicas e intervención de las Naciones Unidas. XX Congreso del Partido Comunista en la URSS: informe de Kruschov y condena al culto de la personalidad. Gomulka al gobierno de Polonia. Represión militar soviética en Hungría.

Purdy: *Color de oscuridad*. Barth: *La Opera flotante*. Ionesco: *Las sillas*. Los "Beatniks". Osborne: *Recordando con ira*. Roger Vadim y el "mito Bardot". J. R. Jiménez, Premio Nobel de Literatura. Mies van der Rohe: casa Seagram, Nueva York; E. Saarinen: centro General Motors, Detroit.

1957

El Libro Desnudo, que se publicaría por primera vez como parte de las *Obras Escogidas*, recoge una serie de meditaciones religiosas y morales, parábolas que ponen de manifiesto una vez más su preocupación dialéctica del bien y el mal:

"Me ha preocupado siempre la naturaleza entera del hombre en su tremenda dualidad, la naturaleza de su alma y de su cuerpo y sus aspectos de bien y de mal...". (*La Lumbra*).

1958

Ingrimo (Humorada Juvenil-Ideario y Diario de un adolescente suicida) aparecería también por primera vez en *Obras Escogidas*. De este libro dice el mismo Salarrué en la nota de introducción:

"*Ingrimo* ha querido tocar con primor el complejo psicológico de la excentricidad juvenil, casi siempre expresión incomprendida de altos anhelos e insatisfacciones con lo convencional, creación de una dictadura moralista ayuna de todo sentido estético y del verdadero sentido ético, que es siempre tolerancia e incomprensión ilimitada...". (*I a OE*).

1959

La Sombra y otros motivos literarios, inédito hasta la publicación de *Obras Escogidas*: una serie de prosas donde pasajes autobiográficos se mezclan con la ficción, siempre dentro del clima de irrealidad metafísica que es tan de su gusto. *La Sombra* tiene que ver con la entrevista

ES: H. Lindo: *Guaro y champaña*.

AL: Caída de Rojas Pinilla en Colombia y coalición de liberales y conservadores para turnarse en el poder. Luis Somoza presidente de Nicaragua. Asesinato de Castillo Armas en Guatemala, Ydígoras Fuentes presidente. Duvalier llega al poder en Haití (-71). Primera victoria del ejército rebelde en Cuba. Crisis económica en Uruguay. Se afianza la vinculación de Prado y el aprismo en Perú.

Donoso: *Coronación*. L. Lima. *La expresión americana*. Quiroga Santa Cruz: *Los deshabitados*.

ES: El Salvador ostenta la más alta tasa de densidad de población de América Central: 298 personas por milla cuadrada.

AL: Surgimiento de las Ligas Campesinas de Juliao, en Brasil. Presidencia de López Mateos en México: huelgas y represión. Pérez Jiménez derrocado en Venezuela, tras rebelión de la fuerza aérea y huelga general en Caracas. Triunfa R. Betancourt en elecciones. Frondizi electo presidente de Argentina, Alessandri de Chile, Lleras Camargo de Colombia. Marcha sobre La Habana de Guevara y Cienfuegos. Mario Echandi presidente de Costa Rica. El vice presidente Nixon viaja por A. Latina. Huelga general en Paraguay, reprimida.

Fuentes: *La región más transparente*. Arguedas: *Los ríos profundos*. E. Diego: *Por los extraños pueblos*. D. Viñas: *Los dueños de la tierra*. J. Amado: *Gabriela, clavo y canela*. O. J. Cardoso: *El cuentero*.

ES: Se forma el Partido Revolucionario Abril y Mayo (PRAM).

AL: Huída de Batista y entrada de Fidel Castro a La Habana. Reforma agraria

Depuración interna en la URSS contra Molotov, Malenkov, Zhukov y otros. La URSS lanza el Sputnik al espacio, primer satélite artificial. En China, política de las "cien flores". Ghana obtiene la independencia. Renuncia Eden en Inglaterra y le sucede McMillan. Tratado de Roma: creación del Mercado Común Europeo. Revuelta racista en Little Rock e intervención federal a favor de los negros. Proclamación de la República en Túnez.

Durrell: *Justine*. Butor: *La modificación*. Malamud: *El dependiente*. T. de Char-din: *El medio divino*. Bergman: *Cuando huye el día*. Kazan: *Un rostro en la muchedumbre*.

Conflicto chino-soviético. Mao renuncia a la presidencia. Bombardeos a Quemoy en China. Constitución de la República Árabe Unida. De Gaulle al gobierno de la V República en Francia. Muere el Papa Pío XII y lo sucede Juan XXIII. EE.UU. lanza su satélite, el Explorer I. Conferencia de Ginebra para suspensión de pruebas atómicas. Segunda gran crisis de Berlín (discurso de Kruschov). En Accra, Primera Conferencia de Estados Africanos Independientes.

Levi-Strauss: *Antropología estructural*. Lowell: *Henderson, el rey de la lluvia*. Nabokov: *Lolita*. Lampedusa: *El gatopardo*. Goytisolo: *Las afueras*. Kerouac: *El ángel subterráneo*. Beauvoir: *Memorias de una joven formal*. Stockhausen: *Tres grupos para orquesta*. Wajda: *Cenizas y diamantes*. Malle: *Los amantes*. Muere J. R. Jiménez.

Conflicto chino-hindú. Invasión de tropas chinas. Protesta de Nasser ante la ONU. Lin Piao, ministro de Defensa chino. URSS: primer cohete a la luna.

de Salarrué con el escultor sueco Carl Milles, de donde hace saltar la fábula.

"En aquella época la escultura me apasionaba. Yo era y s'igo siendo un escultor potencial, sin haber pasado nunca de modelar algunas piezas, muy modestas, por cierto...". (I a OE).

1960

Publicación de *La Espada y Otras Narraciones*, por el Departamento Editorial del Ministerio de Cultura: contiene realmente tres libros diversos en uno: *La Espada*, *Breves Relatos*, y *Nébula Nova*.

Exposición de sus cuadros en San Salvador: "Creo que no hay pintor que no tenga una percepción consciente o inconsciente del mundo astral, porque el ojo se va haciendo a medida que uno trabaja en la pintura; se va tornando capaz de percibir el color como lo ve uno realmente en el mundo astral. Entonces, por lo menos en gran parte, el que denomina el color y sus afinidades es porque tiene el ojo mejor construido que cualquiera otra persona que no se haya ocupado de los temas pictóricos. Uno empieza pintando del natural, y pronto se da cuenta, de lo que la demás gente, ni aún uno mismo, había visto nunca. Las piedras, por ejemplo, no son grises como en general se piensa: tienen a veces tonos azules, rojos..." (I a OE).

ria y urbana en Cuba. Viaje de Castro por A. Latina. Ruptura de relaciones entre México y Guatemala. En Uruguay, el Partido Blanco gana elecciones después de un siglo de gobierno colorado. Proceso contra Rojas Pinilla en Colombia. En Bolivia, manifestaciones contra intervención extranjera; fracasa golpe de estado de la "falange socialista". Conferencia en Chile de Ministros de Asuntos Exteriores de la OEA. En Guatemala, fundación del Mercado Común Centroamericano, dependiente de la ODECA.

A. Ortiz: *El animal herido*. S. Buarque de Holanda: *Visión del Paraíso*. Drogue: *Eloy*. Marinello: *Meditación americana*. Liscano: *Nuevo Mundo Orinoco*. A. Monterroso: *Obras completas y otros cuentos*.

ES: Una Junta Cívico-Militar, "un híbrido de comunistas y reaccionarios", según el propio Lemus, derrota la dictadura. Se firma en San Salvador, con Honduras, el Tratado de Libre Comercio e Integración Económica. El Salvador, Guatemala y Honduras firman un Tratado de Asociación Económica, con duración de 20 años.

AL: Revuelta militar en Guatemala contra Ydígoras Fuentes. R. Chiari electo presidente de Panamá. Manifestaciones por el problema del canal. EE.UU. suspende exportaciones a Cuba, deja de importar azúcar, retira su embajador. Primera Declaración de La Habana. Balaguer electo en Dominicana (Trujillo renuncia, implicado en el complot contra el presidente venezolano Betancourt). Manifestaciones populares en Perú exigiendo reivindicación del petróleo. En Uruguay se funda la ALALC. Quadros, presidente de Brasil.

Roa Bastos: *Hijo de hombre*. Alexis: *Romancero de las estrellas*. Cabrera Infante:

Entrevista Eisenhower-Kruschov-McMillan-Adenauer. Incorporación de Alaska y Hawai a los EE.UU. Sukarno en Indonesia. De Gaulle concede a Argelia derecho de autodeterminación. Makarios presidente de Chipre. Disturbios en Leopoldville: los belgas abandonan la colonia.

Sillitoe: *La soledad del corredor de fondo*. Grass: *El tambor de hojalata*. Calvino: *El caballero inexistente*. Pasolini: *Una vida violenta*. García Hortelano: *Nuevas amistades*. Godard: *Sin aliento*. Resnais: *Hiroshima, mon amour*. Fellini: *La dolce vita*. Antonioni: *La aventura*.

Se agudiza el conflicto chino-soviético: "coexistencia pacífica" de la URSS, repudiada por China. Expulsión de técnicos soviéticos de China. La URSS derriba un avión norteamericano acusándolo de espionaje. Conferencia de 81 partidos comunistas en Moscú. Fracasa Conferencia en la cumbre convocada en París. Creación del F.L.N. en Vietnam del Sur. Kennedy electo presidente de EE.UU. Establecimiento del bloqueo económico a Cuba. "Año africano": independencia del Congo, Ghana y Katanga. Premio Nobel de la Paz al líder africano Albert John Luthuli.

Sartre: *Crítica de la razón dialéctica*. Wright Mills: *Escucha, yanqui*. Cassola: *La muchacha de Bube*. Huberman y Sweezy: *Anatomía de una revolución*. Updike: *Corre Conejo*. Ferlinghetti: *La 4ª persona del singular*. Visconti: *Rocco y sus hermanos*. Bolognini: *La viacchia*. Década de Los Beatles; de la *nouvelle vague* (Godard, Truffaut, Chabrol) y el *cinéma-vérité* (Rouch, Reichenbach, Mar-

1961

Se publica la versión definitiva de *Cuentos de Cipotes* por Editorial Universitaria, con viñetas de Zelig Lardé, su esposa.

"Había otros *Cuentos de Cipotes* que también fueron suprimidos. Y me han reclamado algunos que se acuerdan de ellos, pero yo los su-primí por una razón o por otra, ya no recuerdo por qué..."

"Yo siempre tuve vocación para el arte desde niño, y me desarrollé allí; después, cuando ya estaba mayor, como de 30 años, entonces vinieron las experiencias que tuve, que me dieron a conocer ciertas cosas como eso de dejar el cuerpo y salir de él constantemente, atravesar las diversas capas sólidas con mi cuerpo astral, entonces me desprendía de mi cuerpo físico y entre esas cosas salía consciente, primero con mucho miedo, después sin miedo, absolutamente consciente, por supuesto que estaba guiado y a saber por qué motivo se me concedió esa gracia... en una forma completamente espontánea salía al patio de la casa, a través de la pared o por la puerta cerrada y de allí me elevaba, porque la levitación es parte de eso..." (LPLCA).

1962

Nombrado Director General de Bellas Artes.

Reeditados *Cuentos de Barro y Eso y Más*, en El Salvador.

"El cuarto radio me llevó probablemente a la creación artística, pero cuando ya entré a esa nueva etapa, en la que me sucedieron cosas extrañas, entonces la intuición la tuve despierta; yo viajaba adonde me

Así en la paz como en la guerra. Revueletas: *Dormir en tierra*. B. Arenas: *Poemas*. M. Benedetti: *La tregua*. Che Guevara: *La guerra de guerrillas*. Asturias: *Los ojos de los enterrados*.

ES: Nueve partidos políticos y seis organizaciones no-políticas participan en un congreso que deberá redactar la nueva ley electoral. Un golpe de estado instala un nuevo Directorio Militar y arresta a los miembros de la Junta. El movimiento militar golpista asegura que su acción está garantizada por su "completo anticomunismo". El Salvador rompe relaciones con Cuba.

H. Lindo: *Varia poesía*. R. Dalton: *La ventana en el rostro*.

AL: Revuelta campesina en México. Cuba rompe relaciones con EE.UU. y se declara marxista-leninista. Desembarco en Bahía de Cochinos. Trujillo asesinado en Dominicana. Conferencia de la OEA en Punta del Este, Carta que instituye la "Alianza para el Progreso" y expulsa a Cuba de la Organización. En Ecuador, Arosemena Monroy en lugar de Velasco, tras un pronunciamiento militar. Alzamiento contra Quadros en Brasil, renuncia y presidencia de Goulart.

Lispector: *Una manzana en la oscuridad*. García Márquez: *El coronel no tiene quien le escriba*. Onetti: *El astillero*. Arguedas: *El sexto*. Sábato: *Sobre héroes y tumbas*. S. Garmendia: *Los habitantes*. Asturias: *El alhajadito*. E. Cardenal: *Epigramas*. Revista *El pez y la serpiente*. J. S. Alexis es muerto en Haití.

ES: Asume la presidencia el coronel Julio Adalberto Rivera.

Claudia Lars: *Girasol*.

AL: Segunda Declaración de La Habana

ker) en Francia; del cine *underground* (McBride, Cassavetes, Warhol, Mailer) en EE. UU.; del *free-cinema* (Reisz, Richardson, Anderson) en Inglaterra; del *pop* y *op* en artes plásticas.

XXII Congreso del P. C. en la URSS: dura crítica a la política y las figuras de Stalin, Malenkov y Molotov. Crítica al revisionismo soviético en Albania. Construcción del muro de Berlín. Iniciación de negociaciones para la entrada de G. Bretaña al Mercado Común. Kennedy envía 15.000 consejeros a Vietnam. Lumumba asesinado en el Congo. Gagarin, primer astronauta soviético. Kennedy y Kruschov se reúnen en Viena. Sudáfrica se separa del Commonwealth. Primera insurrección urbana en Angola, encabezada por A. Neto.

Lewis: *Los hijos de Sánchez*. Thomas: *La guerra civil española*. Heller: *Trampa 22*. Ionesco: *El rey se muere*. Buñuel: *Viridiana*. Truffaut: *Jules y Jim*. Kawalerowicz: *Madre Juana de los Angeles*. Suicidio de Hemingway.

Armisticio de Evian: independencia de Argelia. Ben Bella presidente. Crisis de los misiles en el Caribe. URSS los retira de Cuba. Ejecutan a Eichmann en Israel. XXII Congreso Ecuménico. Problemas

llevaban los pies y cuando llegaba a tal o cual sitio, yo sabía que tenía que ir a él. Por esa época fue cuando me presentaron a una amiga, ésa mira, que está en la foto, nos hicimos amantes, era pintora, bella mujer que me amó, yo también, nos amamos..." (LPLCA).

1963

Representación de las adaptaciones escénicas de "La Petaca" y "La Botija", de *Cuentos de Barro*.

"Y es lo que dice Cardona Peña en ese juicio que hace sobre mí... mirá, en esa cajita de cartón están unos Cuentos de Barro. Al final, en la pestaña de la cubierta de atrás lo pusieron... '¡Mire Salarrué: de los escritores de cuentos americanos que conozco y he podido leer, usted es el que me da más la sensación de pureza, de amor fugado o consuelo...!'" (LPLCA).

1964

Renuncia irrevocable y airada, como Director General de Bellas Artes, por falta de cooperación del gobierno.

"¿Farabundo Martí? Era fogoso, pero tranquilo... Tú sabías que aquella idea era realmente una idea y no cuestión de partidatismo, no había ismo en él, había eso del comunismo como un ideal, era su vida.... Entonces él lo vivía prácticamente. Porque él tuvo una ha-

sobre revolución continental. Crisis de los misiles, bloqueo de Cuba y desmantelamiento de las bases. Bosch electo presidente de Dominicana. En Argentina, Frondizi derrocado por los militares; lo sucede Guido. Rebeliones izquierdistas en Venezuela (Puerto Cabello y Carúpano) son aplastadas. Junta Militar en Perú depone a Prado Ugarteche. Aumentan las invasiones campesinas. L. Valencia presidente de Colombia. Independencia de Jamaica y Trinidad-Tobago.

Fuentes: *La muerte de Artemio Cruz y Aura*. Carpentier: *El siglo de las luces*. Guimaraes Rosa: *Primeras historias*.

ES: Alvaro Menén Desleal: *Cuentos breves y maravillosos*. Waldo Chávez Velasco: *Cuentos de hoy, de ayer y de mañana*.

AL: Elecciones: Belaúnde Terry en Perú, Illia en Argentina, Leoni en Venezuela, Schick (clan Somoza) en Nicaragua, Duvalier vitalicio en Haití. Derrocamientos: Arosemena en Ecuador, Bosch en Dominicana, Ydígoras Fuentes en Guatemala, Villeda Morales en Honduras. Ofensiva del FLN y de las FALN en Venezuela y del ELN en Perú.

Cortázar: *Rayuela*. Vargas Llosa: *La ciudad y los perros*. Arreola: *La feria*. Chávez Alfaro: *Los monos de Santelmo*. S. Rowinski: *La hora de los vencidos*.

ES: Italo López Vallecillos: *El periodismo en El Salvador*. Julio Alberto Sosa Domínguez: *Ensayo histórico sobre las tribus nonualcas y su caudillo Anastasio Aquino*. David Alejandro Luna: "Trágico Suceso".

fronterizos entre India y China. Apertura de la Conferencia de Génova sobre desarme. Segundo Concilio Vaticano.

Eco: *Obra abierta*. Lévi-Strauss: *El pensamiento salvaje*. Solzjenitsin: *Un día en la vida de Iván Denisovich*. Albee: *¿Quién le teme a Virginia Woolf?* Pinter: *La colección*. Porter: *El barco de los locos*. Plath: *Campana de cristal*. Fellini: *Ocho y medio*. Godard: *Vivir su vida*. Welles: *El proceso*. Muere Faulkner. Suicidio de un "mito" del celuloide: Marilyn Monroe.

Kennedy asesinado en Dallas; lo sucede Lyndon Johnson. Muere el Papa Juan XXIII; Pablo VI su sucesor. Affaire Profumo en Inglaterra. Elecciones italianas: retroceso de la democracia cristiana. Elecciones liberales en Canadá: gabinete Pearson. Se funda la Organización para la Unidad Africana. Acciones de la ONU contra Katanga. En URSS se firma un tratado de limitación de las armas nucleares. Asesinato de Ngo Dinh Diem en Vietnam del Sur. Julián Grimau fusilado en España.

Jakobson: *Ensayos de lingüística general*. Malamud: *Idiotas primero*. Salinger: *Levantad, carpinteros, la viga del tejado*. Updike: *El centauro*. Evtushenko: *Autobiografía precoz*. Fenoglio: *Un día de fuego*. Le Clézio: *Proceso verbal*. Bergman: *El silencio*. Losey: *El sirviente*. Mueren Cocteau, S. Plath, A. Huxley.

Caída de Kruschov en la URSS; lo sucede Breznev como Primer Secretario del P. C. y Kosyguin como presidente del Consejo. Johnson electo presidente en EE. UU. Ley sobre los derechos cívicos. Disturbios raciales. Agitación en Berke-

cienda y allí lo dejó su papá y resulta que empezó a subirle los salarios a la gente y a hacer un montón de cosas hasta que el padre lo echó... Y era él quien iba a ser el dueño de eso ... No, Martí era un gran hombre, que no quepa la menor duda..." (LPLCA).

1965

Después de su breve experiencia en la burocracia oficial, regresa a su vida de retiro en Planes de Renderos. Epoca de la preparación de *Calleja Luna*, su novela última.

1966

AL: Golpe militar derroca a Goulart en Brasil e impone una dictadura férrea, inaugurada por Castelo Branco. Motines antinorteamericanos en Panamá, que rompe con EE.UU. Marcos Robles gana elecciones. Díaz Ordaz presidente de México y Frei de Chile. Paz Estensoro es derrocado por el ejército de Bolivia, sube Barrientos a la presidencia. Se funda en Colombia el FNL. Che Guevara Ministro de Economía en Cuba. Conflictos con EE.UU. por la base de Guantánamo.

Arguedas: *Todas las sangres*. Aridjis: *Mirándola dormir*. Onetti: *Juniacadáveres*. Leñero: *Los albañiles*.

ES: Terremoto.

AL: Insurrección de los "constitucionalistas" en Dominicana e intervención de los "marines" norteamericanos. El Che Guevara abandona sus cargos en Cuba. Guerrilla castrista derrotada en Perú.

Thiago de Mello: *Canción de amor armado*. E. Desnoes: *Memorias del subdesarrollo*. Hinojosa: *El consejero del lobo*. Ma. R. Oliver: *Mundo, mi casa*. E. Cardenal: *Oración por Marilyn Monroe*. S. Elizondo: *Farabeuf*.

ES: Sólo el 2% de los egresos totales del gobierno son dedicados a la construcción de viviendas.

AL: Lleras Restrepo presidente de Colombia; muere el sacerdote Camilo Torres en la guerrilla. Conferencia Tricontinental en Cuba. Balaguer presidente de Dominicana. El Ejército toma el poder

ley. Inicia tareas el Concilio Vaticano II. China no participa en la conferencia mundial de los P.C.; detona su primera bomba atómica. Muere Togliatti en Italia, lo sucede Longo en el P.C. Saragat, presidente de Italia. Laboristas ganan las elecciones en Inglaterra. Muere Nehru. Martin Luther King Premio Nobel de la Paz. ONU: intervención de tropas en Chipre.

Barthes: *Ensayos críticos*. Sebag: *Marxismo y estructuralismo*. Marcuse: *El hombre unidimensional*. Bellow: *Herzog*. Mailer: *Un sueño americano*. Sartre: *Las palabras*. Mac Carthy: *El grupo*. Antonioni: *El desierto rojo*. Kubrick: *Doctor Insólito*. Sartre rechaza el Premio Nobel de Literatura.

Comienzo de la crisis del Mercado Común. Reelección de De Gaulle en Francia. Continúa intervención de EE.UU. en Vietnam: el país es estragado por la guerra. Prosiguen los disturbios raciales; formación del "Poder negro"; asesinato de Malcom X, líder del movimiento. Más proezas espaciales: rusos y norteamericanos caminan en el espacio. Independencia de Rhodesia. Muere Churchill. Derrocamiento de Ben Bella en Argelia; lo sucede Boumedienne. En París, asesinato de Ben Barka, líder marroquí. Crisis política en Grecia.

Malcom X: *Autobiografía*. LeRoy Jones: *El sistema del infierno de Dante*. Weiss: *Marat-Sade*. Althusser: *Por Marx*. Godard: *Pierrot el loco*.

Francia decide retirarse de la OTAN. URSS: condena de Siniavski y Daniel. Graves inundaciones en Florencia. Se inicia la Revolución Cultural China: purga contra influencias burguesas extranjeras. Arrecian las manifestaciones contra la guerra de Vietnam en EE.UU. Indira Gandhi llega al poder en la India. Reve-

1967

Viaja a Panamá para participar en el jurado del Premio "Ricardo Miró" instituido por el INAC. Encuentro con Pablo Antonio Cuadra y Rogelio Sinán, entre otros escritores concurrentes.

1968

Casa de las Américas de La Habana, publica una selección de sus cuentos, con selección y prólogo de Roque Dalton.

"Ellos, en la Dirección de Publicaciones del gobierno, deben hacer más propaganda para que la gente se entere que han salido los libros. Fijate que en muchas librerías hay libros míos porque yo los he llevado. Los libreros no piden ciertos libros porque creen que no se van a

en Argentina: Onganía presidente. Barrientos destruye estructura sindical y devuelve predominio al Ejército en Bolivia. Se crea en La Habana la Organización de Solidaridad con los Pueblos de Asia, África y América Latina. Independencia de Barbados.

Fuentes: *Zona sagrada*. Donoso: *El lugar sin límites*. Lezama Lima: *Paradiso*. Vargas Llosa: *La casa verde*. Arguedas: *Amor Mundo*. Cardenal: *El estrecho dudoso*. Flakoll-Alegría: *Cenizas de Izalco*.

ES: El Partido de Conciliación Nacional, gubernamental, obtiene mayoría electoral. Triunfa el Ministro del Interior y candidato de dicho partido, Fidel Sánchez Hernández.

AL: Estado de sitio en Nicaragua, por revueltas populares. A. Somoza (h) electo presidente. Muere en Bolivia Ernesto Che Guevara y fracasa la guerrilla. En Uruguay muere Gestido, lo sucede Pacheco Areco; el MLN afirma su estrategia. Primera Conferencia de OLAS en La Habana. Reunión de presidentes americanos en Punta del Este estatuye Mercado Común Latinoamericano. Huelga general en Chile. Trinidad-Tobago y Barbados ingresan a la OEA.

J. E. Pacheco: *Morirás lejos*. García Márquez: *Cien años de soledad*. S. Sarduy: *De dónde son los cantantes*. Cabrera Infante: *Tres tristes tigres*. Premio Nobel de Literatura a Asturias y "Rómulo Gallegos" a *La casa verde* de V. Llosa.

ES: Saldos negativos en el comercio con Asia. Primera gran huelga nacional de maestros. Se clausura la conferencia de Presidentes Centroamericanos, con la asistencia de Nixon.

Manlio Argueta obtiene el Premio Casa

ses norteamericanos en Vietnam; represión a rebeldes budistas chinos. Sukarno capitula ante Sukarto, en Indonesia. Se inicia larga guerra civil.

Capote: *A sangre fría*. Lewis: *La vida*. Lacan: *Escritos*. Antonioni: *Blow-up*. Buñuel: *Bella de día*. Art-minimal: Flavin, Judd, Kosuth.

Estalla la guerra de los seis días entre Israel y los países árabes. Israel ocupa Jerusalén y el Sinaí. Grecia: dictadura de los coroneles. Agitación estudiantil en aumento en EE. UU.; oposición interna a la guerra en Vietnam y violencia racial. El Tribunal Russell considera al gobierno norteamericano culpable de crímenes de guerra en Vietnam. Encuentro Johnson-Kosygin. Encíclica *Populorum Progressio* de Pablo VI.

Primer trasplante de corazón. Malraux: *Antimemorias*. Gombrowicz: *Cosmos*. Sonntag: *Estuche de muerte*. A. Sexton: *Vivir o morir* (Premio Pulitzer). Debray: *Revolución en la revolución*. Ivens, Godard, Lelouch, Resnais y Klein: *Lejos del Vietnam*. Movimiento hippie en EE. UU. Protest-song: Seger, Guthrie, Dylan.

Crisis monetaria internacional: cierre de los mercados cambiarios europeos. En Irlanda del Norte arrecian los incidentes entre católicos y protestantes (Londonderry y Belfast). Cactano sucede a Salazar en Portugal. Nuevo ministerio de centro-izquierda en Italia. "Primavera" de Pra-

vender o los ven muy caros; de mí sólo piden *Cuentos de Barro* y esa última edición de lujo de *Cuentos de Cipotes*, creen que sólo eso se vende..." (LPLCA).

1969

Publicación del primer tomo de sus *Obras Escogidas*, por Editorial Universitaria.

Reedición de *Conjeturas en la Penumbra*, por el Ministerio de Educación.

Homenaje de la Academia Salvadoreña de la Lengua, a Salarrué y Claudia Lars.

de las Américas, en novela, con *El Valle de las Hamacas*.

AL: Grupos foquistas de acción armada en Brasil. Recrudescen el terrorismo en Guatemala y se agrava la crisis socioeconómica en Uruguay. Represión a la protesta estudiantil en Tlatelolco, México. Número indeterminado de muertos. Constitución del Mercado Común Andino. El Papa Pablo VI visita Colombia. Golpe de Estado en Panamá.

González León: *País portátil*. Puig: *La traición de Rita Hayworth*. Barnett: *Biografía de un cimarrón*. N. Fuentes: *Condenados de condado*. A Cisneros: *Canto ceremonial contra un oso hormiguero*. Muere Rómulo Gallegos.

ES: Conflicto armado con Honduras: la Guerra Inútil. Rockefeller visita El Salvador.

R. Dalton: *Taberna y otros lugares* (premio C. de las Américas). A. Menén Desleal: *Una cuerda de nylon y oro*.

AL: Garrastazú Medici reemplaza a Costa e Silva en Brasil. Nueva ola represiva. Venezuela no suscribe "Acuerdo de Cartagena". Debilitamiento de la guerrilla. Golpe de estado gral. Torrijos en Panamá. Nacionalización del petróleo y reforma agraria en Perú provocan tensión con EE.UU. Muerte accidental de Barrientos en Bolivia, golpe de estado de Ovando Candía y nacionalización de la Gulf Oil. Nelson Rockefeller viaja por América Latina rodeado de incidentes. Motines izquierdistas en Córdoba y Rosario (Argentina). Grave tensión social en Uruguay.

Vargas Llosa: *Conversación en La Catedral*. R. Arenas: *El mundo alucinante*. Carzoza y Aragón: *Dibujos de ciego*. L. Chávez Alfaro: *Trágame tierra*. J. Coronel Urtecho: *Pol'a dananta katanta paranta*. Suicidio de Arguedas.

ga: invasión soviética (fuerzas del Pacto de Varsovia); renuncia de Dubcek. En EE.UU. asesinatos de Robert Kennedy, candidato demócrata a la presidencia, y de Martin Luther King; ascenso de Nixon a la presidencia. Victorias del Vietcong en Vietnam; comienzan las conversaciones de paz en París. "Mayo francés": rebelión estudiantil, cierre de las universidades, huelgas. Se extiende la actitud contestataria a otros países de Europa y A. Latina.

Poulantzas: *Poder político y clases sociales*. Althusser & Balibar: *Leer el Capital*. Sills editor: *Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales*. Styron: *Las confesiones de Nat Turner*. Kubrick: *2001 Odisea del espacio*. Pasolini: *Teorema*.

Renuncia de De Gaulle. Gobierno Pompidou en Francia. Muere Ho-Chí-Minh en Vietnam. Primer hombre en la luna: hazaña norteamericana. En URSS, congreso de 75 partidos comunistas. Comienzan las consultas entre los Cuatro Grandes sobre la situación del Cercano Oriente. Estado de excepción en España. Juan Carlos es elegido para suceder a Franco en el gobierno de España. W. Brandt en Alemania. Población mundial: África 344 millones; Asia, 1990; América, 501; Europa, 456; URSS, 241; Oceanía, 19.

Roth: *El lamento de Portnoy*. Garaudy: *El gran viraje del socialismo*. Visconti: *La caída de los dioses*. Festival de música pop en Woodstock.

Vida y obra de Salarrué

1970

Publicado el segundo tomo de sus *Obras Escogidas*, por Editorial Universitaria. (Primera edición de *Nébula Nova*, *Vilanos*, *El libro desnudo*, *Ingrimo*, *La sombra* y otros motivos literarios).
Publicación mimeografiada, por la Biblioteca Nacional, de su primera colección de poemas.

1971

Publicación de *La sed de Sling Bader* (Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación), una novela de aventuras de piratas, concebida para niños, pero siempre apegada a su mundo esotérico:
"Aquí no le han dado ninguna importancia, solamente la ha comentado un español en Madrid, esa es una novela que me gusta mucho. Bastante complicada, es a base de... bueno, hay mucho ocultismo, se refiere a la cuestión de las drogas, lo que puede producir una droga..." (LPLCA).

ES: Inútiles resoluciones de la OEA, sobre situación con Honduras después del conflicto. Se detiene el crecimiento industrial y se ven gravemente afectadas las posibilidades de exportación. Secuestro y asesinato del industrial Ernesto Regalado Dueñas.

Ricardo Lindo: *Cuentos*. J. R. Cea: *El solitario de la habitación 5-3*.

AL: Reunión de la OPEP en Caracas: alza del precio del petróleo y negociaciones con las grandes compañías internacionales. Luis Echeverría presidente de México. En Chile, el socialismo llega al poder por elecciones: Allende presidente. Castro da razones del fracaso de la zafra en Cuba. Guerrilla urbana en Uruguay y Argentina. Ovando derrocado en Bolivia: Miranda y luego Torres en el poder. Pastrana Borrero presidente de Colombia; Consejo de Guerra contra 325 guerrilleros del ELN. Independencia de Guyana.

Scorza: *Redoble por Rancas*. Otero Silva: *Cuando quiero llorar no lloro*. Skarmeta: *Desnudo en el tejado*. Prada: *Los fundadores del alba*. Cardenal: *Homenaje a los indios americanos*.

ES: Segunda gran huelga de la Asociación Nacional de Educadores (ANDES).

AL: Año del éxito del "milagro brasileño". Nuevo golpe de estado en Bolivia y H. Banzer al poder. En Uruguay, Bordaberry electo presidente. Nacionalización de bancos, cobre, teléfonos y reforma agraria en Chile. Nuevo golpe militar en Argentina: Lanusse sustituye a Levingston. Muere Duvalier en Haití: Jean Claude (19 años) su sucesor. Estado de sitio en Colombia por revueltas en Cali. Cele-

Muerte de De Gaulle y de Nasser. Anwar el Sadat nuevo Premier egipcio. EE.UU. se va retirando de Vietnam pero invade Camboya. Los khmers rojos controlan las tres cuartas partes del territorio. Conflicto entre Palestina y Jordania y represión contra la resistencia palestina. Heath a la cabeza de los conservadores en el gobierno de Inglaterra. Garaudy expulsado del P.C. francés.

Barthelme: *Vida ciudadana*. Rossanda: *El Manifiesto*. Mishima: *El mar de la fertilidad*. J. Goytisolo: *Reivindicación del Conde don Julián*. Bertolucci: *El conformista*. Rafelson: *Cinco piezas fáciles* inicia década del cine independiente norteamericano (Nichols, Altman, Coppola, Pakula, Penn, Arkin). Auge de la nueva canción española: Raimón, P. Ibáñez, Serrat, Pi de la Serra.

China Popular ingresa en las Naciones Unidas. Pakistán aplasta insurrección del pueblo bengalí. Inglaterra entra en el Mercado Común Europeo. Tres cosmonautas soviéticos mueren al regresar del espacio, por mal funcionamiento de la cápsula. Inflación en EE.UU. Reconciliación con Pekín. En Uganda, dictadura de Idi Amin Dada.

M. Swadesh: *Origen y diversificación del lenguaje*. Lévi-Strauss: *Mitológicas*.

1972

1973

bración del sesquicentenario de la independencia centroamericana.

Donoso: *El obscuro pájaro de la noche*. Contí: *En vida*. E. Galeano: *Las venas abiertas de América Latina*. Premio Nobel de Literatura para Neruda. O. Paz: revista *Plural* (-76).

AL: Reección de Somoza en Nicaragua. Terremoto destruye Managua. Vuelve Perón a la Argentina tras 17 años de exilio en España. Allende hostigado por el Congreso en Chile; discurso del presidente en las Naciones Unidas denunciando las multinacionales. Rodríguez Lara sucede al depuesto presidente Velasco Ibarra, en Ecuador. Radio y televisión bajo control estatal en Perú. En Uruguay, desmantelamiento de la guerrilla por las Fuerzas Conjuntas.

J. L. González: *Mambrú se fue a la guerra*. Monterroso: *Movimiento perpetuo*. Elizondo: *El grafógrafo*. Premio "Rómulo Gallegos" a *Cien años de soledad* de G. Márquez.

AL: Deterioro político en Chile, rebelión de las Fuerzas Armadas, muerte de Allende. Golpe de estado en Uruguay: Bordaberry disuelve el Parlamento e interviene la Universidad con la participación de las Fuerzas Armadas. Cámpora, electo en Argentina, renuncia y deja su lugar a Perón. Antes, amnistía general. Veto norteamericano al proyecto de nuevo estatuto sobre el canal de Panamá. Independencia de las Bahamas.

Agustín: *Se está haciendo tarde*. Onetti: *La muerte y la niña*. Muere Pablo Neruda.

Visita de Nixon a China Popular y reelección triunfal en los EE.UU. En las Olimpiadas de Munich, comandos árabes masacran atletas israelíes. Líbano se convierte en el escenario de ataques y ocupaciones de Israel. Evacuación de tropas norteamericanas del Vietnam. Invasión masiva del Sur por el Norvietnam. Se descubren intentos de espionaje por parte del gobierno en la sede del Partido Demócrata norteamericano. Bangla-Desh recupera soberanía con ayuda de la India.

Chomsky: *Lenguaje y significado*. Solzenitzin: *Agosto 1914*. Derrida: *La deseminación*. Böll: *El honor perdido de Catharina Bloom*. Bergman: *Gritos y susurros*. Rossi: *El caso Mattei*.

Estalla el mayor escándalo político de la historia de EE.UU.: Watergate. Renuncian Agnew y Nixon; Gerald Ford ocupa la presidencia. Mueren L. Johnson, W. Ulbricht y Ben Gurión. Guerra de Kipur entre árabes e israelíes. Crisis mundial de energía. En Etiopía, 1.000 personas mueren semanalmente de hambre.

White: *El ojo de la tempestad*. Donlevy: *Cuentos de hadas en N. York*. Truffaut: *La noche americana*.

1974

Reeditados *Cuentos de Barro* y *Cuentos de Cipotes*.

Adaptación y estreno en la televisión de "La Honra" y "La Petaca".
Publicación de su última novela *Catleya Luna*: "*Catleya Luna* también fue escrita desde hace mucho tiempo, lo que pasa es que no estaba terminada, vos sabés cómo es eso, que el libro está allí y todavía le falta algo... pero la edición no sirve, hay que hacer otra porque ésa no se lee..." (LPLCA).

1975

Publicado por Editorial Universitaria el poemario *Mundo Nomasito*, su última obra.

Muere en San Salvador en el mes de noviembre.

"No. ¿A qué le puedo tener miedo? Vos ya conocés mis ideas sobre la vida, lo que es la muerte, todo eso que es el vivir...". "Porque te digo, si esto hubiera sido cáncer, yo no me doy un tiro como Francisco Castellanos, sino que me voy al mar para morir peleando, un suicidio peleado; yo creo que es mejor así, morir peleando... y en el mar lo lograría, tendría que bracear para estar a flote y bueno, aquella inmensidad donde están peleando, y el espacio arriba..." (LPLCA).

ES: Masacre de campesinos en La Cayetana y en Las Tres Calles.

Roque Dalton: *Las historias prohibidas de Pulgarcito*. Claudia Lars: *Obras escogidas* (2º Tomo) Festival Internacional de Teatro. Editorial Mesoamérica de México publica una *Antología de poesía joven*. Mueren Claudia Lars y Raúl Contreras.

AL: Geissel presidente de Brasil. Muere Perón en Argentina y lo sucede su mujer. En Uruguay, prohibición generalizada de actividad política. Socialización de seis grandes periódicos peruanos. "Declaración de Guyana" entre Venezuela y seis países latinoamericanos. Pinochet Jefe Supremo de la Nación, en Chile. Estado de sitio en Bolivia. López Michelsen (Partido Liberal) electo en Colombia. Independencia de Granada. México rompe relaciones con Chile. El FSLN (Frente Sandinista de Liberación Nacional) toma como rehenes a prominentes somocistas y los canjea por presos políticos y cinco millones de dólares.

Sábato: *Abbadón el exterminador*. Neruda: *Confieso que he vivido*. Garmendia: *Memorias de Altigracia*. Carpentier: *El recurso del método*. Roa Bastos: *Yo el Supremo*. Muere M. A. Asturias.

ES: El ejército masacra decenas de estudiantes en Santa Ana y San Salvador. Manifestaciones populares por más de una semana. Los estudiantes toman la Catedral; renuncia el Rector de la Universidad. Es asesinado Rafael Aguiñada, diputado del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR). Masacre de campesinos en el departamento de Chalatenango. Secuestran a Francisco de Sola, el más prominente capitalista del país.

Un grupo guerrillero mata a Roque Dalton; deja inédita su novela *Pobrecito poeta que era yo*.

Caída de los militares griegos. Ford visita la URSS. Senadores norteamericanos visitan Cuba. Rockefeller a la vicepresidencia de los EE.UU. Solzjenitzin expulsado de la URSS. Fin de la dictadura en Portugal: golpe militar nacionalista y rápido proceso de izquierdización. Giscard d'Estaing, electo presidente de Francia. La CIA cuestionada por el Congreso norteamericano.

Nabokov: *Opiniones categóricas*. A. Davis: *Autobiografía*. Saura: *La prima Angélica*. Visconti: *Retrato de familia*. Fellini: *Amarcord*.

Ejecución de vascos en España por muerte a "garrote vil". Repudio mundial. Muere Franco y sube al poder el príncipe Juan Carlos: lenta democratización del régimen. Afianzamiento del PC italiano: el eurocomunismo. Retiro total de tropas norteamericanas de Vietnam. Intento de reunificar los dos Vietnam. Independencia de Angola (ayuda cubana y soviética). Huelga general en la India; puertos paralizados. Año Internacional de la Mujer. Acta de Helsinki.

Muere asesinado Pasolini. Mueren Pablo Picasso y Pablo Casals.

AL: Terror generalizado en Argentina por grupos parapoliciales y guerrilla de ultraizquierda. Desbaratamiento del Partido Comunista en Uruguay y afianzamiento de la línea económica que establece el liberalismo económico. Morales Bermúdez primer Ministro en Perú. Bolivia y Chile reanudan relaciones. Tensión en las minas de estaño de Catavi y Siglo Veinte. Constitución del SELA. Conferencia Internacional de Solidaridad con la Independencia de Puerto Rico, en La Habana.

Fuentes: *Terra nostra*. García Márquez: *El otoño del patriarca*. Conti: *Mascaró, el cazador americano*. Alegría: *El paso de los gansos*. Littín: *Actas de Marusia*.

BIBLIOGRAFIA

INDICE

PRIMERAS EDICIONES

- EL CRISTO NEGRO. Biblioteca Cuscatlania, Tomo VI, San Salvador, 1926.
- EL SEÑOR DE LA BURBUJA. San Salvador, 1927 (e/p).
- O'YARKANDAL. San Salvador, 1929 (e/p).
- REMOTANDO EL ULUÁN. San Salvador, 1932 (e/p).
- CUENTOS DE BARRO. San Salvador, 1933 (e/p) con viñetas de José Mejía Vides.
- CONJETURAS EN LA PENUMBRA. San Salvador, 1934 (sirca).
- ESO Y MÁS. Editorial Ir, Santa Ana, 1940.
- CUENTOS DE CIPOTES. San Salvador, 1945 (folleto). Ed. definitiva: San Salvador, 1961, por Ed. Universitaria de El Salvador. Portada y viñetas de Zelig Lardé, esposa del autor.
- LA ESPADA Y OTRAS NARRACIONES. Ed. Ministerio de Cultura de El Salvador, San Salvador, 1960. Viñeta de K. Romney Towndrow, dibujos de Maya Salarrué y Carlos Cañas.
- VILANOS. Inc. en *Obras Escogidas*, Tomo II (págs. 388 a 415) Ed. Universitaria de El Salvador, San Salvador, 1970.
- EL LIBRO DESNUDO. Idem, Tomo II (págs. 415 a 452). Ed. Universitaria de El Salvador, San Salvador, 1970.
- INGRIMO. (Humorada Juvenil, ideario y diario de un adolescente suicida). Idem, Tomo II (págs. 453 a 535). Ed. Universitaria de El Salvador, San Salvador, 1970.
- LA SOMBRA Y OTROS MOTIVOS LITERARIOS. Idem. Tomo II (págs. 535 a 581). Ed. Universitaria de El Salvador, San Salvador, 1970.
- LA SED DE SLING BADER. Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación. San Salvador, 1971.
- CATLEYA LUNA. Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación. San Salvador, 1974.
- MUNDO NOMASITO (único libro de poemas). Editorial Universitaria de El Salvador, San Salvador, 1975.

El cuento de las pensadas de Monchete con cabeza y todo	150
El cuento de Nivelito Nivelungo, la gran candelota y el chucho musunco	151
El cuento de los caramelos embarcados en un bote y el cipotío tiburón	153
El cuento del alma que salía y la sexión espiritista	154
El cuento del diablito que lo tenían preso en la iglesia y que le tejieron la cabeza	156
El cuento de Leprocino que le rompieron la vocación de pura ingratitud	158
El cuento de la Indalecia quera bien india, de Justiniano quera bien justo y de la ambrosia que nuera ninguna gente	159
El cuento de Ganglio que escamotó las quijadas a tiempito	161
El cuento del conejo sandihero que por tantito se salva	162
El cuento del jute cavilante, de la hermosa fuente y la pepesca orguyuda	164
El cuento del imprudente glis-glis, los chicos-chicotes y el culebrerío peligrante	165
El cuento de la mojarra soñadora	167
El cuento de la gran enamorada con dolor diumblico	169
El cuento de Bombolío en vacaciones, el chucho Jitler y la fugada	171
El cuento del teléfono cosquiya, los pájaros parados, granos en la nuca y el bárbaro tren don Flomfrufrán corrivedile	173
El cuento del cipotío que sacaba la lengua por la ventana diuna niña	174
El cuento del cangrejito descarriado, prófugo de las caniyas, hambriento y desmemoriado de las entenderas	176
El cuento de Minchito con el mar jedentina	178
El cuento del señor que patió la bolejabón en el andén	179
El cuento de los diablos costulados, la pelotera, la mojazón y les-tampida	181
El cuento de Ponche y Chicute que soñaban de juguete con el chucho ciclista que soñaba de veritas	182
El cuento del loco cuarterero, mechudo del pelo, que decía tontearías y se mordía los dientes con la mano	183
El cuento del loro antiparras que hablaba por la boca	184
El cuento de la mula morida que creyó questaba viva y estaba tonta la pogue almita matere	185
El cuento del despejismo término medio casi imposible de describir pero que permanece en la fotografiya de la memoria de modo indelebile	187

El cuento de la niña bañada que les tocó la traguíata por asustar	189
El cuento del tambor embrujado que se sonaba sin pañuelo	191
El cuento de la lucita misteriosa, el tesoro, el pirata y el tonto de- rrochante	193
El cuento del gorro gorrito y gorro gorrión con la trompeta y el cajón	195
El cuento de la Titila y la Camucha que andaban mirando el pulicía de lesquina	196
El cuento de la luna de miel y el besote	197
El cuento del misterioso barrigante quiasaber quera y que se supo por fregar	198
El cuento del tren divierta que asustaba por la puerta	199
El cuento espantoso que nisiacabó	200
El cuento de las espantadas inventadas y el premio arrojado	202
El cuento de Melico y Caitío que se bañaron debajo del paragüe murciégalo	203
El cuento del tamborito bombístico que quería ser cultis	204
El cuento de Temblorete, los con nudos y el cuete burla burla	205
El cuento de la ponencia trágica, la vigilancia fructífera y la sor- presa cancerosa que nuera ninguna monja mareña sino la puritita muerte repentina	207
El cuento del platío volante, los intrusos pichiches de ultramundo, el vigilante rubicundo y el fracaso histórico	209
El cuento de la codornice que estaba solita en la solerne solitud de la asoliada soledá	211
El cuento de Talnique y la Pelucinga que casi jugaron diamores en una vereda en jlor	212
El cuento del Sentado en el Zacate, Panduro Carburo y Tintikaka	213

La espada y otras narraciones

El venado	215
La virgen desnuda	220
El ángel del espejo	229
El muerto	233
El perraje	239

Nébula Nova

Angel 140	241
-----------	-----

<i>El Cristo Negro (Leyenda de San Uraco)</i>	3
<i>O'Yarkandal</i>	
O'Yarkandal	23
La isla del ser y del no ser	24
Yansidara y Hianasidri	26
Pratsbul y Babul	31
Piedras preciosas	35
<i>Remotando el Uluán</i>	
Las changas	41
La serpiente luminosa de Akanarlang	43
La caverna goloán, la estrella subterránea, la cascada de fuego y Apoptos	45
El trono milagroso, las mineras de Acuarimántima y las inesperadas statibraciones en la feliz remotación	47
<i>Cuentos de Barro</i>	
La botija	49
La honra	52
Semos malos	54
De pesca	57

La brusquita	60
Noche buena	63
Esencia de "azar"	65
La petaca	67
El viento	70
La brasa	72
La repunta	73
El circo	75
El mistiricuco	78
El negro	80

Trasmallo

Don Federico	83
El cuete	86
El mar	89
El espantajo	91
La escolita	95

Eso y más

Corazonazón	99
El beso	103
El doble del dictador	106
La momia	109
La escultura invisible	119
De cómo San Antonio perdió su virtud	124

Cuentos de Cipotes

El cuento de olis olis catrín y el cañonazo	133
El cuento del dichoso turís turista	135
El cuento del gringuito regalante que da zapatos y no guante	137
El cuento de Ongonuco, la boteya bomba y el señor Bolo que le salió la culata por el tiro	139
El cuento del santo chorchingalero	141
El cuento del cadaverito chiquito y la loca catapulta que onde vida vio	142
El cuento de la escolita miñatura, la monjita linda y la tentada de juguete	144
El cuento de la finca arisca y la cangrejera por la juerza	146
El cuento de lo que quiero y no quiero, las magiconerías y otras tonteras	148

La mona y otros motivos literarios

La mona 249

La danza serpentina 252

VOCABULARIO GENERAL 257

CRONOLOGÍA 275

BIBLIOGRAFÍA 355

Este volumen,
el XVI de la BIBLIOTECA AYACUCHO,
se terminó de imprimir
el día 15 de enero de 1985
en los talleres de Bodoni, S. A.,
calle San Elías, 29-35,
Barcelona (España).
En su composición se utilizaron
tipos Garamond de 12, 10:8 y 8:8 puntos.